

J. L. BOURNE

# EXILIO

## DIARIO DE UNA INVASIÓN ZOMBIE

## ARGUMENTO

En la primera parte, una epidemia desconocida arrasaba el planeta y un marine desde el sótano de su casa convertido en búnker, escribía un diario en el que nos relataba su lucha contra los muertos vivientes.

Ahora, las hordas de zombies están por todas partes. Han invadido Estados Unidos y no hay lugar donde refugiarse. El protagonista y su vecino, John, han escapado a una base nuclear donde encuentran a una pequeña colonia humana. Juntos, intentarán mantenerse vivos. Sin embargo, las municiones comienzan a escasear y el riesgo de que los zombies ataquen es cada vez mayor.

## NOTA DEL AUTOR

El primer volumen de *Diario de una invasión zombie* nos adentraba en lo más profundo de la mente de un oficial del ejército y superviviente, que, al llegar al Año Nuevo, tomaba la decisión de escribir un diario. Se mantenía firme en su propósito y nos narraba la destrucción de la humanidad día a día. Así, contemplábamos la transición entre la vida que vosotros y yo mismo vivimos y la perspectiva de tener que luchar contra abrumadoras hordas de muertos vivientes por la supervivencia. Lo vimos sangrar, lo vimos cometer errores, lo vimos evolucionar.

En el primer volumen de *Diario de una invasión zombie*, el protagonista y su vecino John sobrevivían a numerosas pruebas y tribulaciones, y finalmente escapaban ante la decisión del gobierno de destruir la ciudad de San Antonio, Texas, mediante un holocausto nuclear. Terminaban ocultos en una base estratégica de lanzamiento de misiles atómicos ya abandonada, a la que sus antiguos ocupantes habían llamado «Hotel 23». Después de su llegada captan una débil señal de radio: una familia de supervivientes se ha refugiado en una buhardilla. Incontables muertos vivientes les aguardan en el piso de abajo. Un hombre llamado William, su esposa Janet y la hija de ambos, Laura, son los únicos que han sobrevivido en la localidad. Tras un milagroso rescate, la familia reúne fuerzas con el protagonista de nuestra historia para seguir con vida. Pero puede que con eso no baste en un mundo que ya está muerto, un horrible lugar que ya ha sufrido el Apocalipsis, y en el que la simple infección de una herida, por no hablar de los millones de muertos vivientes, podría matarlos y añadirlos al monumental censo de cadáveres andantes.

Esa situación provoca que algunas personas den lo peor de sí...

Sin previo aviso, una cuadrilla de malhechores en busca de víctimas lanza un asalto inmisericorde contra los supervivientes refugiados en el Hotel 23. Quieren matarlos para quedarse con la base y con los abundantes suministros que se hallan en su interior. Al final de la primera novela fracasaban en su empeño, pero los supervivientes tienen miedo de que vuelvan en un número mucho mayor... eso si los incontables millones de implacables muertos vivientes no acaban antes con ellos.

Esta novela empieza donde terminó la anterior. El narrador y unos pocos supervivientes que no perecieron en un inimaginable cataclismo

J. L. Bourne

---

## Exilio

mundial siguen refugiados en el Hotel 23. Acompáñalos en su viaje al Apocalipsis y piensa por un instante que cualquiera de ellos podrías ser tú.

Una vez más, bienvenido, y cierra bien la puerta...

J. L. Bourne

## LAS SECUELAS

**23 de Mayo**

0:57 h.

Empecé a encontrarme mejor al vigésimo primer día. El ataque de los saqueadores me había dejado exhausto. Me levanté de la cama, bebí cuatro litros de agua (en el transcurso de unas pocas horas) e hice algunos estiramientos. Le pregunté a John cuál era la situación en el exterior. Como no me dijo prácticamente nada, subí con él a la sala de control para verlo con mis propios ojos. La noche anterior, John había salido como una bala a las tinieblas exteriores, había retirado el saco que cubría una de las cámaras y había vuelto a entrar a toda prisa. Había muertos vivientes por los alrededores y no quería pasar mucho tiempo entre ellos.

Por el área donde la valla sufrió daños merodea un número mayor. Son como el agua: fluyen hacia el punto de menor resistencia. Mis dolorosas quemaduras se están curando, pero, al fin y al cabo, no eran tan graves. Unas pocas ampollas en la cara y en otras zonas. ¿Qué habría pasado si esa gente no se hubiera movido por el campo en un camión cisterna cargado de combustible? Probablemente, la ventaja numérica se habría impuesto y nos habrían matado a todos; y no sólo nos habrían superado en número los muertos vivientes, sino también quienes nos querían ver muertos. Los insurgentes me inspiraban casi tanto temor como las criaturas. Por lo menos en teoría, eran capaces de derrotarnos en el terreno de la estrategia. Bastaba con que unieran sus mentes y acordasen una manera de expulsarnos del complejo. No sabemos cuántos tingos nos quedan; de todas maneras, estoy seguro de que son muchos más que nosotros.

Por la cámara número tres vi los cuerpos calcinados de hombres que daban vueltas en torno a los restos del camión diesel y de su remolque...

Hombres a los que yo mismo había matado.

Esa misma noche salimos y los abatimos. Para evitar fogonazos, me puse las gafas de visión nocturna y me acerqué a ellos por la espalda, oculto en las tinieblas. Puse el arma en disparo único y les pegué un tiro con el cañón muy cerca del cráneo. Cada vez que apretaba el gatillo, reaccionaban y caminaban a ciegas en dirección al sonido. Aún oían, aunque a muchos de ellos ya no les quedase nada remotamente parecido a unas orejas. Repetí la misma operación en diecisiete ocasiones hasta que acabé con todos ellos. Nos dimos cuenta de que tres de los vehículos no habían sufrido daños importantes en la explosión de la otra noche. Se trataba de un Land Rover, un Jeep y un modelo reciente de Ford Bronco, a unos noventa metros del área de hierba quemada. John y yo nos acercamos con precaución. Al examinarlos de cerca, nos percatamos de que los neumáticos delanteros del Jeep habían reventado y el cristal de las ventanillas estaba agrietado y combado hacia dentro.

El Land Rover y el Ford se encontraban a cincuenta metros de distancia de allí. Al acercarme al Land Rover, vi que se hallaba en muy buen estado y que sus antiguos dueños no se habían quedado dentro. Excelente. John y yo llegamos a la puerta, la abrimos y examinamos más de cerca el interior. Olía a pino, seguramente por el árbol que le cubría el retrovisor. Entramos y comprobamos que las puertas cerraran bien. Encontré la llave puesta en el contacto y la giré. El motor arrancó. Me imagino que en un mundo como éste yo también habría dejado las llaves dentro del coche. Le eché una ojeada a la fina etiqueta de plástico de la llave. Decía: Land Rover de Nelm, Texas.

Me imaginé que los forajidos se habrían apropiado del vehículo después de que todo se fuera al garete. Tenía tres cuartos del depósito llenos y el cuentakilómetros indicaba 4827 kilómetros. Incluso las ventanillas estaban bien. Arranqué el vehículo y regresamos a toda velocidad hasta la valla del complejo. Cuando llegamos hasta las cámaras que los bandidos habían cubierto, salimos y nos turnamos para quitar los sacos mientras el otro vigilaba.

El agujero en la valla era casi tan grande como el Land Rover. Como no tenía ganas de pasarme la noche ocupado en repararlo, recurrí a mi destreza para el aparcamiento en paralelo y empleé el vehículo para capar el agujero, a fin de que nuestros amigos de sangre fría no pudieran entrar.

John salió por la puerta del copiloto. Yo cambié de asiento y salí también por la puerta del copiloto. Eché el seguro, la cerré de golpe, y me guardé las llaves en el bolsillo. Lo que decía antes no iba en serio. Yo, a pesar de todo, no pienso dejar las llaves dentro del coche.

12:48h.

He despertado hace un par de horas después de otra noche de dolor e insomnio. Las ampollas que tengo por el cuerpo empiezan a reventar y me duelen considerablemente. Tengo varias alrededor de los ojos, porque el traje de Nomex no me protegía esa zona. El chichón que me había salido en la parte posterior de la cabeza empieza a reducirse y últimamente estoy más dolorido que justo después del incidente con el camión cisterna. Es una buena señal. Mi cuerpo se está recuperando.

Ya no pierdo el tiempo con intentos de conectarme a Internet. No sirve para nada. Las páginas web que visitaba para estar al corriente de los acontecimientos han dejado de funcionar, y esas páginas estaban alojadas en bases militares distribuidas por todo el territorio de Estados Unidos. Internet no funciona. Probablemente podemos dar por seguro que, aun cuando quedase alguien que pudiera conectarse a Internet, tampoco nos serviría para nada. Han disparado a la columna vertebral y parece que todos los informáticos han salido a comer para no volver en un centenar de años.

El Land Rover lleva GPS. He salido a ver qué tal funcionaba, y parece que el GPS con sólo contacta con tres satélites de posicionamiento. No sé durante cuánto tiempo seguirán en órbita sin contar con el apoyo de la estación de control en tierra, y lo mismo puedo decir de los pajaritos que utilizamos para sacar fotos. Vamos a toda velocidad hacia la Edad de Piedra. Me esfuerzo por contener mis propios impulsos de autodestrucción. No me refiero a cortarme las venas ni nada por el estilo, sino que pienso que lo único que me ocurre es que siento la necesidad de correr más riesgos, porque estoy harto de esta situación... pero los demás están igual que yo, y por eso sigo aquí. Salgo con John para tratar de reparar discretamente la valla.

## **24 de Mayo**

23:44 h.

John y yo hemos reparado la valla con chatarra y piezas de maquinaria que quedaron entre los escombros después del ataque de los forajidos. También hemos traído el Ford Bronco. Llevaba cuatro latas de gasolina llenas hasta arriba en el maletero. He llenado el depósito del Land Rover con una de las latas, por si en el futuro tuviéramos que utilizarlo. No sé cómo ha sido posible, pero mientras sucedía todo esto me había olvidado de la avioneta. Me he acordado cuando John avanzaba con el Bronco. John y yo hemos ido hasta los árboles para ver si le habían hecho algo, o si alguna bala perdida la había dañado. Estaba igual que cuando la dejé. El follaje con el que había escondido la avioneta estaba seco y amarillento, y



ya no la cubría del todo. John y yo hemos hecho acopio de más ramas para camuflarla mejor y luego la hemos dejado donde estaba.

Los muertos vivientes de la zona se han dispersado. Los saqueadores habían neutralizado a muchos de ellos mientras los llevaban de un lado a otro en torno al complejo. Las cámaras tan sólo nos muestran a unos pocos rezagados frente a la puerta blindada de la entrada principal. El zumbado que carga con una roca aún arrastra los pies por allí; lleva ya un mes en ese lugar. Da golpes contra la puerta del refugio y marcha al ritmo de su propio tambor. El silo de misiles vacío está hecho un desastre; John y yo no vamos a ocuparnos siquiera de él. No sé cuál es el motivo por el que esas criaturas se levantan y echan a andar después de muertas, y no quiero meterme allí y correr el riesgo de cortarme con un hueso de mandíbula infectado. Si tuviese un camión de cemento, llenaría el puto agujero y no volvería a pensar en él.

## **28 de Mayo**

18:51 h.

Seguimos con vida, pero nuestra situación se parece mucho a la de los pacientes de una unidad de vigilancia intensiva como las que había antes de que empezara todo esto. Vivían en tiempo prestado, condenados a morir. Estamos igual que ellos. Algún día las estadísticas me darán alcance. Sólo cabe preguntarse cuándo van a hacerlo.

Me iría muy bien hacerme con otro camión cisterna (esta vez sin hacerlo explotar), porque así tendríamos combustible para futuras expediciones que tuviéramos que realizar. Lo aparcaría a una distancia segura del complejo, porque he aprendido del error que cometieron los bandidos. Merecería la pena correr el riesgo con tal de disponer de reservas abundantes de gasolina. No sé muy bien cuánta puede llegar a transportar uno de esos camiones cisterna, pero sí sé que nos bastaría uno sólo para proveer de combustible a nuestros dos vehículos durante un período prolongado. No tendría que costarnos mucho encontrar uno, porque seguro que habrá varios en la autopista interestatal que se halla a unos pocos kilómetros más al norte.

21:05 h.

Más lenguaje *codificado* en la radio. Esta vez cambian de frecuencia cada minuto, de acuerdo con lo que me imagino que debe de ser un protocolo. Un buen sistema de seguridad para las comunicaciones.

## **31 de Mayo**

1:18 h.

No logro dormir. Hoy he charlado durante unas horas con Tara. Me siento como si mi vida ya no tuviera ningún sentido, y no soy el único. Muchos de nosotros añoramos llevar una vida normal, añoramos los tiempos en los que nos aburríamos porque teníamos que ir al trabajo y fichar. Por lo menos, antes de que todo esto ocurriera, ejercía una profesión y tenía objetivos en la vida. Ahora mi único propósito es seguir con vida. Hoy los adultos nos hemos reunido en la sala de estar, hemos bebido ron y nos lo hemos pasado bien. La euforia provocada por el alcohol casi me ha hecho olvidar nuestra situación. Necesitaba un desahogo así. Desde que llegamos aquí, hemos subsistido gracias a las raciones de comida envasada que había en el complejo. Me gustaba seguir una dieta más variada, pero hacer la compra se vuelve cada día más peligroso.

Durante una hora y media hemos celebrado el Día de los Caídos. Ayer salí con Tara a buscar unas pocas flores silvestres de Texas, a modo de recuerdo por todos los que hemos perdido. Yo, personalmente, no creo que existan flores suficientes en el mundo entero. Siento un dolor inenarrable cuando me imagino a mi madre y a mi padre caminando por los cerros de nuestra comarca igual que esas criaturas. Siento la tentación de volver a casa, buscarlos y darles reposo eterno, como tendría que hacer un buen hijo.

Hay que darle clases a Laura. Jan me pidió que le enseñase historia del mundo, porque esa materia me gustaba mucho en mi anterior vida de oficial. Laura me miraba con los ojos como platos mientras le explicaba los orígenes de Estados Unidos, el viaje del hombre a la Luna y cosas por el estilo. Ella no ha conocido un mundo sin teléfonos inteligentes, televisión de alta definición o Internet, y es demasiado joven para haber visto series como «Los Fraguel». No sé lo que daría por volver a la sala de estar de mi casa, a principios de los ochenta, un sábado por la mañana, y cantar de nuevo *Vamos a jugar, los problemas déjalos*. Me siento algo culpable por no tener a nadie de su edad, ningún niño que le tire de las coletas en la escuela.

Tengo que irme a dormir, porque John y yo hemos decidido salir mañana con la avioneta. Buscaremos combustible y daremos una vuelta de reconocimiento. Conservo los mapas del viaje a la isla de Matagorda y

en ellos constan los aeropuerto de esta zona. Además, también querría encontrar una malla sintética de camuflaje para esconder mejor la avioneta.

## HOBBY

**1 de Junio**

1:40h.

John, William y yo despegamos ayer a primera hora rumbo al oeste. Anduvimos con sigilo hasta la avioneta antes de que el sol saliera por al este. La empujamos hasta el prado que había de servirnos para el despegue. Divisamos a lo lejos a unos pocos rezagados que iban por ahí arrastrando los pies. No tardamos en despegar. En el último momento habíamos tomado la decisión de llevar a Will, que había insistido en venir. Logramos establecer una vía de comunicación con el Motel 23 mediante la radio VHP de la Cessna. Si las chicas tenían problemas, podríamos mantener la comunicación. Nuestro objetivo era llegar a un aeropuerto de cierta envergadura en las afueras de un gran centro urbano. La noche anterior, antes de obligarme a mí mismo a dormir, había elegido el aeropuerto William P. Hobby. Se encontraba al sur de Houston, fuera del casto urbano.

El vuelo no fue largo. Sobrevolamos un buen número de poblaciones pequeñas, todas ellas con las mismas manchitas en movimiento: los muertos andantes que se habían adueñado de las calles. No tardamos ni cuarenta y cinco minutos en divisar el aeropuerto Hobby. Me pareció que no correríamos ningún peligro por volar más bajo. Quería asegurarme de que no hubiera seres humanos vivos que trataran de dispararme desde las pistas de hormigón. Mientras nos acercábamos a la extensa área ocupada por las pistas y el aparcamiento de los taxis, descubrí otro símbolo de muerte.

Sobre el asfalto había un Boeing 737 con serias abolladuras en el fuselaje, producto, sin duda, de un aterrizaje forzoso. Era el único avión grande en todo el aeropuerto. Había otros más pequeños (jets privados y avionetas de hélice, igual que la Cessna), pero aquél había sido el último de los grandes aviones de pasajeros en pasar por el Hobby. Antes de aterrizar, dimos otra vuelta para estar seguros de no llevarnos ninguna sorpresa. Divisé un camión cisterna a lo lejos, al lado de uno de los hangares. El hangar en cuestión era más grande que los demás, y probablemente estaba destinado a aviones Boeing como el que había quedado averiado para siempre sobre la pista.

Llevados por la curiosidad, nos decidimos a aterrizar cerca del avión grande, por si encontrábamos dentro algo de valor. Una de las ventajas con las que contábamos era que se hallaba en lugar abierto, separado de los edificios que nos habrían convertido en blanco fácil para cualquiera, para cualquier criatura que pretendiese atacarnos a traición. William se quedaría fuera y montaría guardia junto a la avioneta, mientras nosotros buscábamos la manera de entrar en el avión. Todas las ventanas del 737 tenían la persiana bajada. Tampoco importaba mucho, porque se hallaban a cinco metros de altura. Las salidas de emergencia que había sobre las alas estaban cerradas y no pudimos abrirlas, porque las abolladuras del fuselaje debían de haberlas clavado aún con más fuerza en su lugar. Sólo podíamos contar con la escotilla de emergencia del copiloto, en el costado de estribor del revestimiento de cristal de la cabina.

Miré hacia lo alto, hacia el costado derecho de la cabina, a tres metros de altura, y vi cómo podríamos entrar en el avión. Empuñé un garfio que Will y yo habíamos montado con una cuerda y con chatarra de la que había quedado tras la explosión del camión cisterna, y lo empleé para trepar hasta arriba. Entonces John apoyó ambos pies sobre mis hombros para llegar hasta la salida de emergencia y abrir el cierre hermético de ésta.

Estuve a punto de dejarlo caer cuando tuvo la torpeza de permitir que la pieza de cristal que había quedado suelta cayera dentro. Insulté a John cuando al fin fui consciente de lo que había hecho. Gruñí bajo su peso, porque aún estaba de pie sobre mis hombros, y le pregunté si se oía alguna reacción al estrépito que había armado. Me respondió que no, pero también me dijo que el olor que venía de dentro era más que horrible y que la puerta interior de la cabina estaba cerrada. John se agarró a los tubos de Pitot que sobresalían del revestimiento de aluminio del avión y se bajó de mis hombros. Entonces tomamos una decisión.

Yo ya había tenido bastante. No pensaba meter el cuerpo por la estrecha salida de emergencia tan sólo para correr el riesgo de que me arrancaran el culo de un mordisco mientras trataba de recobrar el equilibrio en el interior de la cabina. Aquel avión era una tumba y lo iba a seguir siendo. A duras penas llegaba a imaginarme los horrores que debían de aguardarnos en su interior. Pasajeros con el cinturón de seguridad abrochado, que en ese mismo momento retorcerían el cuerpo en un vano intento por liberarse. Azafatas muertas que irían de un extremo a otro del pasillo, sin abandonar su puesto de trabajo ni siquiera en la otra vida.

Regresamos a la avioneta y seguimos discutiendo qué procedimiento emplearíamos para llevarnos el combustible y otros pertrechos que nos parecieran necesarios. Nuestro objetivo era el hangar. Yo dudaba que pudiéramos mover el camión cisterna hasta nuestra avioneta, así que nos subimos todos de nuevo en ella, la arranqué y la hice rodar por tierra hasta el hangar donde se hallaba el combustible. Cuanto más nos acercábamos, más conscientes éramos de la importancia de disponer de

información fidedigna sobre lo que ocurría en tierra. Vimos movimiento en el aeropuerto desde las ventanillas de la avioneta. Todos estaban muertos. No pensé más en ellos al ver el horror que emergía de las puertas abiertas del hangar al que nos aproximábamos.

Detuve la avioneta y, sin apagar el motor, salté afuera, rifle en mano. John también salió al instante. Will le siguió, y corrió hasta llegar a mi lado. Iba a adelantarse, pero lo detuve con el brazo, igual que mi madre solía ponerme el brazo delante del pecho cuando el coche se disponía a frenar en seco. Estaba tan atento a las criaturas que faltó poco para que chocara con la hélice en funcionamiento de nuestra avioneta.

Retrocedimos y empezamos a matarlos. Debía de tener unos veinte a la vista. Distinguí también sombras en movimiento que danzaban bajo la panza del camión cisterna. El estruendo del motor era tan fuerte que tuve que forzar la voz para que los demás me oyeran: les grité que matasen a los que se acercaban a la hélice para que la avioneta no sufriera ningún daño. Necesitábamos combustible y, al mismo tiempo, había que mantener el motor en marcha mientras nos rodeara el peligro. Era una situación sin salida. Empecé a disparar y ellos dos me imitaron. Acabé con cinco, pero el número seis se negaba a caer. Le pegué dos tiros en la cabeza, pero siguió avanzando hacia mí. Desistí de dispararle a la cabeza y tiré contra las dos piernas para derribarlo.

Mientras John y Will acababan con los demás, maté a los muertos vivientes que aún estaban detrás del camión cisterna. Ya no quedaba ninguno. Fui a examinar el camión cisterna. Golpeé el depósito con la culata del rifle. Sonó a lleno, pero había algo extraño. ¿Cómo era posible que un camión cisterna de los que suelen emplearse para llenar pequeños aviones de hélice estuviera aparcado frente al hangar de los Boeing? Se me ocurrió que quizá yo no fuese el primer piloto que visitaba el aeropuerto desde que el mundo enloqueció. Me pregunté si alguien habría usado recientemente el camión cisterna, o si tal vez me dejaba llevar por un excesivo recelo.

Trepé a la cabina del conductor y miré adentro antes de abrir la puerta. Nada. Las llaves estaban puestas y el vehículo parecía hallarse en perfectas condiciones. El motor arrancó al primer intento. O alguien se había encargado del mantenimiento del vehículo, o yo había tenido mucha suerte con la batería. Pulsé los interruptores de bombeo y volví a salir. Antes de detener los motores de la avioneta, eché un vistazo por todo el perímetro, para asegurarme de que no se produjera ningún ataque por sorpresa. Mientras la hélice perdía velocidad y el estruendo del motor disminuía, me llegó a los oídos, y captó toda mi atención, el enervante tintineo de unas joyas que golpeaban los cristales de la Terminal, unos ciento ochenta metros más allá. Casi parecía que los muertos vivientes protestaran porque nos llevábamos el combustible. Nos veían desde dentro y golpeaban los cristales a modo de protesta. Relojes, anillos y brazaletes sonaban como gotas de lluvia sobre el vidrio templado, incluso a tanta distancia.

Abrí las tomas de llenado y volví al camión. Al abrir la caja de controles para pulsar el interruptor, un folio amarillento, plegado, se cayó al suelo y se alejó, arrastrado por el viento. Corrí tras él y lo atrapé con la bota. Lo desplegué para leerlo:

Familia Davis, aeródromo del lago Charles, Luisiana, 14/5.

Era de una familia... supervivientes. Habían tenido la brillante idea de dejar la nota en la caja de controles del inyector de combustible. Davis había demostrado su capacidad intelectual con un gesto tan sencillo. No se le había ocurrido pintar su nombre y ubicación sobre la pista: lo había dejado en un sitio donde otro piloto pudiera encontrarlo. El combustible de avión no tiene ninguna utilidad en un automóvil, y un camión cisterna que transporta combustible para aviones tampoco. Me guardé la nota en el bolsillo. Al regresar a la avioneta, me di cuenta de que John y Will estaban crispados. Sin quitarles el ojo de encima, llené hasta arriba los depósitos. Parecía que la piel de Will palideciese a la espera de mis palabras.

Había llegado el momento de entrar en el hangar.

No sé por qué tenían tanto miedo. Las puertas del hangar estaban abiertas de par en par, y cualquier criatura que quisiese venir a por nosotros tendría que dejarse ver. Después de tanto tiroteo, estaba casi seguro de que no encontraríamos más criaturas como ésas dentro del hangar. Y no me equivocaba.

En el momento en que los tres pasábamos por el umbral, estuve a punto de mearme encima. Algo salió volando de la oscuridad y casi me golpea en la cabeza. Parece que una familia de golondrinas se había construido el nido de verano justo encima de la entrada y la madre no quería que me acercase a los polluelos. Oí sus gorjeos en lo alto. Me pregunté a cuántos muertos vivientes habría arrancado los ojos durante las últimas semanas. Me aparté del nido y me concentré en buscar suministros. El hangar tenía numerosas claraboyas de plexiglás en el techo. Era un bonito día soleado. El olor a muerte flotaba en el aire, pero el de putrefacción se había marchado con los muertos vivientes cuando salieron del hangar para caer a manos de nuestra pequeña partida. No tardamos mucho en encontrar la puerta que conducía a la sala de suministros.

Abrí lentamente la puerta, con un palo largo que se solía emplear en la limpieza de las ventanas de los aviones. Lo único que oímos fue la naftalina. En aquella sala no había nada. Aunque me hubiera acostumbrado al olor de los muertos vivientes, me percataba también de su ausencia. La sala de suministros casi habría podido considerarse un pequeño almacén. Los estantes estaban llenos de piezas de avión sobrantes y de equipamiento. Era el hangar de suministros y mantenimiento del Boeing. Pero yo no buscaba piezas de motor de avión.

Lo que buscaba eran radios y otro equipamiento de supervivencia. Entonces encontré algo que tenía que llevarme por fuerza. Había hileras de aparatos con aspecto de maletín negro en los que se leía la etiqueta «Inmarsat». Habíamos tropezado con teléfonos portátiles por satélite para aviones. No tenía ni idea de si aún funcionarían. Con todo, en el extremo derecho del estante había cuatro que conservaban el envoltorio de plástico. Cargamos con los cuatro y los llevamos hasta la puerta. Seguimos con la ronda por la sala de suministros y encontramos numerosas radios portátiles para emitir señales de socorro, lanchas hinchables y otros artilugios por el estilo. Cogimos los teléfonos por satélite y las radios portátiles de mantenimiento VHF, y nos largamos.

Habíamos llenado el depósito, teníamos cuatro teléfonos por satélite nuevos, radios portátiles VHF, y también habíamos hecho un sorprendente descubrimiento: una familia había partido pocas semanas antes hacia un aeródromo de Luisiana. Había llegado el momento de marcharse. En cuanto hubimos cargado la avioneta, iniciamos el viaje de regreso. Esta vez volé por encima de los 2000 metros hasta que casi nos hallamos sobre el Hotel 23. No quería correr el riesgo de que alguien nos disparara. Cuando nos acercábamos al complejo, llamé por radio a Jan y a Tara, y les dije: «*Navy One* ha alcanzado su objetivo y está a punto de aterrizar.» Me había apetecido emplear la fórmula con que solían anunciarse las aeronaves de la Armada que transportaban al presidente de Estados Unidos, pero nadie lo pilló. Apuesto a que Davis sí lo habría pillado. Aterrizamos y ocultamos de nuevo la avioneta. Entré en el complejo sin dejar de pensar en la familia Davis y me pregunté si habrían logrado llegar al aeródromo en cuestión.



## LA TORRE DE CHARLES

### **4 de Junio**

22:21 h.

Durante estos últimos tres días he discutido con todo el grupo si tengo que tratar de encontrar a la familia Davis en el lago Charles. He estudiado los mapas y no está muy lejos. Pero, por supuesto, si finalmente voy en su busca, calcularé la distancia exacta y el combustible necesario para el viaje. Los otros parecen creer que los riesgos superan con mucho a los beneficios que obtendríamos por encontrarlos. John se mantiene neutral en la discusión, pero Jan, Tara y Will se obcecán en que una expedición como ésta podría transformarse fácilmente en misión suicida.

Logramos cargar los teléfonos por satélite, pero, por desgracia, como ya habíamos previsto, no hay nadie a quien podamos llamar. Sin embargo, no tenemos problemas para conseguir línea con otros teléfonos. No hemos tardado mucho en comprender cómo funcionan. Lo único que no sé es quién nos va a mandar la factura del consumo. Sé que esos teléfonos pertenecen a las líneas aéreas, y también que no queda nadie que pueda mandarnos una factura por el empleo del satélite; me preocupa que pueda existir un sistema automatizado de desconexión que se active en cuanto hayamos consumido cierto número de minutos.

Me pregunto qué es lo que estarán haciendo ahora mismo en el lago Charles. Me pregunto si se les ocurrió que alguien pudiera encontrar la nota. Siento la necesidad de ponerme en contacto con ellos, aunque tengamos que lanzar uno de los teléfonos por satélite desde la avioneta con un paracaídas improvisado. Ya habría sido algo. Habríamos podido comunicarnos con ellos, conseguir más información, ideas nuevas.

### **8 de Junio**

2:26 h.

Partiré esta mañana. John y los demás se quedarán aquí por si tengo que traer a alguien de vuelta. No quiero obligar a la avioneta a cargar con demasiado peso. Espero que se hayan quedado cerca del aeródromo del lago Charles. Ahora, al contemplar esta hoja de papel amarillo que tiene casi un mes, me pregunto si seguirán con vida o si se habrán encontrado sitiados, como ese día lo estuvimos John y yo en la torre. Ha faltado poco para que William me rogase que le dejara venir conmigo, pero, como he dicho antes, es posible que regrese con supervivientes. Como no tengo ni idea, no puedo correr el riesgo de cargar demasiado el avión. Me voy a llevar dos teléfonos por satélite con la carga completa y el armamento habitual: una pistola con cincuenta cartuchos de nueve milímetros y un fusil con algunos cientos de balas. También llevaré comida y agua para dos días en el compartimiento de aviónica. Se me había ocurrido que podía escribir unas frases ingeniosas y creativas en este diario, por si son las últimas que escribo. Como no soy ingenioso ni creativo, tomaré prestadas unas grandes palabras de un hombre que está muerto (de verdad) desde hace mucho tiempo:

«Hasta el fin forcejearé contigo; desde el corazón del infierno te acuchillaré; por odio te escupiré mi último aliento», Melville / Ahab.

Me voy al *Pequod*.

22:01 h.

Doscientos setenta kilómetros, ésa es la distancia hasta el lago Charles. No ha sido un vuelo directo porque he sobrevolado una vez más el aeropuerto Hobby para comprobar que el camión cisterna aún estuviese disponible, por si lo necesito durante el viaje de vuelta. Si supero los novecientos kilómetros, la avioneta se precipitará al vacío.

Al pasar sobre Hobby a seiscientos metros de altitud, he visto el camión cisterna tal como lo habíamos dejado. También he visto que una de las ventanas de la terminal se había hecho añicos y que un buen número de muertos vivientes entraba y salía por esa nueva abertura, por la que se accedía a un tejado, a unos seis metros de altura sobre la calle de rodaje.

No he visto a ninguno de ellos cerca del camión cisterna. De todas maneras, sé muy bien que las caídas no les dan miedo, y que se arrojarán desde el tejado si piensan que con ello van a comer. Satisfecho con lo que había visto, me dirigí hacia el nordeste, hacia el lago Charles. En el momento de terminar el ascenso, a dos mil metros de altitud, el sol brillaba en lo alto y su luz me daba en los ojos. Al cabo de treinta minutos

he visto en la lejanía lo que quedaba de la ciudad de Beaumont. Me he decidido a volar bajo y buscar posibles supervivientes. Según los mapas, era una ciudad de tamaño medio.

El fuego y el humo se arremolinaban en torno a los edificios más altos, así como en su interior. Parecían gigantescas cerillas de alturas variadas, cada una con su propio tipo de fuego y humo. Habría podido ahorrarme el viaje si el sistema de fotografía por satélite del complejo funcionara bien. Hace dos semanas perdimos el *Louisiana Pass* (cobertura por satélite). Me hubiera gustado mucho poder teclear las coordenadas del lago Charles y encontrar la respuesta a mis preguntas sin tener que salir.

Esa zona no tenía electricidad. Todos los faros rojos anticolidión instalados en las grandes antenas de radio estaban apagados, y ello ha contribuido a que mi vuelo fuera más entretenido. He volado a poca altura, a poca velocidad, y he observado las calles y edificios de Beaumont que no estaban incendiados. He forzado la vista tanto como he podido, pero no he hallado supervivientes. Los únicos que ves de paseo en este bonito día de verano son ellos... los que no son de los nuestros.

Después de hacer tres pasadas sobre lo que me parecía que era el centro urbano, me he convencido de que no había supervivientes. Por lo menos, no había ninguno que tuviera ningún medio para hacer notar su presencia. El aeródromo del lago Charles se hallaba a unos ochenta kilómetros al este de Beaumont. Si mantenía la velocidad, llegaría en veintiocho minutos. Esa espera se me ha hecho larga. La posibilidad de encontrarme con otros supervivientes me provocaba cierta aprensión. No tenía ni idea de lo que podía esperar. La nota que llevo en el bolsillo dice claramente: «Familia Davis», pero no sabía si ese tal Davis sería amigo o enemigo. ¡Qué diablos! La nota databa del catorce del mes pasado y no tenía garantías de que siguieran en pie, o, por lo menos, vivos y en pie.

No he tardado en divisar el perfil de bota del lago, que se veía cada vez más grande frente al morro de la avioneta. A juzgar por el mapa, se hallaba al sur, y algo más al oeste que mi punto de destino. Tenía que encontrarlos. A los demás les iría muy bien poder contar con otro piloto si sucediera algo. Al menos, tener a Davis con nosotros sería como una especie de póliza de seguros. El sol aún brillaba en lo alto. Faltaba poco para las dos cuando he llegado a la zona del aeródromo. He tenido que pasarme un rato mirando por la ventana para encontrarlo entre el caos y el humo de las áreas urbanas. He apuntado hacia abajo con el morro, he disminuido la velocidad hasta los setenta nudos y he iniciado el descenso. He visto numerosas figuras cerca de la pista.

Desde la avioneta, parecía que hubiera numerosos supervivientes. A pesar de la distancia, he distinguido su ropa de colores brillantes, muy distinta de la sucia y raída que suelen llevar los muertos vivientes. Incluso parecía que trabajaran, porque me ha parecido ver a alguien que acarreaba conos de señales... esos conos que llevan un faro incorporado y se emplean para guiar a los aviones hasta su estacionamiento.

No sé qué me ha llevado a ver lo que deseaba, pero pronto me he dado cuenta de que mis ojos me habían engañado. Los muertos vivientes habían tomado el aeródromo. Un buen trecho de vallas se había venido abajo en su perímetro oriental y los muertos vivientes habían entrado en tropel. He enderezado el morro y he tratado de acercarme a la torre, por si la familia Davis estaba sitiada en su interior. Nada. Nada, excepto ellos. Estaban por todas partes, incluso dentro de la torre. Al acercarme al inicio de la pista, he divisado una avioneta. Las puertas estaban abiertas y a su alrededor había un gran número de cadáveres por el suelo. Eran tantos que no he podido contarlos. Había varios en torno a las hélices, como si éstas los hubiesen despedazado. También he visto numerosos miembros amputados, sobre todo brazos, en torno a la proa de la avioneta.

Mis sospechas se han visto confirmadas cuando estaba a punto de regresar. En el mismo momento en el que había decidido que era el momento de marcharse y volver al complejo, les he visto. He visto a dos personas que me hacían señas frenéticamente desde una pasarela que circundaba la torre de agua más grande del aeródromo. Un chaval y una mujer agitaban los brazos para pedirme que les salvara la vida. He hecho otra pasada y he mecido las alas para darles a entender que los había visto. Tenían un saco de dormir y varias cajas sobre la torre. No parecía muy creíble que hubieran sobrevivido después de pasarse quién sabe cuánto tiempo a la intemperie, atrapados ahí arriba. Volaba demasiado rápido para verlos bien, pero lo bastante lento como para saber que estaban vivos.

La torre de agua se encontraba fuera del aeródromo, al otro lado de una valla metálica rota. Las masas de muertos vivientes que arañaban sus pilares me habrían puesto antes sobre la pista de no ser porque estaba rodeado de árboles y arbustos. Al pasar por encima he visto a los muertos vivientes que se esforzaban sin tregua por trepar por la torre.

No podía aterrizar en el aeródromo. Al haberse roto la valla, las docenas de muertos vivientes que se habían reunido en torno a los supervivientes entrarían en la pista y me derrotarían simplemente por su superioridad en número. El motor de la avioneta los habría atraído. Una dificultad aún más grande sería despegar sin chocar contra ninguno de ellos. Los efectos habrían sido catastróficos. He pensado una manera de decirles que pensaba volver a por ellos, pero la posibilidad de tener que enfrentarme a los muertos vivientes me había disparado la adrenalina y no se me ocurría nada.

He remontado el vuelo y me he alejado del aeródromo en busca de un sitio apropiado para aterrizar. He volado hacia el este, a tan poca altura como me ha sido posible, en busca de un punto de aterrizaje que no estuviera a más de quince kilómetros. De acuerdo con los mapas y con lo que veía desde la cabina, había llegado a la altura de la Autopista interestatal 10. El carril en dirección este se veía lleno de coches. Sin embargo, el que iba en la dirección contraria estaba relativamente vacío. He tenido en cuenta en todo momento la velocidad a la que volaba y la

distancia recorrida para calcular el tiempo que me llevaría volver a pie hasta la torre de agua.

Sin dejar de hacer cálculos mentales, he descubierto una nueva odisea postapocalíptica en tierra. Un buen trecho de la I-10 había desaparecido junto con un paso a desnivel adyacente. Había un vehículo militar de color verde aparcado cerca de un cráter abierto por una explosión, así como numerosos carteles de «Peligro» alrededor. Me imagino que o bien habían volado deliberadamente la autopista después de que empezara la epidemia, o bien el puente se había hundido y la erosión crónica había destruido el trecho de autopista. He iniciado un aterrizaje de emergencia en la Interestatal. Recordaba haber viajado por aquella misma autopista dos años antes, cuando me habían pasado a instrucción militar, y ahora me disponía a aterrizar en ella con una avioneta.

No he encontrado ningún obstáculo. Aunque había divisado escombros a lo lejos, el avión se detendría antes de chocar con ellos. He descendido, pero no sin complicaciones. He empezado a activar los frenos para aminorar la velocidad sobre la autopista. Uno, dos, tres, cuatro de ellos han salido de entre las hierbas altas de la mediana ajardinada que separaba los dos carriles. No tantos como me había temido. Al tirar de los frenos con más fuerza, he sentido una sacudida en los pedales, y la avioneta ha girado bruscamente a la derecha. Había perdido uno de los frenos. No me ha quedado otra posibilidad que emplear el alerón opuesto para enderezar la avioneta e impedir que volcara hasta que la resistencia del aire la detuviese.

Entonces, los escombros a los que antes no había dado ninguna importancia la han adquirido de pronto. He activado el freno que aún funcionaba, mientras movía una y otra vez el alerón opuesto para mantener el equilibrio de la avioneta, y cada vez que lo hacía he besado la hierba que crecía a la derecha de la autopista. He conseguido detenerme a muy poca distancia de los escombros. Si llego a chocar, probablemente habría muerto. El revoltijo de escombros que me había cortado el paso no era sino el cráter producido por otra explosión. A su lado había un camión militar de color verde y un paso a desnivel que se había venido abajo. No me ha parecido creíble que dos pasos a desnivel se derrumbaran al mismo tiempo por pura coincidencia. Probablemente eran obra de equipos de demolición profesional. A duras penas me quedaba un trecho de autopista suficiente para darle la vuelta a la avioneta y despegar de nuevo. Si es que regresaba a ella. He apagado el motor, sin perder de vista en ningún momento a los pocos que venían hacia mí mientras llenaba la mochila para la expedición.

Me he asomado al asiento trasero de la avioneta y he cogido el rifle y los cargadores. He metido los cargadores extra en la mochila y he puesto los demás objetos de primera necesidad en los bolsillos más accesibles. Las armas de cinto ya estaban listas en su lugar. También he guardado en la mochila cuatro botellas de agua y dos raciones de comida preparada.

No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaban sobre la torre, ni de cuánto hacía que no podían beber agua.

He cerrado la puerta de la avioneta y me he vuelto, sobresaltado por el rostro putrefacto y amenazante de una de las criaturas. La he golpeado en la sien con la culata del rifle y le he pateado con fuerza la rodilla para que se cayera al suelo. No merecía la pena gastar una bala sólo en ella ni anunciar mi presencia con el estruendo de un disparo. Mientras me alejaba de la avioneta, no ha vuelto a moverse. He abandonado la Interestatal y me he adentrado en los bosques. Seguiría una ruta paralela a la de la carretera, a salvo de su mirada siempre atenta. Mientras caminaba, los he visto de manera intermitente entre los árboles. Parecían confusos. Sabían que cerca de allí había algo que les interesaba, pero no sabían muy bien cómo sacar provecho de ello. Hacía calor y humedad, pero no me he detenido; mi alma no tenía elección. Finalmente he llegado al sitio donde habían tenido lugar las primeras demoliciones. Al pasar por primera vez, no había visto al soldado muerto, porque se hallaba al otro lado del camión. No me ha sido nada difícil imaginar lo que le había ocurrido. La espalda de la chaqueta se le había quedado atrapada en la puerta del lado del conductor y no le permitía moverse. Llevaba la cremallera cerrada sobre el pecho y un casco de kevlar sujeto al mentón por una correa. Había perdido unos buenos pedazos de carne y músculo en los hombros y el cuello. Era evidente que al tratar de salir del camión, la chaqueta se le había quedado atrapada en la puerta, y así se había producido la catástrofe. Creo que el ganador del premio Darwin de este mes ya está decidido.

No tenía ningún sentido permitir que me viera, porque se habría puesto a aporrear el camión y habría atraído a otras criaturas. Tenía que dejarlo tal como estaba. Una vocecita me decía que pusiera fin a su sufrimiento, porque era un colega militar. Me he acercado al enorme camión por el lado del copiloto y he echado una ojeada al interior. Sobre el asiento había una pistola M-9. Por ese lado, el cristal de la ventanilla estaba subido hasta arriba y la puerta, cerrada. Yo sólo llevaba un rifle y una pistola y no sería mala idea que los supervivientes tuvieran un arma durante la operación de rescate. He cambiado de opinión y he decidido matar al soldado para conseguir la pistola. He bajado del estribo del camión y he caminado hasta la parte de atrás. Era un camión de transporte con plataforma de carga, cubierta con una lona. He mirado en la plataforma de carga. No he visto nada que me pudiera ser útil... tan sólo unas cajas de madera llenas de Dios sabrá qué. Probablemente explosivos. No soy experto en la materia.

He cogido un buen cascote de autopista y lo he arrojado sobre el asfalto, cerca de los pies de la criatura, para que mirase hacia otro lado mientras me aproximaba a ella. Ha funcionado. Me he acercado en seguida y le he metido el morro del arma por debajo del casco, para que el kevlar que le protegía la cabeza no me diera problemas. Le he disparado un solo cartucho. La criatura se ha quedado inerte y no se ha movido

mientras yo abría la puerta. Le he registrado los bolsillos. Nada de valor. He agarrado la M-9 y me he marchado de allí.

No he tenido mucho tiempo para pensar cómo los sacaría de la torre de agua. Teníamos que ponernos en marcha antes del ocaso. No podría neutralizar a las criaturas. Yo contaba con la ventaja que me daban mi cerebro y mis armas de fuego, pero, de todos modos, eran demasiados. Tenía que pensar en otro método. Parecía que no tuviera otra posibilidad que correr hacia ellos y empezar a gritar, o a disparar, para que se apartasen de la torre de agua (salvé de uno modo parecido a la familia Grisham). Pero esto último también era demasiado peligroso, porque no podía llevármelos en coche. Otra vez la falta de planes. Había ido hasta allí con la única idea de aterrizar cerca del lago Charles, contactar con los supervivientes y, tal vez, transportarlos hasta el Hotel 23. No había planeado otro ridículo intento de rescate.

La torre de agua estaba a la vista. He divisado a uno de ellos sobre la pasarela. He tratado de hacerles señas con ambos brazos, pero no me han respondido. He estado a punto de dudar de mí mismo. Me he preguntado si habría ido hasta allí tan sólo para salvar a dos cadáveres. Pero entonces mis esfuerzos se han confirmado. He divisado a una pequeña figura de sexo masculino que orinaba desde la baranda sobre los cadáveres que se encontraban abajo. Aunque la maleza me impedía ver los cadáveres, he sabido en seguida qué era lo que hacía el muchacho. Apuntaba con toda su malicia a las cabezas de los muertos.

Me he permitido una risita y luego he vuelto a lo que estaba. La torre de agua se encontraba a tan sólo diez metros de la valla del aeródromo. En lo alto de la valla no había púas y no tendrá ningún problema para pasar por encima. He ido a toda prisa hasta un trecho donde las criaturas no pudieran verme y, con precisión, he pasado al otro lado. Entonces he corrido hacia el hangar. He visto una hilera de cochecitos eléctricos portaequipajes enchufados a unos cargadores que se encontraban detrás del hangar. Me he acercado lentamente a ellos. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que aquella zona se había quedado sin suministro eléctrico, así que tampoco estaba seguro de que aún funcionaran. He desenchufado uno y lo he empujado hasta el costado del hangar para verlo bien. Había atraído a un cadáver curioso que se encontraba al otro lado de la valla. Debía de haberme visto dar el salto.

Los cochecitos no se activaban con llave. Me imagino que no empleaban llaves para impedir que se cayeran accidentalmente en la pista y provocaran daños en los motores de los aviones. He pulsado el interruptor, me he sentado en el vehículo y he pisado el acelerador. El motor eléctrico ha dado una sacudida, pero el cochecito no se ha movido. He probado con otro cochecito. Había varios y estaban todos ellos alineados detrás del edificio. Lo he conseguido con el tercero que he probado. Se ha oído el murmullo del motor, y entonces el cochecito se ha puesto en marcha y ha avanzado hacia el trecho de valla que se había roto cerca de la torre de agua. Me he detenido en el centro de la pista y he bajado al suelo sin

apagar el motor. He apoyado el rifle en el hombro y he empezado a disparar hacia la base de la torre, para matar a todos los que pudiera antes de que todos los ojos de los muertos vivientes en un radio de tres kilómetros se volvieran hacia mí.

He seguido disparando hasta que todos ellos se han congregado en el agujero de la valla, con los brazos extendidos y deseosos de atraparme. He aguardado a que estuvieran a cincuenta metros de distancia antes de regresar al cochecito y alejarme a toda velocidad. Así, los muertos vivientes se han alejado de la torre. He reducido velocidad mientras seguía adelante por la pista y he cargado el arma. Aunque no estoy muy seguro, creo que debían de seguirme entre doscientos y trescientos.

Había llegado al final de la pista. Me he bajado del vehículo y he empezado a dispararles. Se encontraban a unos trescientos metros. Tenía tiempo. He empezado por matar a los que ya se encontraban dentro del perímetro del aeropuerto y estaban cerca de mí. Luego he disparado selectivamente a la muchedumbre, empezando por los que estaban más lejos. Así, cuando regresara a la torre de agua, tardarían más en darme alcance.

Debían de encontrarse a unos cien metros de mí. Habían atraído a tantas moscas que me entraban ganas de vomitar. Los gemidos de los cadáveres no me impedían oír el zumbido colectivo de las moscas. Aunque debería decir que lo peor de todo eran sus caras reseca y putrefactas. Sus labios se habían contraído en una perpetua sonrisa y sus manos huesudas iban por delante en un intento de capturar algo. Era el momento de ponerse en marcha. He saltado de nuevo al cochecito y he trazado un círculo en torno a la masa de muertos vivientes, y he pisado el acelerador hasta que el talón ha tocado el suelo. Por cuestiones de seguridad, el vehículo no podía ir muy rápido. Como mucho, a quince o veinte kilómetros por hora. Al acercarme a la torre de agua, les he gritado que estuvieran a punto. No sé si me han oído o no. El grueso de las criaturas debía de estar a unos ochocientos metros de mí. Aún había tiempo, pero igualmente tendría que encargarme de los diez o doce que se habían quedado al pie de la torre de agua. La batería del cochecito empezaba a dar señales de agotamiento.

Había llegado al agujero abierto en la valla. El follaje no me permitía ver bien y, por ello, no tenía manera de saber con exactitud qué habría al otro lado. He abierto fuego contra lo que me ha parecido que era una cabeza. He abandonado esa táctica y me he adentrado con precaución en la maleza que rodeaba la torre. Los que se habían quedado allí debían de estar sordos porque se hallaban en un estado avanzado de descomposición. Era posible que ni siquiera hubiesen oído el disparo. Muchos de ellos tenían un solo ojo, y algunos ninguno. Serían un blanco fácil. Al cabo de poco tiempo, la base de la torre ha quedado libre de todo peligro. Les he gritado a los supervivientes que bajaran en cuanto fuera posible.

He oído una voz autoritaria de mujer que gritaba:



## Exilio

—Danny, han lo que ir dice el señor.

Y el mudadlo le ha respondido con voz nerviosa:

—Si, abuela.

El chico ha bajado primero. Debía de tener unos doce años, con el cabello castaño, los ojos de color marrón oscuro, y la piel clara. Luego ha bajado la mujer. Yo diría que tenía cincuenta largos, incluso sesenta y pocos. Tenía el cabello pelirrojo y ondulado, y un ligero sobrepeso. Ambos estaban ya en el suelo con sus escasas pertenencias y me miraban a la espera de que les resolviera sus dudas. Después de haber visto a tantas criaturas juntas, se me agotaba la confianza en mi mismo, igual que se agotaba la batería del cochecito de golf. He empleado todas las habilidades teatrales que aún me quedaban (las que empleaba para interpretar a Abraham Lincoln en el parvulario) y he fingido estar seguro de mi mismo. Les he dicho que me siguieran. Antes de ponernos en marcha he sacado una brida de la mochila y he vuelto al cochecito portaequipajes.

Estaban más cerca, a unos quinientos cincuenta metros y se aproximaban con rapidez. Me he subido al cochecito y he arrancado marcha atrás. Se ha oído una fuerte señal acústica de aviso. He sujetado el pedal con la brida para que el cochecito no se detuviese hasta que chocara con algo o se quedara sin batería. He saltado a tierra y he dado volteretas por el suelo para evitar hacerme daño, mientras el cochecito seguía en marcha con sus estridentes señales de aviso, en dirección hacia la masa de muertos vivientes. Hemos vuelto a la avioneta por el mismo camino por el que yo había ido antes, con especial cuidado de que no nos descubrieran mientras caminábamos torpemente por las espesuras paralelas a la I-10. He oído fuertes gemidos que venían de más atrás, que se nos acercaban desde el aeropuerto. El viento nos venía de cara. No cabe ninguna duda de que pueden localizarnos por el olor, aunque reconozco que en ningún momento me he detenido a examinar a ninguno de ellos lo bastante cerca como para ver si respiran siquiera.

Mientras caminábamos por el bosque hacia la zona donde se hallaba la avioneta, le he dado a la mujer la M-9 que había robado antes del camión militar. Me ha dicho que se llama Dean y que el niño era su nieto, Danny. Les he estrechado la mano a ambos y he sacado la nota escrita a mano sobre papel amarillo que había encontrado en el camión cisterna del aeropuerto Hobby.

La mujer ha mirado la nota. Se ha detenido un momento y sus ojos enrojecidos se han puesto a llorar, y han mirado a los míos. Ha tendido los brazos y me ha abrazado sin dejar de llorar. Al instante he pensado que el señor Davis debía de haber sido un amigo íntimo, o un familiar de la mujer, y que la nota había hecho aflorar recuerdos dolorosos y recientes de su muerte.

—Sé que lo está pasando usted mal, pero no podemos detenernos. A nuestro alrededor hay muchas criaturas como ésas. Ese cochecito de golf no los engañará durante mucho tiempo —le he dicho.

Me ha insistido en que necesitaría un minuto, o dos, para volver en sí. ¿Qué iba a decirle? Si mi madre llega a descubrir que le había faltado el respeto a una persona mayor que yo, me habría arreado en el culo.

Le he preguntado a la mujer qué había ocurrido con el señor Davis y su familia.

Me ha respondido:

—La familia Davis somos Danny y yo. Yo misma dejé esa nota el mes pasado en el aeropuerto regional de Hobby, antes de volar hasta aquí.

Perplejo y espoleado por el levísimo aguijonazo del sexismo en lo más recóndito de mi mente, le he preguntado quién había pilotado el avión.

Me ha sonreído y, por un momento, me ha parecido más joven, y me ha dicho:

—Yo. Soy piloto titulada, o, por lo menos, lo fui en los tiempos en que el título de piloto valía para algo.

He tratado de disimular la cara de gilipollas que se me había puesto, he echado una mirada en derredor por si descubra algún peligro y he reanudado la conversación con la mujer llamada Dean. Danny estaba sentado en el suelo, a sus pies, y su pequeña cabeza también se volvía de un lado para otro en busca de peligros.

Al hablar con la mujer, me sentía en paz, como si fuera la última abuela del mundo y yo quisiese escuchar sus historias.

Pero no era el momento.

Mi principal motivo para detenerme había sido darles un respiro emocional después de lo que acababa de sucederías en la torre de agua. Aunque la mujer fuera más que capaz de cuidar de sí misma, no dejaba de ser una mujer mayor, y me he llevado la impresión de que necesitaba una breve pausa. La mujer llamada Dean mostraba síntomas evidentes de malnutrición. Tenía la piel flácida en brazos y piernas, testimonio del amor que sentía por su nieto. Danny tampoco tenía muy buena pinta, pero era evidente que la abuela le había cedido toda la comida para que pudiera sobrevivir.

Con sentimiento de culpa y algo de tristeza en la voz, les he propuesto que siguiéramos adelante y llegáramos antes a la avioneta. Si nos veíamos obligados a volar de noche, sería muy difícil encontrar el camión cisterna en Hobby. Mientras caminábamos, he querido distraer a Dean de los acontecimientos del día y le he preguntado por qué aprendió a volar. La mujer tenía ganas de contármelo. Me lo iba explicando en susurros y yo miraba entre los árboles que intermitentemente me dejaban ver la

Autopista Interestatal. De vez en cuando, mientras nos dirigíamos a la avioneta, los he visto.

Mientras caminaba, me ha explicado en voz baja que se había jubilado ya como piloto, que había trabajado en la Brigada de Bomberos de Nueva Orleans, y que añoraba el volar y el ayudar a personas necesitadas. También me ha dicho su edad: que se había retirado hacía diez años, al llegar a los cincuenta y cinco. Me ha parecido increíble que esa mujer hubiera podido sobrevivir durante tanto tiempo y, a la vez, mantener con vida al muchacho. Me he quedado pasmado y he sentido verdadero respeto por su afán de supervivencia.

Había unas pocas criaturas en la Autopista Interestatal que se interponían entre la avioneta y nosotros. A tanta distancia, los gemidos de los muertos eran casi un mero producto de nuestra imaginación. Le he contado a Dean que había perdido el freno de la rueda izquierda al aterrizar y que tenía la esperanza de no tener que suspender el despegue, porque un bonito camión militar, grande y verde, nos aguardaba en la autopista un trecho más allá. No ha parecido que le preocupara y tampoco me ha preguntado de dónde procedían mis habilidades en el pilotaje. Simplemente parecía contenta de estar viva. Al llegar a la avioneta, he abierto la puerta y casi sin pensarlo, le he cubierto los ojos a Danny para que no viese el cadáver que había matado poco antes al lado del aeroplano. Pero ¿qué más daba? El chico debía de haberse meado sobre un número de muertos vivientes mayor del que yo hubiera visto jamás.

Tras inspeccionar la avioneta y los cinturones de seguridad, hemos empezado con la rutina de despegue. Dean y yo mismo nos hemos puesto los auriculares de comunicación interna, y ella me ha ayudado con las rutinas, porque lleva más de doscientas horas de vuelo con ese modelo, muchas más de las que llevo yo. El motor se ha encendido sin problema. Hemos arrancado y la avioneta ha empezado a rodar. No tenía ningún sentido probar los frenos. El área estaba despejada; he acelerado hasta los cincuenta nudos. Un único cadáver se acercaba al asfalto de la Interestatal tras salir de la mediana ajardinada que separaba los dos carriles de la I-10. No estaba seguro de si lo conseguiría.

Entonces he notado que alguien agarraba las palancas de mando y tiraba hacia atrás. He oído la voz de Dean por el sistema de comunicación interna, que me decía: «Lo conseguiremos.» No podía creérmelo. La ascensión ha sido más empinada que aquella otra vez en la que John y yo tuvimos que despegar de una pista de tierra antes de que las nucleares borrarán San Antonio del mapa. No han sido los motores los que me han estrujado contra el asiento. Ha sido la gravedad. Habíamos despegado unos trescientos metros antes de lo que debíamos para no estrellarnos contra el cadáver. No me ha quedado más remedio que hacer acopio de coraje y reconocer que Dean era mejor que yo con la avioneta.

En cuanto hemos dejado atrás el camión, el cráter y el paso a desnivel que se había venido abajo, hemos divisado de nuevo el aeródromo. Por

pura curiosidad le he pedido a Dean que sobrevolara las pistas. Mientras las sobrevolábamos, los he visto apiñados en torno al cocherito eléctrico, al otro extremo de las instalaciones. Se había estrellado contra la valla y me imagino que aún debía de emitir señales sonoras, porque los cadáveres estaban muy interesados en él y trataban de hacerlo pedazos. Quizá por el olor, quizá por el sonido, tal vez por ambas cosas.

Dean me ha preguntado adonde nos dirigíamos. Le he pedido que nos llevara hasta su camión cisterna. Lo ha hecho.

Como sentía curiosidad por saber cómo habían llegado a lo alto de la torre de agua, he aprovechado que nos hallábamos a salvo en el aire y le he hecho unas cuantas preguntas. Habían aterrizado en el lago Charles la noche del 14 de mayo. No ha entrado en detalles, pero sus manos, que aún sujetaban los controles, han empezado a temblar cuando me ha contado que tuvo que dejar la avioneta en marcha y correr con Danny hasta la torre para evitar que los devorasen. Tuvieron que subir la torre de agua con todo lo que pudieron llevar en un único viaje. Le he preguntado por qué no huyeron en el avión. Ha contestado a mi pregunta con otra pregunta, porque me ha dicho: ¿Es que al despegar no te has fijado en todos los cadáveres que estaban tumbados en torno a la avioneta, cerca de la hélice?» Me he dado cuenta de que no le gustaba hablar de ese asunto.

Me ha explicado que utilizó la manta para conseguir agua para los dos. En el sexto día, uno después de que se les acabara la que llevaban, había trepado desde la pasarela hasta lo más alto de la torre. Había conseguido abrir el conducto por el que se tomaban muestras del agua potable para hacer pruebas. Había logrado meter hasta quince centímetros de manta bajo el agua. Dean y Danny habían vivido de «agua de manta recién exprimida de Luisiana» durante casi un mes mientras escuchaban los inacabables gemidos de los muertos. Mientras me lo contaba, ha vuelto a llorar.

A la altura de Hobby se nos acababa ya el combustible. Quizá habríamos podido llegar hasta el Hotel 23 con lo que nos quedaba, pero he pensado que no merecía la pena correr el riesgo. Yo sabía que el camión cisterna aún funcionaba, ya que lo había empleado hasta poco, y estaba seguro de que contenía una gran cantidad de combustible. Cuando el sol descendía hacia poniente, hemos sobrevolado Hobby para echar una ojeada. Había muertos vivientes en el tejado adyacente a la ventana destrozada de la terminal, y también he visto a unos pocos en el sudo, al pie del edificio. Algunos habían quedado de tal manera que no podían levantarse. Qué mala puta es la cinética.

He aterrizado la avioneta y la he acocado peligrosamente al camión cisterna. Le he dicho a Dean que se quedara dentro. No le ha gustado la idea y ha querido ayudar, pero he visto en sus ojos que la mujer sabía que yo tenía razón. Después de pasarse un mes en lo alto de la cisterna, víctima del hambre, del calor y del frío, no estaba al ciento por ciento. Es

por eso por lo que durante todo el vuelo he mantenido las manos cerca de los mandos, por muchas horas de vuelo que haya acumulado Dean. Es probable que pilote mejor que yo, pero estaba muy fatigada.

De acuerdo con mi procedimiento estándar para situaciones como ésta, he dejado el motor en marcha y me he acercado al camión cisterna. No he tardado demasiado en llenar los depósitos y he conducido la avioneta hasta la pista para despegar de nuevo. Una vez en la línea de salida, me he dado cuenta de que llevaba casi diez horas sin contactar con el Hotel 23, y que los auriculares tampoco estaban sintonizados con la radio VHF. Dean y yo habíamos ido hablando de camino hacia Hobby y, de todos modos, estábamos fuera del alcance del Hotel 23, por lo que había desconectado el VHF antes de despegar en la Interestatal para evitar la estática. Dean ha empleado los mandos del copiloto para despegar, igual que en el despegue anterior los había empleado para esquivar el cadáver. He mantenido las manos sobre mis propios mandos por si tenía que ayudarla.

Mientras despegábamos y sintonizaba las radios para contactar con el Hotel 23, he visto por el rabillo del ojo un cadáver que se asomaba por la ventana de la cabina de pilotaje del Boeing en el que John, Will y yo mismo habíamos tratado de entrar varias semanas antes. Había quedado atrapado por la cintura y he visto que agitaba los brazos en un fútil intento por dejarse caer sobre el hormigón. Toda la actividad que había tenido lugar recientemente en el aeropuerto debía de haber puesto nerviosos a los muertos vivientes encerrados en aquel gigantesco sarcófago de varios millones de dólares.

He hablado al micrófono:

—H23, *Navy One* al habla, cambio.

Se ha oído la voz de John. Estaba frenético. Me ha respondido de acuerdo con los procedimientos estándar en las comunicaciones por radio para no revelar nombres ni ubicaciones.

—*Navy One*, H23 al habla. Hace horas que tratamos de contactar contigo. En este momento el H23 no es seguro.

Le he preguntado qué sucedía. Al instante he tenido miedo de que nos atacase de nuevo el único enemigo aún más peligroso que los muertos.

Me ha respondido diciéndome que había tenido lugar una concentración reciente de muertos vivientes en el área de aterrizaje y en el entorno de la valla posterior, y que aterrizar allí sería peligroso, porque debía de haber un centenar en el mismo lugar en el que trataría de posarme. Le he preguntado si tenía alguna manera de despejarlo, porque regresaba con «un alma más otras dos a bordo». Me ha respondido que dentro de veinte minutos estaría demasiado oscuro como para poder hacer nada. Le he dado la razón. Sería un suicidio ir allí de noche y tratar de echarlos, y, en cualquier caso, no tenían ninguna garantía de conseguirlo. Y que bastaría con que la avioneta golpeará a una de esas criaturas a ochenta nudos

para provocar daños en la estructura y en el motor del aparato, y una muerte rápida a todos sus ocupantes. Teníamos que encontrar en seguida un sitio donde pasar la noche.

Por razones obvias, no podíamos contar con el aeródromo del lago Eagle. No podía exponerme a correr riesgos y aterrizar con la avioneta en terreno desconocido. Tendría que encontrar otro aeródromo. He empezado a buscar candidatos en el mapa. He descubierto uno muy pequeño, llamado Stoval, a unos veintidós kilómetros al suroeste del H23. Tendría que bastarnos. El sol se habría puesto cuando llegáramos, por lo que deberíamos intentar otro aterrizaje con gafas de visión nocturna.

En esta ocasión no pensaba apagar los motores, porque no tendríamos dónde refugiarnos si la cosa nos salía mal. Habría que correr el riesgo con el estruendo de los motores. Como no sabía de qué manera reaccionaría Dean, le he pedido a Danny que buscase en mi mochila y sacara la caja verde de plástico reforzado. Lo ha hecho. Dean llevaba los mandos. He empezado a explicarle a ella lo que tendríamos que hacer y le he dicho que no temamos otra opción. Le he ordenado que apagase las luces de colisión exteriores y se preparase para pasarme el control en cuanto estuviese demasiado oscuro para ver nada en tierra. Le he indicado el aeródromo al que nos dirigíamos. Ha alterado levemente el rumbo y nos hemos dirigido hacia allí.

He sacado las gafas de la caja y me las he puesto. Quería que mis ojos tuvieran todo el tiempo necesario para acostumbrarse, simplemente para ir más seguro. He rebajado tanto su intensidad que parecía que las gafas fueran una venda en vez de un instrumento para ver de noche. Estaba ya muy oscuro. Al mismo tiempo que ajustaba los intensificadores de las galas, le he pedido a Dean que me pasara los controles. El paisaje ha cobrado vida en el color verde que me resultaba ya tan familiar.

He empezado a buscar el aeródromo, pero no estaba allí. He seguido buscando y buscando, siempre con el mapa en la mano. He tardado veinte minutos en darme cuenta de que lo habíamos sobrevolado ya varias veces. El aeródromo estaba abandonado y no tenía torre de control. Los hierbajos habían invadido la pista hasta el punto de que casi podríamos cortarlos con la hélice cuando aterrizáramos. De todos modos, no me era imposible distinguir el hormigón y los contornos de la pista. No había nada en la zona, salvo un único hangar. Me he acercado para ver si tenía alguna puerta abierta. Me ha parecido que estaba cerrado. He virado con la avioneta para el aterrizaje. Al haberme acostumbrado al problema de percepción de profundidad que padecía con las gafas, esta vez he aterrizado mejor. He dejado la avioneta en posición para el despegue de mañana, he apagado el motor y me he quedado en vela.

Ahora mismo duermen. Hemos aterrizado hacia las 21.00 horas. He contactado con John y le he informado de nuestras coordenadas. Me ha dicho que mañana saldrá con Will en el Land Rover para acabar con ellos y que no me preocupe. Se ha reído y me ha dicho que me acordase de

## Exilio

encender la radio por la mañana, y que estaría pendiente de la suya durante toda la noche. Le he preguntado cómo se encontraba Tara. John me ha dicho que estaba sentada a su lado y que decía que me echa de menos.

### **9 de Junio**

2:18 h.

Veo movimiento en la lejanía, en el perímetro exterior del aeródromo. No estoy seguro de lo que es. Las puertas de la cabina están cerradas y tengo sueño, pero me niego a dormirme. Dean está despierta. No le digo lo que veo.

3:54 h.

El movimiento que había divisado en la lejanía resulta ser una familia de ciervos. He visto en seguida que eran criaturas vivas por el reflejo que las gafas de visión nocturna me mostraban en sus ojos. Los muertos vivientes no comparten esta reconfortante característica.

6:22h.

Ha salido el sol y tenemos la radio encendida. He hablado con John y me ha dicho que dentro de una hora, como mucho, habrán despejado la pista. No se aprecia ningún movimiento en esta zona y la familia de ciervos se ha marchado. Dean y Danny se han comido buena parte de la comida que traje. No se lo voy a reprochar.

7:40 h.

Han llamado; John me dice que ya podemos ir. Despegaremos dentro de poco rato.

## **11 de Junio**

9:40 h.

Llegamos al Hotel 23 por la mañana del día 9 sin ningún incidente. Jan se mantuvo en contacto con nosotros mediante las radios VHF y nos comunicó la posición de John y Will mientras estábamos en el aire y ellos alejaban a los muertos vivientes de nuestra pista de aterrizaje. Antes de descender hacia el H23, le dije a Dean que no esperara gran cosa de nuestro refugio y que íbamos a ser tan sólo nueve (*Annabelle* incluida). Danny viajaba en el asiento de atrás y se había puesto unos auriculares. Eran demasiado grandes para él y me hizo gracia que se le resbalaran de los oídos mientras nos preguntaba: «¿Quién es *Annabelle*?» Le he dicho a Danny que teníamos una cachorrilla en el Hotel 23, que se llamaba *Annabelle* y que le encantaban los niños. Danny se ha puesto a llorar de alegría al pensar que por fin podría estar con un animalito simpático y no tendría que ver «gente fea», como él los llamaba.

No le dije nada sobre Laura para que se llevara una sorpresa. A duras penas puedo imaginarme la alegría que se llevó al ver a una niña de su edad, con la que podría jugar, aunque fuese una *niña*. A pesar de que sólo me ocurra una vez cada varios años, sentí el destello de un recuerdo, el olor familiar de un baúl viejo de madera de cedro repleto de objetos que evocaban tiempos pasados... Aún recuerdo cómo era la vida a los doce años.



## PETRÓLEO

**14 de Junio**

22:47 h.

Hoy hemos tenido una reunión. Hemos asistido los nueve, aunque Laura, Danny y *Annabelle* no han prestado atención. Se han quedado jugando en silencio en un rincón mientras hablábamos. El aspecto de Dean ha mejorado mucho. Le he explicado todo lo que nos ocurrió recientemente en el Hotel 23 con los bandidos y le he hecho un resumen de quiénes somos los que estamos aquí y cómo nos conocimos.

Ella también nos ha contado unas cuantas historias sobre lo que tuvo que hacer para sobrevivir durante los meses que pasaron hasta que quedó atrapada en la «Torre de Charles». Nos ha dicho que estaba con el pequeño Danny en Nueva Orleans y que había oído el aviso de que iban a tirar una bomba sobre la ciudad, y que trataron de llegar en su avioneta al área segura más cercana. Pero no lo consiguieron. Habían pasado varios meses de aeropuerto en aeropuerto, sacando comida, agua y combustible de donde pudieron, hasta que finalmente se agotó su suerte.

Dean ha asumido el cargo de abuela oficial, ya que cuida de los niños y nos da consejos. Llegó hasta el punto de venir a verme ayer en privado para decirme que se había dado cuenta de que Tara está enamorada de mí. Yo ya lo sabía desde hace tiempo, pero he estado demasiado preocupado por nuestra mera supervivencia como para hacer algo al respecto. Me preguntó para qué quería sobrevivir si no tenía a nadie a quien amar, ni que me amara a mí. No le contesté. No estaba de humor para emotividades. Aún nos encontramos en medio de graves problemas y no creo que me quede tiempo para amores y romances.

Le pregunté si se había encontrado con otros supervivientes mientras viajaban de aeropuerto en aeropuerto. Me contó otro horrible relato en el que ella y Danny trataron de rescatar a dos supervivientes que les habían hecho señas desde un aeropuerto. Centenares de muertos vivientes avanzaban hacia los dos supervivientes, pero éstos no alcanzaban a verlos, porque se interponía una colina. Dean había sobrevolado el área donde se hallaban los muertos vivientes en un intento por advertirles del peligro. Pero ya era demasiado tarde. En el momento en que los supervivientes se percataron de lo que ocurría, los muertos vivientes se

encontraban ya en lo alto de la colina. Engulleron a los vivos como una marabunta.

Dean se había sentido culpable por el incidente y se había preguntado a menudo si los supervivientes habían salido a las pistas tan sólo para hacerles señas a ella y a Danny. En un intento por consolarla, le dije que lo más probable era que hubiesen estado allí de todos modos y que ella no había hecho otra cosa que sobrevolar la zona en ese preciso momento. Lo más probable es que se expusieran a salir a campo abierto tan sólo para hacerles señas, pero ¿para qué torturarla con ese pensamiento?

Últimamente practico ejercicio con satisfactoria regularidad. La presencia de muertos vivientes ha descendido notablemente en los alrededores del complejo desde que tuvo lugar el ataque de los forajidos. He instalado una barra para hacer flexiones de brazos en la sala de control. La he hecho con chatarra y he utilizado bramante para sujetarla a las vigas del techo.

John ha estado todo el tiempo pendiente de las radios y no ha detectado ni rastro de transmisiones cifradas, ni de nada. Al parecer, Dean cree que aquí estaremos a salvo siempre y cuando vigilemos nuestro entorno. La he informado de que existe más de una manera de entrar y salir del complejo. Uno de estos días la llevaré de visita guiada por todo el Hotel 23. No es novata en el manejo de armas de fuego y tengo la sensación de que, llegado el momento, sabrá actuar. Es una mujer curtida, producto de un sistema de educación anticuado. Perdió a su marido por causas naturales años antes de que los muertos vivientes empezaran a caminar. Conocía la muerte. Lo que no conocía eran los muertos andantes.

## **17 de Junio**

21:06 h.

Nos hemos quedado sin GPS. Estoy seguro de que los satélites siguen ahí, pero ahora que las estaciones terrestres no los recalibran a intervalos regulares ya no transmiten bien, y no logro captar sus señales con el receptor. El sistema de navegación interno DVD/GPS del Land Rover ya no nos sirve para nada. Al no tener GPS, vi muy clara la necesidad de probar los teléfonos por satélite. Funcionaron bien. John y yo salimos a la superficie con ellos y fui yo quien probé primero a marcar en el mío el número impreso junto al código de barras del aparato que sostenía John. La llamada llegó a su destino, y entonces fue John quien llamó al teléfono que yo tenía en las manos. Aunque sean un excelente medio de comunicación, no podemos fiarnos de ellos. Lo mismo puede decirse de cualquier sistema de comunicación que dependa de complejos

mecanismos gestionados por un tercero. Estos días duermo en la sala de control ambiental, porque les he cedido mi habitación a Dean y Danny.

Aquí hace más frío que en mi antiguo cuarto. Podría haber elegido entre muchas otras salas, pero es que me gusta estar cerca de los demás. Hay incluso un compartimento bastante grande con taquillas y plegatines. Probablemente estaban destinados a supervivientes civiles que pudieran llegar a este sitio durante una guerra nuclear, o después de ésta. Ojalá tuviera una meta útil y positiva que alcanzar en mi vida, aparte de seguir con vida.

Hoy he sacado mi cartera de entre mis efectos personales y he echado una ojeada a mi carnet de las Fuerzas Armadas. El hombre de la fotografía no se parece a mí. Desde luego que ahí está mi cara, y mi nombre, y mi número de la Seguridad Social... pero... esos ojos... eran distintos. Los ojos de la foto no tenían la misma mirada que los del hombre que ahora contemplo en el espejo. La voy a conservar. La guardaré como recuerdo de lo que fui en otro tiempo; un engranaje de un mecanismo más grande que yo. Han pasado seis meses desde el día en que vi por primera vez a uno de ellos cara a cara. Todavía me producen los mismos escalofríos. Estoy seguro de que siempre va a ser así.

## **20 de Junio**

23:09 h.

Ahora mismo llueve con mucha intensidad. El mal tiempo nos está dando problemas importantes con el circuito cerrado de televisión. Provoca estática y pérdida de estabilidad de la imagen. Los muertos vivientes de esta zona están muy dispersos, pero aún los veo a la luz de los relámpagos. Las radios no nos han dado ninguna alegría. Ahí fuera no hay nadie, o, por lo menos, no hay nadie a nuestro alcance. Para pasar el rato mientras dura la tormenta, he ojeado el diario del hombre que montaba guardia. Los acontecimientos recientes en el Hotel 23 me habían hecho olvidarlo.

La noche anterior había ido a mi antigua habitación para recoger mis últimos efectos personales y entonces lo encontré. Dean había puesto mis cosas en la caja de cartón y me dijo que había sido muy amable al cederles mi habitación a ella y a Danny. Me dijo que había encontrado mi diario personal, pero que, por supuesto, no lo había abierto. Le expliqué que no era mío y que había pertenecido a una persona que en otro tiempo estuvo apostada allí. Le dije que lo guardaba para esa persona. Dean lo comprendió y me lo entregó. Se preguntaba si había metido la pata.

La obsequié con una sonrisa tranquilizadora mientras le tomaba el diario de las manos, lo metía en la caja y me marchaba a mi nuevo alojamiento

## Exilio

en la sala de control ambiental. He esperado a esta noche para volver a abrir el diario personal del capitán Baker. La página del 10 de enero tenía la punta doblada y me he acordado de que ya la había leído. He pasado la página y he empezado por el 11 de enero.

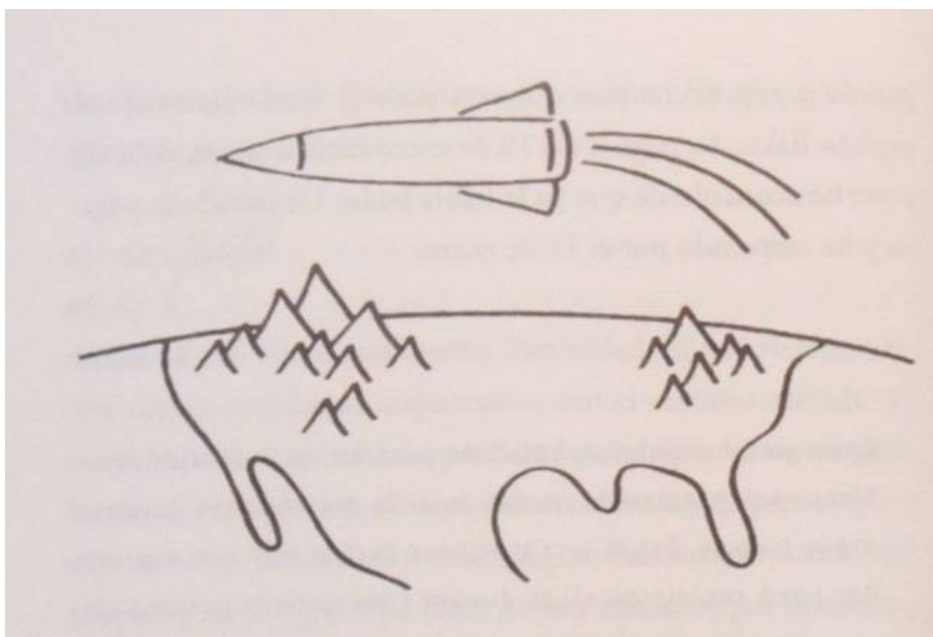
11 de enero

Como ya me esperaba, tal como pone en los mensajes recibidos recientemente, no nos dejarán marcharnos, durante algún tiempo. Estas instalaciones serían más que adecuadas para residir en ellas durante un período prolongado, pero la vida en el subsuelo pasa factura a la mente. A diferencia de mí, está casado, y no sé durante cuánto tiempo se mantendrá cuerdo si la orden de permanecer en el subsuelo sigue en pie. Se pasa el día soñando despierto y le escribe cartas a su mujer, cartas que ni siquiera podrá enviar hasta que el Alto Mando nos autorice a salir a la superficie.

He recibido informes oficiales acerca de la situación en Asia. Su grado de confidencialidad es más alto que el de este diario y no puedo poner nada aquí.

Sé que aquí abajo no correremos peligro, ocurra lo que ocurra, y eso es lo importante para el sistema estratégico de disuasión de Estados Unidos.

Aparte de estas líneas, no había nada más en la página, salvo un bosquejo a mano de un misil que surca los aires por encima de lo que parece ser Estados Unidos.



## **23 de Junio**

21:50 h.

Tengo un dolor de cabeza espantoso. Por lo general me obligo a beber la suficiente agua para no deshidratarme, pero hoy no he pensado en ello. Tengo una jaqueca producida por la deshidratación y, por mucha agua que beba, esto no mejora. Tendré que esperar a que se me pase. Por la mañana del día 21, John, Will y yo salimos para hacer una ronda de exploración. En lugar de ir en dirección a los crucifijos, nos encaminamos al oeste, hacia la pequeña ciudad de Hallettsville. No nos llevamos el Land Rover, porque queríamos movernos en silencio y evitar que nos detectaran. Nada obsta para que todavía pueda haber bandidos en esta zona.

Anduvimos por los campos y por plantíos abandonados. Hada seis meses que no había nadie vivo para cultivarlos, y por ello no nos sorprendió su estado. Habíamos saltado la enésima cerca para entrar en una granja abandonada cuando descubrimos los símbolos de la codicia y el poder de Estados Unidos. Allí, inmóviles, se encontraban una gran refinería y el esquelético armatoste de las gigantescas unidades de bombeo. La hierba había crecido a su alrededor y era evidente que llevaban varios meses sin funcionar.

Me imagino que la única ventaja de esta masacre es que ahora disponemos de reservas de petróleo para varios miles de años. La mala noticia es que no queda nadie con vida que domine el arte de retinar el petróleo y, por ello, las reservas tienen la misma utilidad que un colisionador de ladrones. John y yo venimos comentando desde hace tiempo la necesidad de disponer de manuales técnicos sobre todas las materias, desde la agricultura hasta la medicina, pasando por otras disciplinas como el refinamiento del petróleo. La información que necesitamos debe de encontrarse dispersa por un número incalculable de bibliotecas abandonadas a lo largo y ancho de Estados Unidos. Sin embargo, podríamos perder la vida en el intento de encontrarla y transportarla hasta el Hotel 23.

Al pasar junto a una segunda unidad de bombeo, hice un nuevo y macabro descubrimiento. Me imagino que las bombas siguieron funcionando durante un tiempo después de enero, cuando el mundo se acabó. Parece que uno de esos cabrones cayó aplastado bajo el brazo pendular de la bomba y su abdomen quedó atrapado en la maquinaria. No estoy seguro de que si aun así revivió. No le presté atención y pasé de largo. Estaba claro que las aves habían hecho su trabajo con la putrefacta monstruosidad.

Mientras pasábamos, William tuvo que obligarse a sí mismo a no mirar a la criatura. Seguimos adelante sin detectar signos de vida. Nuestra táctica consistía en evitar al adversario, porque no disponíamos de silenciadores ni de armas silenciosas. Abriríamos fuego tan sólo si no teníamos otra manera de salvar la vida. Esquivamos a tres muertos vivientes por el campo antes de volver a casa. Se movían bien, pero, aun así, eran demasiado lentos como para darnos alcance. Nos seguirían, pero dudo que pudieran saltar las diversas vallas que se interponían entre el complejo y la explotación petrolífera. John y yo comentamos de nuevo la necesidad de reunir libros de referencia, por lo que vamos a planear y ejecutar la operación durante los próximos días.

## SIEMPRE FIELES

**26 de Junio**

18:53 h.

Durante uno de los turnos ordinarios de vigilancia de la zona de aparcamiento, hemos detectado que algo se movía en la carretera. Tenía toda la pinta de tratarse de un blindado ligero de ocho ruedas para misiones de reconocimiento como los que emplea el Cuerpo de Marines. Había tan sólo uno. Se movía a gran velocidad, y visto desde el complejo, avanzaba hacia el nordeste. Ojalá hubiera grabado la imagen, porque entonces habría podido ampliarla y ver mejor al conductor. Mi única conclusión es que debía de tratarse de una misión de reconocimiento y que él o ella había ido hasta allí tan sólo para observar y luego regresar e informar de la situación a la persona que estuviera al mando. Puede ser que me equivocara y que fuese una unidad de renegados del ejército que merodeaba arma en ristre por el campo con su vehículo de blindado ligero LAV. No sé mucho sobre esos vehículos del ejército estadounidense y tan sólo había visto uno en una ocasión. Son anfibios y pueden aguantar durante un buen rato los disparos de armas ligeras.

Quizá se tratara de uno de los últimos restos del Cuerpo de Marines en esta zona. Quién sabe si todavía serán leales a la causa. Si yo lo fuese, no estaría escribiendo esto.

Pocas horas después del avistamiento del LAV, Dean y yo hemos salido con los niños a jugar. Le he contado mi plan de ir con John hasta las afueras de una ciudad en busca de manuales técnicos que nos puedan ser útiles. Creo que la idea le gusta. De todos modos, me ha dicho que ya estaba al corriente de mi plan. Tara se lo había contado después de hablar con John. Al parecer, Tara creía que era una locura. No le había hablado de lo que sentía por mí, pero parece capaz de comentar cualquier asunto con Dean. El caso es que Dean me ha advertido que Tara podría alterarse si me expongo a salir del complejo por algo tan trivial como unos libros. Después de haber visto hoy mismo ese vehículo militar, no estoy seguro de lo que tengo que hacer. Sí sé que necesitamos manuales médicos específicos, porque tenemos dos niños y una anciana en el complejo. No soy médico. Lo más parecido que tenemos a un médico es Jan.

## **29 de Junio**

19:13 h.

Anoche empezó todo. Al principio tan sólo habíamos captado un batiburrillo de sonidos con la radio, pero anoche se intensificaron. Oí una frenética voz humana, ahogada por los disparos de armas automáticas. Sólo era posible distinguir unos pocos retazos de sonido entre el barullo de fondo. Al caer la noche, se hizo el silencio. Mientras John montaba guardia, esa misma noche, volvieron a empezar. Eran las 23.00 horas. La frecuencia y la intensidad de los disparos habían descendido hasta el punto de hacerme pensar en unas palomitas después de apagarse el fuego, cuando empezaron a estallar de manera cada vez más espaciada. La voz se identificó como el cabo Ramírez del Batallón 1.º, Marines 23.º Se había estropeado el vehículo donde viajaba con su unidad y habían quedado atrapados. Dijo que estaba con otros seis. Se les había averiado el motor y habían quedado varados en un mar de muertos vivientes. Se oían alaridos de fondo, pero no sé si alguien estaba herido, o simplemente había enloquecido. Seguramente esos marines eran los mismos que habíamos visto pasar ayer frente al complejo.

Llegado ese punto, John me convocó a la sala de control y tomé la decisión de iniciar comunicaciones con los marines. Abrí el micrófono y dije con voz serena y pausada:

—A la unidad de marines que nos pedía socorro... transmítannos su latitud y longitud. Cambio.

Al cabo de unos segundos de estática, recibimos respuesta:

—A interlocutor no identificado, necesitamos asistencia y rescate. Por favor, repitan su transmisión... cambio.

Les repetí cuatro veces la pregunta hasta que, por fin, el operador de radio nos reveló la latitud y longitud donde se encontraban:

—A interlocutor, creemos que nuestra posición es N29-52, O097-02. Sus señales son débiles y casi incomprensibles, dos sobre cinco. No nos quedan cartuchos y hemos cerrado la portezuela del vehículo. Nuestra situación es desesperada. Ayúdenos, por favor.

No tenía otra opción. No podía permitir que los marines muriesen. Esas cosas no podrían entrar en el LAV, pero los marines tampoco podrían salir. Marqué su posición sobre el mapa y John, William y yo preparamos a toda prisa la salida. Partimos en cuanto nos fue posible, durante la noche, para que la oscuridad nos ocultara. Me llevé una de las radios manuales HF de onda corta, el M-16 con el lanzagranadas M-203, mi Glock y las gafas de visión nocturna. Señalé sobre el mapa el lugar adonde nos dirigíamos y



William propuso que nos lleváramos uno de los contadores Geiger. Estuve de acuerdo. Antes de salir, le pedí a John que me ayudara a cortar los galones de la casaca. No podía arriesgarme a que esos hombres descubrieran que soy... que había sido militar. También nos llevamos varias fundas de cojín por si teníamos que traerlos de vuelta.

Si había logrado aterrizar de noche con las gafas de visión nocturna, no cabía ninguna duda de que también podría conducir un Land Rover con ellas. El único problema era que tenía que conducir por carreteras asfaltadas para evitar que encallase. Aunque era un vehículo todoterreno, si encallaba, su diseño, a diferencia del de el LAV, no soportaría los golpes de centenares de puños muertos y muñones sanguinolentos.

Salimos por la puerta hacia las 00.30 horas y nos dirigimos al noroeste, hacia el punto de encuentro. Al salir del complejo, me arranqué el velcro con la bandera estadounidense que había llevado en el uniforme desde que todo esto empezó. Como he dicho antes, no podía correr el riesgo de que me descubriesen y me obligaran a volver al servicio activo por una causa fútil, o, aún peor, que me metieran en el calabozo. El día en que decidí abandonar mi unidad y sobrevivir me condené a mí mismo. Creo que soy el único que sigue con vida. No había ninguna posibilidad de derrotar al enemigo. No quedaba más remedio que esconderse y aguardar al acecho. De acuerdo con los mapas, nos esperaban cincuenta kilómetros de viaje por un territorio peligroso.

A juzgar por la información que me habían proporcionado, debían de encontrarse a unos doce kilómetros al este de La Grange, Texas. También en esta ocasión, el mapa nos indicó que se trataba de una ciudad muy pequeña. Los marines se hallaban a un kilómetro y pico al suroeste del río Colorado. Técnicamente, estaban inmersos en las profundidades de la zona irradiada. No me había acercado tanto a un área de residuos radiactivos desde el rescate de los Grisham. Esa circunstancia me provocaba cierta aprensión, porque recordaba las retransmisiones del congresista de Luisiana que oí el pasado mes de marzo. Íbamos a entrar en la boca del lobo. Las retransmisiones desde Luisiana cesaron y a menudo me había preguntado qué debió de ocurrir. ¿Cabía la posibilidad de que la expedición organizada por el congresista no hubiera tenido otro efecto que atraer hacia sus posiciones a una legión de muertos vivientes irradiados?

Llegamos hasta la I-10 sin dificultades. Por supuesto que la Interestatal era zona de guerra y las hierbas altas habían crecido sin control entre ambos carriles. Nada obstaba para que hubiera un ejército de muertos vivientes oculto entre la vegetación. Todas esas circunstancias me daban la sensación de hallarme en un escenario surrealista y me hacían tomar conciencia de la rapidez con la que todo se deteriora en ausencia de intervención humana. Al llegar al acceso por el que habíamos de entrar en la 71 Norte, nos encontramos con los restos de cuatro coches que habían chocado entre sí. Nos bloqueaban el camino, porque llenaban todo el espacio que quedaba libre entre un muro de hormigón de gran altura que

cerraba el acceso por un lado y una roca que lo cerraba por el otro. Tendríamos que apartar uno de los coches con la ayuda del Land Rover. Hacía un par de semanas habíamos sacado las bombillas de las luces de cola y frenado. Si no teníamos bombillas, los faros no se encenderían, por mucho que apretara el freno. También habíamos sacado las bombillas de los intermitentes por si alguien pulsaba accidentalmente el botón.

Por supuesto que... siempre hay que contar con la posibilidad de un error humano. John y William bajaron del vehículo para sujetar con la cadena uno de los coches destrozados. Vi con las gafas de visión nocturna que William me hacía señales para que diera marcha atrás. Las imágenes verdes de resolución granulosa no me permitían ver lo que había sobre la rampa más allá de John y William. Tiré hacia atrás... y, al instante, las luces de los retrovisores central y lateral, filtradas por las gafas, se transformaron en un fulgor insoportable. Con toda la atención que habíamos prestado a los detalles, no habíamos pensado en las bombillas que se encienden al dar marcha atrás. La luz refulgió como un fénix. Me arranqué las gafas de la cabeza y miré de nuevo hacia los retrovisores. Había algo que se movía detrás de mis amigos.

Retrocedí a mi posición original, dejé el vehículo en punto muerto y eché el freno de mano. Llamé a John y a William para que soltasen la cadena y volvieran al vehículo. Yo era el único que podía ver en la oscuridad y por ello, lo más apropiado sería que fuese yo quien se enfrentase a las criaturas que se acercarían después de ver nuestras luces. Mientras manoseaba las gafas de visión nocturna en un intento por volver a encenderlas, oí como John y William soltaban la cadena. Oí sus pasos apresurados y un sonido más lejano.

Bajé del vehículo y entrecerré la puerta sin que quedara el cerrojo echado. Di un paso adelante, con la esperanza de que las gafas de visión nocturna captaran el familiar destello de esos ojos animales vivos. Al otro lado de uno de los coches destrozados se hallaba el cadáver de lo que debía de haber sido un albañil. Todavía llevaba el martillo en el cinturón de herramientas. El resto de utensilios debían de haberse caído al suelo. El estado de putrefacción no era avanzado. No me veía, y tampoco era capaz de abrirse paso entre la chatarra, así que se quedó donde estaba, tratando de localizarme.

El antiguo albañil no llevaba el cabello largo. Apenas si tenía barba. Existe la creencia popular de que, después de morir, el cabello y las uñas siguen creciendo, pero no es cierto. Después de la muerte no hay nada que crezca...

Aparte del hambre de los muertos vivientes.

No puedo estar seguro, pero, a juzgar por el cinturón de herramientas, el cabello corto y lo que parecía un afeitado reciente, aquel hombre debía de haber sido uno de los primeros en morir hacía seis meses.

Aparte de un grueso pedazo de carne que le faltaba en el hombro, se había conservado muy bien. Cuando me acerqué a verlo, me di cuenta de

que había piel y pelo adheridos a la punta del martillo. Probablemente había empleado la herramienta que le colgaba del cinturón para matar a la criatura que lo mordió. Como el muerto viviente estaba quieto y no constituía una amenaza inmediata, regresé al vehículo y agarré el Geiger. Había leído atentamente las instrucciones, ya que mi nueva habitación era la sala de control ambiental y equipamiento del Hotel 23. Lo había leído todo sobre las restricciones de la máscara antigás MCU-2P, así como las limitaciones del material de protección contra armas químicas, biológicas y radiológicas. Había llegado a pasar una noche entera estudiando el empleo del contador Geiger.

Activé el Geiger y acerqué el auricular al oído. En cuanto hubo pasado tiempo suficiente para que se calentara, lo empleé con John. El Geiger indicaba un nivel de radiactividad normal. El cliqueo de la estática no seguía ninguna pauta. Cuando me acerqué a los restos de los coches, la estática subió de intensidad. Estaba seguro de que los vehículos, después de tanto tiempo en la zona, habrían absorbido radiación. De todas maneras, no supondrían ningún peligro, a menos que nos pasáramos mucho tiempo sentados en su interior.

Tendí el brazo sobre el capó destrozado de uno de los coches para acercar el contador Geiger al cadáver y obtener lecturas de sus niveles de radiación. Oí un sonido como de módem analógico. El cadáver superaba con mucho los niveles tolerables de radiactividad. Miré el medidor y vi que indicaba 400R. Estaba claro que no me convenía nada que me diera un abrazo. El cadáver debió de oler la mano tendida sobre el capó, porque se echó a caminar violentamente contra el coche y chocó contra él una y otra vez. A diferencia de los cadáveres que había visto hasta entonces, avanzaba con movimientos espasmódicos, sin dirección fija. Se movió de lado hacia el coche y entonces le vi los pies. Apenas si quedaba nada de sus botas; debía de haber caminado con ellas durante varios meses sin hacer ni una sola pausa. Se había quedado sin suelas y sus pies mutilados eran visibles bajo unas pocas tiras de cuero y cordones que aún se sostenían en los tobillos.

Era evidente que el cadáver se había alterado, quizá por mi presencia. Se movía de un lado a otro como uno de esos robots de juguete. Se arrojaba contra la chatarra por un lado y luego se volvía y lo intentaba desde otro ángulo. Si seguía haciéndolo sin cesar, llegaría un momento en el que lograría pasar por entre los restos de los coches. Yo no podía acercarme a la criatura, porque estaba impregnada de radiación. Recogí la cadena sin perder de vista al cadáver robot. Sujeté la cadena al eje del vehículo que pensaba mover. Regresé en silencio al Land Rover y me senté al volante. Avisé a John y a Will que afuera teníamos a uno «calentito». Mi plan consistía en sacar el coche, soltar la cadena y seguir adelante sin acercarnos al cadáver. Arranqué el vehículo y avancé muy lentamente. Sentí que la cadena se tensaba y sufrí la sacudida cuando hubo llegado al tope. Le di más gas y noté que el coche se movía. Esperé

a haber recorrido unos cincuenta metros para salir y llevar a término mi plan.

En cuanto salí del Land Rover, escudriñé el lugar donde había estado el coche. La criatura se acercaba. Trataba de correr, pero era obvio que su falta de coordinación no se lo permitía. Se cayó, se levantó de nuevo y volvió a acercarse. La criatura no sabía a dónde iba, pero, por un capricho del azar, caminaba en línea recta hacia el Land Rover. Recogí de inmediato la cadena, abrí la portezuela trasera y la metí adentro sin mirar. Oí la palabrota que soltó William cuando la cadena de veinte kilos se le cayó encima de los pies. Mientras entraba en el vehículo y cerraba las puertas, oí que el cadáver se estrellaba contra las ventanas traseras. Pisé el acelerador hasta el fondo y di la vuelta, y pasamos a toda velocidad por el espacio que había quedado abierto entre la chatarra. Vi por el retrovisor que el cadáver trataba de perseguirnos con una especie de trote desmañado, guiándose por el sonido del vehículo.

No voy a engañarme a mí mismo. Por un brevísimo instante pensé en cancelar la misión y volver a casa. ¿Qué podíamos hacer nosotros tres contra un ejército de cadáveres contaminados? Ya estábamos más cerca. Will trató de contactar con la radio. Abrió el micrófono y llamó. No oímos nada, pero aquella radio no era tan potente como la del Hotel 23. Tal vez aún vivieran. Después de imaginarme en qué situación se encontrarían, me quité de la cabeza toda idea de abortar la misión.

Tan sólo unos minutos después de que Will hubiese probado por primera vez la radio, recobramos la conexión. Una vez más, el cabo se identificó a sí mismo y a su unidad. Frené el vehículo y le quité la radio de las manos a Will. Le pregunté al cabo si podían actualizar sus coordenadas y si llevaban armas pequeñas dentro del LAV. Me respondió que aún se encontraban en la posición anterior, que estaban todos armados y transportaban munición para armas ligeras. Pero que no tenían manera de disparar afuera del vehículo sin abrir la escotilla superior. También me comentó que no les quedaba munición para la ametralladora y que por ese motivo habían tenido que cerrar la escotilla. Le pregunté cuántos muertos vivientes se hallaban en su posición. Después de una pausa (dio la impresión de que no quería decírmelo) me informó de que era marine y no sabía contar hasta un número tan alto. Le pregunté:

—¿Me habla usted de *cientos*, cabo?

—Sí, señor —me respondió.

Tanto John como William profirieron maldiciones en voz alta y negaron con la cabeza, llenos de aprensión por lo que pudiera suceder. Había llegado el momento de enfrentarse a la realidad.

Nos bastó con tres kilómetros de I-10. Salimos en dirección norte por la 71 y marchamos a toda velocidad hacia los marines. La única táctica a la que podía recurrir era la misma que había empleado para salvar a los Grisham y que había visto llevar a cabo por los forajidos. Tenía que tratar de guiarlos como a un rebaño lejos del vehículo averiado. Dejé la radio

encendida y traté de charlar sobre nimiedades para distraerlos de su entorno inmediato. El cabo me informó de que habían abandonado la carretera y se habían dirigido al río porque el número de muertos que deambulaban por aquella los había abrumado. Su vehículo se había averiado cerca del agua. Habían tratado de atravesar el río para escapar de los muertos vivos, porque el LAV era un vehículo anfibia. Entonces los localicé, no gracias a las señales luminosas del cabo, sino a los insoportables gemidos de los muertos.

Les dije que trataría de apartar de ellos a la masa de muertos vivos con el estruendo del vehículo y la bocina. Fijamos un punto de reunión: les dije a los marines que salieran del LAV y corrieran hasta el mismo lugar por donde habían salido de la autopista 71. Estuvieron de acuerdo. Tras recitar mentalmente una breve oración, les pregunté a John y a Will si estaban preparados. No les di tiempo para responder, sino que pisé el acelerador y corrimos hacia la masa de muertos vivos que tenían acorralados a los marines.

El suelo estaba sembrado de cadáveres, víctimas de la ametralladora del LAV. Debía de encontrarme a unos cien metros de la masa cuando bajé el cristal de la ventana y abrí fuego. John y Will me irían proveyendo de municiones.

El supresor de destello contribuía a que las gafas de visión nocturna fueran necesarias, pero casi me salía más a cuenta quitármelas y verles a la luz de los fogonazos, porque los disparos eran continuados.

Debí de matar a unos veinte hasta el momento en que me vi obligado a desplazarme a unos cien metros de distancia. Will me pasó un cargador nuevo y yo saqué el viejo, se lo di a John y puse el nuevo en el receptor. Los muertos avanzaban con rapidez, porque el fogonazo del arma y el estrépito habían captado su atención. Igual que el albañil no muerto que habíamos esquivado antes, muchos de esos cadáveres se nos acercaban con movimientos espasmódicos y erráticos. La manera como se movían recordaba en algo a un grupo de policías en busca de cadáveres. Irónicamente, eran los cuerpos muertos los que me buscaban a mí.

Una vez más les disparé y me alejé un poco más. John y Will seguían recargando. Después de mover por cuarta vez el vehículo y dispararles de nuevo, divisé movimiento en lo alto del LAV. Estuve unos momentos sin disparar para que los ojos se me acostumbraran. Los marines aprovecharon la oportunidad para escapar. De acuerdo con mi plan, anduvieron en formación hasta el punto de recogida. Vací el sexto cargador contra la turba y luego le pasé el arma, ya muy caliente, a Will. Toqué la bocina para que los muertos se alejaran un poco más de los marines, y luego escapamos en dirección contraria a toda velocidad para recogerlos. Los seis marines se habían dispuesto en formación defensiva y apuntaban con sus armas a la oscuridad. Vestían uniforme, con chalecos antibalas y cascos de kevlar.

Bajé el cristal de la ventana y les mandé entrar. Por cortesía, cerré los ojos y activé la luz cenital para que nos vieran. Entraron de un salto en el Land Rover. Tres de ellos tuvieron que meterse en el maletero, pero estoy seguro de que no les importó. Nos marchamos a toda velocidad hasta la I-10 y luego regresamos al Hotel. Todos los marines que llevábamos en el vehículo nos dieron las gracias de corazón por haberles salvado la vida.

Mientras regresábamos, le pedí a John que los examinara con el Geiger para ver si estaban bien. El indicador reveló que se desprendía de ellos cierta cantidad de radiación ambiental de la que se habían impregnado por la cercanía de la masa de muertos, pero era insignificante. No había manera de saber cuánta habrían absorbido sin ponerles dosímetros. Tan sólo podíamos medir la que se desprendía de su cuerpo.

Al llegar al punto donde habíamos tenido que apartar los restos del coche, detuve el vehículo. Me volví y les pregunté quién se hallaba al mando. El cabo me respondió que todos los demás estaban a su cargo.

Le comenté que tenía un rango muy bajo para hallarse a cargo de una misión de reconocimiento en territorio enemigo. Su respuesta fue irónica:

—Pues ya verá cuando sepa quién es nuestro oficial de más alto rango.

Uno de los demás le dio un codazo para hacerlo callar. Me di cuenta de que era el momento oportuno para explicarles las normas.

—Puedo llevaros a un lugar seguro con agua, comida y sitio para dormir, pero soy yo quien establece las reglas. No estaréis presos y podréis marcharos en cuanto os apetezca.

Vi por el retrovisor que el cabo asentía con la cabeza para indicarme que estaba dispuesto a escuchar.

Le dije:

—Tendréis que entregarnos todas las armas de fuego y aceptar que os cubramos los ojos hasta que nos encontremos dentro de nuestro refugio y hayamos aclarado esta situación.

El marine ordenó de mala gana a los demás que obedecieran. John les confiscó las armas y las guardó en la parte delantera del vehículo, donde estábamos nosotros. William los registró para asegurarse de que no se guardaran pistolas. Le dije que les dejara los puñales. Les pusimos fundas de cojín en la cabeza a los seis marines y aceleramos. Mientras pasábamos por entre los coches destrozados no vimos ni rastro del cadáver radiactivo del albañil.

No tardamos mucho tiempo en regresar al Hotel 23. Al acercarnos al complejo, los infrarrojos de las cámaras brillaron en nuestra dirección. Las chicas nos observaban. Aparcamos el vehículo y llevamos a los marines al otro lado de la valla, y bajamos por las escaleras hasta la extensa área de habitáculos. Les dije que podían sacarse las fundas de la cabeza. Les quitamos los cargadores de las armas y les devolvimos los M-16 con el cerrojo inmovilizado. Les aseguré que les entregaríamos los cargadores en

cuanto decidieran marcharse. Ya era tarde y les enseñé dónde se encontraban los plegatines y las mantas extra. Les informé de que se encontraban a salvo, en un bunker subterráneo, que esa noche iban a dormir bien y que discutiríamos la situación en cuanto se despertaran.

Hoy, a primera hora de la mañana, el cabo se ha presentado en mi puerta con la intención de hablar. No ha querido decirme dónde se encuentra su unidad, pero sí me ha explicado que no quedan muchos supervivientes. Le he dicho que podía emplear nuestras radios para contactar con su oficial. Sin embargo, no dejaré que sepan dónde se encuentra este complejo. Le he propuesto que se queden otro día y piensen lo que quieren hacer, y que coman y beban bien antes de decidirse a marcharse. No sé cómo se llaman los demás marines, salvo por los apellidos que llevan bordados en los galones del uniforme. Ahora mismo juegan a cartas en el área de habitáculos. He oído que uno de ellos comentaba lo confortable que es este lugar en comparación con su base. Me pregunto cuántos militares seguirán con vida. Una parte de mí querría contarles quién soy.

## **1 de Julio**

22:24 h.

El cabo Ramírez y los otros cinco marines se han marchado esta mañana. Anoche me senté con ellos y charlamos durante unas horas. Son todos jóvenes. Se llaman Ramírez, Williams, Bourbonnais, Collins, Akers y Mull. No me he aprendido sus nombres de pila porque no me ha parecido que fueran a servirme para nada. Al preguntarles por su comandante y su base, no me han querido responder. Ramírez me ha objetado que nosotros tampoco queremos que ellos conozcan la ubicación de nuestra base. He tenido que darle la razón.

Le he preguntado a Ramírez por el gobierno, por si había sobrevivido alguna forma de administración. Me ha respondido que las últimas órdenes gubernamentales les habían llegado a principios de febrero. Ramírez no pensaba que hubiera sobrevivido ningún órgano de gobierno civil. Había oído rumores de que el refugio subterráneo del presidente se había infectado desde dentro. Eso explicaría el último mensaje de la primera dama después de la muerte del presidente.

Le he preguntado cómo es posible que una unidad tan grande como la suya haya sobrevivido tanto tiempo sobre tierra. El cabo me ha sonreído con presunción y me ha dicho:

—Somos marines, sabemos apañárnoslas.

Se lo había preguntado con la intención de que me dijera con qué efectivos contaban. Se ha dado cuenta. Es joven, pero inteligente. Esta mañana, hacia las 10.30 horas, los marines, John y yo hemos partido con dos vehículos. Les hemos puesto las fundas de cojín en la cabeza y los hemos guiado hasta el Land Rover. John nos ha seguido con el Bronco. Hemos conducido en círculos y hemos hecho todo lo posible por despistarlos. Estoy casi seguro de que son gente honrada, pero no tenemos ni idea de cómo será su comandante.

No hemos tardado mucho en llegar al punto donde habíamos convenido que los dejaríamos, un punto desde donde sabrían regresar a su base. Al llegar, les hemos sacado las fundas de cojín de la cabeza y les hemos devuelto los cargadores. John había dejado el Bronco en marcha. Nos hemos despedido y entonces ellos han montado en el Bronco.

Uno de los marines más jóvenes ha bajado el cristal de la ventanilla y me ha dicho:

—Le agradecemos su hospitalidad, señor.

Por el énfasis con que ha pronunciado la palabra *señor* me he dado cuenta de que sabía algo. Aunque tal vez hayan sido mi paranoia y mi sentimiento de culpabilidad. Los demás han seguido el ejemplo del joven marine y juraría que Ramírez me ha hecho un saludo de visera antes de pisar el acelerador y alejarse por las tierras baldías donde moran los muertos vivientes.



## LUZ DE KLIEG

### **5 de Julio**

22:19 h.

Hemos estado muy atareados en el Hotel 23. Un día después de que los marines se marcharan, empezamos a captar retransmisiones en UHF. Luego, a la mañana del día siguiente, avistamos un convoy de LAV y Humvee que se alejaban en la misma dirección que había seguido pocos días antes el vehículo de Ramírez, antes de que tuviéramos que rescatarlos.

No sé cómo tengo que interpretarlo. Tal vez trataran de recuperar el vehículo averiado, porque es muy valioso y, en la situación actual, prácticamente irreemplazable. Más de una vez se me había ocurrido que podríamos ir a buscarlo. Había abandonado la idea porque ese vehículo debe de pesar, literalmente, varias toneladas, y habría sido imposible ir hasta allí con el Land Rover, sujetarlo con la cadena y arrastrarlo en primera hasta el complejo. Los marines sí podrían hacerlo. A la vista del convoy militar, estaba claro que disponían de un buen número de vehículos de gran potencia que se encargarían de ello.

Las radios todavía captan retransmisiones, pero no son de voz. Suenan igual que un viejo módem analógico tratando de conectarse. Estoy casi convencido de que envían mensajes encriptados. Yo también lo haría, si pudiera.

### **6 de Julio**

10:11 h.

Vemos pasar una y otra vez al convoy de antes frente al complejo, como si inspeccionara esta zona. Espero que los marines logran llegar a su base. Esto que vemos nos permite llegar a dos conclusiones. O buscan a sus marines, o nos buscan a nosotros.

## **7 de Julio**

20:38 h.

Acabo de recibir un mensaje radiado del ejército. Tratan de ponerse en contacto con los civiles del complejo subterráneo que rescataron a los marines. Ahora, por lo menos, estamos seguros de que lograron regresar. Dicen que su oficial al mando solicita una entrevista con el hombre vestido con el mono de trabajo verde. No les hemos contestado, y apuesto a que deben de retransmitir cada pocos kilómetros para ver si captamos su señal. Desconfío de las intenciones de los marines, a causa de las evasivas (por otra parte, comprensibles) con las que me respondieron cuando traté de sonsacarles información. En realidad, no sé con qué podemos encontrarnos, pero estoy seguro de que, tarde o temprano, se les ocurrirá echar un vistazo en el área cercada por la valla metálica ante la cual han pasado tantas veces... el Hotel 23.

## **11 de Julio**

21:21 h.

El ejército aún se encuentra por esta zona. A juzgar por la información que hemos entresacado de las conversaciones por radio que mantienen en líneas no encriptadas, parece que han montado un campamento cerca de aquí que les servirá como base para buscarnos. Han grabado un mensaje y lo retransmiten en la mayoría de frecuencias, incluida la de petición de auxilio. Hace un par de días nos reunimos todos y llegamos a la conclusión de que lo mejor será hacer un esfuerzo para impedir que los militares nos encuentren. No lo tendrían muy difícil para descubrir nuestro paradero, y estoy seguro de que entonces acabarían por entrar en el complejo con tácticas análogas a las que emplearon los forajidos civiles. Simplemente, abrirían una entrada con explosivos de elevada potencia (en vez de instrumentos de corte).

Los muertos vivientes se están reuniendo una vez más frente a la puerta de entrada, en un número creciente. Hace una semana tan sólo debían de ser diez o quince. Ahora los hay a docenas en torno a las pesadas puertas de acero por las que se accede al complejo. Hace ya unos días que, al llegar la noche, apagamos la visión nocturna por infrarrojos para reducir las probabilidades de que los marines detecten los rayos con sus propios dispositivos. Eso nos ha obligado a tener controlada la actividad de cualquier ser vivo con los sensores termales. Así fue como detectamos al pequeño grupo de marines que anoche pasó a 350 metros

del complejo. Se acercan cada vez más, pero, por el motivo que sea, aún no se han fijado en la cerca metálica, ni en el silo abierto que revela la presencia del Hotel 23. Algo me dice que podrían estar al corriente de lo que hay aquí, y que quizá hayan venido a explorar la zona en busca de puntos débiles.

Durante la noche, John suele estar atento tan sólo a unos pocos canales de alta frecuencia. Va cambiando de uno a otro aleatoriamente, por si de esta manera logra captar una retransmisión que en circunstancias normales le pasaría inadvertida. Anoche descubrió una. Había muchas interferencias, pero John jura que oyó decir: «Base de la Fuerza Aérea Andrews». Andrews se encuentra muy cerca del Distrito de Columbia. Yo creía que el Distrito de Columbia había desaparecido bajo las bombas atómicas, igual que Nueva York.

No sé cuánto tiempo aguantaremos hasta que el ejército nos descubra. Me imagino que podría llegar un momento en el que se rindieran, pero me parece improbable. Otra cuestión que me preocupa es que sus mensajes no mencionan en ningún momento el nombre y el rango de su oficial al mando. Quizá prefiera conservar el anonimato, igual que yo.

## ASEDIO

**14 de Julio**

19:40 h.

Los marines supervivientes que se encontraban en esta zona nos han descubierto. Quince vehículos militares han aparcado cerca de aquí y se han oído de nuevo disparos contra los muertos vivientes en las cercanías del Hotel 23. No han hecho ningún intento de sabotearnos las cámaras y por eso hemos podido observarlos en detalle. Seis de los quince vehículos son LAV. También llevan algunos Hummer militares e incluso un todoterreno de cuatro ruedas. Entre los quince no he contado el todoterreno ni la moto, igualmente todoterreno, de color verde oliva. A primera vista, todos ellos llevan el camuflaje digital estándar propio de los marines, de lo que se deduce que aún debe de existir cierto orden en la unidad. La radio repite el mismo mensaje sin cesar. No logro contarlos, porque los muertos se encuentran entre ellos y tratan de convergir.

Esas criaturas a las que se enfrentan los marines que están fuera no son como las que tuve que esquivar durante la pasada misión de rescate. Lo presiento: si tuviera que enfrentarme a un ejército de muertos irradiados, me derrotarían o bien con su movilidad algo superior a la de los demás de su especie, o bien con su carga radiactiva. En cambio, el pequeño número que está ahí fuera no supondrá ningún problema para quien tenga que acabar con ellos.

Podríamos escapar (por la salida alternativa) y abandonar el Hotel 23 para siempre, y no llegaríamos a saber si esos militares de ahí fuera están de nuestro lado. También podríamos quedarnos y luchar, o tal vez tratar de comunicarnos con ellos. Tenemos las radios apagadas y no pensamos encenderlas si no es absolutamente necesario.

En este momento no tratan de entrar y tampoco hacen gestos a las cámaras. El sol se va a poner dentro de unas dos horas y tengo la impresión de que si quieren entrar por la fuerza, lo harán en la total oscuridad de la noche.

Hay algo que está claro... una cosa es derrotar a unos bandidos idiotas con un tiro de la suerte, pero hacer frente a un par de docenas de marines norteamericanos bien pertrechados es otra muy distinta.

## **17 de Julio**

22:36 h.

En un primer momento, las negociaciones fueron corteses. Luego empezaron las amenazas, y éstas, a su vez, culminaron en violencia. Empezaron con mensajes por radio dirigidos a «los del búnker». Luego plantaron los explosivos. Los colocaron, pero no los hicieron estallar. Querían entrar sin que les opusiéramos resistencia. Al ver que los marines introducían una carga explosiva tras otra en el silo, no me quedó otro remedio que tratar de hablarles por radio.

Encendí el micrófono y les dije (transcribo la conversación con la máxima fidelidad posible):

—A los hombres que tratan de apoderarse por la fuerza de estas instalaciones, les decimos, por favor, que cesen en sus acciones hostiles si no quieren que nos veamos obligados a contraatacar.

Yo había pensado que les oiría reírse por la radio, pero eran profesionales.

—Aquí no hay nadie que quiera violencia, tan sólo queremos hacernos cargo del complejo. Es propiedad del gobierno estadounidense y tenemos derecho a reclamar tales propiedades, de acuerdo con las leyes federales vigentes y las órdenes del Ejecutivo. Tan sólo les exigimos que nos permitan acceder a ellas. Nadie va a sufrir ningún daño.

Entonces fui yo quien quise reírme de ellos por la radio. Estábamos empatados. Era imprescindible que hablara en persona con el comandante de la unidad. Se lo solicité y me respondieron con excusas y evasivas.

—El oficial al mando se encuentra en su base y no está presente.

Pedí que la persona que me hablaba se identificase. Él se negó.

Le pregunté:

—¿Cuál es la verdadera autoridad en la que se fundamentan para reclamar este complejo?

—La autoridad del jefe de Operaciones Navales —me respondió.

—¿No se refiere al comandante del Cuerpo de Marines?

En un primer momento se hizo un silencio, y luego la voz metálica habló de nuevo, y me dijo:

## Exilio

—El comandante se halla en paradero desconocido. Entendemos que se encuentra con sus colegas del Estado Mayor en un lugar seguro, y también con el resto de los líderes de la nación... todos muertos.

—Así pues, ¿ahora ustedes se encuentran bajo control operativo naval?

—Somos el Cuerpo de Marines, Departamento de la Armada. —En ese momento sí que hubo una risa audible.

No me pareció que tuviera ya ningún sentido ocultar que habíamos sido nosotros quienes habíamos salvado a Ramírez y a sus hombres.

Seguramente los marines ya sabían que habíamos sido nosotros, y por eso le pregunté:

—¿Cómo están Ramírez y los otros hombres que salvamos del LAV averiado?

—Están bien, y ahora mismo uno de ellos se encuentra con nosotros. Ramírez ha regresado al campamento base y sirve en la defensa del perímetro, pero hay algo que habría querido entregarle cara a cara.

Con toda la severidad que fui capaz de transmitir por la radio, le grité al micro:

—¡Póngame ahora mismo con un oficial comisionado, marine!

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no tenemos ninguno... esto, quiero decir que no tenemos ninguno aquí.

El marine se había delatado. Empecé a preguntarme quién sería la persona que de verdad comandaba a esos hombres. Seguimos con las provocaciones hasta que, por fin, convencí al marine que hablaba por radio para que me pusiera con el suboficial de más alto rango que estuviera con ellos. El sargento de armas Handley se puso al habla.

El sargento me gritó:

—Hagan el favor de escucharme: necesitamos ese complejo como puesto de mando avanzado, porque aún quedan esperanzas. En estos momentos se están trazando planes para que lo que queda del ejército estadounidense acabe con esas criaturas y recupere el país.

Le pregunté si se habían comunicado muy a menudo con el jefe de Operaciones Navales.

—Establecemos comunicación regular con su portaaviones por radio de alta frecuencia, aunque con muchas interferencias. Todavía salen a volar desde el portaaviones, aunque con una autonomía muy limitada, y efectúan acciones de reconocimiento aéreo sobre el continente a fin de recopilar información sobre las personas que puedan seguir con vida en tierra. ¡Qué diablos!, en un par de ocasiones nos han arrojado armas cuando nos encontrábamos muy apurados.

## Exilio

Le pregunté:

—Entonces, ¿tengo que entender que buena parte de la Armada sobrevivió a la plaga?

Me respondió:

—En un primer momento, un gran número de barcos se transformaron en ataúdes flotantes. De los diez portaaviones que estaban en servicio activo al inicio de todo esto, hubo tan sólo cuatro que no sufrieron la infección ni se llenaron de muertos. Quizá también le interese saber que un submarino balístico lleva siete meses bajo el agua. Viven de huevos en polvo, fruta y carne seca. Es el último lugar donde todavía se mantiene el ciclo de vida normal... ahí dentro aún es posible morir y no volverse a levantar.

Le pregunté al sargento de armas qué había querido decir.

Me respondió:

—Era un submarino con capacidad nuclear que se encontraba bajo el agua cuando todo esto empezó, y por eso no le ha afectado eso que hace que los muertos se levanten. Nos informaron por radio, en una frecuencia muy baja, de que sufrieron una muerte natural en el mes de febrero y el cadáver no resucitó. Al cabo de veinticuatro horas de observación, su médico puso el cadáver en la nevera y lo inmovilizó con redes. El cadáver no se ha movido en ningún momento. Es evidente que tarde o temprano se les acabará la comida y tendrán que salir a la superficie, pero, por ahora, son los únicos humanos no afectados de los que tengamos noticia. Ningún otro de los submarinos estratégicos ni de ataque rápido se encontró en un lugar que le permitiese evitar las radiaciones. A mí me parece que todos nosotros debemos de llevar esa plaga dormida dentro del cuerpo... a la espera del día en que nuestro corazón deje de latir. Estamos bien jodidos.

Luego se hizo un gélido silencio, interrumpido tan sólo por el estruendo ocasional de los cartuchos 5.56 que disparaban contra las criaturas.

—Mire, no querríamos tener que abrir un boquete en su local y tomarlo por asalto. ¿No podríamos llegar a un acuerdo pacífico? Hay civiles que viven en nuestro complejo y están felices de vivir allí.

Yo le contesté:

—A nosotros no nos hará feliz vivir allí, sargento, no somos ganado. Hemos sobrevivido por nuestra cuenta desde el principio, desde mucho antes de encontrar este lado.

—Me tiene usted impresionado. Pero eso no impide que el complejo donde viven se halle bajo jurisdicción militar.

—Sargento, no me ha dado usted ninguna prueba de que no sean ustedes un grupo de desertores sin sanción gubernamental.

—Fueron las decisiones y las vacilaciones del gobierno las que nos metieron en esta mierda y nos llevaron casi hasta el punto de extinción.

—Sí, sargento, no le diré que se equivoque del todo. Pero fuimos nosotros los que encontramos este sitio y no queremos vivir bajo un puño de hierro, aunque ese puño sea el del ejército estadounidense.

Me respondió con un «pues muy bien», y la comunicación se interrumpió. Todo esto ocurría la noche del 16. Dos horas después de que cesaran las comunicaciones por radio, hicieron estallar la primera de las cargas que tenían en el silo. No produjo ningún efecto, salvo una grieta apenas perceptible en los veinte centímetros de grosor de la ventana de cristal instalada en la puerta de entrada. Luego se produjo otra explosión, y luego otra. La cámara que retransmitía imágenes desde el silo ya había sufrido daños y se averió definitivamente con esta última detonación, y dejó de enviar imágenes. Las explosiones no conseguían su objetivo.

Al pensar en ello, me pregunté si los bandidos civiles habrían tenido alguna oportunidad de entrar con sus herramientas cortantes antes de que los matara. La aleación y el hormigón con fibra de vidrio con los que se había construido el Hotel 23 eran muy fuertes. Me imagino que tienen que serlo para resistir una explosión nuclear. Sentí muy levemente el aguijonazo del remordimiento al pensar que tal vez no hubiese sido necesario matar a los bandidos civiles. Tal vez hubieran desistido por sí mismos al darse cuenta de que no lograban nada con sus herramientas. Tal vez así no habría tenido que ver andar sus cadáveres abrasados. La razón me dice que se lo tuvieron merecido...

Me dolieron todas las sinapsis.

El sonido de otra explosión me apartó de estos pensamientos. Sentí un ligero cambio de presión. Este cambio me hizo apretarme la nariz, cerrar la boca y expulsar aire para aligerar la presión sobre los oídos. La explosión no causó daños en la estructura del complejo, pero sí había provocado vibraciones en la aleación, suficientes para producir un cambio repentino en la presión interior. Jan y Tara estaban muy preocupadas ante la posibilidad de que las capturasen y las enviaran a un campamento militar. Temían que las emplearan como cobayas en sus experimentos. Yo no iba a permitirlo. Las explosiones no las tranquilizaron en absoluto.

Laura lloraba, y *Annabelle* aullaba de miedo y escondía el rabo entre las patas cada vez que se producía una nueva explosión. Al cabo de treinta minutos, las explosiones cesaron. Seguramente se les habían terminado los explosivos. La radio crepitó de nuevo.

—¿Habéis tenido suficiente? ¿Por qué no abrí las puertas y salís en son de paz? No os haremos ningún daño.

Le pregunté al sargento de armas si le importaba que no abriéramos la puerta hasta el amanecer, porque queríamos tener tiempo para recoger nuestras pertenencias. Se lo tragó.



Reuní a los adultos y empezamos a discutir cuáles eran las cartas que podíamos jugar en esa situación. No teníamos muchas opciones. Cabía la posibilidad de huir de nuevo y buscar otra posición defendible, pero no encontraríamos ninguna que se pudiese comparar con el Hotel 23. Habríamos tardado años en construir una edificación igual de resistente y segura.

Jan propuso que nos marcháramos con la avioneta. Les dije que la Cessna no podría llevarnos a todos, y aún menos cargar con el equipamiento, y que esa opción quedaba descartada. Además, el estado de la avioneta no era óptimo; había perdido el freno de un lado. Era medianoche y teníamos seis horas para pensar en algo. Me volví hacia John, que siempre se sacaba ideas de la manga. Me dijo que no teníamos una salida plausible.

Yo no estaba seguro de que el enemigo tuviera noticia de la existencia de una salida alternativa, pero vimos vehículos aparcados en esa zona, cerca de la valla. Probablemente la habían localizado. La puerta frontal era una opción decente, pero al otro lado había un grupo creciente de muertos vivientes que golpeaba los batientes. La otra opción era confiar en los marines. Si respetaban la palabra dada, nos dejarían marchar después de tomar posesión del complejo.

Yo no tenía nada de ganas de escapar de nuevo, en esta ocasión con una mujer mayor, dos críos y un perro. Habríamos muerto bajo las garras y las fauces de esas criaturas antes de que terminara el mes. No sabía qué hacer. Me quedé yo solo en la habitación donde solía dormir y pasé revista a todas las posibles soluciones para nuestra situación. Si tuviera algún modo de ejercer presión sobre el enemigo...

Aún no me había llevado todas las cosas que tenía en la habitación que le había cedido a Dean. En un rincón de la sala había una caja pequeña con efectos personales, a la espera del día en el que me cansara de mirarla. Tuve la sensación de que ese día no iba a llegar. Contemplé la caja durante unos pocos minutos y pensé cómo íbamos a poder transportar nuestro equipamiento por campo abierto y sobrevivir. Me acerqué a la caja y pasé revista a su contenido. Dos uniformes de vuelo extra, unos guantes, un piernógrafo para pilotar, una pistola Glock 17, tres pequeñas fotografías familiares, seis cajas de munición de nueve milímetros y el adhesivo de identificación de velcro en el que, por supuesto, estaban bordados mi nombre, rango y escuadrón. No me lo había puesto desde el derrumbe de la civilización. ¿Para qué me habría servido? Finalmente, saqué la cartera de la caja...

Miré dentro de la cartera y encontré un buen número de carnets. Había sido miembro de la Asociación Nacional del Rifle cuando aún existía. Y no había pasado tanto tiempo. Parecía que tuviera el carnet de todas las cadenas de videotecas del país. ¿Me perdonarían las últimas cuotas si algún día llegaban a reconstituirse? Estoy seguro de que el servidor en el que quedaban registradas mis deudas ya estará totalmente oxidado el día

en que se restablezca el suministro eléctrico. Si es que algún día llega a restaurarse.

Entonces sucedió algo que lo cambió todo. El mes pasado me había evocado a mí mismo con nostalgia al contemplar mi credencial del ejército. Faltaban dos años para que caducara. Me quedé allí, mirándola, y pasé el pulgar una y otra vez sobre el microchip insertado en el anverso. Mis datos se encontraban en ese chip y en el código de barras de la derecha. Allí también estaba mi foto. Una versión rapada e ingenua de mí mismo que en ningún momento habría pensado que los muertos pudiesen revivir.

Si esos hombres eran marines estadounidenses y se atenían al Código de Justicia Militar, estaban obligados a ponerse a mis órdenes, porque en ningún momento he perdido el rango de oficial comisionado. Si quedaba alguien que aún respetara la jerarquía militar, serían los marines. En las escasas ocasiones en que había tratado con ellos a lo largo de mi carrera, siempre se habían cuadrado cuando les hablaba. El propio sargento de armas me había dicho que no contaban con ningún oficial comisionado y que el militar de rango más elevado que había allí era él.

Me había mentido y no lo sabía.

Por lo menos en teoría, el militar de rango más elevado ahora era yo.

Me quedé de espaldas a la puerta, con los ojos perdidos en el carnet que sostenía con las manos, y entonces Dean me lo quitó por sorpresa y lo miró. Examinó con atención el carnet militar y entonces me miró a mí.

—Se parece mucho a usted, marinero —me dijo.

Yo le devolví la sonrisa, y le dije:

—Sí, es que ése era yo.

Me respondió:

—¡Y sigues siendo tú! ¡Lo que pasa es que has perdido el porte militar, y, además, te haría falta un buen corte de pelo!

Por unos instantes pensé que tal vez tuviese razón. Aunque hubiera cometido malos actos desde el pasado enero, quedaban unidades militares en activo y yo era oficial del ejército. Habían destruido mi unidad y probablemente no había supervivientes. Estaba seguro de ello; había sobrevolado mi antigua base y la había visto con mis propios ojos. Habían tomado la base y luego la habían destruido con explosivos nucleares. Fin de la partida. Por lo que yo sabía, debía de ser el único que quedaba con vida.

Reuní al grupo y les expliqué lo que pensaba hacer. Al principio, todos ellos se quedaron boquiabiertos, pero luego estuvieron de acuerdo en que era la única manera de salvar la situación.

## Exilio

Eran las 5.00 horas de la mañana cuando me he despertado y he encendido las luces. He cogido el neceser y me he enfrascado en la laboriosa tarea de despertar del todo. Al asar por mi antigua habitación, la puerta se ha abierto y Dean ha salido del centro de control con unas tijeras.

—No puedo permitir que salgas sin cortarte el pelo.

Me he echado a reír y he procurado que la toalla no se me cayera delante de ella.

—Supongo que no, Dean.

la mujer le había cortado el cabello a Danny cada vez que lo necesitaba, y me ha asegurado que el niño no se había quejado nunca. Durante estos últimos meses el cabello me ha crecido y ya no se adecua a las ordenanzas militares. Me lo corté hará unos tres meses, pero desde entonces no me lo había vuelto a cortar y lo llevaba bastante largo. No era propio de mí descuidar el cabello de esa manera. Es cierto que la destrucción del mundo civilizado podía ser una buena excusa para no cortarse el pelo, pero Dean no estaba de acuerdo. Cual maestro barbero, ha logrado que mi cabeza volviera a regirse por las regulaciones no escritas que afectan a los oficiales de aviación (sólo un poquito más largo que el de los reclutas).

Al ir a ducharme, me he afeitado la barba incipiente y me he mirado en el espejo. Estaba presentable para lo que iba a hacer. No tenía ningún uniforme, ni espada de oficial, pero me las apañaría. Envuelto en la toalla, he regresado a mi habitación. Al llegar a la puerta he encontrado las botas, perfectamente lustradas, y una nota con letra de niño que decía: *«Espero que te guste. Yo le limpiaba las botas a mi padre. Danny»*.

Debía de haber entrado y se las habría llevado mientras dormía. Suelo dejar la puerta abierta para enterarme de si ocurre algo en el pasillo. O estoy perdiendo facultades, o es que es un niño muy silencioso. Me he acordado de cuando vi a Danny orinándose sobre los muertos vivientes desde lo alto de la torre de agua. Qué imagen más divertida.

Me he puesto un uniforme de vuelo limpio, con los galones en el hombro y la insignia en el pecho. He sacado la gorra militar del bolsillo de los pantalones, donde había pasado seis meses, y me la he puesto en la cabeza. He salido de la habitación en uniforme, dispuesto a encararme con los marines. Eran las 5.50 horas y he visto por las cámaras que estaba a punto de salir el sol, y que por ello las nubes del este brillaban con una ominosa coloración anaranjada.

He encendido la radio.

—Sargento, ¿está usted ahí? Cambio.

Al cabo de una breve pausa, una voz fatigada, insegura y turbada me ha respondido:

—Sí, estoy aquí, y llevo toda la maldita noche aquí.

—Muy bien. Entonces, ordene a sus hombres que se aparten de la entrada del silo. Voy a subir.

—Le esperaremos aquí arriba. Corto.

Armado únicamente con una pistola que llevaba en el cinturón, he ido a la escotilla del silo. John y Will me cubrían con sus armas. Hemos tenido que ser tres para hacer girar la rueda y abrir la escotilla, porque el calor y las explosiones habían provocado que la aleación se dilatara y se contrajera. Nada más abrirse la escotilla, la luz nos ha inundado desde lo alto y se han levantado remolinos de polvo. John y Will se han plantado al instante junto a la escotilla. Hacía tiempo que no veía tan de cerca el interior del silo. Había restos calcinados de hueso y ropa por todo el fondo. Un montón de dientes desparramados por el suelo. Debía de haber un buen número de criaturas cuando los forajidos se pusieron a quemarlas. Las paredes se habían ennegrecido por culpa de todos los explosivos que habían hecho detonar durante las últimas veinticuatro horas.

Los hombres que estaban en lo alto no me veían, porque me había quedado demasiado cerca del mamparo del fondo. Con fría resolución, he salido a la luz y he trepado hasta arriba por la escalerilla. Estaba cubierta de cenizas. El grito de «¡Hostia puta!» me ha dado a entender que me habían avistado. He subido hasta arriba. Un sargento de armas del Cuerpo de Marines me ha dado su mano enguantada para ayudarme a pasar por encima el reborde de la puerta del silo. Una vez allí le he mirado a los ojos. Se ha cuadrado y me ha hecho un vigoroso saludo militar. Se lo he devuelto con la misma actitud, y entonces él ha bajado la mano. Me ha guiado al instante hasta su tienda. Nos acompañaba un puñado de sargentos de personal.

—Señor, no tenía ni idea de que...

—No te apure, sargento. Usted no sabía que yo fuera un oficial, y no he querido decírselo hasta que llegara el momento.

Entonces se ha iniciado una sesión de preguntas y respuestas, y le he contado toda mi historia desde el primer día. No le he explicado que mi comandante segundo me ordenó que me personara en el refugio. Sí le he dicho que probablemente soy el último superviviente de mi unidad y que me había preocupado de sobrevivir y de salvar a otros siempre que podía. Entonces ha ordenado a los sargentos de personal que salieran de la tienda.

Se ha acercado a mí y, con un susurro muy tenue y nervioso, me ha dicho:

—Señor, hace meses que no veo a un oficial comisionado. A todos los nuestros los mandaron hace meses a una ubicación secreta y desde entonces no los hemos visto ni se han comunicado con nosotros. Podríamos decir que nos han abandonado a la muerte. Les he dicho a los hombres que nuestro oficial al mando estaba vivo y que me transmitía órdenes personalmente a mí mediante una línea segura de radio. En

realidad, no les he mentido, porque sí he recibido órdenes del almirante Goettleman, de la nave insignia *George Washington*. Empiezan a dudar de mis palabras. Tengo que mantener alta su moral. ¿Cómo van a luchar, cómo van a trabajar en equipo si saben que los oficiales comisionados de su unidad los abandonaron a la muerte, y que muy probablemente han muerto ellos mismos?

Nos hemos quedado los dos en silencio. He pensado en las consecuencias de lo que me decía. Mis reflexiones se interrumpían de vez en cuando por el estruendo de los disparos, porque los hombres mantenían a distancia a los muertos vivientes.

—¿Qué es lo que trata de decirme, sargento?

—Lo que le digo es que es usted el primer oficial comisionado que he visto en mucho tiempo y que lo necesitamos, aunque sólo sea como líder formal. No me importa que su mando sea real o no: necesito que cumpla con ese papel antes de que se sepa la verdad y nos explote a todos en la cara.

—Si me lo plantea así, sargento, *mi* centro de mando va a estar en este sitio, en el Hotel 23. Tendrá que quedarse usted aquí y mandar de vuelta a la mayoría de sus hombres junto con el sargento de personal en quien más confíe.

Ha estado de acuerdo. Le he dicho que me dirigiría a los hombres mientras él pensaba quién se iba a quedar y quién no.

He pasado una media hora montado sobre una caja de municiones y he visto las caras de los jóvenes patriotas que miraban y escuchaban.

—Soy el oficial al mando de esta base y necesito a un puñado de hombres competentes.

Me han respondido con un aplauso entusiasta.

—Hará unos seis meses y medio sucedió algo que volvió nuestro mundo del revés. No hay nadie que sepa lo que ocurrió realmente, pero tampoco importa.

Creo que el discurso no me estaba quedando muy bien, pero los hombres han expresado lo contrario con sus silbidos y aplausos.

—iEn mi opinión, podríamos quedarnos sin cartuchos, pero no se nos acabarán los palos! Aunque esto nos lleve mucho tiempo, no nos vamos a rendir. Vamos a salvar a toda la gente que podamos y tomaremos la ofensiva contra esas cosas.

»Quiero que no olvidéis en ningún momento que pertenecéis al ejército estadounidense. No quiero que nadie diga en ningún momento que Estados Unidos ya no existe. Eso sería un sinsentido. Puede ser que nuestra Constitución aún esté allí, en el Distrito de Columbia, y también es posible que se haya quemado, pero no por eso ha muerto como esas

criaturas que están ahí fuera. La respaldaremos y defenderemos hasta el final.

Me han respondido con vítores y aplausos, y muchos hombres se han congregado en torno al sargento de Armas y se han presentado voluntarios para quedarse en el Hotel 23. Era una mañana de verano y el sol se había elevado sobre los árboles. Mi sencillo discurso había terminado y habían recobrado visiblemente la moral. El complejo rebosaba entusiasmo.

El sargento me ha dicho:

—Otra cosa, señor. Ramírez me ha pedido que le diera esto.

Me ha entregado un puñal embutido en una funda de alta resistencia. En la funda había un bolsillo muy pequeño que contenía una piedra para afilar. He sacado el puñal de la funda y me he dado cuenta de que era un arma de muy alta calidad, con mango negro de Micarta. La hoja parecía de acero inoxidable y llevaba la inscripción «Fabricado por Randall, Orlando, FL» impresa cerca de la empuñadura. Me he reído al pensar para mis adentros: «Ahora ya no se hacen puñales como éste.» Pues claro, joder, porque ahora ya no se hace nada.

Una vez todo ha sido dicho y hecho, tres LAV y un camión entoldado para el transporte de suministros se han quedado aquí con veintidós hombres, entre los que se contaba el sargento de armas. Aún estábamos en el exterior cuando el sargento de personal y su convoy se han puesto en marcha hacia el campamento base, con la noticia de que habían encontrado a un oficial comisionado dispuesto a colaborar en la causa. Han bajado al complejo dos radios militares con códigos cifrados mediante KYK-13 (pequeñas unidades de almacenamiento criptográfico) y las han instalado en el centro de control. Los marines se han preparado unos catres.

Nos hemos pasado la mayor parte de la tarde volviendo a transformar el Hotel 23 en un centro de operaciones militares en activo.

## C41

### **18 de Julio**

16:05 h.

Hemos iniciado comunicaciones con el navío *George Washington*. El jefe de Operaciones Navales en funciones no se hallaba en el portaaviones, porque se encuentra en un navío de menor tamaño, donde se ha reunido con uno de los comandantes para trazar planes. Estoy seguro de que habrá novedades en los próximos días. Me han dicho que con el próximo envío de suministros van a mandar a alguien a reprogramar el chip de la tarjeta de acceso común implantado en mi credencial militar; aunque en circunstancias normales serviría para acceder a ordenadores y redes de uso reservado a personal militar, no sé muy bien de qué me servirá ahora, ni qué sentido puede tener en este momento.

### **22 de Julio**

17:20 h.

He destapado la caja de Pandora. Ya tengo tantas responsabilidades que no sé qué hacer con ellas. Los veintidós nuevos marines se han encargado de la militarización del perímetro y de montar guardias. Ahora tengo un operador de radio a tiempo completo que dispone de una línea directa con la unidad de ataque del portaaviones. Entre los muchos mensajes que intercambiamos, han sido frecuentes los informes sobre la situación actual en el Golfo y en la costa Este. Recibimos incluso valoraciones diarias de amenazas, en las que se nos avisa de la presencia de grandes contingentes de muertos vivientes en ciertas áreas. Me tenía intrigado saber cómo era posible que al portaaviones le llegara comida para la tripulación de más de tres mil esqueletos que transporta. Uno de los jóvenes marines me ha explicado que llevaban a bordo unidades de asalto de la Armada, y que habían enviado a dichas unidades con lanchas Zodiac para que investigaran los posibles centros de aprovisionamiento de

la costa e identificaran los más apropiados para que los helicópteros se desplazaran hasta ellos y se llevaran la comida.

Hoy me he pasado unas horas escuchando las radios de las unidades de combate y he seguido las comunicaciones de los aviones de la Armada y las Fuerzas Aéreas, en concreto las retransmisiones de un avión de reconocimiento U-2 que sobrevolaba la costa Este. Me intrigaba saber cómo era posible que hicieran volar el *Dragón Lady* dada su gran necesidad de mantenimiento y de grandes aeródromos.

Según parece, el ejército estadounidense no ha tenido mucha suerte y, de acuerdo con un informe que recibimos anteayer, debe de haber perdido el 70 por ciento de la infantería en el continente. Simplemente no había espacio para ellos en los barcos. Los marineros y marines gozaban de prioridad y, así, abandonaron a las otras unidades del ejército estadounidense para que se defendieran por sí solas en tierra firme. Les avisaron del ataque nuclear con anticipación, pero muchos de ellos cayeron ante los muertos vivientes radiactivos que aparecieron en las zonas irradiadas después de los ataques.

Una parte de las comunicaciones de voz que he estado siguiendo me han dado a entender que aún operan sobre el terreno varios equipos de búsqueda que tratan de encontrar militares supervivientes. Una de las comunicaciones, en concreto, provenía de un avión de reconocimiento que sobrevolaba las islas Vírgenes en busca de un convoy de tanques desaparecido. Parece ser que el convoy desapareció cuando un paso a desnivel se hundió bajo el peso de uno de los tanques que iban en cabeza. El almacén del paso elevado había sido objeto de una reparación deficiente y se vino abajo, y se llevó consigo a cuatro de los tanques. Millares de muertos vivientes «calientes» perseguían al convoy, y tardaron tan sólo dos horas en dar alcance a los que seguían con vida. Tres de los tanques habían quedado averiados al caer del paso elevado y sus ocupantes murieron dentro de sus tumbas de metal, mientras un número incontable de cadáveres golpeaba el pesado blindaje y se retorció sobre la torreta y las llantas como gusanos sobre un cadáver de animal atropellado en la carretera.

Los tanques restantes se dispersaron a los cuatro vientos y se les perdió el rastro. Se desconoce su paradero.

El personal que viajaba en la parte de atrás del avión nos comentó por radio que era posible que los ocupantes de los tanques ya se hubieran expuesto a altos niveles de radiactividad simplemente por el mero número de muertos vivientes. Los sensores del avión indicaban que la horda emitía niveles de radiactividad letales sobre la superficie. Tras observar la situación, la aeronave ha regresado a la base, después de informar que volaban casi sin combustible.

Hay algo que está claro: dentro de muy poco, el número de nuevos inquilinos nos obligará a buscar un camión cisterna que nos permita llenar los depósitos de agua del Hotel 23 hasta su máxima capacidad. Hoy



mismo he golpeado el depósito con el rifle y he comprobado que el agua no llegaba ni siquiera a un octavo de su capacidad. Hemos tenido que racionarla y distribuir numerosos recipientes por el área del complejo para recoger agua de lluvia que nos sirva para cubrir esta imperiosa necesidad.

Hoy mismo, un técnico que ha venido por aire se ha presentado en el centro de mando para reprogramarme la credencial. La tarjeta lleva un chip. El técnico ha insertado mi tarjeta en un lector/grabadora conectado a un ordenador portátil y me ha indicado que introdujera una contraseña de por lo menos seis cifras. He pensado en un número que sé que no voy a olvidar jamás y lo he introducido en el terminal. El técnico me ha informado de que si empleo la tarjeta y la contraseña en los terminales informáticos del centro de control, voy a tener a mis órdenes todos los sistemas relevantes del complejo. Me ha avisado de que soy la única persona que tendrá la clave de acceso hasta que se me releve del mando. Le he preguntado qué importancia tenía eso y me ha respondido que no lo sabía, pero que las instrucciones que le habían dado en su cuartel general eran proporcionarle esa clave de acceso al oficial de más alto rango que hubiera en el complejo. Tan sólo se podría ampliar a otra persona si yo empleara mi tarjeta en el centro de control para autorizar la transferencia de poderes a otro oficial designado por una autoridad superior. Si perdiera la tarjeta o el número de la contraseña, o fueran destruidos, se necesitarían noventa días para programar otra, porque el sistema tiene un período de seguridad para impedir transferencias de poderes no autorizadas.

El técnico me ha dicho con desenfado al salir por la puerta:

—Lástima que no tengan nada en el silo. Esa autorización le habría permitido lanzar bombas nucleares. Aunque, si le interesa para algo mi opinión, yo no lo haría.

## **26 de Julio**

14:22 h.

No estoy seguro de que apostar hombres de guardia ahí fuera sea una buena idea. Disparan cincuenta cartuchos por cada período de veinticuatro horas y tengo la impresión de que esto podría convertirse en un ciclo de derroche y riesgos. Anoche les ordené que entraran para ver si, al desaparecer ellos, también se reducía la actividad de los muertos vivientes en el área. Parece que así la cosa funciona mejor. Esta mañana había diez al otro lado de la valla. Matar a diez es mejor que disparar contra cincuenta. Los hombres emplean bayonetas para acabar con los muertos vivientes de la valla, y luego los arrastran hasta la línea de arbolado, a cincuenta metros de distancia, con todoterrenos y mallas que

anudan en torno al pecho de los cadáveres para no correr ningún peligro de que el cuerpo inanimado les roce por accidente.

El contacto con el portaaviones ha sido esporádico, porque nuestra unidad de tierra es una insignificante mota de polvo en comparación con todos los problemas a los que tiene que hacer frente el ejército. Parece ser que Andrews y el Distrito de Columbia (de acuerdo con los mensajes que circulan) no resultaron afectados, y en estos momentos hay un equipo de exploradores sobre el terreno para valorar las fuerzas que habría que emplear en la reconquista del Distrito de Columbia. Otra de las opciones que se barajan es la de trasladar la capital hacia el oeste, pero apenas si se sabe nada sobre la situación en esa región del país. La comunicación con el resto de marines es constante y regular. El suboficial al mando contacta una vez por hora.

Le he dejado claro al sargento de armas que no sería mala idea que el resto de sus hombres, así como los civiles, se instalaran más cerca de nuestra posición. Hoy he tratado de conectarme de nuevo a Internet, pero nada. Sería un medio excelente para comunicarnos a largas distancias con otros países y unidades, puesto que el enemigo más importante no sabe leer ni emplear ordenadores.

Las reservas de agua disminuyen peligrosamente y ahora mismo se reúne y organiza un equipo para que salga mañana por la mañana. Yo iré con ellos.

## **30 de Julio**

19:34 h.

Nuestra pequeña unidad partió en busca de agua el día 27 por la mañana. John se quedó en el Hotel 23. Lo habíamos nombrado líder civil provisional, encargado de hacer respetar la ley. Prometió que tendría buen cuidado de nuestros muchachos mientras nosotros buscábamos H<sub>2</sub>O. Nuestro camino nos llevó hacia el norte, por los confines de la zona irradiada. Salimos con tres LAV y trece hombres. El objetivo era simple: nos dirigiríamos a la Interestatal en busca de un camión cisterna, o de cualquier tipo de vehículo que pudiese contener agua. Los depósitos del Hotel 23 estaban casi vacíos e íbamos a necesitar 37000 litros de agua para volver a llenarlos. Hace unos días me informaron de la ubicación de la base marine original. Nuestro viaje nos llevó a sesenta y cinco kilómetros de dicha ubicación. Sesenta y cinco kilómetros de ida y sesenta y cinco de vuelta son ciento treinta, por lo que no podíamos permitirnos el lujo de hacerles una visita.

Al cabo de una hora de apartar escombros y esquivar la chatarra de las colisiones múltiples, nuestro convoy de LAV logró llegar a lo que quedaba

de la Interestatal 100. La diversión había terminado antes de empezar. No me gusta tener que trabajar con esta temperatura como de un millar de soles. Vi a un grupo de ellos que daban vueltas en torno a los restos de los coches. Se hallaban a unos trescientos cincuenta metros de nosotros, y si ponía en marcha la imaginación y me concentraba, era capaz de creermelo durante unos minutos que no estaban muertos. Al cabo de poco, el viento arrastraría hasta ellos nuestro olor (pero ¿serían capaces de oler?), e iniciarían una lenta, aunque decidida, marcha hacia los vivos.

Parecía que con eso se mantuviera un equilibrio. A veces pienso en los vivos y en los muertos como si fueran cromosomas, sólo que los muertos son los cromosomas dominantes. No importa lo mucho que uno se esfuerce: al final siempre nacen niños con los ojos marrones. Son dominantes por el mero peso del número. Por lo menos en estos tiempos parece que la cosa funcione así.

Dean tenía muchas ganas de venir con nosotros. Probablemente habría sabido cuidar de sí misma, pero en seguida se me ocurrió otra tarea importante para ella, para no tener que decirle que no era buena idea que nos acompañara. Seguro que, en estos momentos, Tara y yo somos la comidilla de todos. Supongo que me imaginaba qué iba a pasar. Pero eso es otra historia. Quizá algún día escriba algo al respecto. Jan, Will, John y Tara están enseñando a los marines del Hotel 23 todos los elementos básicos para apañárselas en las instalaciones, así como las salidas de emergencia por si sucediera lo peor.

Pensaba en Tara mientras nos acercábamos a la Interestatal. Yo estaba a unos ciento ochenta metros cuando he visto un vehículo rodeado. Me ha hecho pensar en ella. El día que la encontré en el muelle, pensé que estaba muerta. Nos acercamos más y vi el coche con más detalle. Alcancé a distinguir que la ventana estaba agrietada por el lado que quedaba visible desde nuestro convoy. Los muertos vivientes trataban de meter los brazos en el interior, y el cristal a medio bajar les impedía introducirlos más allá del codo.

Uno de los LAV trató de llamarles la atención y alejarlos del coche para que pudiésemos mirar dentro. Por supuesto, funcionó. El equipo de medición de radiactividad que llevábamos a bordo indicó que casi no había radiación en el área. Quedaba radiactividad residual, y se quedaría allí durante varios cientos de años si no se llevaba a cabo una operación de descontaminación. Ya estábamos más cerca del coche. Los hombres nos cubrieron a mí y a dos marines mientras bajábamos de nuestro vehículo y nos acercábamos.

Me llevé una gran alegría al descubrir a una madre pájara y a sus pajarillos que piaban en un nido fuera de todo peligro en el asiento trasero del coche. Estaba seguro de que las criaturas se lo ponían sumamente difícil a la madre para salir del coche en busca de comida, pero parecía que se las apañaba bien. Se me ocurrió que podía subir un poquito los cristales de las ventanas para ponérselo aún más difícil a las criaturas,

pero, con gran decepción, descubrí que el mecanismo era eléctrico y que la batería llevaba tiempo descargada. Según parecía, tendría que abandonarlos en manos de la selección antinatural.

Contactamos por radio con el LAV que se encargaba de alejar a los muertos vivientes para que nos fuera al encuentro a un kilómetro y medio al este de la posición original. La carretera estaba abarrotada de muertos vivientes, pero el conducir esos vehículos tan sólidos me transmitía una extraña sensación de seguridad. Teníamos armas y municiones en abundancia, porque habría sido peligroso no llevarlos. Buscamos en dirección al este por la Interestatal hasta que nos acercamos peligrosamente a las afueras de Houston. Houston no había sufrido ningún impacto en la ofensiva de varios meses atrás y debía de haber un gran número de muertos vivientes en su área central. Habíamos encontrado numerosos camiones de dieciocho ruedas, con remolques de combustible que seguramente estaban repletos de gasolina. Qué lástima que no pudiéramos beber combustible. Me hizo pensar en cómo era el mundo real antes de que todo esto ocurriera, cuando una botella de agua era mucho más cara que su equivalente en gasolina. En cualquier caso, descubrimos un camión que transportaba agua en cantidad, y me sentí como un lerdito por no haberlo pensado antes.

No sé cómo no se nos había ocurrido ir en busca del parque de bomberos de una ciudad pequeña en vez de jugarnos el pellejo en la Interestatal. No lo dije en voz alta delante de los hombres, pero habría sido mucho más seguro hacer eso. Frente a nosotros había un camión de bomberos (sucio) en el que se leía: «Brigada de Prevención de Incendios de San Felipe.» Era grande, pero no el más grande que haya visto en mi vida. Tratamos de ponerlo en marcha, pero no hubo suerte. Tuvimos que hacer grandes esfuerzos para darle la vuelta y engancharlo a uno de los LAV. Creo que la fatiga me envejeció varios años.

*iiiContinuará próximamente!!!.*

El camión de bomberos era una tumba. En su interior había dos bomberos muertos, que estaban muertos de verdad y no se movían. Aún no me había acercado lo suficiente como para saber qué era lo que habían hecho para quitarse la vida y evitar la reanimación, pero daba la impresión de que lo habían conseguido. En la Interestatal había muchos, pero no pertenecían a la variedad ultramortífera de muertos vivientes que habríamos encontrado más al oeste, cerca de la zona irradiada. La única otra opción, aparte de remolcar el vehículo, era cargarle la batería con el equipo que transportábamos a bordo de los LAV. Primero tendríamos que eliminar discretamente los peligros inmediatos que nos acechaban en esa zona. Desde el asiento que ocupaba a cargo de la ametralladora del LAV número dos, conté treinta y ocho muertos vivientes. Me comuniqué por

radio con el sargento de armas, que me dijo que había contado treinta y nueve.

Cuando salimos del Hotel 23, los marines empuñaban fusiles M-4 y M-16 normales, iguales en todo a los que habíamos conseguido meses antes al abrir el arsenal del Hotel. Yo sabía que esa unidad no estaba formada en su totalidad por sus miembros originales.

Durante los primeros días después de su llegada, el sargento de armas me había explicado que se componía de supervivientes de varias unidades de marines que se habían guiado unos a otros mediante señales de radio y habían ido a parar a Texas. Por supuesto que no todos ellos se habían unido de ese modo a la unidad militar, porque ésta, al salir en busca de suministros, había encontrado también a otros supervivientes. En muchos casos, dichos supervivientes eran militares, o ex militares. Eso explicaba las armas que los marines del LAV número uno sacaban del vehículo. Cuatro marines a los que recordaba haber visto con insignias de submarinista o de paracaidista en el pecho sacaron H & K MP5 con silenciador. Ojalá hubiera tenido un arma como ésa durante los primeros meses después del fin del mundo.

Mantuve el puño en alto para indicarles que no dispararan, y al mismo tiempo contacté por radio con el sargento de armas. Le pregunté por el número de armas con silenciador de las que disponía la unidad. Me dijo que los marines habían saqueado un buen número de arsenales durante sus misiones de reconocimiento y se habían llevado tantas armas con silenciador como les había sido posible, probablemente a fin de prepararse para una guerra de guerrillas en la que sería necesario el sigilo.

Me comuniqué por radio con el LAV número uno (punto) y les di permiso para que dispararan con silenciador a los muertos vivientes que circundaban el camión de bomberos. Aún no había finalizado la retransmisión cuando oí el siniestro rumor de las metralletas con silenciadores. Los muertos vivientes cayeron, uno tras otro. Los marines fallaron en muchas ocasiones. Durante el tiroteo, el sargento de armas me leyó el pensamiento y me informó de que aquellas armas de nueve milímetros con silenciador no tenían, ni de lejos, la precisión de un M-16, pero que eran realmente silenciosas y no llamarían la atención de indeseables.

El sonido recordaba mucho al que se hace cuando se presiona rápidamente, en sucesión, la palanca de carga de un M-16 normal. Un chasquido apenas audible. Pasaron cuatro minutos hasta que el área que circundaba el camión de bomberos quedó despejada. Aparcamos los LAV alrededor del camión y salimos todos afuera. Los marines habían desmontado y vuelto a montar los silenciadores, porque (según ellos) si disparaban demasiadas veces seguidas los iban a averiar. Ocho hombres se desplegaron en perímetro defensivo en los espacios que quedaban libres entre los LAV. Me acerqué al camión de bomberos y traté de abrir la puerta. Estaba cerrada. Como de costumbre, las marcas de pus de los

brazos muertos estaban presentes en ambas portezuelas, lo que daba a entender que los bomberos muertos que se encontraban dentro habían resistido en el camión ya inutilizado, hasta que, al parecer, se habían quitado la vida.

Empuñé una voluminosa palanca (que había sacado de una de las maletas de herramientas del vehículo) y cinta americana, y logré romper el cristal sin hacer ruido. Así podría abrir la puerta del conductor desde dentro. Metí la mano por la ventanilla y entonces uno de los bomberos me la agarró por la muñeca. Intenté con todas mis fuerzas volver a sacarla. Esa cosa estaba a punto de morderme la muñeca cuando un marine abrió fuego e hizo trizas la cabeza de la criatura. Ambos habíamos pensado que los bomberos estaban muertos. El ruido debía de haber despertado a la criatura de una especie de hibernación para muertos vivientes.

El bombero que iba en el asiento del copiloto estaba muerto de verdad, porque la mayor parte del tronco y la cabeza habían desaparecido. Probablemente se estaban pudriendo en la garganta y el estómago de la otra criatura. Tras abrir la puerta y arrastrar hasta el suelo el monstruo que iba en el asiento del conductor, le di un golpe al pasajero con el cañón del fusil. No se movió. Todavía sujetaba con fuerza un hacha manchada de sangre.

La ventaja de contar con una unidad de militares capaces y de habilidades variadas se hizo evidente en el mismo momento en que me di cuenta de que no sabía nada sobre motores de vehículos grandes. Uno de los mecánicos de los marines se puso a trabajar. Abrió el motor y estudió las posibilidades de repararlo. Diagnóstico: bajo de aceite, batería muerta y nada de combustible. El combustible no era ningún problema. Llenamos parte del depósito con combustible de reserva de los LAV. El aceite tendría que esperar, porque ni el mecánico ni yo mismo podíamos saber cuál era el que le correspondía si no nos tomábamos nuestro tiempo para leernos el manual. Pero eso no sería posible, porque oí que los guardias del perímetro disparaban contra un puñado de muertos vivientes que habían ido hasta allí, atraídos por el barullo de la ejecución del bombero.

Finalmente tuvimos que cargar la batería. El marine no estaba seguro de su estado, porque llevaba seis meses expuesta a los elementos sin que nadie la revisara. Tratamos de cargarla. Empezó una guerra de nervios. Nos llevaría treinta minutos cargar la batería lo suficiente para que el motor volviese a funcionar. Entretanto, todos los demás, salvo el mecánico que trabajaba en el camión de bomberos, tendríamos que cumplir funciones defensivas. El mecánico también debería preparar las cadenas para remolcar el camión, por si la batería no se cargaba. Se sucedió un disparo tras otro. Las reservas de muertos vivientes eran prácticamente inacabables. La ciudad se hallaba en el horizonte y el humo subía hacia el cielo procedente de los incendios que nadie se había preocupado de extinguir. Me pregunté a cuál de ellos se habría dirigido el camión de bomberos. Probablemente a uno que llevaba mucho tiempo apagado. Otro disparo... y otro...

Se acercaban... cada vez en más cantidad... en filas cada vez más cerradas... cada vez más veloces. Tan sólo nos quedaban otros diez minutos... el murmullo era cada vez más fuerte. Gemidos al viento y sonidos intermitentes de metal que sufría golpes o rebotaba por el suelo en la lejanía, y criaturas que tropezaban con la chatarra. Me volví por un instante y vi que el mecánico enganchaba las cadenas en el bajo vientre del camión. No llegó a sujetar el otro extremo en el LAV. Por el momento enrolló las cadenas en los ganchos soldados al parachoques delantero del camión. Entonces oyó que el motor crepitaba y se ponía en marcha. Había funcionado. El motor arrancó y añadió una nueva y ruidosa variable al problema. Me volví hacía atrás y vi el humo que salía por el tubo de escape; el coloso rijo despertaba, despertaba a un mundo muy distinto del que había conocido.

El mecánico sonreía. Le lancé una mirada de aprobación y mandé a mis hombres regresar a los vehículos. Salí corriendo hacia el LAV número dos y por el camino les hice gestos a los marines. Cuando subí al vehículo, grité: ¡Tonto el último!.

No estaba seguro de que el motor del camión de bomberos fuese hable. Contacté por radio con el mecánico para que el camión adoptase la tercera posición en el convoy, Primero el blindado número uno, después el número dos (yo iba en el número dos), después el camión de bomberos, y finalmente el blindado número tres. Yo no quería que el camión se averiase y que otro pobre desgraciado muriera en tu cabina. Sabía que el camión debía de estar bien y que lo único que le había ocurrido era que se había quedado sin combustible en la Interestatal. Los pobres bomberos se habrían visto rodeados y no habían tenido ninguna posibilidad de escapar. Todo lo demás son especulaciones.

Nos pusimos en marcha hacia el H23. Por el camino, el sargento de armas y yo marcamos en los mapas las posiciones de los numerosos camiones cisterna que transportaban combustible. Con el tiempo, vamos a necesitar mucho combustible diesel, Iremos otro día a por él. No creo que el consumo de energía se haya visto afectado por el súbito crecimiento de población. Los generadores funcionaban tan sólo unas pocas horas al día para cargar las baterías de la iluminación, la ventilación, la provisión de agua y el escaso consumo de la cocina. Hemos sobrevivido con raciones de comida preparada y otras conservas limitadas desde el principio de todo esto y ahora empiezan a pasarse, pero estoy convencido de que estos marines las habían consumido durante períodos aún más largos en las condiciones «normales» de tiempos de paz.

Llegamos al mismo punto por el que habíamos accedido a la interestatal. Era la hora del crepúsculo, y la puesta de sol era el catalizador para que sucediese algo malo. Y sucedió algo malo. El camión de bomberos se nos murió. Envié a los hombres de mí LAV para que sujetaran la cadena a nuestros ganchos. El vehículo tenía fuerzas de sobra. Estoy seguro de que uno de los marines más jóvenes debía de

conocerse todos los tornillos y las tuercas de la máquina, pero yo sólo sabía una sola cosa... era potente.

La gruesa cadena de acero nos daba tirones y sacudidas cada vez que perdía tensión y tenía que volver a poner en marcha el peso del gigantesco vehículo. Me di cuenta de que nuestro LAV tiraba con fuerzas renovadas y de que se activaba un mecanismo autónomo de transmisión que reforzó la rueda que lo necesitaba. Los muertos vivientes se nos acercaron en tropel. No había tenido tiempo de contar hasta cinco cuando oí que nuestro vehículo chocaba contra uno de ellos con un sonoro plop.

Al mirar por el grueso cristal de la ventana blindada, vi que rebotaban en el LAV. Algunos de ellos iban a parar seis o siete metros más allá, hasta las zanjas cubiertas de vegetación a lado y lado de la carretera. Nos hallábamos tan sólo a media hora del H23 cuando contacté por radio con el mecánico y le pedí que comprobase el nivel de carga del camión. El mecánico no pudo decírmelo, porque el indicador se había quedado sin corriente. Yo tenía la esperanza de que quedara agua suficiente para mantenernos con vida hasta que hubiéramos podido reparar el camión y salir en busca de otra fuente de aprovisionamiento. Estaba seguro de que las reservas de agua del complejo se acabarían en cualquier momento, si no se habían acabado ya.

Gracias al sistema de visión nocturna del LAV, divisé las cámaras del H23. Estaban en pleno funcionamiento. Logramos llegar a casa con el camión a remolque. El camión de bomberos tenía una capacidad de 19000 litros y tenía un cuarto de su depósito lleno. Tendría que bastarnos hasta que encontráramos otra reserva de agua. Entre el equipo médico que teníamos en el H23 y el que nos habían traído los marines, juntaríamos yodo suficiente para purificar el agua. En algún momento tendríamos que echar abajo las puertas de unas cuantas residencias suburbanas y hacer acopio de lejía.

Recibimos incesantes mensajes del cuartel general. La mayoría tan sólo nos mantienen informados, pero no nos llaman a la acción. Yo mismo tuve que mandar un informe sobre la situación en Austin, Texas. Los jefazos del portaaviones necesitaban los datos para actualizar sus importantísimos informes. No sé por qué, pero me temo que dentro de poco nos mandarán a una zona irradiada, también para que les informemos sobre la «situación». Creo que, cuando me llegue el momento de pasar por ese puente, se me hundirá bajo los pies.



## GUARDACOSTAS

**8 de Agosto.**

13:50 h.

Estaba en el Hotel 23. Atrapado. Los marines muertos de fuera golpeaban la puerta de la sala de control ambiental. Abrí la mirilla de acero y la vi... Era Tara, ensangrentada, muerta, hambrienta. John estaba detrás de ella, arañando la puerta. No recordaba cómo había podido llegar hasta allí; tan sólo sabía que estaba allí. Esos rostros familiares estaban rodeados por los de los marines. Muchos de ellos tenían el cuerpo cubierto de fatales orificios de bala. Mi operador de radio también estaba allí. Aún llevaba los cascos en la cabeza... y entonces... habló. ¡El difunto operador de radio habló! Dijo: «Señor... despierte... tengo un mensaje importante para usted.»

No estoy seguro de la naturaleza del mensaje que llegó anoche mientras dormía. Me desperté al oír que el operador de radio llamaba a la puerta. El mensaje me decía que teníamos que desplazarnos a la costa para auxiliar a un barco de mediana envergadura de la Guardia Costera que se había averiado. No corrían peligro inmediato y habían anclado frente a la costa de Texas, a tan sólo 130 kilómetros por tierra del lugar donde debía de estar varado el *Bahama Mama*. Después de leer el mensaje y comentarlo con el sargento de armas, llegamos a la conclusión de que sería preferible salir durante la noche.

Me desperté y le conté a Tara lo que había visto en mi sueño. Era más que una amiga y me sentía como si pudiera contarle cualquier cosa. También Dean era firme como una roca. Su sabiduría me ayudó a hacer frente a los demonios que durante esos días me desgarraban a menudo el alma.

Tuve una sensación similar a la de regresar después de unas largas vacaciones y encontrarse con el trabajo acumulado. Mientras escribo esto, el tercero al mando traza la ruta que seguiremos por tierra para ir al encuentro del barco guardacostas que sigue inmóvil en el agua. En cualquier otra situación habríamos partido de inmediato, pero como los hombres que se encontraban en la embarcación están más o menos a

salvo, nos tomamos un tiempo para trazar planes y reunir provisiones, a fin de que el viaje sea menos peligroso.

Me gustaría que esta expedición no sobrepasara las cuarenta y ocho horas. Aún quedan muchas cosas por hacer hasta que culmine la fusión de los dos grupos. El Hotel 23 no tiene capacidad suficiente para tantos, pero algo me dice que, con equipamiento pesado y algunas divisorias de cemento que encontraríamos en la Interestatal, sería posible construir una pared en torno a la valla metálica. Tardaremos meses en reunir todo el material necesario, pero tal vez merezca la pena.

Cambio de tema: hoy mismo, Danny se ha hecho daño cuando jugaba fuera con Laura. Persegúan a *Annabelle*, y entonces Danny ha metido el pie en un hoyo y se ha torcido el tobillo. Últimamente les dejamos salir más a menudo, pero los marines siguen órdenes estrictas de cuidar de su seguridad dondequiera que se encuentren. He cargado todo mi equipo en el LAV número dos. Lo he bautizado con todo mi afecto (y con todo secreto) como *Aguanbabuluba*. Yo mismo no sé por qué, pero ese nombre le queda bien.

Hoy hace mucho calor y vamos a llevar provisiones extra de agua para mantenernos hidratados y con vida. Sé que nuestras reservas de agua no son todo lo abundantes que debieran, y tampoco las de combustible. Ese es un problema que tendremos que resolver, aparte de nuestras obligaciones oficiales. En cierta manera, me alegro de que el Hotel 23 no sea más que una gotita dentro del cubo de agua de nuestros mandos estratégicos. Me voy a llevar a los mismos marines que la otra vez. No recuerdo que ninguno de ellos la jodiera en la última misión, así que no veo la necesidad de reparar lo que no está averiado, y todavía menos en una misión tan precipitada. Puede que forme un grupo distinto para la siguiente, si es que hay una siguiente.

## **11 de Agosto**

22:28 h.

Partimos del Hotel 23 sin percances. Fuera había mucha humedad y, al abrir la compuerta por la que saldríamos del complejo, tuvimos la sensación de entrar en una sauna. Los vehículos ya estaban con el depósito lleno, a punto para partir.

Las carreteras necesitaban un exhaustivo mantenimiento del que nadie se iba a encargar jamás. El hormigón estaba lleno de grietas y no había visto vías públicas en tan mal estado desde que serví en Asia.

Seguimos hacia el este por la línea de la costa hasta que encontramos lo que había sido una carretera principal. Ahora parece más bien un

campo cubierto de coches para desguace, todos ellos alineados con el morro hacia el este. No se parecía en nada a lo que yo había visto. Sus restos herrumbrosos eran lo único que aún indicaba la dirección que había seguido la carretera.

Seguimos adelante guiándonos por los restos de los coches, por la misma ruta que había seguido la carretera, pero sin acercarnos mucho a ellos, para evitar problemas. Los muertos vivientes no eran inteligentes, y no teníamos noticia de que en esa zona hubiese radiación, pero las onduladas colinas de Texas podían ocultárnoslos fácilmente cuando atravesáramos las depresiones del camino.

Otra idea que me remordía por dentro era que la situación había cambiado por completo. Antiguamente había tan sólo un puñado de animales que pudiesen matar de un mordisco, como, por ejemplo, algunas especies de serpiente. Ahora el péndulo del equilibrio que oscila entre criaturas mortíferas y humanos vulnerables se ha decantado hacia el cataclismo. Con las víboras, al menos, existía siempre la posibilidad de sobrevivir. Según me cuentan los marines, no existe un antídoto contra estas criaturas que se han adueñado del mundo entero. El sargento de armas dice haberlos visto a cientos: hombres fuertes que sucumbieron treinta y seis horas después de que los mordiesen o arañaran. Existen incluso casos documentados de víctimas que se infectaron porque les contaminaron accidentalmente una herida abierta con saliva.

Queda algo que me obsesiona. ¿De dónde sacan su energía? Parece que, después de muertos, dispongan de reservas inagotables de energía. Albergo la secreta esperanza de que alguien, quizá un equipo de expertos, esté estudiando los puntos fuertes y debilidades de esas criaturas, que deben de superarnos por varios millones en Estados Unidos y en miles de millones a lo largo y ancho del planeta. Éstos eran los pensamientos que me revoloteaban por la cabeza durante la misión de rescate del *Reliance*, que se había quedado inerme sobre las aguas. Debíamos de encontrarnos a unos pocos kilómetros de nuestro destino cuando las gafas de visión nocturna me revelaron a un primer grupo.

Expuse con sumo cuidado los protocolos para el empleo de violencia por los que iba a guiarse nuestra unidad. Sabían que tenían que emplear la fuerza contra los muertos vivientes tan sólo cuando fuera absolutamente necesario. Los ruidosos motores de los LAV hacían que los muertos vivientes girasen violentamente sobre su eje y avanzaran hacia nosotros cuando pasábamos. Estaban como programados y sabían que cualquier ruido fuerte indicaba la presencia de alimento.

Les miré con odio desde la torreta de artillería y luego clavé los ojos en la noche. Las gafas eran buenas, pero no ofrecían una visión ilimitada. No era como la del ojo desnudo a la luz del día. Era como llevar una gigantesca linterna verde que se encendía de noche e iluminaba tan sólo hasta un alcance de unos setecientos metros.

Era siempre lo mismo, un cadáver tras otro, y merodeaban por la zona donde habían muerto. Viajar con vehículos de ocho ruedas tenía sus ventajas. Nos movíamos sin problemas fuera de la carretera hasta que llegábamos a un puente o un paso a desnivel. Acercarse a una de esas construcciones significaba que, o bien teníamos que quitar de en medio la chatarra que obturaba las arterias de la carretera, o bien descender hasta el techo fluvial. A veces el paso a desnivel no se encontraba sobre un río, sino sobre una salida, o una carretera más pequeña. Esto fue lo que nos encontramos de camino al encuentro del barco.

MI LAV número uno nos llamó por radio cuando tan sólo nos faltaban unos doscientos metros para tener que tomar una decisión. Sabían que no podían detenerte. Seguimos adelante mientras la voz crepitaba por la radio:

—Señor, nos acercamos a un paso a desnivel, la carretera está congestionada, ¿Qué quiere que hagamos?

—¿Qué clase de vehículos nos cierran el paso? —le pregunté.

—Veo un par de camiones de dieciocho ruedas, señor —me respondió.

No tuve otra opción que ordenarles que bajaran por una pendiente que descendía hasta una carretera perpendicular. Les dije que bajaran en diagonal y que no se detuviesen bajo ningún concepto. Por poco que me gustara la idea, esas máquinas aún estaban muy necesitadas de mantenimiento básico (mantenimiento civil profesional) y sabíamos que en más de una ocasión habían empezado a chisporrotear y se habían muerto al frenar con brusquedad.

Mientras el LAV número uno desaparecía cincuenta metros más adelante y descendía al abismo, la señal de radio se volvió más estridente, y luego tan sólo se oyó estática.

Abrí el micrófono y solicité respuesta.

El LAV número uno me respondió.

—Señor, es posible que prefiera tomar el paso a desnivel. Hemos encontrado un autobús escolar repleto de cosas de éstas y son muchas.

Le di las gracias por la advertencia y pedí al sargento de armas que me mantuviese informado. Estábamos casi en lo alto de la loma, casi podíamos verlos.

La radio crepitó de nuevo.

—Señor, el contador Geiger capta una señal...

Tuve un minuto de confusión. Estábamos lejos de las áreas irradiadas, todavía más lejos que en el Hotel 23. ¿Cómo era posible que los contadores Geiger captasen lecturas desde allí?

Cuando el morro del LAV número dos (el mío) rebasó la loma y empezó a descender por el barranco para llegar hasta la carretera, vi el autobús escolar. En un primer momento no observé nada especial, hasta que le eché una segunda mirada.

El autobús estaba preparado para el combate. Tenía las ventanas protegidas con tela metálica soldada al marco y un quitanieves instalado en la parte frontal. El contador Geiger se disparó en el mismo momento en el que nos acercamos al gigantesco autobús amarillo. El autobús emitía una gran cantidad de radiación, Estaba repleto de muertos vivientes. Un detalle todavía más turbador: había casi una docena de cadáveres sobre el techo del autobús, muertos del todo.

No podía imaginarme ni de lejos lo que habría ocurrido. El autobús desprendía una radiactividad alta, pero los muertos vivientes que lo rodeaban no alcanzaban ni de lejos el mismo nivel. El contador Geiger indicaba que el autobús emitía niveles de radiación que podían resultar mortales en caso de exposición prolongada. Algunos de sus ocupantes parecían tener heridas muy traumáticas, pero la mayoría se veían indemnes. Al pasar nuestros vehículos, se agitaron. Lo último que vi del autobús fue la penúltima ventana del costado derecho. Un chico joven colgaba de la ventana por la pierna derecha. De la izquierda ya sólo quedaba el hueso. Tenía la cara cubierta de quemaduras y lesiones. No parecía ni muerto ni no muerto.

Sin interrumpir el contacto por radio, pasamos de largo y esquivamos a los muertos vivientes mientras ascendíamos de nuevo por la pendiente para retomar el camino hacia el este. No sabía exactamente por qué, pero la visión del autobús me había afectado. Se me ocurrió que tal vez estuviera repleto de supervivientes que habían tratado de alcanzar un área más segura. Estaba claro que procedían de una zona irradiada y que sabían que quedarse inmóvil se pagaba con la vida.

Me pregunté cómo habrían salido los que se hallaban en el techo del autobús. No había visto ningún arma. Tuvieron que pasar varias horas para que me pusiera a pensar en otra cosa. Seguimos adelante en horas nocturnas, y remolcamos, esquivamos, evitamos. No nos detuvimos hasta encontrar un camión cisterna lleno de combustible que se encontraba a una distancia segura de todos los embudos que se habían formado con la chatarra y los atascos de tráfico.

Como no nos quedaba tiempo para examinar el vehículo, ni para buscar la manera de arrancarlo de nuevo, uno de los hombres sujetó una cadena envuelta en tela a la válvula del combustible y la abrió de un tirón. El diesel empezó a derramarse por el suelo. Todos nosotros sabíamos que el diesel no se inflama con facilidad y que no representaría una verdadera amenaza, siempre que lo manejáramos con inteligencia. Empleamos uno de los cuchillos K-Bar para cortar una de las mangueras de goma que se encontraban a un lado de la cisterna y la sujetamos a la válvula rota con cinta americana. No quedó bonito, ni impermeable, pero cumplió su

función. Llenamos de combustible tanto los depósitos de los vehículos así como las latas que llevábamos. Uno de los mecánicos examinó el combustible y dijo que todavía estaba bien, pero que, si no se trataba, dejaría de estarlo al cabo de más o menos un año.

Cegamos la válvula rota con tela que cortamos de los asientos del vehículo, un vaso grande de tres litros y medio, y un trozo de cuerda.

Rezumaba un poco, pero tardaría siglos en vaciarse. Marcamos su posición en los mapas como una opción para repostar si lo necesitábamos en el camino de vuelta. La posibilidad de repostar hizo que me sintiese un poquito mejor, pero el deplorable mantenimiento de los vehículos, unido a la dudosa calidad del combustible, echaba a perder todo pensamiento positivo.

Al amanecer llegamos a Richwood, Texas. El poste que indicaba el nombre y la población había quedado parcialmente ilegible por culpa de un *grafitto*. Se olía la sal en el aire. No estábamos muy lejos del Golfo. Durante toda la noche habíamos tratado de contactar por radio con el guardacostas, pero no lo habíamos conseguido. Los hombres estaban fatigados y era peligroso desplazarse de día. Nos encontrábamos en un área industrial y no tardamos mucho en encontrar una fábrica protegida por una valla, donde pudimos escondernos y dormir.

La fábrica se llamaba PLP, y a juzgar por el equipamiento que había en el exterior del edificio principal, trabajaban con tuberías industriales. Uno de los marines tomó un hacha que llevábamos sujeta con correas al exterior del LAV número tres y la empleó para romper la cadena que mantenía cerrada la puerta de la valla. Entramos, cerramos la puerta y volvimos a sujetar la cadena con cinta aislante y ganchos de tienda de campaña. Aparcamos los LAV en la parte de atrás y organizamos turnos de vigilancia, así como un perímetro defensivo que improvisamos con los montones de tuberías abandonadas al aire libre.

Ese día dormimos muy poco, por los golpes incesantes que se oían dentro de la fábrica. Los trabajadores no muertos sabían que estábamos fuera y también querían salir. Para cuando nos despertamos y apartamos los pesados montones de tuberías, ya teníamos público al otro lado de la valla. No eran muchos, pero sí suficientes. Uno ya es demasiado. Otro pensamiento casual... ¿a cuántos humanos podría infectar uno de ellos si las víctimas se pusieran en fila india y se dejaran morder por la criatura? ¿A un número ilimitado? ¿A cincuenta?

Mandamos a cuatro hombres a distraer a nuestro público de muertos vivientes mientras los demás abríamos las puertas y salíamos de la fábrica. El sol estaba bajo. Habían pasado trece horas desde que habíamos hecho el alto. Necesitaríamos tiempo extra para poder dormir todos. Nos habríamos ahorrado cuatro horas si todos nosotros hubiésemos dormido al mismo tiempo, pero eso habría sido demasiado peligroso. Abandonamos en seguida la zona y nos pusimos en camino hacia la costa. Hacía mucho

que no había visto el mar. El olor familiar me trajo recuerdos, igual que el olor de la colonia antigua que había encontrado en el fondo del botiquín.

Una vez más, tratamos de establecer comunicaciones con el guardacostas. Las radios de alta frecuencia alcanzaban sin dificultad el Hotel 23 si las sintonizábamos bien, y sus señales habrían tenido que llegar al barco con mayor facilidad todavía. Lo único que se me ocurría era que tal vez la señal rebotara. Es un fenómeno que los operadores de radio conocen bien. Si uno está demasiado cerca o demasiado lejos del receptor de la transmisión, la señal puede rebotar sobre las antenas de éste. El cielo estaba nublado, y eso a veces contribuye a empeorar el problema.

Nos comunicamos con John y con los demás habitantes originales del Hotel. Les hablé del autobús de la escuela, del camión de combustible y de la fábrica. Le pregunté a John si Tara estaba en la sala y me respondió que no. Entonces le dije que le dijese a ella que no se preocupara, y que no le hablase del autobús escolar. El motivo principal de mi llamada era obtener la posición exacta del barco. John me dijo que ordenaría al operador de radio que mandara un mensaje y que volvería a llamarme en menos de una hora.

Al acercarnos al mar, divisamos su color verde. Contemplamos la gran extensión verdosa del Golfo. Había echado mucho de menos su paleta de colores. A juzgar por las reacciones de los hombres, ellos también habían echado de menos la visión de esas aguas sin fin. Al acercarnos a la marina, John contactó de nuevo por radio y nos comunicó la respuesta del portaaviones. Los servicios de inteligencia de éste habían recibido la última actualización de datos Link-11 cada treinta minutos. El barco se encontraba a 28-50.0N 095-16.40. De acuerdo con nuestros mapas, debía de hallarse a siete kilómetros de la costa.

Estábamos lo suficientemente cerca de la marina para observarla en detalle. Allí sólo quedaban pequeñas embarcaciones de vela. Ese lugar me recordaba las costas de Seadrift. ¿Y por qué no? No estábamos lejos de allí. Me pregunté si las cebollas encurtidas seguirían en la cubierta del *Mama*. Tampoco estaba lejos de allí.

Íbamos a necesitar algún tiempo para planear la misión de rescate anfibio, así que dejamos nuestro convoy de tres vehículos en el aparcamiento de la marina de Fair Winds. Me comuniqué una vez más por radio con John y le pedí que enviara un mensaje al cuartel general para solicitarles actualizaciones por si el barco se había desplazado más de un kilómetro. Me dijo que tuviera cuidado y que nos veríamos en un par de días.

Ante la falta de comunicación entre nuestro convoy y el guardacostas, tuve que plantearme si de verdad íbamos a rescatar personas, o tan sólo pecios. El chasquido de un rifle interrumpió esos pensamientos. Maldije por lo bajines y me pregunté quién sería el que se había saltado los protocolos. Abrí el micrófono y pregunté quién había disparado y por qué.

Me respondió el más veterano del vehículo número tres. Me dijo que me volviera hacia las seis y mirase lo que se acercaba.

Obedecí y vi a unos cincuenta que surgían de un área urbana a unos quinientos metros de nuestra posición. Mejor cincuenta que cinco mil, así que no me preocupé demasiado. El sargento de armas no había disparado a los muertos vivientes que se hallaban a quinientos metros de nosotros; idisparaba a los que le golpeaban la puerta de atrás! No sé por qué, pero del grupo de cuatro cadáveres que estaban detrás del LAV tres de ellos me resultaron familiares. No lograba reconocerlos. He visto a millares de criaturas como éstas desde que empezaron a caminar y probablemente todo sea pura paranoia.

Indiqué a los hombres que preparasen los vehículos para el viaje anfibio. Los LAV de los marines podían transformarse en pequeñas embarcaciones. Eran grandes, pesados y lentos, pero aun así navegaban. Llevan dos hélices en la cola que les permiten avanzar a diez nudos. Disparamos contra los que estaban en nuestra zona y contra los que aparecieron entre el agua y nosotros. Teníamos el camino despejado y nuestros vehículos estaban a punto, así que nos arrojamos al golfo de México. Hordas de muertos vivientes nos perseguían.

El agua que me salpicó la cara estaba templada. Cuando empezó a filtrarse en el compartimiento, miré al sargento de armas con inquietud. Me sonrió y me dijo que no me preocupara, que si no entrase agua sería él quien se inquietaría. Confié en él y me asomé de nuevo al exterior para ver lo que ocurría en la costa. Les dije a los otros LAV que navegaran al ralenti y formaran una hilera a unos cien metros de la costa. El agua acumulada en el interior del vehículo llegaba a los cinco centímetros, pero no parecía que fuésemos a hundirnos.

Salí afuera y les vi congregarse en la orilla como hormigas. Fue entonces cuando la radio emitió otro bip y nos llegó otro mensaje de voz. Se oían los sonidos ya familiares de las voces encriptadas al descryptarse. Suena como un módem de los antiguos hasta que por fin la voz se vuelve reconocible. John volvía a llamarnos y nos decía que le habían informado de la posición actual del barco. Aun cuando hubiéramos solicitado actualizaciones tan sólo para el caso de que se hubiera movido más de cuatrocientos metros, los del cuartel general habían pensado que también nos sería de utilidad que nos informaran de que el guardacostas no se había movido lo más mínimo. Tuve que darles la razón. La embarcación no había experimentado desplazamientos significativos desde la última vez en que la antena de su mástil había retransmitido una actualización automática.

Los gemidos de los muertos se hacían oír en la distancia y se colaban por el micrófono. Oí la voz de Tara y me di cuenta de que los del complejo trataban de arrebatarse el micrófono el uno al otro. Tara me habló y me preguntó si todo iba bien. Yo le expliqué nuestra situación y le informé de que no corríamos ningún peligro inmediato. Le pedí que volviera a pasarle



el micrófono a John, lo cual hizo de mala gana. Le dije a John que estábamos a punto de salir a mar abierto en busca del guardacostas. Las brumas venían hacia nosotros. La luz de la luna, así como el frío de la noche, hacían que nuestro miedo fuese aún mayor.

Dejamos a la manada de muertos vivientes en la costa y nos dirigimos a las coordenadas que nos había dado el grupo de combate del portaaviones. A medida que nos alejábamos, los gemidos dejaron de oírse y nos olvidamos del enemigo. Traté de no pensar en los muertos vivientes que nos acecharían en el fondo del mar, o que flotarían sin rumbo bajo la superficie. Les deseé lo peor, porque éstos eran los que me daban más miedo.

El equipo óptico del LAV era mucho mejor que las gafas de visión nocturna, y por ello volví a meterme dentro y desplegué los sensores. Aún divisaba la costa. Los muertos vivientes seguían allí. Seguían congregándose como hormigas. Orienté de nuevo el instrumento hacia la dirección en la que se movía el vehículo. Tenía los pies húmedos por el agua salada que se había filtrado o había rociado el interior del compartimiento.

Debíamos de encontrarnos a un kilómetro y medio de la costa, y alcancé a divisar un objeto brillante y pequeño en el horizonte. Casi parecía una vela. Cuando los instrumentos nos informaron de que ya habíamos recorrido tres kilómetros, la radio se activó de nuevo con un informe de posición. John decía que el barco guardacostas seguía estacionario desde la última actualización. A mí me estaba bien. Cuando menos tiempo tuviéramos que pasar buscándolo en el agua, mejor.

Agarré una linterna estroboscópica de uno de los kits de supervivencia y la sujeté a la red de caiga que llevábamos en el techo del vehículo. Hasta que llegara el momento de subir a bordo, no escatimaría esfuerzos por conseguir que alguien nos informase de que la tripulación seguía con vida. Aún no había visto la silueta del barco. Debíamos de encontrarnos a cinco kilómetros de la costa. Entonces estuvo claro el origen de aquella luz que parecía de una vela. Era la llama de una plataforma petrolífera que se encontraba mar adentro. El guardacostas estaba junto a ella. Al parecer, habían echado amarras en la columna de apoyo sureste. Desde tan lejos, no se apreciaban señales de vida.

Cuando nos acercamos a la plataforma, alcancé a oír, a lo lejos, voces humanas. Parecía que gritaran. Yo estaba casi seguro de que la luz estroboscópica se vería desde la cubierta de la embarcación, porque ésta quedaba más alta que nosotros. Al acercarme más, empecé a darme cuenta de que las voces no provenían de la embarcación, sino de la plataforma. Escuché y volví adentro para emplear los instrumentos ópticos del LAV. Distinguí la silueta verde de unos hombres que agitaban los brazos en lo alto de la plataforma. Estábamos lo bastante cerca como para entender lo que decían. Nos decían que no subiéramos al barco.

Estaba invadido.

Me pregunté cómo era posible que un fallo mecánico en una embarcación de combate hubiera desencadenado que ésta fuese víctima de la plaga. El sargento de armas y yo fuimos los primeros en agarrarnos a la escalerilla de la plataforma petrolífera. Mientras subía, logré ver varias figuras sobre el barco. El camino hasta arriba era largo, aún más largo que la escalerilla del silo de misiles del Hotel 23. Al llegar al último escalón, uno de los miembros de la tripulación me ayudó a llegar hasta arriba. Conté unos treinta hombres sobre la plataforma. Aparentemente todos ellos gozaban de buena salud.

Pregunté quién estaba al mando y uno de ellos me respondió:

—El teniente de grado júnior Barnes, señor.

Pregunté si podía hablar con él, pero me contaron que se había encerrado en uno de los camarotes del barco y que no podía salir. Me quedé con la sensación de que ya esperaban la siguiente pregunta. Cuando quise saber cómo diablos era posible que los mierdas esos de carne putrefacta se hubieran adueñado de una embarcación militar, me lo explicaron con todo detalle.

El hombre que hablaba conmigo era un suboficial. Era uno de los técnicos de los sistemas de información de la nave. Gestionaba sus sistemas y redes automatizadas. Parecía que dominaba el tema. El suboficial me explicó que habían encallado cerca de la plataforma. No disponían de los mapas actualizados que normalmente habrían tenido que llevar a bordo y no sabían lo profundas que eran las aguas en esa zona. No había sido nada grave, pero la hélice había sufrido daños mientras trataban de salir del banco de arena. No era imposible poner en marcha la embarcación, pero el motor y el eje habrían sufrido demasiada tensión, porque la hélice no funcionaba al ciento por ciento de su eficiencia.

El mejor momento para recuperar la embarcación sería de noche. Sabía muy bien que, en la oscuridad, esas cosas no ven mucho mejor que una persona viva normal.

Aunque el suboficial me hubiera explicado cómo estuvieron a punto de morir en el agua, quedaba por esclarecer cómo los muertos vivientes habían podido llegar al barco en número suficiente para obligar a la tripulación a abandonarlo. Le ordené que me lo contara. Al principio vaciló, pero le conté quién soy, y con qué autoridad actúo.

Primero bajó la cabeza, para que la visera le cubriese los ojos, y luego dijo:

—Nos llegaron órdenes desde arriba para que capturásemos especímenes y los transportáramos al portaaviones para estudiarlos.

Qué locura... ¿no? ¿En serio que las personas que estaban al mando querían tener cosas de éstas a bordo de la nave comandante, por muy importante que fuera la investigación? Mantenerlos encerrados en un guardacostas habría sido otra cosa, pero, ¿en un navío militar norteamericano con funciones de mando?

Sé muy bien que el portaaviones transportaba un equipo médico completo y equipamiento adecuado para la investigación, pero esa investigación podía hacerse en otra parte, en cualquier otra parte, lejos de los líderes militares. Nos estábamos quedando sin personal militar de servicio, o, por lo menos, éstos eran mis cálculos.

—¿Por qué en el golfo de México?

—Porque el alto mando los quería irradiados —me respondió.

Estuve a punto de arrearle un sopapo por haber accedido a cumplir una orden como ésa, pero me contuve, y entonces me explicó que habían enviado muchas embarcaciones pequeñas con unidades de captura a las zonas irradiadas, donde había ciudades destruidas, para encontrar especímenes que pudieran estudiar. En mi fuero interno les di la razón en sus intenciones, pero no en los medios con los que pensaban almacenar esas cosas. ¿Por qué las querían de áreas diferentes? El suboficial no supo responderme y aposté a que los únicos que lo sabrían debían de ser los del portaaviones. Le preguntó cuántos cuerpos irradiados se hallaban a bordo; me dijo que habían sacado cinco de la zona radiactiva de Nueva Orleans.

Le pregunté cómo era posible que tan sólo cinco de esas criaturas hubiesen podido apoderarse de la embarcación. Volvió los ojos hacia la noche y aguardó un minuto en silencio, sin saber qué decirme. Le chasquéé los dedos delante de la cara para sacarlo de aquella especie de trance. Entonces empezó a contarme lo que yo ya había temido y sospechado.

—Esos de ahí no son como los demás, señor. No se pudren como los otros, son más fuertes, más rápidos, y hay quien dice que también más inteligentes. No lo entiendo. La radiación les hace algo, los conserva. Los médicos del portaaviones piensan que la radiación funciona de algún modo como catalizador: les preserva las funciones motoras y les hace crecer de nuevo las células muertas. Por extraño que parezca, las células regeneradas siguen muertas. Los médicos no lo entienden, ni lo entiende nadie. Aunque no lo reconocerán jamás, pienso que se equivocaron al arrojar las bombas nucleares.

»Las criaturas de esa embarcación lograron librarse de las correas que los sujetaban y mataron a los tres hombres que estaban de guardia. Esos hombres se transformaron y lo único que pudimos hacer fue cerrar el puente y amarrar el barco a esta plataforma antes de que nos devoraran.

De acuerdo con los cálculos del suboficial, debía de haber unos quince muertos vivientes en la embarcación.

Supuse que había llegado la hora de actuar. Le dije al suboficial que lo sentía mucho y que los especímenes del guardacostas no llegarían al portaaviones. Íbamos a matarlos a todos.

Perdimos a un marine en el asalto. En total, necesitamos cuarenta y cinco minutos para adueñarnos del barco. Estaba oscuro y habría sido un

suicidio que nuestra unidad entera lo abordase. Me llevé al sargento de armas y a un curtido sargento de personal, que se empeñó en ir. Hace poco me han informado de que su esposa vive en el campamento base original de los marines. Puedo decir que peleó con bravura y que, probablemente, nos salvó tanto al sargento de armas como a mí.

Abordamos la embarcación con suma cautela: saltamos sobre los cables de amarre hasta la cubierta. El sargento de Personal «Mac» era el único de los tres que llevaba un arma con silenciador. Les habíamos dejado las otras al resto del grupo por si las necesitaban para defenderse.

Yo no estaba familiarizado con el manejo del arma y preferí que la llevase el marine. Habría estado encantado con que fuéramos más de tres, pero, por desgracia, tan sólo teníamos tres pares de gafas de visión nocturna. Mac acabó con las dos criaturas que estaban en cubierta. Esos dos habían formado parte de la tripulación original. Los amontonamos en el castillo de proa y procedimos a apoderarnos de la embarcación. Gracias al sistema de comunicación interna 21MC del guardacostas pudimos hablar con los seis supervivientes encerrados en la cocina. Por los altavoces se oía el rumor de fondo de los muertos vivientes, que golpeaban sin misericordia la persiana de acero con la que podía aislarse la parte de la cocina donde se habían parapetado.

Ese obstáculo era lo único que impedía que los cocineros y el oficial en jefe de la nave muriesen devorados.

Nos contaron que se habían cargado a uno de los muertos vivientes irradiados con un extintor y un hacha del equipo contra incendios. Uno de los hombres que habían abatido a la criatura era presa de vómitos y estaba débil, probablemente como consecuencia de la exposición. Los marineros se habían puesto trajes antirradiación al entrar en Nueva Orleans para capturar a los especímenes, que sin duda arrastraban una fuerte carga radiactiva y eran muy peligrosos para quien se les acercara. El teniente me había dicho que los otros dos estaban fuera de la cocina y golpeaban las paredes interiores de la embarcación. Le parecía que gran parte de los tripulantes no muertos del guardacostas se hallaban al otro lado de la persiana de acero, pero no estaba seguro de que fuesen todos. Nos metimos por el corredor y bajamos por la empinada escalerilla. La cocina estaba en el centro de la embarcación, por debajo del nivel de las aguas. Cuando estibamos a punto de llegar abajo, Mac me susurró que iba a cargarse una de las luces del pasillo para seguir en situación de ventaja. Le pegó un tiro y el cambio en la atmósfera provocó que una de aquellas cosas saliera a espacio abierto, enfrente de su arma.

Mac la derribó con dos disparos. El primero dio en el hombro izquierdo de la criatura, pero no logró nada, aparte de salpicar con sangre putrefacta y negra la pared que estaba detrás. El segundo disparo hizo blanco en la nariz, y me imagino que ése sí que debió de tocarle lo suficiente cerebro, porque dejó de moverse.

Lo arrastramos a un rincón del pasillo y, por seguridad, le sujetamos los brazos y las piernas con unas esposas de plástico. Seguimos avanzando sigilosamente en la oscuridad. Todos los sonidos era truenos y todas las luces LED nos parecían relámpagos. La embarcación tenía el olor familiar a naftalina con un regusto de muerte. Llegamos a una compuerta. Era una gran puerta de acero que impedía que el agua inundase los compartimentos adyacentes en caso de ataque o emergencia. Tenía empotrado un cristal grueso, circular, no más ancho que una lata de café, que hacía las veces de mirilla. Miré por allí y vi que las luces de emergencia de la embarcación estaban encendidas. Un fulgor rojo y espectral iluminaba la pequeña sal del otro lado. Tiré de la palanca de la compuerta con todo el sigilo que me fue posible, centímetro a centímetro. Todos nosotros dimos un respingo cuando crujió por la falta de mantenimiento. Sostuve la palanca en su sitio y volví a mirar por el cristal. Observé que algo se movía en el otro compartimiento. Se oyó un golpe estruendoso, porque una criatura muy fuerte había golpeado la compuerta. Estuvo a punto de ceder a la presión, pero por fortuna, aún no había movido la palanca lo suficiente como para que quedara abierta.

La criatura que se encontraba al otro lado nos impedía ver la luz roja. Oprimía la cara contra el grueso cristal y lo golpeaba con la cabeza en un fútil intento por atraparnos. Todas las fibras de mi cuerpo me decían que me marchase y que no abriera la gruesa compuerta de acero. Aún estábamos a tiempo de volver por donde habíamos venido y sobrevivir. Allí abajo había hombres y sabía que cada hora que pasasen cerca de criaturas irradiadas sería una hora menos que les quedase de vida. Le dije al sargento que yo abriría el cerrojo y él le daría un tirón a un cable que había atado a la puerta para abrirla.

Como yo no tenía ningún sentido guardar silencio,forcé la palanca sin preocuparme por si hacía ruido. En cuanto el cerrojo estuvo abierto, Mac tiró del cable. La puerta se abrió y la criatura entró. Por suerte para nosotros, no estaba acostumbrado a la vida del barco: tropezó con el marco de la compuerta y se cayó de bruces. Contando con que la criatura tardaría en levantarse, preparé el arma para el disparo de precisión. La cosa no salió como yo esperaba. La criatura se incorporó en seguida. Era uno de los muertos que se habían preservado en la zona de Nueva Orleans. Cabeceó hacía mí y las gafas me chisporrotearon como si fueran un canal de televisión mal sintonizado. Lo último que vi fue su garra huesuda se me acercaba, pero entonces una luz intensa me cegó y oí el disparo con silenciador del H & K de Mac.

Sentí que el aire se agitaba a mi alrededor y oí un pesado golpe. Algo se había estrellado contra la superficie de acero del suelo. Me saqué las gafas de visión nocturna. Cuando mis ojos se hubieron acostumbrado a la luz brillante, vi que la linterna Surefire de Mac iluminaba el compartimiento. Mac y yo sacamos dos mochos de un cubo que estaba por allí, empujamos a la criatura hasta un rincón y le pusimos encima todos los objetos pesados que teníamos a nuestro alcance, para dejarla incapacitada igual

que la otra que habíamos eliminado... una vez más, «por si acaso». No le pudimos poner las esposas de plástico porque la radiactividad alcanzaba, probablemente, un grado letal. A la máxima velocidad que nos fue posible, salimos de aquella sala y dejamos atrás también la siguiente. Lo más probable era que todos los sitios por los que hubiera pasado la criatura fuesen inseguros. Sé que me dejé llevar por la imaginación (igual que cuando a alguien le pica la cabeza porque le han hablado de piojos), pero casi sentí el calor de la radiación en la cara y el cuello.

El compartimento siguiente estaba despejado. Una última puerta de acero nos separaba del área de la cocina. Nos enfrentábamos a un par de problemas. Primero, las gafas de visión nocturna se ponían borrosas por alguna especie de interferencia electromagnética o radiológica, y, segundo, se había abierto un leve resquicio en la pesada puerta de acero. Las únicas barreras que de verdad nos separaban del grueso de los muertos vivientes de la cocina eran un pasillo largo y oscuro, y una puerta de acero a medio abrir. A través del resquicio vi sus sombras al otro lado. La puerta debía de estar a unos diez metros de nosotros.

Lo único que podíamos hacer era irrumpir en el compartimento y matarlos a tiros. Ni tácticas especiales, ni métodos ingeniosos para hacerles frente. A mí no me gustaba esa manera de actuar y deseaba encontrar un método mejor. Nos acercamos a la puerta. Ordené al sargento y a Mac que se detuvieran y comprobamos el estado de nuestras armas. No llevábamos el seguro puesto y tampoco teníamos restricciones de ningún tipo. Contábamos con ochenta y siete cartuchos a punto para disparar. Serían más si era necesario recargar, pero todos nosotros sabíamos que, si se daba esa situación, íbamos a morir de todos modos.

Pasamos revista a nuestras ropas y tratamos de cubrir toda la piel que nos fuera posible. Me figuraba que encontraríamos por lo menos diez, y como mínimo uno de ellos sería del tipo especial. Esa compuerta se abría hacia fuera, hacia ellos. Di la señal y el sargento de armas la abrió de una patada. Chocó contra la pared y se quedó allí. Dentro de la sala había once cadáveres no muertos. Todos ellos golpeaban la persiana de metal y no notaron nuestra presencia hasta que les lancé un disparo preventivo. Maté a tres antes de que los demás se dieran cuenta. Esperaba que uno de ellos fuese la criatura de Nueva Orleans. Empezamos a disparar en ráfagas de tres cartuchos. Miembros, mandíbulas, hombros y dientes salían volando en todas las direcciones. Tuve buen cuidado de no disparar a la persiana por si uno de los marineros estaba al otro lado. Ya sólo eran tres cuando oí un grito por encima de mi hombro derecho. Era Mac. El rostro le sangraba y una de las criaturas estaba de pie detrás de él y trataba de morderle.

Volví a mirar... era la misma criatura contra la que habíamos disparado dos compartimentos más atrás. La que no habíamos tocado, pero habíamos tratado de incapacitar. No había muerto. Le vacié en la cabeza todo lo que me quedaba en el cargador. Se desplomó. La mayor parte de la cabeza había desaparecido. Los últimos que quedaban en pie

estuvieron a punto de hacerse conmigo, pero el sargento acabó con ellos mientras yo atendía a Mac.

La mordedura no era grave. En realidad, ni siquiera se la había hecho en la cara, sino en la oreja. La criatura le había cortado una parte de la oreja de un mordisco. Mac tenía la respiración pesada y sufría lo que yo llamaría un shock. Le pedí al sargento de armas que cuidara de él mientras yo iba a por los supervivientes que estaban en la cocina. No quedaba tiempo para dar vueltas por ahí. La embarcación no era segura y habría que descontaminarla antes de que volviera a utilizarse. Di unos golpes en la persiana de metal y pregunté si quedaba alguien con vida. Oí una serie de clics metálicos y la puerta que estaba al lado de la persiana se abrió, y empezaron a salir... con vida. Uno de ellos tenía muy mala pinta. Era el que se había enfrentado a manos desnudas con una de las criaturas de Nueva Orleans.

El oficial al mando estaba presente y le informé de la situación. El lo sabía y le disgustaba tener que reconocerlo, pero no le quedaba otra opción que abandonar el barco y aguantar en la plataforma hasta que el portaaviones que hacía las veces de cuartel general les mandase ayuda. Abandonamos de inmediato la embarcación. Mac y el marinero enfermo fueron la prioridad. Mac podía darse por muerto. El otro no había sufrido ninguna mordedura y tan sólo necesitaba tratamiento de descontaminación. Yo no sabía si llegaría a tiempo de salvarse. Al marcharnos, me detuve en uno de los baños del guardacostas y arranqué el dispensador de jabón de la pared. También me llevé un rollo de papel higiénico. Finalmente, salimos a cubierta. Aún estaba oscuro. Sólo eran las tres de la madrugada. Mac y el marinero no estaban en condiciones de trepar hasta la plataforma donde aguardaban los demás supervivientes. Improvisamos unas correas de sujeción y los subimos uno tras otro. Aunque no conocía demasiado a ese marine, mi tristeza no se aligeró por eso. En tanto que oficial al mando de su unidad, tendría la obligación de desplazarme hasta el campamento donde vivía su mujer y darle la triste noticia. No podría entregarle la bandera, pero mis obligaciones para con Mac no cambiaban en nada, porque Mac es, y siempre será, un marine de Estados Unidos.

Dos horas después de regresar a la plataforma, el sargento le pegó un tiro en la cabeza a Mac. La infección lo había matado y le faltaba poco para transformarse.

La misión terminó al día siguiente, cuando contactamos por radio con la unidad de combate del portaaviones. Envié un mensaje al centro de mando por medio del operador de radio del Hotel 23 y les informé de la situación, así como de la ubicación de los supervivientes. Tratamos de descontaminar al suboficial Tompost con agua salada del Golfo, jabón y toallas. Dejamos allí a los hombres, con toda nuestra comida y nuestra agua, y abandonamos la plataforma petrolífera en cuanto estuvimos seguros de que se acercaba una expedición de rescate. También entregamos a los marineros una radio en buenas condiciones por si los

otros no se presentaban. Lo único que nos llevamos fueron unas pocas latas de diésel y una señal en los mapas que nos indicaba dónde podíamos repostar. El viaje de regreso duró dos días. Envolvimos el cuerpo de Mac en una lona y lo sujetamos sobre el techo del LAV número dos. Había tomado medidas para estar seguro de que no se levantaría, pero su mujer no se merecía que arrojásemos el cadáver al Golfo. Se merecía un entierro decente.

## **19 de Agosto**

23:50h.

Anteayer me desplazé hasta el campamento base de los marines. Éste es uno de los muchos motivos por los que preferiría no ser el oficial de más alto rango presente en nuestras instalaciones. Partí con cuatro hombres, entre los que se hallaba el sargento de armas, y un LAV. Corrijo: eran cinco hombres. Llevamos a Mac en un ataúd de madera de pino, cubierto con la bandera estadounidense. No nos fue fácil encontrar una bandera, porque para conseguirla necesité cuarenta cartuchos y diez años de vida que perdí de puro terror. Era lo mínimo que podía hacer. Tara preguntó si podía ir conmigo para consolar a la viuda. Yo, por supuesto, le dije que no era una buena idea. Además, la muerte y el desastre son tan habituales en este mundo... La señora Mac no era la única que había perdido a un familiar, pero de todos modos me daba lástima. Las relaciones que habían sobrevivido al Apocalipsis eran muy pocas.

No dispongo de ningún uniforme formal, y la tienda de uniformes más cercana cerró. Yo sabía muy bien que, en realidad, no importaba. El momento en el que entregué a la viuda la bandera raída y estampada por un solo lado fue solemne. No sabía qué esperar. Nunca había tenido el honor de hacer algo semejante. En las películas, la viuda siempre abraza al tío que le entrega la bandera y ambos comparten un momento de tristeza. Todo lo que me llevé fue una mirada fría y la sensación de que me odiaba. ¿Y quién soy yo para reprochárselo? Si de alguna manera le serví como vía de escape para sus emociones, me doy por satisfecho. Sé muy bien que me siento mal por lo que ocurrió. Era un hombre bueno.

*Descansa en paz, sargento de Personal Mac.*



## ÉXODO

**21 de Agosto**

20:57 h.

RTTUZYUW RUHPNQR0234 TTPT DELDU  
ZNY TTTT  
1734Z 88 AQ06  
DE: COMAND. INST. MISILES  
A: NAVÍO GEORGE WASHINGTON //CNO//  
INICIO TEXTO  
SECRETN//002028U

ASUNTO: //INFORME DE SITUACIÓN EMBARCACIÓN MODELO  
RELIANCE

COMENT://DE ACUERDO CON DIRECTRICES DE COMANDANCIA  
EMITIDAS POR DESTINATARIO, SE ENVIÓ UNIDAD AL RESCATE DE  
EMBARCACIÓN MODELO RELIANCE EN COORD. PRE-DET.  
EMBARCACIÓN SE ENCONTRÓ INVADIDA POR MUERTOS  
VIVIENTES, TRES IRRADIADOS. TODOS LOS MUERTOS VIVIENTES  
DESTRUIDOS, EMBARCACIÓN HUNDIDA, SE CONTACTÓ CON  
AUTORIDAD DE RESCATE. SE RECOMIENDA QUE LOS MUERTOS  
RADIOACTIVOS NO SEAN RETENIDOS EN EMBARCACIÓN NAVAL  
DEBIDO A LA INADEC. DE LAS INSTALACIONES. ESTA UNIDAD NO  
RECOMIENDA QUE LOS MUERTOS RAD. SE ALOJEN EN NAVE  
INSIGNIA. POR FAVOR CONFIRMEN RECEPCIÓN DE MENSAJE Y  
DEN INDICACIONES.

FINAL TEXTO  
INFORME ACTUACIÓN  
#N0834

## 22 de Agosto

El cuartel general no ha respondido a mi reciente comunicado. He enviado un mensaje por radio a fin de preparar el otro campamento para la evacuación. Hemos tenido que hacerlo después de que los muertos vivientes se hayan estado congregando en la zona a lo largo de treinta y seis horas. Tardarán dos días en desplazarse hasta aquí con las mujeres y los niños. Aquí, en el Hotel 23, estamos enfrascados en la búsqueda de suministros para ampliar la zona segura a fin de alojar a los nuevos huéspedes. No tenemos manera de meterlos a todos dentro de las instalaciones, ya que no se construyeron para tantos inquilinos. El otro campamento ha perdido a ocho personas desde que ordené que una parte del contingente se estableciera aquí. No puedo evitar pensar que es posible que exista animadversión entre ellos. Según parece, la semana pasada autorizaron a uno de los civiles de sexo masculino a salir a cazar venados, y regresó sin presas, y con un mordisco de una de las criaturas. El hombre ocultó el mordisco por miedo de que lo pusieran en cuarentena, o le dieran muerte sin más. Tres días más tarde, mientras dormía, se transformó y les quitó la vida a otros dos civiles... tres si contamos a la chiquilla que ejecutaron porque había sido víctima de un mordisco y había enfermado. No le pegaron un tiro como a un animal. Le administraron una sobredosis de morfina y, en cuanto su corazón se hubo detenido, le abrieron un pequeño orificio en la cabeza, cerca de la oreja izquierda, para conjurar todo peligro de que se levantara.

Cuando suceden cosas de ese tipo, me cuesta dormir. Sé que durante estos últimos meses millones de personas han sufrido muertes mucho peores, pero siempre duele que la enfermedad se lleve a un crío. Ni siquiera estoy seguro de que sea una enfermedad. Los hay que piensan que sí.

Mientras leía los mensajes que salen todos los días por la arcaica impresora de matriz de puntos, he visto uno que estaba esperando. Ayer, el submarino estratégico que se había sumergido antes de que empezase la plaga se vio obligado a emerger. Era el último refugio donde se había podido morir de verdad.

El último lugar en todo el planeta donde se sabía que los seres humanos podían morir en paz... hasta que emergió a la superficie.

El hombre que había muerto por causas naturales y que habían metido en la cámara frigorífica se levantó al cabo de tan sólo dos horas de exposición. Por fortuna, lo tenían amarrado dentro de un contenedor repleto de carne de vaca de mala calidad. El cocinero del submarino se dio cuenta al ir a la cámara frigorífica para sacar las últimas raciones que quedaban. Estuvo a punto de sufrir un infarto cuando pasó junto al

cadáver y se dio cuenta de que la cabeza de éste le seguía con la mirada y que le castañeteaban los dientes.

El submarino tiene intención de seguir al grupo de combate hasta que consiga suficiente comida para quedarse bajo el agua durante un período de tiempo que pueda resultar útil. Ahora su misión ya no consiste en bombardear grandes ciudades extranjeras, sino en patrullar por la costa y acabar con la piratería en alta mar. Los mensajes semanales que nos informan de la situación dicen que la mayoría de las embarcaciones nucleares no tendrán que repostar hasta que hayan pasado más de veinte años. Y después, ya se verá. No creo que vuelva a haber personas cualificadas para recargarlos, ni aunque pasara un siglo entero.

Mañana enviaré todos los LAV para que salgan al encuentro de los demás supervivientes a medio camino y los escolten hasta aquí. Luego vamos a necesitar la colaboración de todos los hombres, mujeres y niños para ampliar el área segura. No tendremos otra opción que emprender peligrosas expediciones a las carreteras interestatales de nuestro entorno para hacernos con barreras de hormigón que nos sirvan para fortificar mejor el complejo.

Tara y yo hemos pasado tiempo juntos como nunca antes desde que regresé del Golfo. A Dean la consideran la maestra oficial del complejo. Es verdad que sólo tenemos dos niños, pero dentro de poco habrá más. A *Annabelle* le permitimos asistir a las clases, con la condición de que no ladre ni interrumpa las explicaciones. Anoche asistí a una de las clases. Laura ya se sabe bastante bien las tablas de multiplicar. Danny lo lleva un poco mejor, por su edad. La niña aún va por la tabla de siete y Danny empieza con las divisiones y las fracciones.

Jan aún ejerce de enfermera y nos ayuda mucho cuando vuelven hombres con golpes, arañazos y moretones, últimamente John y yo no pasamos mucho tiempo juntos. Recuerdo que al principio tan sólo lo tenía a él. Creo que no le voy a olvidar jamás. A veces, cuando sueño despierto, creo ver a John en su tejado, con sus termos, y con su gran cinta de goma para practicar yoga. Tan sólo alcanzo a verlo con la imaginación, en blanco y negro, como si todo hubiese ocurrido hace varios siglos.

Me pregunto cuál será la respuesta del portaaviones cuando sepan que hemos tenido que destruir a las criaturas para salvar al resto de la tripulación.

**5 de Septiembre**

20:36 h.

El 60 por ciento. Esa es la cifra de los que han sobrevivido en el otro puesto de marines y que ahora están aquí. Muchos de ellos son civiles. Traerlos ha sido una batalla constante. El área cercada por la valla metálica está abarrotada de supervivientes y de riendas improvisadas. Se ha rebasado con mucho la capacidad del Hotel 23 y no podemos llevarlos a su interior. Después de su llegada, hace ya diez días, hicimos un recuento minucioso. En total tenemos 113 personas. Los marines enviados a recibir a medio camino a los habitantes del otro campamento hallaron una oposición extrema. El convoy se desplazaba con lentitud para no dejar atrás a los civiles que venían a pie. Muchos de ellos iban en bicicletas por lo que se debía mantener el ritmo de los vehículos que iban al frente y en la retaguardia del convoy. Se decidió que las mujeres y los niños tendrían preferencia a la hora de usarlas. El grueso de las bajas se produjo por ataques perpendiculares a la línea de formación.

Los muertos vivientes iban saliendo de entre la densa maleza y acabaron con muchos hombres, tan sólo con arañazos y mordiscos. Muchos de ellos siguieron adelante y velaron por la seguridad del convoy, aunque los mordiscos les hubieran condenado a muerte. Hubo otros que, al verse así, se limitaron a esconderse en la maleza y suicidarse. El convoy estaba falto de munición para cuando llegó al Hotel 23. A lo largo del camino hubo constantes tiroteos, porque tenían que hacer retroceder la oleada de manos frías que trataba de agarrarles. El convoy intentó atraer a los muertos vivientes para alejarlos del Hotel 23, y luego retrocedió y entró en el complejo. Dio la impresión de que la táctica funcionaba, pero he notado un incremento constante en su actividad desde que llegaron los nuevos. Me he visto obligado a enviar pelotones de vigilantes a la cerca metálica para que los maten. Si se reúnen en número suficiente, podrían reventar la valla. Ésa es la razón principal por la que he organizado un equipo que se encargará de las misiones en la Interestatal. Esa inacabable hilera de barreras de hormigón podría ser la clave de nuestra supervivencia, por lo menos durante un tiempo. Necesitábamos los cientos de barreras de hormigón que había allí para que nuestras fronteras quedasen protegidas y los nuevos supervivientes estuvieran a salvo en su interior.

Lo más difícil sería conseguir el equipamiento necesario para transportar las barreras. íbamos a necesitar camiones con plataforma y montacargas. Los hombres del complejo con experiencia en el manejo de montacargas son pocos. Logramos hacernos con cuatro montacargas alimentados con propano. Los encontramos en un parque de leñadores cercano a la Interestatal. También hemos encontrado y reparado dos camiones con plataforma para transportar las barreras. Tan sólo ha llegado un par de lotes de barreras desde que empezó la operación. Hacemos progresos lentos, pero constantes. Calculo que la cerca podría aguantar la presión de hasta cinco hileras de muertos vivientes. Si se reúne un número mayor, su mero peso derribará la valla, y entonces la muerte de nuestros nuevos ciudadanos podría darse por segura. He dejado para las mujeres y los niños la sala donde había dormido hasta

ahora. Las únicas mujeres a las que he permitido quedarse en la superficie son las que se han presentado voluntarias. Tara ha insistido en quedarse conmigo. A mí me parece bien, porque no puedo permitir que el resto de mujeres voluntarias se queden aquí y discriminarla.

La semana pasada transmití una petición formal para que me enviaran al complejo un helicóptero con su piloto, equipado con armas antipersona. Me ayudará a proteger el perímetro de un flujo excesivo de muertos vivientes. He exagerado la necesidad de que se atendiera a la petición. Necesitábamos algún vehículo aéreo, para nuestra seguridad y para poder efectuar reconocimientos por la zona. No puede ser una avioneta, porque nos daría más problemas de los necesarios dadas sus necesidades en cuanto a mantenimiento y a que requiere mil quinientos metros de pista de despegue. Veremos lo que sucede.

## LIBÉLULA

**7 de Septiembre**

18:37 h.

Esta mañana he recibido un mensaje que me decía que se había autorizado el envío de un vehículo aéreo con rotor, un piloto y un empleado de mantenimiento al Hotel 23. El mensaje no especificaba de qué modelo se trataría, pero sí decía que el aparato va a llegar mañana por la mañana. Esa máquina no sólo reforzará las defensas de nuestro perímetro, sino que también nos facilitará la tarea de salir en busca de los suministros más básicos. Según la autonomía que tenga, mi intención es volar hacia el norte para explorar ciudades no irradiadas. Voy a colgar hojas grandes de papel en las áreas comunes, tanto en el exterior como bajo tierra, para que todo el mundo apunte lo que pueda necesitar.

Así, por ejemplo, pienso que nos harán falta medicamentos, gafas y tal vez ciertos productos femeninos. Tengo muchas ganas de volver a volar. Hace siglos que no vuelo y es probable que la Cessna que dejamos aparcada al final del descampado ya no esté en condiciones para volar. Sé que uno de los frenos no funciona bien y que el motor precisaría de una revisión a fondo que probablemente no se haga jamás.

Cuando pienso en cómo vamos a emplear el helicóptero, tengo la impresión de haber vendido la piel del oso antes de matarlo. ¡Ni siquiera ha llegado todavía!

Hoy, John y yo hemos disputado una entretenida partida de ajedrez en la sala de control. Ahora Dean tiene a su cargo una respetable clase de jovencitos y jovencitas. Si incluimos a los dos de antes, ya cuenta con catorce estudiantes. Hay niños nuevos que no le gustan a *Annabelle*. Dean tendrá que distribuirlos en horas distintas, porque me he dado cuenta de que algunas de sus clases son demasiado elementales para los niños más mayores. Hoy me he dejado caer por allí y he oído música de Mozart flotando en el aire.

Los niños escuchaban con atención. ¿Quién se lo hubiera imaginado? Hace un año, la clase entera habría estado rezongando. A pesar de todos los horrores que estos niños han presenciado, la belleza de la música los

hace sonreír. He pensado en la última vez que escuché música de Mozart... pero no me he entretenido mucho tiempo en ello.

Tenemos que aprovechar el espacio protegido del subsuelo y, por eso, Jan ha plantado en el exterior una tienda que le sirve como centro médico. Sólo permitimos que se queden abajo, en el seguro santuario de acero, los que están enfermos de verdad, o heridos. No es un mal sistema. Ultimamente, tan sólo ha tenido que tratar cortes de poca importancia y quemaduras. He ordenado que se me informe de todas las heridas que tenga que atender la médico residente. He asignado a los habitantes originales la misión de escribir un manual de normas para el Hotel 23. Por supuesto que seguiremos el Código de Justicia Militar, pero, de todas maneras, siento la necesidad de que este complejo posea leyes propias que sus habitantes tengan que cumplir. La necesidad de normas de la que adolecemos en este momento parece absurda. Casi me siento como si estuviera reconstruyendo un gobierno en el complejo. Por supuesto que todas las regulaciones que se establezcan y se impongan se ajustarán estrictamente a la Constitución estadounidense.

## **8 de Septiembre**

18:00 h.

Hoy nos ha llegado un helicóptero MH-60R Seahawk, junto con el personal asignado. El piloto al mando es Thomas Baham, un capitán de fragata de la Armada ya retirado. Su encargado de mantenimiento, un suboficial en activo de la Armada, es el responsable de que el aparato esté en condiciones de volar hasta que les sea posible enviarnos más piezas y personal.

Lo primero que he hecho ha sido preguntar por el estado de la máquina, porque tengo intención de llevar a cabo expediciones de reconocimiento durante las próximas semanas. El capitán de fragata (jubilado) Baham ha venido como voluntario. Ha renunciado por decisión propia a su trabajo mucho menos peligroso con el grupo de combate del portaaviones para trasladarse al sureste de Texas y trabajar con nosotros en el Hotel 23. Aunque se trate de un hombre mayor que ronda los sesenta años aún conserva el fuego y la resolución en los ojos. En mi interior he deseado que ojala siguiera en activo, porque entonces, por ley, se convertiría en el oficial al mando del Hotel 23. El Seahawk es un helicóptero tirando a grande. El suboficial me ha dicho que goza de una autonomía de seiscientos kilómetros. En ruta hacia el complejo, habían sobrevolado numerosos aeródromos militares abandonados en los que sospechaban que podía haber al menos ciertas reservas de JP-5, un combustible de empleo habitual en la aviación militar.

Ese tipo de combustible tiene sus ventajas, porque no se degrada con la misma rapidez que la gasolina convencional. Si lo encontráramos dentro de un camión cisterna, aún podríamos aprovecharlo. Después de que llegara el helicóptero, he escrito un mensaje para el cuartel general. Aunque les he dado las gracias por enviárnoslo, también les he solicitado más piezas de recambio y personal de mantenimiento. Mañana mismo querría salir con Baham y con el ingeniero de vuelo para explorar los alrededores y tratar de conseguir información útil.

## **11 de Septiembre**

23:54 h.

Hoy se cumple otro aniversario de un día que pensé que sería el peor de todos. Me imagino que son estos momentos los que me hacen desear que volvieran esos días, cuando el mundo no tenía ni idea de lo que era el terror. El volumen de muertos vivientes en las áreas circundantes crece sin cesar. Llegados a este punto, creo que no queda ninguna posibilidad de que haya supervivientes en ninguna de las ciudades de cierta importancia. Por supuesto que no los habrá en las que sufrieron ataques nucleares. Mi razonamiento es simple. Parece que los muertos vivientes se despliegan desde las áreas más pobladas para unirse en agrupaciones masivas en movimiento. Estoy seguro de que en las ciudades intactas habrá concentraciones de muertos vivientes, pero lo más probable es que lleven un par de meses sin poder comer. Puede que eso los haya obligado a abandonar sus zonas de origen para buscar presas. También es posible que esta teoría sea totalmente errónea. Baham me ha informado de que el helicóptero está preparado para realizar expediciones de reconocimiento. Hemos discutido las zonas que serían buenas candidatas para nuestras misiones de exploración. Hemos eliminado todas las que sufrieron bombardeos y nos hemos decidido a volar en dirección norte-nordeste. Nuestro destino va a ser Texarkana. Esa es el área más segura para explorar, y evitar a su vez a los muertos vivientes y las ciudades irradiadas. De acuerdo con los mapas, la población de Texarkana no era grande, y la ciudad más cercana que sufrió un ataque nuclear fue Dallas, Texas. Se interpondría una distancia de doscientos kilómetros que podemos considerar segura.

Por desgracia, la distancia que tendremos que recorrer es tan grande que será obligado repostar. Texarkana se encuentra a 440 kilómetros de aquí.

## **15 de Septiembre**



22:19 h.

El helicóptero nos ha funcionado bien en la misión de exploración de hoy. No hemos completado el largo viaje hacia el norte hasta Texarkana; sin embargo, sí hemos descubierto un lugar adecuado para llenar los depósitos del helicóptero. Hemos volado hacia el norte hasta Shreveport, Luisiana. Nos hemos guiado tan sólo mediante el Sistema de Navegación Inercial (SNI). El SNI es un ingenio de navegación giroscópico que no precisa de información exterior. Siempre que introduzcas en el SNI la latitud y la longitud adecuadas antes de despegar, te mantendrá orientado mediante giróscopos durante la totalidad del vuelo. Como los satélites del GPS dejaron de funcionar hace tiempo, nos habría sido casi imposible encontrar la base de las Fuerzas Aéreas de Barksdale en Shreveport. Se nos habría terminado el combustible mucho antes de llegar a nuestro destino. En el momento de sobrevolar la base, tan sólo nos quedaba combustible para cuarenta y cinco minutos.

La cerca había sufrido daños en algunos tramos, pero todavía aguantaba. Los muertos vivientes se habían concentrado en tropel al norte del perímetro. Cuando nos hemos acercado a la zona de aterrizaje, he visto numerosos bombarderos B-52 perfectamente alineados frente a los hangares. Aún se veían cochecitos cargados de bombas debajo de alguno de los aviones. No estoy seguro, pero me ha parecido que las bombas que estaban al pie de los aviones no eran convencionales. Los pilotos nunca tuvieron la oportunidad de despegar y llevar a cabo sus misiones de bombardeo. En nuestra situación actual, esos aviones no nos servirían para nada. Consumirían demasiado combustible y necesitarían demasiado mantenimiento como para resultarnos útiles en nuestros intentos por sobrevivir. Me imagino que si tuviéramos un piloto cualificado, o suicida, que pudiese salir con el bombardero, podríamos eliminar la carga extra y volar a territorios de ultramar, pero sería un viaje solo de ida, porque seguro que el aparato exigiría mantenimiento profesional después de un vuelo tan largo. Al contemplar su decadencia, he sentido el aguijón del patriotismo. Me he preguntado si alguno de ellos habría sobrevolado el Hanoi Hilton, dando así al menos cierta tranquilidad a sus huéspedes. Sobrevolábamos un aspecto olvidado de la diplomacia estadounidense. Los B-52 ya no eran más que una pieza de museo que se deterioraba poco a poco.

Hemos contado veintisiete cadáveres dentro del perímetro del aeródromo. Había dos camiones cisterna, uno marcado como JP-5 y el otro como JP-8, ambos en la mediana entre la pista de despegue y la pista de rodaje. A fin de ahorrar combustible, habíamos salido con una tripulación mínima: en el helicóptero sólo íbamos el piloto, el ingeniero de vuelo, el sargento de armas y yo. El sargento y yo hemos tenido que cubrir al ingeniero de vuelo mientras llenaba los depósitos del helicóptero. No nos ha quedado más remedio que mantener el aparato en marcha mientras realizábamos la operación. No se trata del procedimiento habitual, pero no

podíamos permitirnos correr ningún riesgo. Mientras llenábamos los depósitos del helicóptero, se nos ha acercado una docena de muertos vivientes, atraídos por el sonido del rotor.

Ese ruido era extremadamente fuerte, y el sargento y yo hemos tenido que fiarnos únicamente de nuestros ojos para detectarlos y eliminarlos. Me he plantado al lado de la popa, a una distancia segura del rotor de cola, y el sargento de armas se ha quedado cerca del morro. El estruendo de los motores y los rotores apenas si permitía que se oyeran nuestros disparos. Yo llevaba el casco puesto con el visor bajado. El casco me ha servido para varias cosas distintas, tanto a bordo del helicóptero como en tierra. Me ha permitido protegerme los oídos de los dañinos decibelios que se oían en las proximidades y me ha escudado los ojos contra todo tipo de impactos. Me ha bastado con el arma para neutralizar a la mayoría de los muertos vivientes con disparos simples. Ninguno de ellos se movía con la misma rapidez que sus colegas irradiados. El sargento se valía de MP5 SD. Yo detesto esa arma por su precisión y por su falta de poder de parada y perforación, pero nos ha sido útil por silenciosa. La única otra ventaja que tiene es la posibilidad de intercambiar munición con la pistola M-9 del sargento.

Al terminar con el último de los muertos vivientes que venían hacia el helicóptero por mi parte, me he acercado a proa para ayudar con el número cada vez mayor que se acercaba por allí. Mi arma tenía mayor alcance; lo he aprovechado para destruir a los muertos vivientes que se encontraban a unos cien metros de nosotros y se aproximaban a nuestra posición. El ingeniero ha levantado el pulgar para indicarnos que había llenado por completo los depósitos del helicóptero. Me he preguntado cómo habría logrado arrancar el camión cisterna, y luego he descubierto que le había puesto un estárter portátil. Se había encontrado otras veces en la misma situación y había venido preparado.

En cuanto el ingeniero ha estado a salvo dentro del helicóptero, he conectado una vez más el casco con el sistema de comunicaciones del aparato y he informado al piloto de que el sargento de armas y yo íbamos a dar una vuelta por la zona en busca de material utilizable e información. Le he pedido que mantuviese el motor en marcha hasta que regresáramos. El piloto ha abierto el micrófono y me ha dicho que el ingeniero de vuelo y él mismo podrían controlar la situación mientras nosotros no estuviéramos, y que si no regresábamos en una hora, despegarían y darían vueltas sobre el aeródromo hasta que les quedara el combustible justo para regresar.

He cerrado la portezuela y me he despedido con la mano mientras el sargento y yo corríamos hacia uno de los edificios grandes que se encontraban más cerca de nuestra posición. No hemos visto ningún letrero en la fachada. Era uno de tantos y tan sosos edificios gubernamentales, sin detalles que pudieran darnos ninguna pista sobre su función. Nos hemos acercado al edificio con plena consciencia de que entrar en él sería un suicidio. Sus ocupantes habían arrancado las persianas de casi todas

las ventanas y quedaban a la vista. Algunas de las ventanas estaban agrietadas por los golpes que habían recibido durante los últimos meses. Los muertos vivos del edificio eran demasiado numerosos como para contarlos.

Como el estruendo no iba a cambiar las cosas, he preparado el arma y he disparado contra uno de ellos que se encontraba en el piso de arriba. Estaba detrás de la ventana y la había estado golpeando con ambos puños hasta que mi disparo ha atravesado el cristal. He errado el tiro, y el muerto vivo ha mirado el agujero de la ventana con la misma curiosidad con la que un gato habría contemplado embobado un puntero láser. Me he reído de la situación, y entonces el sargento y yo hemos iniciado el camino de vuelta hacia el helicóptero. Cuando nos dábamos la vuelta, he visto y oído que el ingeniero de vuelo disparaba contra un grupo de muertos vivos con una ametralladora montada en el costado del aparato. Excelente para enemigos cercanos.

El viaje de vuelta ha transcurrido sin incidentes, pero a mí ya me bastaba con pasar cierto tiempo en el aire. Incluso he estado durante un rato a cargo de la palanca en el asiento del copiloto. No me bastará con eso para volverme semicompetente en el manejo del aparato, porque es lo más difícil que haya pilotado en mi vida. Cada vez que trataba de manejar a la bestia quedaba como un idiota. Al final, Baham siempre tenía que sustituirme.

## **25 de Septiembre**

19:00 h.

Ha ocurrido por fin. No pienso degradar la experiencia poniéndola por escrito. Anoche fue una buena noche, y ahora me siento más humano. Una parte de mí quería pensar que la quise desde el mismo día en que la encontré dentro del coche averiado, rodeada de criaturas. Aunque el tiempo que pasó en ese coche no tuvo nada de glamuroso, incluso entonces era bonita.

## **29 de Septiembre**

22:39 h.

Se ha decidido la hora. Mañana por la mañana partiré una vez más en el helicóptero con el sargento de armas, el ingeniero y el capitán de fragata (jubilado) Baham en dirección a Shreveport. Hemos decidido explorar el

área que circunda la base de las Fuerzas Aéreas de Barksdale, porque allí había reservas abundantes de combustible para helicóptero. Esta vez no partiremos en dirección a Texarkana. John ha rogado que le permitiéramos venir, porque se muere por pasar un par de días fuera del complejo. Le he asegurado que para mí es imprescindible que se quede en el centro de mando y cuide también de la organización básica de los civiles. Aunque no sea militar, los hombres le respetan y aprecian por su conocimiento de los sistemas de la base. Después de cenar, ha insistido en que tengo que aprenderme una serie de palabras clave para que pueda transmitirle mi localización en abierto mediante asociaciones de letras y números.

*Annabelle* se lo pasa bien con los nuevos niños que han llegado al complejo. El sargento de armas y yo dejaremos el mando militar en manos de uno de los sargentos de personal de mayor rango y el mando civil a cargo de John. Existen unas normas que dictaminan quién es el que ejerce la autoridad en el complejo y los militares saben muy bien que, de acuerdo con la Constitución, su trabajo consiste en proteger a los civiles, y no en pisotearlos, por mucho que sean los militares quienes tienen las armas.

Otro equipo de hombres trabaja en el nuevo perímetro. Los camiones van y vienen a diario con nuevas barreras de hormigón procedentes de la I-10. Hemos sufrido cero bajas desde el inicio oficial de la operación. Han establecido un sistema para la formación del convoy de vehículos y han encontrado un camino que reduce al mínimo la atracción de muertos vivientes hacia el Hotel 23. La mayoría de estos hombres pasaron por lo menos una temporada en Iraq o en Afganistán, pero ellos mismos son los primeros en admitir que, en las circunstancias actuales, las operaciones de control son mucho más peligrosas que durante la guerra. El sargento aún insiste en la H & K, y yo insisto en emplear material americano. Viajaremos con poco peso para ahorrar combustible y nos llevaremos provisiones para tres días.

## ÍCARO

### 30 de Septiembre

Hora y lugar: Desconocido

La situación, mala... sobrevivir veinticuatro *no es probable*<sup>1</sup> no parece factible. Tengo que escribir lo que ocurre. El viaje fue según lo planeado hasta que pierdo y recobro la consc. Cabeza hinchada, hemorragia en oídos. Manos ensangrentadas.

### 30 de Septiembre

Tengo que explicar algo por si no salgo vivo de ésta. Escribiré más cuando esté mejor... Importante.

Sobrevolábamos. Shreveport y decidí ir más lejos en dirección norte, porque teníamos combustible y contábamos con un punto de aprovisionamiento. Yo no miraba los instrumentos, porque quien pilotaba era Baham. Se encendió una luz en el cuadro de alarmas. Era la alarma que avisaba de la presencia de virutas en el motor. Baham la actualizó para asegurarse de que no se hubiera encendido por un fallo en el cuadro. Se encendió una vez más. Indicaba que se habían detectado virutas de metal en el depósito de aceite del helicóptero. El procedimiento normal habría sido aterrizar de inmediato, pero ninguno de nosotras quería posarse en aquel territorio abiertamente hostil.

No pasó mucho tiempo antes de que el rotor perdiese fuerza y el helicóptero descendiera al suelo sin otro freno que la autorrotación. El altímetro giraba como si bajáramos muy rápido. El sargento de armas y el suboficial estaban sentados el uno al lado del otro en la parte de atrás del helicóptero y llevaban el cinturón abrochado. Yo llevaba puesto el mío en el asiento de copiloto. Lo último que recuerdo fue un estruendo que reventaba los tímpanos y el sonido del metal que se hacía pedazos, y el

---

<sup>1</sup> En el libro original las palabras en cursiva aparecen tachadas. (N del digitalizador)

agua y el polvo que salían disparados hacia lo alto, envolvían el helicóptero y me llegaban a la cara.

No sé cuánto tiempo pasé inconsciente. Me puse a soñar... estaba en un sitio agradable. Estaba con Tara, pero no en el complejo. Había retrocedido en el tiempo, hasta el mundo de los vivos. La escena parecía muy real. Entonces sentí unas palmadas en el hombro... y luego me tiraron de la manga. Alguien me arrancaba de mi estado de serenidad. Me palpé la cabeza. Sentí un dolor intenso en la sien. Cada vez que el corazón me latía, sentía que la sangre me atravesaba el cerebro como púas de dolor. Veía borroso. Volvía a estar dentro del helicóptero, fuera ya de mi fantasía.

Aún veía borroso... me volví hacia la izquierda, hacia el asiento del piloto. Alcancé a ver que Baham me miraba, me sacudía el hombro con la mano derecha, me decía algo. ¿Por qué me daba tirones? Me volví hacia atrás y vi al sargento de armas y al ingeniero que tendían las manos hacia mí, como si trataran de ayudarme. Era como si los viese a través de una piscina llena de agua. El dolor me traspasó de nuevo y se me despejó la vista.

Me volví hacia Baham. El miedo me recorrió el cuerpo cuando le miré el pecho. Un trozo de una de las palas del rotor del helicóptero le sobresalía del pecho. No iba a morir... ya había muerto. Sus palmadas, golpecitos y lo que me habían parecido palabras no eran intentos de despertarme, sino de matarme. El cinturón de seguridad lo retenía y por eso no podía agarrarme. Me quedé allí, aturdido por unos instantes, y luego me volví para mirar al sargento de armas y al ingeniero de vuelo. Yo era la única persona que quedaba con vida en el helicóptero. Me llevé la mano a la frente y sentí un pinchazo. Un cascote de rotor me había atravesado el casco de vuelo y se me había quedado clavado en la cabeza. No sabría decir si se me había clavado muy hondo. Sólo sabía que aún estaba vivo y que tenía funciones cognitivas.

Traté de agarrar el rifle para rematar al resto de la tripulación y salir sin peligro de aquella tumba. Cuando quise levantarlo y apoyarlo en el hombro, me di cuenta de que el cañón se había doblado hasta casi noventa grados y había quedado trabado en los controles de vuelo que se hallaban a mis pies. Grité una palabrota y arrojé el arma al suelo, y miré por el helicóptero, por si encontraba algo que me sirviera. El MP5 del sargento de armas estaba en el suelo, detrás de mi asiento.

Saqué mi navaja y la utilicé para cortar una correa con la que hice un lazo para acercar el arma lo suficiente y poder agarrarla con la mano. La cargué y apunté primero a Baham. Sus dientes amenazadores y su piel flácida y vieja se veían aún peor por culpa de su estado actual de salud. Ya no me conocía; ni tampoco los hombres que iban detrás. El sargento de armas iba a ser el último.

Empuñé el arma y Baham empezó a darle golpecitos con la mano en el silenciador, como si de alguna manera fuese consciente de lo que le iba a

suceder. Acabé con él. Al cabo de un segundo le pegué un tiro en la cabeza al ingeniero. Sus brazos pasaron de adoptar la postura de Frankenstein a la más absoluta inmovilidad, como si en ningún momento hubieran regresado de la muerte. Dije algunas palabras en memoria de todos ellos y luego le presenté mis últimos respetos al sargento de armas con un disparo en la frente. Me consolé pensando que él habría hecho lo mismo por mí. Miré por la ventana y llegué a la conclusión de que debíamos de llevar, por lo menos, un par de horas allí, porque el sol había llegado a su cenit. Estábamos en medio de una especie de charca que cubría hasta la cintura. Un leve remordimiento me apuñaló el corazón cuando me di cuenta de que Baham debía de haber pensado que tendríamos más posibilidades de sobrevivir si nos posábamos allí. Y yo se lo había pagado con una intoxicación de acción rápida por plomo.

Había sido una buena elección para el aterrizaje de emergencia, porque la puerta de babor se había desencajado y habíamos quedado libres para salir. La curiosidad había atraído a numerosos muertos vivientes a la orilla de la charca, pero, no se sabe por qué, el agua los repelía. Eché una atenta mirada en 360 grados y me di cuenta de que en un trecho de orilla no había ninguno. Agarré mi equipo y todo lo que pude cargar. Al acercarme a la puerta para escapar de aquel montón de chatarra, me arranqué la bandera estampada en velero que llevaba en el hombro izquierdo y la deposité en la mano muerta del sargento de armas.

Salí a la puerta. Al bajar del helicóptero, me hundí en el agua hasta la cintura. Me sería difícil moverme con agilidad hasta el terreno abierto por el que había de escapar. Fue casi como si nadara hasta la orilla de la charca. Logré llegar a tierra firme y me eché a correr. Poco más tarde perdí el conocimiento, y he despertado hará unas cuatro horas. Estoy sentado en la cabina del encargado de megafonía de un campo de fútbol americano, en un instituto de enseñanza secundaria, en el lado donde jugaban el equipo local... creo. Se ha puesto el sol, y estoy hambriento y deshidratado. Hace una hora he tenido que practicar una pequeña operación quirúrgica en mi propio cuerpo: me he extraído la esquirla de metal de la frente con los alicates puntiagudos de la navaja multiusos. He utilizado el espejo de mi kit de pinturas de camuflaje para hacerme una sutura. La esquirla se me había clavado en la cabeza a unos cuatro milímetros de profundidad, sobre la sien izquierda. En estos momentos no sé si la herida podría matarme. No he podido traer mucha comida ni agua, pero voy a consumirlas con toda la parsimonia que me sea posible a fin de prolongar mi supervivencia. Esto podría ser el fin. Ahora mismo oigo pasos sobre las gradas.

## **1 de Octubre**

Hora: Desconocida

Poco a poco lo voy recordando. Recuerdo vagamente que me enfrenté a tres de ellos. Debieron de verme cuando subía por las gradas y me siguieron. Al despertar, estaba tumbado de espaldas, sobre un charco de sangre y cristales rotos, en medio de la cabina de prensa. Al tratar de levantar la cabeza y comprobar el estado de la puerta, me fijé en los cristales inastillables. Por la pinta que tenían, parece que disparé a través del cristal para matar a las cosas, pero fallé, porque los agujeros de bala estaban acompañados por otros agujeros más grandes. Los bordes de los agujeros más grandes que habían quedado en el cristal retenían trizas de piel y ropa, y eso quería decir que habían tratado de meter las manos dentro. También había una línea en diagonal de agujeros de bala que empezaban en el picaporte y descendían hacia la izquierda hasta llegar al marco de la puerta. Examiné el arma y llegué a la conclusión de que debía de haber disparado entre quince y veinte cartuchos.

Me obligué a mí mismo a ponerme en pie y logré llegar hasta la puerta. Miré a través del cristal roto y vi cuatro cadáveres tendidos sobre las gradas. A lo lejos, vi otros dos, al otro lado de la meta, que andaban en círculo en busca de una presa. Aún no lo recuerdo bien, pero creo que disparé por lo menos a uno de ellos a quemarropa a través del cristal y lo maté en el acto.

## **2 de Octubre**

Aprox: 16:00 h.

He despertado esta mañana al oír el aullido de un perro. Quizá fuera un lobo, pero, como apenas si quedan seres humanos vivos en América del Norte, está claro que todos los perros domésticos se habrán asilvestrado. Tengo curiosidad por saber si reconocerían en mí a un hombre vivo, o si me atacarían nada más verme, como si fuera un muerto viviente. Me he dado cuenta de que los perros los detestan. Me recuerda al desprecio que algunos perros parecían sentir por los uniformes. *Annabelle* muestra desagrado ante esas criaturas, y las cerdas del lomo se le erizan tan pronto como huele que uno de ellos se le acerca. Tengo sangre reseca por toda la cara y aún habito en este nido de cuervo sobre un campo de fútbol demasiado grande. Lo único que aún evidencia que fue un campo de juego son las metas y las hileras de gradas a ambos lados.

Estoy magullado y maltrecho. Puede que el accidente me causara daños graves. La zona de los riñones todavía me duele mucho y me resulta difícil sostenerme en pie durante mucho tiempo. Dentro de las mochilas que saqué del helicóptero llevo cartuchos de nueve milímetros, cinco raciones de comida preparada para comer y un rollo de cinta aislante aplastado. Me



he animado un poco al comprobar que tuve la previsión de llevarme la mochila, y dentro de ésta la navaja multiusos, nueve litros de agua y las gafas de visión nocturna, junto con otros enseres de supervivencia.

Trataré de mantenerme con un cuarto de litro de agua diario. Si no realizo ningún sobreesfuerzo, creo que tendré suficiente agua para recuperarme y poderme poner en marcha. También conservo todo el equipamiento que en el momento de estrellarnos llevaba enfundado en el reverso del chaleco, bajo el cinturón de seguridad (pistola, cuchillo de supervivencia, bengalas y brújula). Los puntos que me he hecho en la cabeza son muy incómodos. Ojalá no hubiera tenido que hacerme la sutura con hilo de coser. Una botella de vodka, o de cualquier otra bebida fuerte, me vendría muy bien ahora. Tengo una miniradio de supervivencia PRC-90 y la he empleado para tratar de comunicarme con el Hotel 23 por las frecuencias 282.8 y 243.0. No lo he conseguido. O estoy fuera de su alcance, o la radio no funciona bien. John sabía la ruta que pensábamos seguir, pero, aunque enviasen a todos los marines con todos sus vehículos y armas, no lograrían llegar hasta mi posición. Los muertos vivientes que encontrarían por el camino son demasiados. Llegados a este punto, no creo que logre regresar.

### **3 de Octubre**

Aprox: 19:00 h.

Ha llegado la hora de empezar a trazar un plan. Tan sólo me quedan unos siete litros de agua, y parece que el número de muertos vivientes que se encuentra en el terreno de juego, y en sus alrededores, es cada vez mayor. El dolor me impide pensar con claridad. Me digo a mí mismo, sin cesar, que tengo que preocuparme de las cuestiones más básicas. Necesito comida, agua y cobijo. Aunque en estos tiempos que corren, no me bastará con eso.

En este mismo momento, desde mi posición elevada, veo a seis de esas criaturas. No parece que se den cuenta de mi presencia, y ninguno de ellos ha tratado de subir por las gradas. Dado el alcance y la precisión del MP-5, no me atrevo a disparar contra ellos, y todavía menos si tengo que guiarme por la imagen verde y granulosa que veo con las gafas.

El dolor de cabeza me va a enloquecer. He pensado en un par de ocasiones que podría salir de la cabina, bajar al campo y apuñalarlos a todos por la espalda. Entonces el dolor se me calma, vuelvo a la realidad y me doy cuenta de que ese plan es una mierda. Cada vez que orino me salen pequeñas cantidades de sangre. Me he dado cuenta hoy, al mearme sin querer encima de las manos. Debí de fastidiarme el riñón cuando el helicóptero autorrotó hasta el suelo.

En primer lugar, tengo que averiguar dónde me encuentro. En cuanto lo sepa, tengo que pensar a dónde podría ir para conseguir un equipamiento mejor y tratar de comunicarme con el Hotel 23. En este momento ya se habrán figurado que el helicóptero se estrelló. Voy a descansar y a recobrarme, y luego me beberé dos litros de agua. He llegado a la conclusión de que si no me marcho de aquí, acabaré por morirme. De noche hace frío, sobre todo para alguien que tan sólo lleva dos capas de ropa y tiene una puerta con ventilación no deseada. Maldito sea por haberme acostumbrado tanto a estar rodeado de gente.

Se me ha roto el reloj. Aún marca la fecha, pero las manecillas han dejado de moverse. Me imagino que podría matar a una de esas criaturas y quitarle un reloj. Tengo que estar al tanto de la hora exacta para controlar la salida y la puesta de sol. Han pasado unos nueve meses desde que se fabricó la última batería de reloj. Estoy seguro de que aguantan mucho tiempo, por lo que me vendría bien conseguir un reloj digital con temporizador y cronómetro mientras aún pueda utilizarlo. Qué lástima que, en mi situación presente, tenga que pensar en una mierda coma esa.

#### **4 de Octubre**

Aprox: 2:00 h.

Hacia la medianoche, otra de las criaturas ha logrado subir por las gradas. Me he puesto las gafas de visión nocturna, con precaución para no quedarme deslumbrado con la luz verde. Durante cinco minutos, he contemplado el cadáver, que estaba en pie, enfrente de la puerta, en lo alto de las gradas... y entonces las pilas de las gafas han empezado a fallar. No llevaba mis pilas AA en la mochila, y por eso he tenido que quedarme inmóvil, aterrorizado, mientras la criatura metía la mano por el cristal roto y tanteaba por dentro.

Todos y cada uno de los trozos de cristal que se caían al suelo me han sonado como un trueno. Ha faltado poco para que encendiese la linterna, pero he logrado contener el impulso, porque sabía que, si lo hacía, vendrían más. Me he acordado de una escena en una película de dinosaurios en la que la chica no es capaz de apagar la linterna para impedir que la devore un tiranosaurio. La única diferencia consiste en que la chica asustada era yo y que no tenía coraje para encender la linterna.

Era mi especie la que se extinguía.

Al cabo de unos treinta minutos de tortura mental, la cosa ha resbalado y se ha caído de espaldas por los escalones, y no ha vuelto a subir. He

pensado que el estrépito de su caída atraería a otras, pero, por ahora, no ha ocurrido así. La próxima vez que salga de compras tendría que ir a por pilas. Por ahora tengo una pequeña luz LED de color rojo sujeta a la cremallera de mi uniforme de vuelo. No parece que escribir esto bajo la luz roja afecte a mi visión nocturna, y la luz roja no los atrae. Este LED tiene tan poca potencia que las criaturas no han reaccionado desde que estoy aquí escribiendo esto.

Aprox: 6:00 h.

El sol se asoma tras los árboles. El fulgor de la mañana ilumina toda la zona y me permite ver a los muertos vivientes dando vueltas por ahí abajo, donde tendría que hallarse la franja que marca las 50 yardas. Las mangas de viento de las metas se agitan a merced de la brisa matutina. No he logrado quedarme dormido hasta hace tres horas, y de todos modos me ha despertado cada vez que oía un ruido, todas y cada una de las dilataciones y contracciones de los asientos de plástico bajo el sol matutino.

Esta cabina de prensa empieza a oler muy mal. El cubo de la esquina se llena con rapidez y el olor comienza a joderme. He notado que ya no me sale sangre al orinar. Aún tengo magullada la zona de los riñones, pero no como hace dos días. Echo de menos mi hogar. ¿Se hallaba bajo el sol abrasador de San Antonio? ¿En Arkansas? ¿En el Hotel 23? Ahora todas esas ideas se me vuelven confusas. Tan sólo quiero volver a mi hogar... a un lugar alegre, a un lugar donde no haya muerte ni destrucción. Ojalá tenga felices sueños, porque no conozco otra manera de escapar de esto.

## LLAMAN A LA PUERTA

### **5 de Octubre**

De madrugada

Casi no me queda agua. Quizá medio litro. Al caerse el helicóptero, volábamos hacia el norte desde Shreveport. No conozco con exactitud mi ubicación, pero, tras pensarlo con calma, he decidido avanzar hacia el sudoeste en la dirección aproximada en la que debe de hallarse el Hotel 23. Necesito agua limpia para lavarme la herida de la cabeza. La herida abierta rezuma pus y tengo que apretarla cada pocas horas para aliviar la presión. Además, siento mucho escozor en torno a la herida. Por lo menos, está claro que mi cuerpo combate la infección. En circunstancias normales me movería de noche, pero la escasez de agua me ha obligado a adentrarme de nuevo en el mundo de los muertos. Ahí abajo debe de haber una docena de criaturas y sé que me van a ver, o que me oirán cuando salga de la cabina de prensa, porque no voy a intentar bajar por la pared del estadio. El riesgo de romperme una pierna sería demasiado grande.

He estado pensando un poco sobre esto de escribir todo lo que me ocurre. Creo que tendría que dejar de escribir durante un tiempo, porque ya voy a estar bastante ocupado con más esfuerzos por regresar y, en esta situación, escribir podría ser nocivo (mortal) para mi salud. Debo confesar que hace tiempo que trato de dejarlo, pero no lo he conseguido. Escribo siempre que puedo y eso me hace sentir mejor. Aunque únicamente lo haga de manera esporádica, y en ocasiones tan sólo para reflejar mi propio aburrimiento, poner toda esta mierda sobre el papel me ayuda a preservar la cordura.

Mientras escribo estas líneas, trato de recordar todas las contraseñas bancadas y de correo electrónico que había tenido en otro tiempo. ¡Había tenido una cuenta en la cooperativa de crédito durante más de diez años, siempre con la misma contraseña, y no logro recordarla! He tenido que concentrarme mucho para recordar la contraseña del correo electrónico, la misma que utilicé a diario durante muchos años hasta que nos ahogamos en esta mierda.

Contraseña: 4601 9691 4609 <sup>2</sup>

Cseña correo electrónico: n@S@1radi@tor

Lo he metido todo en la mochila, he cargado el MP5 y, por rapidez y comodidad, he guardado en la parte de arriba todo lo que me puede resultar más necesario. He empleado el rollo aplastado de cinta aislante para sujetar la navaja de supervivencia con su funda sobre la tira izquierda de la mochila, con la empuñadura hacia abajo. Así podré empuñarlo fácilmente si me veo en la necesidad de luchar cara a cara con una de esas cosas. Creo que he descansado lo suficiente como para llegar a alguna parte, y tal vez, con suerte, podré seguir adelante durante un rato. Dentro de una hora me marchó.

### A última hora de la tarde

Hoy he salido al campo de fútbol a luchar. He abandonado la cabina de prensa tras beberme la última gota de agua. Llevaba la mochila repleta y pegada al cuerpo, y he acabado por sentir un ligero dolor en la espalda. El primer concursante de «El tiro justo» era un hombre joven con una zapatilla de deporte en un pie y una camiseta verde de Seven-Up hecha una puta mierda. Me ha visto salir de la cabina y en seguida ha empezado a subir por las escaleras sin dejar de tambalearse. Yo aún no me sentía muy seguro en el manejo del arma, así que le he dejado acercarse, y entonces he tirado del gatillo y el cráneo se le ha salido de su sitio como la tapadera de una lata de galletas. Se ha caído de espaldas y el hueso de la pierna se le ha roto con un chasquido aún más fuerte que el de la bala que ha acabado con él. Otros testigos de lo ocurrido han venido a por mí.

Una vez más, he tenido que hacer frente al 10 por ciento con talento, aunque no tuvieran nada que ver con el 10 por ciento del que hablaba el activista W. E. B. Du Bois al referirse a la posibilidad de que un 10 por ciento de los estadounidenses de color alcanzara puestos de liderazgo. En mis viajes y apuros recientes he notado que aproximadamente una de cada diez criaturas es más lista o más rápida que sus compatriotas, o ambas cosas a la vez. La he descubierto en seguida. Tenía el cuerpo muy erguido y caminaba con vigor hacia mí, mientras los otros no paraban de dar traspiés. No le he dado cuartel y le he disparado en el cuello y la cabeza. Se ha desplomado con la misma facilidad que los demás, pero es probable que procediese de una zona irradiada. No estaba tan irradiada como la horrenda criatura del barco de los guardacostas, pero yo conocía los extraños efectos que la radiactividad producía en ellos. Podían

---

<sup>2</sup> En el libro original las palabras en cursiva aparecen tachadas. (N del digitalizador)

enfrentarse a otro nivel con los seres humanos vivos... por ejemplo: conmigo.

No he acabado con todos los que estaban en el campo. Tan sólo he matado a los suficientes para que la amenaza no superara un nivel manejable. Me había propuesto matar a todos los que fuese necesario, avanzar hasta un extremo del campo, rodearlo hasta el otro extremo y marcharme. He matado a cuatro sin perder de vista a los otros ocho. He tratado de verles bien las muñecas, porque estaba dispuesto a hacer dos pasadas si a la segunda podía quitarle el reloj a alguno de ellos. No he logrado verlo bien y, a decir verdad, tenía miedo de quedarme mucho tiempo en el campo.

He hecho una pasada y he abandonado el área, y me he dirigido al sudoeste guiándome por la brújula, hasta que he llegado a un poste que decía: «Oil City-16 km.» Me encontraba en una intersección entre una carretera rural y una autopista de dos carriles. Había ido hasta allí siguiendo la carretera rural, siempre a unos diez metros de distancia de ésta, para evitar que me viesan. Mis experiencias en este mundo me dicen que los enemigos más peligrosos no son los muertos. Desde mi posición ventajosa en la encrucijada he visto que en la autopista, en dirección sur, quedaba una antigua barricada, y en dirección norte se apilaban unos cuarenta coches que habían colisionado entre sí. Un arroyuelo brotaba de un tubo de desagüe cercano a la carretera. He llegado a la conclusión de que, al menos por el momento, la necesidad de agua era más acuciante que la de no dejarse ver, y por eso he ido hacia el sitio donde se oía rezumar el agua.

Al acercarme al tubo, que era grueso como un barril, habría jurado que veía movimiento cerca de la lejana barricada. Me he quedado quieto durante un minuto entero para asegurarme. Pero, fuera lo que fuese, no ha vuelto a moverse. Me he agachado y he bebido agua hasta que un ruido me ha llamado la atención. He levantado la cabeza con tanta brusquedad que me la he golpeado contra el tubo y por unos momentos he visto las estrellas. La he sacudido para reanimarme y he vuelto a escuchar. He distinguido el rítmico estruendo de un motor. No era muy distinto del sonido de un cortacésped. He tratado de mirar en la dirección por la que aparentemente se acercaba, pero no lo he visto, por mucho que forzara la vista. El sonido ha desaparecido con la misma rapidez con la que había aparecido. Me he sentado, y durante un rato he pensado en lo que podía ser. ¿Una moto? No. No me lo había parecido en absoluto. Era un sonido familiar.

He bebido hasta no poder más, he llenado el recipiente de agua que llevaba en la mochila y he seguido adelante, siempre a unos diez metros de la carretera. He visto todo tipo de cosas que sería preferible no ver. Había cadáveres putrefactos esparcidos sobre la barricada y a su alrededor. Había cartuchos usados por todas partes, como si un ejército hubiese tratado de exterminar a una horda entera pocos meses antes. Había hombres muertos, de pie sobre la carretera, aturdidos, como

hibernados. Era de imaginar que no había nada que los motivase. Me imagino que será su manera de conservar la energía. He visto a lo lejos una jauría de perros que atravesaba un campo. Me hallaba a sotavento, por lo que estoy seguro de que no habían detectado mi presencia. En cualquier caso, no se detectaban indicios de vida humana.

El sol descendía hacia el horizonte, y había llegado el momento de encontrar cobijo para pasar la noche, porque así podría calmarme y poner orden en mis pensamientos. Debía de hallarme a cuatro o cinco kilómetros de la intersección cuando he descubierto una casa a lo lejos, detrás de una hilera de árboles. Me he acercado con mucha cautela, sin dejar de mirar en todas las direcciones, y volviéndome en muchas más ocasiones de las que habrían sido necesarias. Todo estaba muy tranquilo, pero los acontecimientos del día aún me tenían alterado. El riñón se me había llenado de agua y tenía que mear. Me he acordado de cuando jugaba al escondite en mi infancia: siempre me entraban las ganas de mear en el momento menos oportuno. Era una casa vieja de dos pisos, de los años cincuenta del siglo pasado. Parecía que la pintura se desconchaba delante de mis ojos.

La he contemplado durante largo rato. Me he fijado en un modelo reciente de Chevy, destruido por el fuego, aparcado a pocos metros a un lado de la casa. Se distinguían orificios de bala en el capó y en la carrocería. Las ventanas del piso de abajo estaban cerradas con tablones de madera y había residuos humanos de hacía ya tiempo en el suelo, al pie de las ventanas. He escuchado y mirado hasta que la llegada del crepúsculo me ha obligado a tomar una decisión. La casa parecía abandonada. He dado la vuelta en busca de lugares por donde entrar. También había tablones clavados sobre la puerta delantera y la trasera. Mi única posibilidad de entrar consistía en trepar hasta el tejado y meterme por una de las ventanas de arriba, que no estaban bloqueadas.

He hecho acopio de todo el valor que tenía y he trepado con mi cuerpo maltrecho por una de las columnas del porche, hasta llegar al tejado de éste, desde el que se podía acceder a una de las ventanas superiores. No lo habría logrado si en mi época en los marines no hubiese hecho flexiones de bíceps a diario. Una vez arriba he admirado el paisaje y he escuchado todo lo que se oía por los alrededores. Al otro lado de la ventana estaba oscuro, tan oscuro que no he tenido ningunas ganas de entrar. La ventana se abría verticalmente, hacia atrás, y dejaba un resquicio de unos quince centímetros por el que el aire entraba y agitaba la delgada cortina blanca. La cortina se movía con la brisa, o quizá fuese mi aliento. He dejado pasar lo que me han parecido varias horas de espera. No quería entrar. Le he dado vueltas a si podría dormir fuera, pero he descartado en seguida esa posibilidad, por miedo a caerme del porche e ir a parar a manos de los muertos vivientes. La luz del sol se filtraba en la atmósfera hasta teñirse de un tono rojizo y se despedía de mi alma por el horizonte occidental. He agarrado la mochila y he sacado la linterna.

He acercado la mano a la ventana y he sentido como una descarga eléctrica al tocarla. He tratado de abrirla con una mano, pero llevaba tanto tiempo sin que nadie la manipulase que no quería ceder. Valiéndome de ambos brazos y también de las piernas, he logrado levantarla lo suficiente como para asomarme. He abierto la cortina y he enrollado una punta en torno a la linterna. La habitación parecía todo lo normal que puede parecer una habitación en una casa abandonada. La puerta estaba cerrada y la cama estaba hecha, pero había excrementos de ave y hojas secas por el suelo.

He asomado todavía más la cabeza para asegurarme de que no hubiese ningún peligro. Me he quedado tranquilo y por eso me he metido dentro. Mi primer pensamiento se ha dirigido a la puerta, y a preguntarme si estaría cerrada con llave. He caminado lentamente hasta ella. El entarimado del suelo ha crujido bajo mi peso. Después de haber hecho tantos ruidos, me he detenido y he escuchado por si se oía algún sonido en el pasillo, o en la escalera. No he oído nada. He ido hasta la puerta del dormitorio y he examinado el pomo... estaba cerrada por dentro. Entonces, en silencio, he examinado el armario, he mirado bajo la cama y he buscado por todos los rincones donde pudiera esconderse el hombre del saco. He encontrado una vela usada y una caja de cerillas medio llena en el armario ropero.

Me he planteado encender la vela para no consumir inútilmente la pila de la linterna. Después de pensarlo un rato, he echado la cortina tras las ventanas del dormitorio y, sigilosamente, he colgado sobre éstas algunas mantas extra que he sacado del armario empotrado. He encendido la vela y me he calentado las manos con su llama. Los ojos se me han acostumbrado poco a poco a la luz de la vela y he empezado a... no a dormirme, pero sí algo parecido.

No estaba seguro de cuánto tiempo llevaba dormido, pero el sonido del trueno me ha despertado con un sobresalto. He mirado la vela y he visto que no se había consumido mucho. Me he acercado a la ventana y he apartado la sábana para contemplar el campo. Al caer un rayo he divisado una silueta humana en la lejanía. No tenía ni idea de la condición ni de las intenciones de la criatura. He mirado sin cesar al vado... a la espera de que los relámpagos alumbraran la noche. Finalmente, la silueta se ha alejado y he tenido que preguntarme si de verdad había llegado a verla.

Todavía llueve y me he decidido a echarme en la cama. No se oye ningún ruido al otro lado de la puerta, pero esta noche dormiré con mi arma, y probablemente haré lo mismo durante todas las noches que me quedan por vivir.

**6 de Octubre**



Esta mañana he despertado sin novedad, aparte del rumor del viento que se oye afuera. Tenía hambre. Me quedan tres raciones de comida preparada que rescaté del helicóptero. He ido comiendo bocados. Pienso que hoy puede ser un buen día para meterme más comida en el organismo. Ya no me duele tanto la cabeza. La sutura me escuece, pero trato de no tocármela. Cuando miro por la ventana, a la lejanía, no veo ni rastro de los muertos vivientes. Afuera tenemos mal tiempo y parece que vaya a estallar una nueva tormenta.

Había empezado a hacer estiramientos y a prepararme para pasar el día cuando me he acordado de lo que en ese momento era lo más importante de mi vida: el piso de abajo de la casa. Por primera vez en mucho tiempo, me había perdido en mis pensamientos. Había olvidado dónde estaba. Parecía como si llevara días en aquella habitación, pero había sido una única noche. Mi mente le decía a mi subconsciente que la casa era segura, que era la mía. Por supuesto, no era ésa la realidad. Tal vez hubiera una docena de ellos allí abajo, dormidos en trance, sin percibir mi presencia. Parece que entren en un extraño estado de hibernación cuando no tienen comida ni estímulos a mano. He pensado que una familia entera podría estar aturdida en el piso de abajo, a la espera del primer signo de vida para ponerse en modo cazador-asesino.

He hecho un esfuerzo por no ponerme a explorar la casa sin haberme metido antes un bizcocho en el estómago. Después de comer, he bebido un poquito de agua y he empezado a buscar excusas para no bajar por la escalera a echar una ojeada. Sabía que tenía que hacerlo, porque en la casa encontraría recursos que podrían mantenerme con vida. Hasta que el sol no ha emergido de entre las nubes y se ha elevado en el cielo, no me he decidido a ir al piso de abajo.

He revisado el arma y he sujetado el LED en el silenciador del MP5 con la cinta americana que llevaba en la mochila. He tirado la corredera de la Glock medio centímetro para atrás para asegurarme de que estuviese cargada. He alargado la mano izquierda para abrir la puerta con cuidado de que no quedara expuesta ninguna parte de mi cuerpo. Estaba encallada, seguramente por no haberse abierto durante varios meses. He tratado de forzarla y ha cedido con un sonoro clic. He puesto la mano en la puerta y la he mantenido cerrada mientras escuchaba. Si el ruido los atraía, la cerraría de nuevo y escaparía por el otro lado.

He aguardado por lo menos durante cinco minutos, y me ha parecido oír de todo, desde muertos vivientes hasta un cortacésped, pasando por una sirena de niebla. He separado la mano de la puerta y he tirado del picaporte. Probablemente he sido el primero en hacerlo durante mucho tiempo. Mientras tiraba del picaporte, he preparado la mano derecha para matar a todo lo que se interpusiera en mi camino. El silenciador con la cinta aislante es la primera parte de mí que se ha asomado por la puerta. El reflejo azul del LED ha alumbrado el pasillo al asomarse el arma.

Me he preguntado si de verdad había revisado el cargador, o si tan sólo me lo había imaginado. Tras ahuyentar esos pensamientos, he dado un paso adelante. Me he vuelto hacia la puerta del dormitorio, la misma por la que acababa de salir. Tenía manchas antiguas de sangre, como si alguna criatura la hubiese golpeado hasta perder todo interés. Esas criaturas saben lo que hacen.

Me he dado la vuelta y he notado algo extraño. Había manchas blancas en la pared, en el mismo sitio donde debía de haber habido cuadros. Era como si los dueños de la casa hubiesen querido llevarse los cuadros. A mí se me ocurren cientos de cosas más importantes para llevarse. Había moscas muertas por el suelo, tan abundantes como el propio polvo. El pasillo de arriba estaba cubierto por capas de ambos materiales, y no se distinguían huellas que pudiesen revelar actividad reciente. Si había alguna criatura dentro de la casa, viva o muerta, no se había molestado en subir hasta allí. Entonces he descubierto por qué. Cuando estaba a punto de dar el paso hasta el primer escalón, me he detenido y he mirado a mis pies. Había tan sólo dos escalones, y luego nada. Alguien se había cargado la escalera. En el piso de abajo estaban los cadáveres de seis muertos vivientes, todos ellos con un tiro en la cabeza. Aquello empezaba a tener sentido. El propietario de la casa debía de haber destruido la escalera y se había parapetado en el piso de arriba. Probablemente había disparado contra los monstruos y se había marchado por la ventana del dormitorio. Esa es mi mejor hipótesis. Eso no explicaba las manchas de sangre en la puerta por la que había salido, ni la manera en que las criaturas habían logrado entrar en la casa, pero, por otra parte, tampoco había explorado todo el piso de arriba.

Me he alejado de la escalera y he caminado con pasos lentos hasta dos puertas cerradas que se encontraban al otro extremo del pasillo. El suelo crujía bajo mis pies, pero no he hecho caso del ruido. No me parecía que hubiese nadie. La primera puerta que he encontrado era la de un baño. Si hubiera sido posible encender la luz, habría tenido el mismo aspecto que cualquier otro baño de antes de que los muertos resucitaran. Todo estaba en su sitio, las toallas polvorientas colgaban de sus respectivos toalleros y una pastilla de jabón aguardaba en la pequeña repisa al lado de la bañera. La he cogido y me la he guardado en el bolsillo de los pantalones. He ido hasta la taza del váter y he mirado en todas direcciones. No he visto nada fuera de lo ordinario, salvo un pequeño y extraño azulejo sobre la cisterna que mostraba, precisamente, una taza de váter junto al texto: «Si eres torpecito y ensucias cuando haces pis, sé buenecito y límpialo en un plis.»

Yo mismo no sé por qué, pero me ha hecho gracia y me he reído entre dientes durante un buen par de minutos. Antes de salir del baño, he mirado bajo la pica del lavabo y he visco un recipiente de plástico en el que había todo tipo de medicamentos. Me he quedado un tubo de antibióticos triples y un rollo de papel higiénico, y he pasado a la puerta número dos.

He abierto la puerta con el arma a punto. Dentro estaba muy oscuro, porque unas pesadas cortinas cubrían las ventanas. He ido enfocando todos los rincones de la habitación con mi luz y la he encontrado muy desarreglada. El colchón de la cama estaba girado, y he visto ropa sucia y basura esparcida por todo el suelo. Había pequeñas deposiciones de rata por todas partes, las cuales se añadían al olor a «libro viejo» de la habitación. Antes de entrar en cada una de las habitaciones le daba rienda suelta a mi fantasía, casi a la espera de hallar una imagen terrorífica y demencial. Desde luego que me he alegrado de no toparme con el cadáver de una vieja colgado de una lámpara en un intento fallido de morir con decencia... una vieja que se balanceara con el cuello enrojecido y mascullara con voz de bruja: «¡Sé buenecito y límpialo en un plis!» Hoy no, gracias a Dios.

Aún no había visto el piso de abajo, pero no me gustaba la idea de descolgarme hasta allí tan sólo para que un ogro avisado me arrancara un trozo de culo con los dientes. No sé si alguno de ellos será avisado, pero les he visto hacer cosas cada vez más extrañas desde que empezaron a levantarse. Pienso que eso, por sí solo, ya es raro.

Después de pensarlo con calma, me he decidido a tomar el pequeño espejo de mano que había visto en el baño y a emplear la cinta aislante para sujetarlo al extremo de un palo de escoba que he sacado de una alacena del piso de arriba. Así podría ver mejor lo que había abajo sin arriesgar el pellejo. Me he pasado veinte minutos en lo alto de la escalera destruida, enfocando el espejo en todas las direcciones, hasta que he llegado a la conclusión de que podía bajar sin peligro. Lo único que se salía de lo ordinario eran los cadáveres tendidos en el suelo y una puerta abierta por la que parecía que se pudiera acceder a una especie de sótano.

Estaba tan paranoico con la posibilidad de caer entre los cadáveres que me he atado la pierna a la sólida baranda del piso de arriba. Habría sido horrible quedarse de bruces sobre un montón de cadáveres mientras otros salían por la puerta abierta y no tener ningún medio para subir arriba. Me he hecho una improvisada escalerilla con las mismas sábanas sucias con las que me había atado la pierna. He descendido con rapidez, más asustado que en mi primer día de escuela, y he ido de inmediato hasta la puerta abierta.

Al acercarme a la puerta, he comprobado que, efectivamente, allí había una escalera que descendía a un oscuro abismo. Aunque me hubiesen dicho que conducía hasta un alijo de M-16 y comida para un año, no habría bajado. Después de todo lo que me había pasado, no podía. He cerrado la puerta y, con todo el sigilo que me ha sido posible, la he bloqueado con un sofá. En cuanto he estado seguro de que la puerta del sótano no se abriría, he empezado a inspeccionar metódicamente el piso de abajo en busca de amenazas. Armario tras armario, esquina tras rincón, me he asegurado de que ninguna de esas cosas estuviera allí abajo, conmigo. He mirado por todas partes, para cerciorarme de que ni siquiera un torso

seccionado me acechara bajo una de las mesas, ni en la ducha del piso de abajo

Satisfecho de que no hubiera ningún peligro en la casa, me he puesto a buscar las cosas que necesitaba. He abierto los armarios de la cocina y he encontrado cerillas resistentes al agua y tres paquetes de pilas AA. Podría emplear de nuevo las gafas de visión nocturna. Al proseguir con más investigaciones, he encontrado una caja vieja con dos grandes trampas para ratas en su interior. Me he llevado las trampas, porque me ha parecido que serían lo bastante grandes como para capturar a un conejo pequeño, o a una ardilla, en cuanto se me acabaran las provisiones. En realidad, habría tenido que empezar a cazar para no consumir con tanta rapidez las conservas que llevo, y puede que lo haga en cuanto me sienta un poco más fuerte.

En un armario del piso de abajo he encontrado una mochila de excursionista de color negro y gris con las palabras «Arc'teryx Bora 95» bordadas en letras doradas. Era claramente superior en calidad y más cómoda que la que yo llevaba, y parecía que pudiera doblarla en capacidad. He regresado al hueco de la destrozada escalera, con cuidado de no tocar los cadáveres del suelo. He lanzado la mochila al piso de arriba y luego he proseguido con mi investigación.

He recorrido el piso de abajo y he examinado las ventanas bloqueadas con tablones de madera y la puerta igualmente reforzada. Apoyado contra la pared, al lado de una de las ventanas que quedaban a la izquierda de la puerta, he encontrado un palo de fregona con un punzón para hielo en su extremo. El punzón estaba atado con ingenio. El cordel que lo sostenía en su lugar tenía nudos complejos que seguían un patrón y lo sujetaban con mucha fuerza. La punta de aquella especie de lanza casera estaba sucia de sangre marrón y seca. No habría servido para cazar a un animal, pero sí habría sido posible emplearla para pinchar a una de esas criaturas en el ojo, o en las partes blandas de su cráneo putrefacto, y así acabar con ella sin tener que disparar ni un solo tiro y ahorrar municiones. He tomado la improvisada arma y la he colocado sobre la repisa de la cocina. Al regresar a la sala grande por donde había bajado, he oído que algo crujía. Me he quedado inmóvil y lo he oído de nuevo. Mi mayor miedo era que procediese del sótano. He ido a la puerta principal para mirar afuera y ver si podría escapar por allí.

Al acercar el ojo a la mirilla, el perfil de un hombre muerto se ha proyectado en mi pupila. He pasado un instante de terror, en el que tan sólo lo he mirado, incapaz de apartar la cara. Su rostro esquelético se encontraba a pocos centímetros del mío, al otro lado de la puerta. Sentía el apremio de dispararle por la mirilla, pero, probablemente, habría errado el tiro, y el ruido de la madera al astillarse no habría hecho más que complicar las cosas. No podía apartar la mirada de aquella mierda. Tenía la cara podrida, los ojos lechosos, abultados, y los labios habían desaparecido. Parecía que me mirara fijamente a través de la puerta. No se ha movido ni un milímetro mientras yo lo observaba. La criatura debía

de medir más de dos metros. Me he puesto de puntillas y he tratado de ver desde arriba cuál era el objeto que sostenía con su mano putrefacta. No he llegado a ver bien de qué se trataba. He aguardado tras la puerta, dejando de mirarle tan sólo para parpadear, para que no se me secaran los ojos. No se movía.

No me quedaban muchas opciones...

Podía volver a hurtadillas al piso de arriba (trepando por las sábanas) y dejarlo correr, o matar a la criatura en ese mismo momento. Me he decantado por hacer otra ronda por la casa antes de regresar al piso de arriba, por si encontraba suministros que pudieran serme útiles. Sigiloso como un gato, he regresado a la cocina para mirar en el armario. Al traspasar el umbral de la cocina he provocado un ligero crujido en el entarimado. Me he detenido unos minutos y he escuchado... crec... crec... el sonido provenía del otro lado de la puerta de entrada. He optado por no prestar atención a la amenaza. Me he imaginado que la criatura debía de mover la cabeza violentamente de un lado para otro, porque no sabía si era ella misma quien había hecho el ruido, o si éste era obra de algún delicioso bocado que se hallaba dentro de la casa...

En los estantes del armario he encontrado seis latas de chile sin carne, dos latas de estofado de ternera con verduras y otros alimentos en estado de descomposición avanzada. He guardado las latas en la mochila y he buscado debajo del fregadero por si encontraba algo útil. Debajo del fregadero había una trampa vieja para ratas, idéntica a las dos que me había llevado antes. Los restos del esqueleto y la cola ya reseca de una rata que había caído en la trampa hacía mucho tiempo seguían allí. Satisfecho con lo que había encontrado, he agarrado el palo de fregona con el punzón y he regresado a la improvisada escalerilla, siempre en pugna con el antinatural impulso de echar otra ojeada por la mirilla.

He empleado el máximo cuidado para subir la mochila hasta el piso de arriba con el palo de mocho. Así podría trepar después con mayor comodidad. La mochila estaba demasiado llena y pesaba demasiado, y por ello he tenido problemas para sostenerla. Se ha caído una lata de chile y se ha estrellado contra el suelo, y ha armado un estrépito comparable al del disparo de un cañón. Me he estremecido, pero de todos modos he empujado la mochila hasta arriba y la he dejado junto a la otra mochila más grande, que seguía vacía. Cuando me agachaba para recoger la lata de comida, se ha oído un golpe muy fuerte en la puerta de entrada. La cosa debía de haber golpeado la puerta con algo, porque el ruido parecía más fuerte y potente que el que se podría hacer con una mano desnuda. He guardado la lata en uno de los bolsillos del chaleco y ha faltado poco para que subiera hasta el piso de arriba de un solo salto.

Una vez allí me he tumbado en el suelo, con la mochila a modo de almohada y los ojos fijos en el techo, porque el monstruo ya se encargaba de matar el tiempo a base de porrazos en la puerta. Golpeaba sin cesar... he oído que la puerta se astillaba y me he decidido a emplear el espejo

para vigilarla. Cada vez que la criatura la golpeaba, yo pegaba un bote y sentía un escalofrío, y el espejo temblaba a su vez en mis manos. Un diminuto rayo de luz penetraba por un agujero de la puerta, a medio metro por encima del pomo. Un objeto romo no habría podido abrir una fisura como ésta. La puerta estaba reforzada con tablones por tres sitios distintos y yo recordaba que también lo estaba por fuera.

He vuelto a entrar en el dormitorio del que me había adueñado antes y me he encerrado a la hora en la que el sol descendía hacia el horizonte. Faltaba poco para que oscureciera. He sacado la navaja multiusos y he abierto una lata de chile, y he sacado la cuchara de uno de los paquetes de plástico marrón de las raciones de comida preparada. He empezado a contar los golpes que se oían abajo mientras se ponía el sol. He tardado trescientos cincuenta y tres golpes en dar buena cuenta del chile.

## CARRERA NOCTURNA

### **6 de Octubre**

A última hora de la tarde

Por lo que se oye abajo, creo que la criatura está a punto de entrar. Hará una media hora he oído que uno de los tablones caía al suelo. Naturalmente, yo ya no sé cuánto dura media hora. Por temor de que atraiga a otros de su especie, me he decidido a aprovechar la oscuridad de la noche para escapar de este sitio. Me he pasado la hora del crepúsculo metiendo las cosas en la nueva mochila que he encontrado en el piso de abajo. Lo he redistribuido todo para que los objetos más necesarios queden arriba, o en uno de los compartimientos que se cierran con cremallera. Como aún me sobraba mucho espacio, me llevo también una manta de lana verde que he sacado del armario.

He examinado las pilas que he encontrado abajo. Caducan dentro de seis años. Las he puesto en las gafas de visión nocturna y las he encendido. La luz verde que ha iluminado el visor y se ha reflejado en la palma de mi mano me ha dado a entender que funcionan bien. No tiene ningún sentido que las emplee para ver mientras cuento con la vela. También he probado la miniradio. No he captado nada, salvo estática. En un momento dado he creído oír voces, pero mi propio cerebro me engañaba. He retransmitido a ciegas un mensaje en el que explicaba mi situación, pero no he podido dar detalles exactos del lugar donde me encuentro. Quizá cuando haya avanzado un poco más hacia el sur emplearé los códigos que John insistió en hacerme memorizar. Los puntos de sutura me escuecen de nuevo y por eso he tratado de aplicarles antibiótico. Espero que me ayude a combatir cualquier infección que pueda haber. Dentro de unos días me quitaré los puntos.

Ha llegado la hora de apagar la vela.

### **7 de Octubre**

A primera hora de la madrugada

No sé muy bien por qué esas cosas son como son, ni por qué son distintas...

Más agresivas y persistentes.

Anoche salí de la casa por la misma ventana por la que había entrado. Me hice la cama, más que nada porque así me sentía mejor, pero también para posponer el inevitable momento de partir. En cuanto acabé con la cama, encendí la luz y me puse las gafas de visión nocturna. Al ajustármelas, mis temores se hicieron realidad, porque vi que el estruendo que la criatura armaba en el piso de abajo había atraído a una docena de muertos vivientes a nuestra zona. Ésos eran los que podía contar desde una sola ventana. Estimé que debía de haber unos treinta alrededor de la casa.

Mientras salía al tejado del porche, escuché el ruido que hacían al caminar por las hierbas altas y tropezar con las ramas, en sus intentos por localizar el ruido en la oscuridad. Los viejos hábitos nunca mueren, y yo sabía que me quedaban veintinueve cartuchos de munición en cada uno de los cargadores, aunque, con el arma que llevaba, tampoco me iban a servir para nada. Me acerqué con cautela al alero y miré hacia abajo. Allí abajo había dos. Me asomé y les disparé, y fallé el tiro en la cabeza de uno. El que sí derribé se cayó sobre el otro y con ello me dio una segunda oportunidad. Disparé al número dos y bajé por el costado de la casa tal como había subido antes. Me marché por la ruta más segura y por el camino maté a otros tres. Cada vez que apretaba el gatillo, el área circundante se iluminaba con un fulgor verde. Las gafas de visión nocturna amplificaban el centelleo del silenciador.

La fatiga no me permitía echarme a correr. Caminaba a paso ligero y los esquivaba. Al acercarme a la carretera me volví hacia la casa. Parecía que una de esas cosas casi corriera hacia mí. Por un momento, creí de verdad que esa criatura podía verme en la penumbra. Mis miedos se calmaron cuando la criatura se volvió hacia un lado y se detuvo. Según parecía, olisqueaba el aire y movía la cabeza lentamente hacia uno y otro lado en un intento por localizarme. Sostenía en la mano un objeto que no pude distinguir. El estómago me dijo que era la misma a la que antes había visto por la mirilla.

Me alejé de ella y regresé a la carretera. No tenía ni idea de a dónde iba. Recorrí varios kilómetros en dirección hacia el sur por una vieja carretera pavimentada, atento a no meter el pie en las grietas para no partirme el pescuezo. Los carteles indicaban que faltaba poco para llegar a Oil City. Incluso era posible que la carretera me llevara hasta Shreveport, una ciudad en la que no me atrevería a entrar. Necesitaba un sitio para pasar la noche. No dejé de caminar hasta que divisé un fulgor en el horizonte que anunciaba la salida del sol. Más adelante, en la misma carretera, he visto un autobús escolar.



Creo que debían de ser las 4.30 horas. Estaba aterido de frío y necesitaba, por lo menos, un par de horas de sueño antes de hacer frente al nuevo día. Me he acercado hasta el autobús, siempre pendiente de lo que pudiera haber alrededor. El área parecía estar despejada, pero albergaba un montón de incógnitas. Unos pocos coches y camiones, muy deteriorados, se amontonaban a un lado de la carretera, en el camino que llevaba hasta el autobús. Cerca de los vehículos había varios esqueletos putrefactos. Los muertos y las aves se habían comido toda su carne.

Al acercarme al autobús, he visto, con gran alegría, que la puerta estaba abierta, y me he dicho que, por lo menos, dentro no habría criaturas lo bastante inteligentes como para encontrar la salida. Me he aproximado con mucha precaución a la parte frontal, he trepado al parachoques y me he encaramado por el capó. Una vez en el capó, he mirado por el parabrisas y he visto las hileras de asientos. Estaban vacías. He trepado hasta el techo del autobús para poder echar una mirada en 360 grados a mi alrededor. No se movía nada, salvo un par de conejitos en la cuneta.

He pensado en pegarles un tiro, pero estaba demasiado oscuro como para correr el riesgo, incluso con un sonido tan leve. He sacado la manta de lana de la mochila y he dejado esta última sobre el techo. He vuelto a bajar por el capó y he entrado por la puerta del autobús. Primero he arrojado la manta sobre el asiento del conductor, y luego me he arrodillado y he apuntado bajo los asientos con el subfusil. No he visto nada, salvo una vieja bolsa de papel para el almuerzo. Entonces he cogido la palanca manual y he cerrado la puerta del autobús, tan suavemente como me ha sido posible, esforzándome al máximo por no hacer ruido. Por desgracia, no es la primera vez que duermo en un autobús.

He dejado la mochila sobre el techo porque allí no correrá peligro, y si tuviese que huir a toda velocidad, podría salir por cualquiera de las ventanas y recobrarla. En cambio, si dejase la mochila dentro, tal vez no pasaría por la ventana, y si se diera el caso de que tuviese que huir, me vería obligado a abandonar todas mis provisiones y suministros. He cortado tiras de vinilo de uno de los asientos del autobús y las he entrelazado para dar forma a una tosca atadura. La he empleado para inmovilizar la palanca de la puerta y asegurarme de que nadie pueda entrar sin provocar estruendo. Ahora me voy a dormir, si es que a esto se le puede llamar dormir.

## Por la mañana

Debe de faltar poco para la media mañana y yo estoy en el cuarto asiento del costado derecho del autobús. He dormido las cuatro horas que necesitaba, o, por lo menos, me lo parece. La mochila aún está en el techo

del autobús. En torno a mí no se mueve nada, y lo más probable es que suba, coja las cosas y me marche tan pronto como esté seguro de que no corro ningún peligro. Cuanto más pienso en el Hotel 23, más importante veo regresar allí, con mi familia. Aunque no me quito de la cabeza la idea de que mis padres puedan estar vivos, sé que lo más probable es que hayan muerto. Mi hogar no es ningún búnker, y el hogar de mis padres, al igual que todos los demás hogares que se edificaron en Estados Unidos en los últimos cincuenta años, no se construyó para resistir un asedio. Me pregunto cuánta gente habría podido sobrevivir si durante los últimos tiempos las hubieran hecho «como antes».

Por la tarde

Todavía es día 7

Hoy por la mañana, cuando me disponía a recoger la mochila que había dejado sobre el autobús, me he encontrado cara a cara con una horrible sorpresa. El cabrón de la casa había logrado seguirme. Yo me había encaramado al capó y estaba a punto de subir cuando he oído el entorchado de acero contra acero. El ruido me ha sobresaltado tanto que he estado a punto de caerme de espaldas. Me he arrojado contra el parabrisas y lo he agrietado. Al volver la cabeza, he sabido al instante que era la criatura, la misma aparición que me había mirado fijamente por la mirilla de la casa antigua. ¿Cómo era posible que una criatura tan estúpida hubiese logrado seguirme? Una pregunta aún mejor: ¿Cómo era posible que aquella criatura supiese blandir un hacha?

He subido hasta el techo del autobús y he visto, estupefacto, cómo actuaba. Tratava de trepar para perseguirme. No iba a cometer el mismo error que antes. Había que acabar con ese integrante del 10 por ciento de muertos vivientes con talento. He desplazado el indicador de recámara cargada y le he reventado el rostro a la criatura, la cual se ha desplomado al instante. Esa cosa había armado mucho estrépito antes de que la matara, y eso significaba que había llegado la hora de marcharse.

Antes de irme he registrado a la criatura por si encontraba algo de valor, y mira por dónde, llevaba en la muñeca un reloj digital de plástico G-Shock, muy estropeado por fuera. Le he quitado el reloj y le he echado una ojeada antes de meterlo en la mochila junto con el hacha. En la pantalla se leía: 7-10 y 12.23.

He seguido caminando en dirección sudoeste, dejando atrás una escena de decadencia tras otra. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vi al primero? Caminaba y me imaginaba lo que sería poder volver a hablar con alguien. La sensación de soledad se adueñaba de mí. De entre todas las experiencias vividas en mi lucha por la supervivencia, ése había sido el

sentimiento más importante. Cada cual lo sentirá de manera distinta, pero, para mí, el sentimiento que va ligado a la soledad es el miedo.

Me he esforzado una y otra vez por no pensar en los muertos vivientes, pero no lo he conseguido. Sin necesidad de dormirme, he padecido una pesadilla en la que llegaba a un campo abierto. Tenía que atravesarlo para llegar a una zona arbolada. Como en una escena sacada de una película bélica, cuando estaba a punto de llegar a la mitad del campo, un ejército de muertos irradiados aparecía en lo alto de una colina. De inmediato, se echaban a correr hacia mí. Antes de que pudiera verles la podredumbre de los ojos, he logrado despertar de la pesadilla y he seguido caminando. No se oía ningún ruido. Tan sólo la leve caricia del viento en el rostro me ha hecho saber que había regresado a esta realidad.

## LAGO CADDO

### 8 de Octubre

Ayer anduve hasta llegar a un lago. En los carteles que guiaban hasta allí se leía: «Lago Caddo: Embarcadero a poca dist.» Hada tiempo que alguien se había cargado de un escopetazo el resto de la palabra «distancia». Debían de ser las 14.00 horas cuando llegué al lago, así que ya era hora de empezar con los preparativos para pasar la noche a salvo. Me acerqué con suma precaución al embarcadero. Pensé en la isla de Matagorda y en cómo terminó aquella situación. Muchas de las embarcaciones aún se encontraban en el muelle; unas pocas se habían hundido, habían arrancado trozos de embarcadero y los habían arrastrado consigo bajo el agua. Dos veleros de tamaño notable seguían amarrados allí. Aún flotaban, pero uno de ellos no parecía utilizable, porque su propietario había dejado las velas sobre cubierta, donde habían aguantado meses de viento y mal tiempo. Había otro velero, de seis metros de eslora, que debía de tener las velas guardadas y probablemente podría navegar. Alcancé a ver un ancla apoyada en la barandilla de proa, sujeta a una cadena con manivela.

Me encontraba a tan sólo unos treinta metros de esa embarcación, lo suficiente como para observar los alrededores. Con toda la comida y el agua que llevaba encima, podía robar el velero, adentrarme en el lago y dormir tranquilo de verdad.

Mi objetivo era avanzar hacia el sudoeste, en una dirección que me acercase al Hotel 23. Si la forma del lago me favorecía, podría recorrer mucho terreno protegido por las aguas. Me aproximé un poco más al velero sin detectar peligro alguno. Pero como no quería correr ningún riesgo, no dejé en ningún momento de mirar en todas direcciones mientras me acercaba. El cabrón asqueroso del hacha me había marcado un tanto y en esos mismos momentos habría podido estar muerto, o moribundo, si la suerte no me hubiese acompañado mientras trepaba por el capó del autobús amarillo.

En un momento de nerviosismo quise volver a cargar la recámara del arma, y un cartucho de nueve milímetros se cayó al suelo. Lo recogí y me lo guardé en el bolsillo. Estaba cada vez más cerca del velero...

¿Seguro que había cartucho en la recámara?

Me lo pregunté de nuevo. Reprimí el miedo y la ansiedad, y seguí caminando. Me encontraba en terreno abierto, a la vista de quien pasara por allí, o de lo que pasara por allí. Estaba en el velero. Se veía abandonado, con los cables de nilón sobre cubierta, empapados de rocío y sucios de excrementos de ave. Las cortinas del camarote estaban echadas y no podía ver su interior.

Eché una nueva ojeada a mi alrededor y salté a la pasarela de estribor. Me volví hacia la popa y vi huellas de pies ensangrentados que se alejaban en esa dirección. Anduve yo también hasta la popa, sin dejar de apuntar con el peligroso extremo del arma hacia todos los rincones que me parecían sospechosos. Las huellas terminaban en la popa y debían de tener su prolongación bajo el agua.

Mi siguiente tarea consistió en asegurarme de que no me aguardara ninguna sorpresa en el camarote. Encendí la luz que llevaba en el arma y abrí la puerta de golpe. No olía a nada. Seguí adelante, hasta las entrañas del velero, con cuidado de no golpearme la cabeza con las lámparas que colgaban del techo. No había nada, salvo el olor a viejo ya familiar. Examiné las velas, el ancla y el cordaje para asegurarme de que estuvieran en condiciones para la travesía del Caddo.

Las velas estaban algo mohosas, pero en condiciones para navegar. Lo más probable era que el motor no volviese a funcionar jamás y yo no estaba seguro de que mereciese la pena intentarlo. En realidad, daba igual, porque estaba desmontado. Lo que de verdad importaba eran las velas, el ancla y el timón. Fui a mirar en la despensa: no había nada, salvo cecina podrida, dos botellas de agua turbia y una pastilla de jabón. Dentro de un armario pequeño encontré una lancha de salvamento hinchable mediante CO<sub>2</sub>. En un cesto de malla sujeto a la pared del armario encontré unos prismáticos Steiner Marine. Me resultarán muy prácticos cuando desembarque y tenga que seguir tanteando el terreno de camino hacia el sur.

Tras echar otra ojeada por la portilla para asegurarme de que no se acercaba nadie, empecé a instalar las velas para adentrarme en el lago y así poder descansar y relajarme. Aparte de la cumbre del monte Everest y de la Estación Espacial Internacional (pobres gilipollas), ése es el descanso menos peligroso al que se puede aspirar en nuestros tiempos. Ha pasado bastante tiempo desde que aprendí a pilotar veleros, pero aún me acuerdo de hacer girar la botavara y de izar y arriar las velas. El viento soplaba a mi favor, y ése era mi segundo golpe de suerte en cuarenta y ocho horas. Seguro que después vendrán más.

Arreé una patada en el muelle desde la proa de la embarcación e inicié el viaje en dirección sur-sudoeste. Iba a salir de la pequeña cala y me adentraría en el lago propiamente dicho. Las velas capturaron el ligero viento y me empujaron a unos veloces tres nudos hacia mi destino. Fueron momentos de júbilo. Me obligué a no pensar en mi situación actual y me

imaginé que navegaba de vuelta a casa por el lago Beaver, como en los viejos tiempos, antes de que sucediera todo esto. Pensé en cuando volvía a casa durante los días de permiso para visitar a mi familia, y en los platos de alubias que cocinaba mi abuela.

No se veía ni rastro de muertos vivientes en tierra, pero me había alejado de la orilla hasta una distancia razonable. Tuve buen cuidado de no desviarme hacia uno de los costados del pequeño canal por el que se salía al lago. Al acercarme a la salida de la cala, inmovilicé el timón y subí para arriar las velas. Quería estar lo bastante lejos de tierra como para sentirme seguro, pero, al mismo tiempo, lo bastante cerca como para ir nadando hasta la orilla si le ocurría algo a mi pequeño refugio flotante.

El sol descendía hacia el horizonte mientras el velero navegaba por la zona de seguridad que yo mismo había elegido. Eché el ancla y calculé que el lago debía de tener unos veinte metros de profundidad. Saqué el equipo de la mochila y tendí todas las prendas húmedas para que se secaran. Busqué una vez más todo lo que pudiese haber en el velero, especialmente en el baño y en la cocina. No encontré nada que aún fuera comestible, pero sí un cubo para fregar y una vieja panilla que alguien había limpiado hacía mucho tiempo, antes de llevarla al velero. En el baño encontré un montón de revistas. Me llevé unas cuantas para emplearlas como papel higiénico cuando se me terminara el de verdad.

Me quedaba más o menos una hora de luz solar, así que agarré el cubo de la fregona y lo sumergí en el lago para sacar agua. Luego me hice con una pastilla de jabón y la parrilla, y las empleé para lavar todo lo que llevaba sucio. No se podía comparar con una lavadora Balay, pero mejor eso que nada. La ropa interior y los calcetines empezaban a oler mal de verdad y tenía la piel irritada en los sobacos y la entrepierna. Aproveché lo que quedaba de luz del día para lavar y secar la ropa. Utilicé un cable de nilón que había encontrado en la popa, dentro de un baúl, para improvisar un tendedero. Lo até a la baranda para evitar que el viento se lo llevara por delante.

En el momento en que el sol desaparecía tras los árboles, me encerré bajo cubierta en mi nueva suite, envuelto tan sólo en la manta verde de lana que me había llevado de la vieja casa de campo, con la esperanza de no tener que ponerme a disparar en cueros. Por primera vez en mucho tiempo pensé que podía echarme a dormir bajando la guardia, y eso fue lo que hice.

## **9 de Octubre**

He dormido hasta las 8.30 horas. Un viento ligero del este había hecho virar la proa en su misma dirección. La piel me escocía en tomo a la

improvisada sutura. Me he dado cuenta de que ya era hora de quitarme los puntos. He utilizado el espejo del baño del velero y la misma aguja que había empleado para ponérmelos y me los he quitado uno tras otro. Cuando ya llevaba cinco minutos con ello me he detenido, y he pensado que sería buena idea hervir agua para lavarme esa zona cada pocos segundos, pero luego he cambiado de opinión, porque me he dado cuenta de que sería peligroso encender una hoguera en un velero que se encuentra en medio de un lago con todo el equipo desperdigado por cubierta. Me he imaginado un faro llameante que atraía a los muertos y a todas las cuadrillas de forajidos que se encontraran a treinta kilómetros a la redonda. Al cabo de unos diez minutos había acabado. Me he lavado la herida todo lo bien que he podido, y la he untado con una pequeña cantidad de antibiótico triple caducado.

A mediodía la ropa se me había secado, y he visto que se formaban nubes en el horizonte occidental. Parecía que pudiese llover. He guardado la ropa seca en el camarote, la he plegado todo lo bien que he sabido y la he vuelto a meter en la mochila, en el orden en el que me ha parecido que podía necesitarla. Antes de vestirme para el día, he vuelto a sumergir el cubo dentro del lago y he probado una nueva variedad de lavado con esponja, en el que he empleado uno de los calcetines limpios a modo de estropajo. No ha sido lo mismo que una ducha caliente, pero sí mejor que sentirse sucio. Me había secado ya con la manta de lana y había empezado a vestirme cuando les he oído en la lejanía. El viento arrastraba sus gritos hasta mi refugio y una vez más me ha hecho recordar que esto no era un picnic, ni una excursión por la pista de los Apalaches. Era un juego en el que me había apostado la vida.

No sabría decir a qué distancia estaban, pero tampoco importaba. He observado la orilla del lago con mis nuevos prismáticos. Había algo que se movía por la ribera, al noroeste de mi propia posición. Desde tan lejos habría podido tratarse de un venado. Cuando empezaba a llover, he ido bajo cubierta y he empezado a revisar una y otra vez todo mi equipamiento. Cerca del fregadero había aceite de motor, así que he tratado de aprovecharlo: he aceitado las piezas clave de mis armas. Las armas de fuego me habían sido útiles durante los últimos días y he pensado que no me haría ningún daño aceitarlas.

Mientras secaba la metralleta, he oído una vez más un leve murmullo. Me ha hecho pensar en el que oí hace unos días mientras me bebía el agua que brotaba de la tubería. Parecía que procediese de un motor. Había luz suficiente para quedarme dentro del velero y reflexionar, y trazar un plan. Sabía que el Hotel 23 tenía que hallarse al sur/sudoeste de mi posición. De acuerdo con una ESTNPI (Estimación Sin Tener Ni Puta Idea) de mi posición, debía de hallarse a unos trescientos veinte kilómetros de mí. Mi orientación general respecto del polo real, no magnético, debía de ser entre 220 y 230 grados. Si se encontraba a unos trescientos veinte kilómetros de distancia y tenía que hacer la mayor parte del camino a pie, a unos quince kilómetros por día, podría llegar a sus

inmediaciones en aproximadamente un mes. Si alguien llega a leer esto, que sepa que éste es/era mi plan. Voy a seguir una ruta por una vía general desde el lago Caddo en dirección a Nada, Texas, hasta que llegue al complejo. Mi prioridad es encontrar una gasolinera y buscar en ella un mapa de carreteras, y tal vez probar los vehículos abandonados que encuentre por el camino.

Una vez tenga el mapa, voy a trazar una ruta más precisa y esquivaré los pueblos y ciudades, en vez de meterme a ciegas en sus afueras. Cazaré para complementar las conservas que llevo, y siempre que pueda, trataré de viajar de noche. Por lo que respecta a los suministros, mis prioridades son las siguientes: agua, comida, medicamentos, pilas y munición. Con qué facilidad cambian las prioridades. Al principio, lo más prioritario habrían sido las municiones.

16:23 h.

En este lago, los sonidos funcionan de una manera rara. Es como si una extraña antena parabólica atrajese los sonidos de los muertos al mástil del velero. Oigo sus gemidos y carraspeos. Son terribles. Mientras lo pensaba, he sacado la radio de supervivencia y he tratado de contactar... sin ningún resultado. Una vez más, he cogido los prismáticos y escrutado en la lejanía. Los veo por toda la costa. Se apelotonan cerca del agua cual gaviotas. Tomo nota de todo cambio de tendencia en sus movimientos por la orilla.

Tarde o temprano, pero más bien temprano, voy a tener que bajar a tierra y reanudar mi viaje hacia el sur. No es que me entusiasme la idea de recorrer trescientos kilómetros a pie por un territorio infestado de muertos, con treinta kilos de peso a la espalda. Cada cierto tiempo pienso en todo lo que está pasando, y todavía me estremece hasta lo más profundo de mi ADN que pueda ocurrir eso. La tasa de suicidios debe de haberse disparado durante estos últimos meses entre los supervivientes, porque no pasa un día en el que no sienta la tentación de poner fin de una vez por todas a todo esto. Ya no hay días marcados en rojo en el calendario. No hay días en los que pueda descansar y bajar la guardia. Incluso en este velero sueño que de algún modo logran subir a bordo y se me llevan. Creo que esta noche me voy a comer una lata de chile, y como tengo todo el equipo en lugar seguro, me voy a hervir agua del lago para la cena. Lo único que puedo hacer es sentarme aquí y gozar de la puesta de sol, y tratar de ignorar los terribles bramidos que se oyen a lo lejos.

**10 de Octubre**



6:30 h.

Me siento bien descansado, y lo suficientemente recuperado como para emprender el camino hacia el sudoeste. Mi intención es comprobar tres veces el estado de todo el equipo e izar velas para dirigirme a la costa. Este lago desierto aumenta la sensación de soledad. Recuerdo que hará un par de años me hospedé en un albergue de Brisbane, Australia. Como no quería que me robasen nada, elegí una habitación individual y me quedé allí durante tres días, en los que tuve que superar la resaca de los dos anteriores. De algún modo, desde la distancia, ese tiempo de soledad en Brisbane me hace pensar en la manera como me siento ahora. Quizá sea porque viajo solo y las únicas dos cosas que me importan son la mochila y las armas.

22:00 h.

Después de entretenerme durante más o menos una hora con las velas, he levado el ancla y he navegado con mucha lentitud hacia el sudoeste. Sé que esas cosas pueden ver la vela, pero no sabía si al verla moverse sobre el lago querrían seguirla. Mi plan consistía en varar el velero para ganar tiempo. No podría permitirme el tiempo necesario para amarrarlo convenientemente y dejarlo bien atado. Así, el viaje sería tan sólo de ida, porque, una vez el velero hubiese varado, sería necesaria otra embarcación a motor para volver a sacarlo al lago. He observado la costa con los prismáticos en busca de indicios y advertencias de que los muertos hubieran reaccionado a mi presencia.

Había atado una cuerda con nudos a la proa para que me resultara fácil desembarcar cuando llegase el momento. Al mismo tiempo que hacía girar el velamen, he colocado mis tres cargadores de nueve milímetros para el MP5 en un lugar donde pudiera alcanzarlos fácilmente, y he instalado el cuarto con sus veintinueve cartuchos en el arma. No podía cometer ningún error... esto no era la playa de Normandía en los años cuarenta, sino la playa del lago Caddo, donde el número de monstruos tal vez superara al de soldados alemanes y tenía que ser un solo hombre quien les hiciera frente.

Habría preferido que el velero avaluase a una velocidad inferior a los cinco nudos. Quería acercarme con precaución. Al cabo de dos horas de tanteos a babor y estribor, he logrado una buena perspectiva de la cabeza de playa que iba a atacar. En un primer recuento, he divisado una docena de muertos vivientes en la orilla, con su miradas gélidas vueltas hacia mi centro de gravedad. Gracias a las técnicas de compartimentalización que había aprendido en el ejército, he realizado un mediocre intento de

expulsar de mi materia gris el pensamiento de que pudieran hacerme pedazos.

Como sabía que la embarcación tenía un calado de por lo menos dos metros, he anticipado un impacto de una notable violencia cuando las velas empujasen velero y quilla contra las rocas de la ribera. Al acercarme a tierra, he desmontado la botavara y me he echado de espaldas, con los pies apoyados en la baranda de delante. Mientras estaba tumbado sobre la cubierta, he tratado de expulsar de mis pensamientos la imagen mental de los muertos vivientes, a fuerza de mirar al mástil y a las nubes que estaban en lo alto. Entonces se ha producido el impacto...

El velero ha escorado con violencia a babor mientras la proa se volvía hacia la derecha, y he oído como todo lo que estaba abajo, en los estantes, se caía estrepitosamente al suelo.

Después de recobrar el equilibrio, he cargado con mi pesada mochila y he preparado el subfusil. Calculaba que debía de haber unos veinte que se acercaban a mi posición, y que podían llegar a ser varios miles si no actuaba con rapidez. He apuntado lo mejor que he podido con el MP5 de cañón corto y he abatido a cinco para tener tiempo de bajar a la orilla por la cuerda de nudos. Ya sólo me quedaban diecinueve cartuchos en el cargador, porque, a una distancia de unos veinte metros, el subfusil no me permitía más que un 50 por ciento de aciertos en los tiros a la cabeza. He llegado al extremo de la cuerda y he puesto los pies en el agua, siempre consciente de que llevaba la Glock cargada y a punto como refuerzo. He buscado con atención un espacio abierto entre el grupo de más o menos diez que seguían en pie, y una vez más, he arremetido como una aguja que atraviesa un tejido y he pasado corriendo entre ellos a toda la velocidad que me ha sido posible.

Esos diez se transformarían en cien si no los dejaba atrás, así que me he echado a correr por la orilla, a la vista de todos, tan rápido como he podido, para que me siguieran. Había recorrido aproximadamente un kilómetro y medio cuando me ha resultado imposible seguir corriendo con la mochila auestas. He girado 90 grados a la derecha, me he adentrado entre los árboles para que mis perseguidores me perdieran de vista y entonces he seguido avanzando con el sistema «camina veinte pasos y luego corre otros veinte» durante una hora. Había logrado dejar atrás a los muertos y me hallaba relativamente seguro en las llanuras abiertas de lo que yo creía que era Texas. Mi plan es el siguiente: mientras no disponga de un mapa fiable de esta zona, caminaré hacia el oeste, hasta que encuentre una carretera de dos carriles en dirección norte-sur, y entonces la seguiré hacia el sur hasta llegar a la Interestatal que va de este a oeste hasta llegar a Dallas. Por supuesto que no iré a Dallas... no voy a ir jamás. Simplemente me guiaré por el sistema de carreteras interestatales para regresar al Hotel 23, siempre mediante el sistema de navegación paralela.

Mientras caminaba hacia el oeste con el sol a la espalda, he empezado a sentir que recobraba energías, a despecho de las dolorosas

magulladuras que sufría en los pies. ¡Qué no habría dado por llevar algo de molesquina en la mochila! Tal vez me sirviese la cinta aislante. A última hora de la tarde he encontrado una carretera de dos carriles desierta y me he acercado con gran cautela por el este. Había consumido mis reservas de agua hasta quedarme a la mitad del sistema de hidratación CamelBak de la mochila, y por eso me ha parecido que lo mejor sería detenerme en el primer arroyuelo para volver a llenarlo. He tenido que recorrer más de un kilómetro y medio en paralelo a la carretera hasta divisar, en el lado por donde yo caminaba, una conducción de acero para drenaje de aguas que se hundía bajo tierra.

Los prismáticos Steiner se habían ganado el derecho a pesarme en la mochila, tan sólo por haberme ayudado a encontrar agua. Me he acercado a la tubería desde el noroeste, con la máxima precaución, y entonces he descubierto media docena de vacas muertas... o, más bien, lo que quedaba de ellas. Prácticamente todos los cadáveres de vaca tenían las patas arrancadas y desperdigadas por el campo, lo cual quería decir que probablemente las habían matado los muertos. Tampoco habría sido impensable que lo hubiesen hecho perros salvajes, o coyotes, de no ser por un cadáver humano que llevaba mucho tiempo muerto, con una marca de pezuña en la frente y un trozo de piel de vaca cubierto de pelo blanco entre los dientes. La bestia debió de derribar a uno de ellos y acercó al pisarlo. Qué más daba. Probablemente los muertos se habían arrojado sobre las vacas cual pirañas del Amazonas. Casi podía recrear la escena con la imaginación y visualizar lo que debía de haber sucedido durante los primeros meses.

He abandonado el campo abierto en dirección al suministro de agua y he oído el goteo que descendía por la tubería de drenaje hasta el subsuelo de la carretera. La conducción debía de tener el diámetro de un bidón de doscientos cincuenta litros. Había sacado el tubo de mi sistema de hidratación y estaba llenando el depósito cuando, de pronto, he oído algo que se arrastraba dentro de la tubería. Al mirar a la oscuridad, he distinguido una forma humana que me ha parecido que pertenecía a una de esas cosas. Al encender la linterna, he descubierto el cuerpo parcialmente descompuesto de una criatura que había quedado atrapada entre los materiales acumulados en el sistema de drenaje y era incapaz de salir.

La cabeza se le había quedado atrapada de tal manera que no podía verme. Con todo, sí había advertido mi presencia. He vaciado el agua descontaminada que llevaba y he secado el contenedor de plástico de mi sistema de hidratación todo lo bien que he podido con unos calzoncillos limpios que llevaba. He dejado que el pobre diablo se pudriese dentro de su tumba cilíndrica de acero y he reanudado el camino, nuevamente en busca de agua. Como había tenido que desprenderme de toda la que me quedaba, estaba todavía más sediento que antes. He seguido andando hacia el sur en paralelo a la de la carretera de dos carriles. Gracias a los prismáticos, he descubierto que se trataba de la Autopista 59. Me he

tomado unos minutos para escribir todo esto en mi diario. En todo momento he estado atento, por si veía uno de esos carteles verdes que indican los kilómetros que faltan para la siguiente ciudad.

En ese momento, el sol empezaba a ponerse, así que he decidido, a pesar de mi sed, que lo mejor sería encontrar un lugar seguro para guarecerme durante la noche. Había casas cerca de la carretera, pero no tendría tiempo para forzar la puerta de una de ellas, entrar y explorarla antes de que se pusiera el sol. No he dejado de caminar, y he observado el entorno con los prismáticos hasta que he descubierto un sitio adecuado para dormir: un tejado de acceso relativamente fácil. Me he detenido en campo abierto y he examinado la mochila, porque no quería cruzar la carretera sin haberme asegurado antes de que todo estaba en su sitio. He colocado la manta de lana en lo alto de la mochila para poder sacarla fácilmente y munición extra de nueve milímetros en el compartimiento con cremallera de la tapa. Luego he sacado los cargadores del MP5 y de la Glock para asegurarme de que todo estuviera en orden: quince más una en la Glock, y veintinueve más una en el MP5. Con las armas a punto, el MP5 en disparo simple y el contenido de la mochila redistribuido, me he echado a correr hacia la casa elegida, un edificio de dos pisos en las afueras de una pequeña zona residencial.

El sol descendía en el horizonte, y con él la temperatura, cuando he llegado a la cerca que separaba el campo de la carretera. He arrojado la mochila sobre las tres tiras de alambre de espino y luego he trepado yo mismo por la cerca con cuidado de no cortarme. Tras recoger la mochila, he oteado la carretera en ambas direcciones. Se divisaba movimiento de muertos vivientes en la lejanía. He cruzado la carretera a paso lento, con cautela, ocultándome tras un viejo coche que llevaba mucho tiempo abandonado. Al llegar al otro lado de la carretera, me he arrodillado y he aprovechado la luz cada vez más tenue para escrutar en la lejanía con los prismáticos. Me ha parecido que el terreno estaba relativamente despejado, así que me he puesto a correr de nuevo, esta vez hasta la casa. La había elegido porque, a 350 metros de distancia, había alcanzado a divisar una escalera de mano. Estaba apoyada en la baranda del porche de entrada.

He conseguido llegar hasta la casa y he colocado la escalera de mano para trepar hasta el tejado y pasar allí la noche. Antes de subir le he echado una ojeada a la casa y he visto que alguien había astillado la puerta desde fuera, y que había orificios de bala en la parte frontal y en los pilares de madera del porche. Otro escenario donde tuvo lugar un último conato de resistencia que terminó mal. Todo el perímetro de la casa estaba cubierto de lo que yo llamo marcas de sangre, lugares que los muertos vivientes habían aporreado durante varios días en un vano intento por entrar.

Alguien había clavado tablones tras las ventanas del piso de abajo, a modo de improvisada barrera, pero casi todos estaban arrancados, y las ventanas estaban rotas por los golpes que les habían propinado desde fuera. A pesar de que pasar la noche en el interior de la casa habría sido una pésima elección, pernoctar en su tejado parecía una opción bastante aceptable. Me he dado por satisfecho con aceptar que el edificio estaba condenado y que no merecía la pena investigar en su interior. Así, he subido precavidamente por la escalera de mano hasta lo alto del porche. Una vez allí, he recogido la escalera de mano y la he colocado sobre el porche para subir hasta el tejado. No he querido correr el riesgo de que una de esas cosas irrumpiera por la ventana del primer piso y me atacase mientras dormía. Una vez en el tejado, he vuelto a recoger la escalera de mano.

Así he llegado a una posición bastante ventajosa, y la luz aún era suficiente para preparar la acampada. He desplegado la manta y he atado la mochila a una de las chimeneas del tejado. Después me he atado el brazo a la mochila con la correa de la cintura, para estar seguro de que no me pondría a rodar por el tejado en sueños ni me caería al vacío. Podía emplear una parte de mi equipo como almohada. Ahora que estoy completamente vestido, con una gruesa manta de lana, pasar la noche aquí arriba no será tan incómodo. Buenas noches.

## CADENA DE PRESOS

**11 de Octubre**

12:32 h.

Me he despertado esta mañana sintiendo la lluvia fría en la cara. He mirado el reloj, que marcaba las 5.20 horas, y el molesto castañeteo de dientes me ha indicado que me había bajado la temperatura corporal. Estaba muerto de sed y he tenido que pugnar con el frío para llegar hasta la mochila y sacar un envase vacío de comida preparada que terminé hace días. Tras envolverme en la manta de lana para protegerme del frío y sujetarme el pie con la tira de la mochila, me he asomado por el alero y he colgado el paquete vacío en el borde, por donde el agua bajaba a raudales hacia la cornisa de la planta baja.

Una vez lleno, me he bebido el agua con sabor a teja hasta no quedar ni una gota, y entonces he vuelto a colgar el envase para que se llenara de nuevo. En pugna constante con el frío que amenazaba con hacerme caer del tejado, he vuelto a recoger agua para llenar el sistema de hidratación. Una vez más, lo he metido todo dentro de la mochila (salvo la manta de lana) y he sacado el tubo para beber del sistema de hidratación para que colgase por fuera, y he pensado que había llegado la hora de reanudar el camino. No he visto a ningún muerto viviente desde el tejado. He empuñado mi navaja y he abierto un corte en el centro de la manta de lana, para poder meter la cabeza y emplearla así como poncho. Era de lana y estaba mojada, y, por lo tanto, no tenía ningún sentido que la llevase en la mochila. La lana tiene la ventaja de que retiene el calor incluso cuando está húmeda.

Luego he tratado de colocar la escalera de mano para empezar a bajar. Me ha resbalado de entre los dedos y ha golpeado estrepitosamente el porche con su otro extremo. La he puesto donde quería, me he cargado la mochila a cuestas y he iniciado el descenso. Parecía que arreciase la lluvia mientras bajaba. En cuanto he llegado al porche, he estado a punto de saltar al vacío de puro miedo, porque una de las criaturas tenía el rostro pegado a la ventana del piso de arriba, en respuesta al ruido que había hecho al colocar la escalera.

La he visto, y ella me ha visto a mí. Me he apresurado a apoyar la escalera en el suelo para completar el descenso. La cosa golpeaba la ventana en un intento por romperla y venir a por mí. A juzgar por el ruido que hacía, no parecía que tuviera fuerzas suficientes para destrozarla. No quiero pensar por qué, pero las visiones y recuerdos que albergaba mi cerebro cuando he llegado al suelo no evocaban un cadáver adulto... era el de un niño.

He dejado la escalera de mano apoyada en la casa y me he marchado en dirección a la carretera por la que había llegado hasta allí. La lluvia me hacía sentir fatal y mi mayor deseo era encender una hoguera y tender la ropa para que se secase. He pensado en las calefacciones centrales y los aires acondicionados, y me he acordado de lo grande que era nuestra dependencia de la corriente eléctrica para sobrevivir como sociedad. Apostaría a que millares de ancianos murieron durante el último verano tan sólo por el calor. Hacía tiempo que no había probado la radio, y por eso me he decidido a intentarlo y a retransmitir la señal de desastre preprogramada. Después de emitirla tres veces sin hallar respuesta, he puesto la radio en modo de retransmisión automática con la intención de dejarla así durante unos minutos. Aún llovía mientras yo caminaba en paralelo a la carretera. Recordaba que el día anterior había visto que se trataba de la Autopista 59 y que se dirigía hacia el sur.

A medida que la lluvia perdía intensidad, he oído el familiar murmullo de un motor lejano. He oído ruidos semejantes en más de una ocasión desde que el helicóptero se estrellara a varios kilómetros y lagos de aquí. Una parte de mí pensaba que se debía a la herida en la cabeza y a la infección que había padecido. Me he frotado la zona donde unos días antes había llevado los puntos. El dolor y la sensibilidad prácticamente habían desaparecido. He recorrido en paralelo a la carretera un trecho que me ha parecido de varios kilómetros. La temperatura ha empezado a subir hacia las 8.00 horas, y la lluvia se ha transformado en tenue llovizna. La neblina era densa, y había bancos de niebla, debidos sobre todo a la combinación de la humedad con el calor del sol naciente. Mis pies se hundían en el fango, porque me mantenía a cierta distancia de la aparentemente vacía Autopista 59.

Al cabo de unos pocos centenares de metros he tenido que girar 90 grados y regresar a la autopista, porque me he dado cuenta de que el fango no tenía nada que ver con la lluvia. Estaba caminando por lo que parecían aguas pantanosas. La carretera se elevaba sobre el suelo, y en un momento en el que el viento ha apartado la bruma, he alcanzado a ver que un trecho de ésta, unos cuatrocientos metros más allá, atravesaba el pantano sobre pilares de poca altura. Parecía que siguiera igual hasta perderse en la lejanía. Yo no tenía ganas de enfermar, y sabía que las bacterias del pantano, o la hipotermia que sufriría al llevar un rato caminando con la frialdad del fango hasta la cintura, me matarían igual que una de esas cosas. Se sumaban a mi miedo varias heridas que me había hecho en el accidente, así como mientras huía de las criaturas.

Desde luego que habían cicatrizado, pero unas pocas horas de inmersión en el agua del pantano ablandarían las costras.

Como no me quedaba ninguna otra elección, he tenido que seguir adelante por la carretera y me he adentrado en las brumas y neblinas que flotaban sobre el pantano en el trecho que se prolongaba hacia el sur. La visibilidad era escasa y tan sólo veía lo que había a cien metros de distancia como máximo, y en ocasiones, cuando se abría un hueco en la niebla, divisaba imágenes a lo lejos. Después de caminar durante unos veinte minutos, no he visto rastro de tierra firme ni a derecha ni a izquierda. Una vez mis... el sonido de un motor en la lejanía, o tal vez en lo alto. No estaba seguro de dónde venía. Un ruido metálico que se ha oído en la propia carretera, algo más adelante, me ha sacado de mi ensimismamiento. Parecía como si alguien arrastrara cadenas sobre el hormigón. He tratado de escuchar y diferenciar los sonidos de cadenas y el rumor mecánico, pero no lo he conseguido.

Ambos sonidos se han vuelto irrelevantes cuando he oído que una de esas cosas tropezaba con un viejo parachoques oxidado que había en el puente. Se ha oído en el mismo trecho de carretera por el que acababa de pasar. Me he acercado y le he pegado un tiro en la nuca con el subfusil. Al levantar los ojos y mirar hacia la lejanía en la misma dirección por la que había venido, he logrado distinguir nuevas siluetas borrosas en la niebla. Al parecer, varios muertos vivientes se acercaban a mi posición. Aún faltaba un par de minutos para que llegasen. Me he dado la vuelta y he seguido adelante, en dirección hacia los sonidos metálicos, a un paso más vivo.

He dejado atrás a los muertos vivientes que me perseguían y he vuelto a avanzar al ritmo de diez pasos de carrera, diez pasos de marcha. Entonces, he oído de nuevo el sonido metálico sobre el hormigón. He frenado, porque sabía que los muertos vivientes que me venían por detrás tardarían unos diez minutos en llegar. Hasta ese momento, había dejado atrás cierto número de coches abandonados, pero ninguno de ellos estaba ocupado, y todos tenían marcas de sangre, como las de la casa en la que había dormido la noche anterior. He seguido adelante. El sonido del metal era cada vez más fuerte y me ponía histérico.

Era casi como si el sonido mecánico se debilitara para permitir que el metálico creciera en intensidad, en un juego cruel para hacerme perder el juicio. La falta de visibilidad hacía que la tortura fuese todavía mayor. Aparentemente, el ruido venía de unos pocos cientos de metros más allá, pero como la carretera se sostenía sobre columnas y tenía barreras a ambos lados, podía ser que viniera de mucho más lejos.

Me he esforzado por no pensar en las criaturas que me perseguían, por imposible que me resultara, y he seguido adelante, bizqueando, como si eso tuviera que ayudarme a ver en la niebla. En este momento el ruido era muy fuerte, y más adelante se oían ruidos que delataban la presencia de muertos vivientes. Tenía que decidirme: o volver sobre mis pasos y acabar



con los que venían por detrás, o seguir adelante y encararme con los ruidosos muertos vivientes que se encontraban al frente. La otra opción consistía en saltar al gélido pantano con la esperanza de que la otra orilla estuviese cerca, y de que tampoco hubiera muertos vivientes en las aguas que viniesen a recibirme mientras yo caminaba hacia tierra firme. Como mi objetivo no era ir al norte y tampoco tenía ningún interés en que me arrancaran el culo a mordiscos, me ha parecido que lo más apropiado sería seguir adelante por la Autopista 59 en dirección al sur, al encuentro de los sonidos metálicos.

La bruma era todavía densa, pero mi vista alcanzaba lo suficientemente lejos como para saber en qué me había metido. A juzgar por el ritmo con el que había recorrido el último trecho, he calculado que los muertos vivientes estarían entre cinco y siete minutos más atrás. Al seguir avanzando he visto a por lo menos treinta muertos vivientes vestidos con monos de trabajo de color naranja brillante. En las espaldas de los monos llevaban impresas letras reflectantes que decían: PENITENCIARÍA DEL CONDADO. La mayoría de las criaturas llevaban grilletes en las piernas y arrastraban cadenas.

Estaban encadenados en grupos de entre tres y cinco presos. Según se veía, tan sólo unos pocos habían quedado inmovilizados. Uno de ellos estaba encadenado a lo que parecía una pierna humana de carnes reseca. Caminaba de un lado a otro y arrastraba la pierna tras de sí. Las criaturas no me veían, y he aprovechado los cinco minutos que faltaban para que llegasen los demás para pensar en cómo esquivarlas. Tan sólo se veía a unos treinta. Mientras se me ocurrían ideas ingeniosas, como ir saltando sobre los coches o pasar a toda velocidad junto a los presos, uno de los que venían por detrás ha emergido de la niebla a mis espaldas. Le he disparado a la cara, porque he llegado a la conclusión de que detenerse a pensar sería la muerte, y he seguido adelante.

Al acercarme a las cadenas de presos, he optado por ir por la izquierda para tratar de pasar entre ellos. A la derecha eran más los que podían moverse. Mi táctica ha sido sencilla: disparar a los monstruos que se hallaban en los extremos de la cadena, de tal modo que los demás quedaran atrapados por el peso literalmente muerto. En total, he tenido que disparar a cinco criaturas para lograr mis objetivos. He agotado un cargador entero.

No sé si ha sido por la falta de visibilidad, o por saber que estaba rodeado, o porque había presos no muertos muy corpulentos vestidos con monos naranjas y cargados de cadenas que venían hacia mí, pero el caso es que me he puesto muy nervioso. Estaba a punto de enloquecer, y me faltaba poco para ponerme a rezar, o a disparar como un demente. He tenido que guardarme uno de los cargadores vacíos en el bolsillo del pantalón y sacar otro mientras caminaba por entre el grueso de los encadenados.

Aunque tres de las cadenas humanas de cinco miembros teman movilidad reducida, no han dejado de perseguirme, y al mismo tiempo los grupos no entorpecidos les han sacado ventaja y han venido tras de mí. El sonido de cadenas que se arrastraban por la Autopista 59 me tenía cagado de miedo, aunque no dejara de correr. No eran la única amenaza. Mientras escapaba de las cadenas humanas debo de haber dejado atrás a otros cincuenta muertos vivientes. Había más que nunca en el momento en que he tenido que reanudar el ritmo de diez pasos corriendo, diez caminando. Un poco más adelante la niebla empezaba a dispersarse...

No me he detenido. Al volverme hacia mi nueva área de visibilidad, he visto que casi cien de ellos me perseguían, a menos de cuatrocientos metros de distancia. Había empezado el efecto bola de nieve entre los muertos vivientes. Entre todos ellos armaban suficiente barullo como para empezar una reacción en cadena... cada una de las jaurías de lobos llamaba con sus aullidos a la siguiente.

Al mismo tiempo que el ruido metálico y el de muertos vivientes se acercaban a mí, he escuchado una vez más el zumbido. No podría mantener eternamente ese ritmo, y no me hacía ilusiones de que fuera fácil dejar atrás a un centenar de muertos vivientes en un solo día. Al llegar al final del trecho elevado de la Autopista 59, he mirado hacia atrás y he visto a mucho más de un centenar.

Le he echado una ojeada al reloj; marcaba las 9.50 horas. Llevaba horas de persecución. Entonces, al alzar la vista, me he dado cuenta de que se había producido una gigantesca explosión entre la masa de muertos vivientes, y por puro instinto me he tapado los oídos y me he echado al suelo. En el momento en que mi culo se estrellaba contra el hormigón, el estruendo me ha golpeado como un puñetazo en el pecho y he rodado por el suelo. Me he puesto en pie y me he dado cuenta de que la explosión había causado daños sustanciales en el grupo que me perseguía. No me he preguntado por la causa de la conflagración, ni por qué coño me había encontrado con una cadena de presos, sino que lo he aceptado y me he largado de allí tan rápido como he podido. He hecho un alto para comer bajo el capó levantado de un viejo coche que me ha protegido de la lluvia, y ahora tengo la intención de reanudar mi camino hacia el sur, de nuevo en paralelo a la carretera, con la esperanza de no volver a encontrarme con pantanos, explosiones fortuitas ni cadenas de muertos vivientes.

21:48 h.

Esta noche he encontrado refugio en un antiguo campo de refinerías, integrado, de un extremo a otro, por recintos cuadrangulares protegidos por vallas metálicas. Las bombas de petróleo dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Han quedado cubiertas en su mayoría por hierbajos, y los

pájaros han anidado sobre ellas. El acceso de la pequeña área vallada estaba cerrado con una cadena reforzada y un cerrojo, así que he tenido que trepar. Tras lanzar la mochila al otro lado de la cerca, he arrojado la manta de lana sobre un trecho de valla que me ha parecido que no se hundiría si trepaba por él.

Aunque no estuviera rematado por púas, he puesto la manta, mitad por costumbre y mitad por prevención, para protegerme de los bordes afilados. No podía permitirme el riesgo de contraer una infección... no tenía a mano ningún hospital donde pudiera vacunarme contra el tétanos. Una vez dentro, he realizado una inspección lenta y minuciosa de la cerca, en busca de agujeros por los que pudieran colarse perros salvajes y muertos vivientes. Me he quedado satisfecho: no había ninguno. Entonces, he elegido una de las bombas de la refinería para pasar la noche. Hoy ha dejado de llover hacia las 15.00 horas, lo cual me ha permitido llegar más seco al punto de acampada.

Como llevaba ropa húmeda, la he tendido sobre los tubos metálicos horizontales de la refinería. Afuera hacía frío a causa de la lluvia reciente, pero no tanto como ahora. He estado pensando en todo lo que me ha sucedido hoy, y en la misteriosa explosión que ha tenido lugar. También he pensado en las cadenas de presos y en que me parece que las habían declarado ilegales años antes de que sucediera todo esto. Me imagino que cuando la sociedad fracasa y no tienes policías suficientes para vigilar a los presos, encadenarlos tiene su justificación. Putos desgraciados. No puedo ni llegar a imaginarme el horror que sufrieron. Uno de ellos se infecta y los demás tienen que defenderse de él, o aún peor, cuatro están infectados y queda uno que tiene que defenderse. No es extraño que al final todos ellos se transformaran.

Me he preguntado si el niño transformado en muerto viviente de la casa aún debe de golpear la ventana del piso de arriba en un intento por atraparme, como si aún estuviera a su alcance. Por muy horripilante que fuera el recuerdo de los presos encadenados y del niño... la explosión... ¿es posible que alguien plantara en el paso elevado una carga explosiva conectada a un sensor de peso?

No sabía qué pensar. A la hora del crepúsculo, he recorrido el área entera en busca de algo que me pudiera ser útil, pero tan sólo he encontrado un viejo destornillador abandonado marca Phillips, a medio enterrar en el suelo contaminado que tenía a mis pies. He plantado las grandes trampas para ratas junto a la cerca para no tener que consumir las provisiones. En lo que quedaba de día he tenido tiempo para hacer inventario de municiones y he contado doscientos diez cartuchos de nueve milímetros. La lucha con las cadenas de presos me ha costado treinta de los cartuchos que llevaba.

He recorrido una vez más el perímetro, con cuidado de evitar las trampas, mientras el sol desaparecía por el horizonte. A lo lejos, en la Autopista 59, se veía movimiento. Probablemente eran los restos de la

horda que me había perseguido por la carretera elevada sobre el pantano. En este lugar me siento relativamente seguro y no creo que ninguno de ellos me encuentre. Con todo, voy a dormir con un ojo abierto, el dedo en el gatillo y la seguridad entre oreja y oreja. Antes de acostarme, me pondré las gafas de visión nocturna y dormiré con ellas. Así, si hay que investigar algo, no tendré que buscarlas a tientas, y podré activarlas en cualquier momento de la noche en que las necesite.

## BOTAS

**12 de Octubre**

8:00h.

Horas antes de que la lluvia, una vez más, me acabara despertando, he entrado en un estado de ensoñación. Hacía cada vez más frío y sentía los huesos gélidos, algo que no había experimentado desde que salí de la escuela de supervivencia de Rangeley, Maine. Me ha venido a la cabeza el recuerdo del campo de concentración para cautivos de guerra y la inoculación de estrés.

El frío también me ha hecho pensar en Rudyard Kipling. Cuando estaba en mi pequeña celda, me recitaban una y otra vez, y otra, y otra, y otra mis, el poema «Botas», de Kipling. El narrador, con su fuerte acento ruso, repetía una y otra vez: «A pie, a pie, a pie, a pie, ichapoteando sobre África! Botas, botas, botas, botas, iarriba y abajo otra vez!»

Después de escuchar el poema durante horas y horas, llegué a memorizarlo con todo detalle. Es como si todavía oyera la voz áspera del ruso que lo recitaba una y otra vez en infinita repetición entre las sesiones de entrenamiento. Me he despertado bajo la lluvia fría recitándome «botas» a mí mismo una y otra vez.

He llenado el contenedor de hidratación con el agua que resbalaba por la bomba de petróleo, me la he bebido, y luego lo he vuelto a llenar. He repetido la operación hasta que ya no he podido beber sin que me viniesen ganas de vomitar. Al cabo de poco rato, me he acercado a la trampa para ver cómo estaba, y también para orinar. La trampa estaba vacía, y eso significaba que tendría que comerme alguna de mis valiosas conservas. Cuando empezaba a amainar, me he resuelto a encender una pequeña hoguera para calentar una lata de chile que había llevado en la mochila durante muchos kilómetros.

He empuñado el hacha para hacerme con leña del otro lado de la valla y la he troceado hasta dejarla a un tamaño manejable. Luego he cavado un hoyo en el suelo, a distancia segura de la bomba de petróleo, y he encendido un fuego con la madera más seca que tenía. No creo que encender un fuego vaya a ser nunca difícil, gracias a todo el material que

la gente ha dejado abandonado por todas partes. He empleado la navaja multiusos para abrir varios agujeros en la parte de arriba de la lata de chile y poder colgarla sobre la hoguera y calentarla. Mientras el chile se calentaba, he observado los alrededores con los prismáticos. No se veía movimiento en la carretera, ni por los otros tres lados de la cerca.

He sacado la radio de supervivencia para tratar de contactar con quien pudiera. Desde que nos estrellamos, me he esforzado al máximo para que no se quedara sin batería. Cuando me disponía a seleccionar 282.8 en el dial, me he dado cuenta de que el día anterior la había dejado programada sin querer para que emitiese señales a intervalos regulares. La batería se había descargado y no tenía recambio. He sacado la batería. Tenía todo el aspecto de ser de un tipo específico para ese aparato y no creo que sea posible reemplazarla. He copiado el voltaje de salida y el modelo en el diario y he arrojado la batería al otro lado de la cerca para no tener que llevar tanto peso en la mochila. Todo el que haya tenido que recorrer largas distancias con la mochila auestas sabe muy bien que hay que encontrar una justificación para cada uno de sus gramos.

Voy a quedarme con la radio por si en el futuro consigo conectarla a una fuente de alimentación eléctrica. Ahora no tengo medios para hacerle llegar a nadie mis llamadas de socorro.

Tras haberme venido a la cabeza la escuela de supervivencia por la mañana, he empezado a pensar en las posibilidades de sobrevivir en el futuro. Está claro que aún perduran restos del sistema de gobierno estadounidense. Portaaviones, tal vez convoyes de tanques con refugiados, aeródromos militares lejanos, y el Hotel 23. Tiene que haber alguien que me ayude a regresar. Las comunicaciones con el portaaviones se interrumpieron antes de que nos estrelláramos con el helicóptero. Si juntamos ese dato con la disparatada idea de estudiar a los muertos irradiados y subirlos a bordo del buque insignia, uno podría plantearse la posibilidad de que el portaaviones esté también invadido.

Lo más probable es que los satélites ya no sirvan para nada y den vueltas fuera de su órbita. Sé que los satélites GPS han dejado de funcionar. No he visto a una sola persona viva desde que nos estrellamos, aunque haya recorrido un buen número de kilómetros. Si la región que he atravesado es representativa de lo que va a ser el resto del viaje, lo pasaré muy mal. Aunque tan sólo hubiera sobrevivido un uno por ciento de la población, tendría que haberme encontrado a alguien. Hoy voy a dejar una señal que indicará la dirección que pienso seguir.

Voy a marcar una flecha grande en el suelo, hecha con rocas, o con lo que tenga a mano, para que cualquier superviviente que sobrevuele la zona sepa en qué dirección he ido. El único problema es que los aviadores que descubran la señal podrían pensar que ya es antigua. Sea como fuere, voy a emplear todos los medios posibles para lograr que me rescaten de esta zona de guerra.

No logro quitarme de la cabeza la explosión que destrozó la carretera elevada. En su momento la atribuí a la buena suerte, pero cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que es improbable que unos explosivos que se encontraban allí por casualidad explotaran en un momento tan oportuno. Esa especie de zumbido que no me abandona también se oyó después de la explosión.

He visto algunos venados por esta zona. No es probable que logren escapar de los muertos durante mucho tiempo. Voy a cazar uno para que las conservas no se me terminen mientras voy de camino hacia el sur, hacia el Hotel 23. Ha dejado de llover, pero aún está nublado. Me he puesto el poncho que me hice con la manta de lana para no enfriarme y seguiré caminando hacia el sur por la 59.

Tendría que encontrar varias cosas antes de alejarme demasiado en dirección al sur. Necesitaría un mapa de carreteras para no perderme. También me vendrían bien unas pastillas de yodo, o algún otro medio para purificar el agua. Ahora mismo no tengo ni idea de si esta carretera me llevará hasta una ciudad de tamaño medio, o hasta una intersección con la Interestatal. He tenido que redistribuir el contenido de la mochila para que los prismáticos me quedaran a mano. Dentro de una hora, más o menos, me pondré en marcha. Antes voy a sacarle brillo al arma con el aceite y el trapo viejo que me llevé del velero. Parece que hayan pasado siglos desde entonces.

*¡Los soldados no se licencian en plena guerra! R. K.*

## LOS CAZADORES

**12 de Octubre**

21:00 h.

Esta mañana me he puesto en marcha con el equipo redistribuido dentro de la mochila y las tiras de ésta ajustadas para recorrer un largo camino hacia el sur. Me he dado cuenta de que la ropa me viene más ancha que hace tan sólo un par de semanas. Tengo hambre en todo momento, y sé que es porque camino sin cesar. Gracias a Dios que esta región de Estados Unidos es relativamente llana. Si hubiese tenido que cruzar las Montañas Rocosas con tan pocas provisiones, creo que me habría muerto. Al cabo de una hora de avanzar lentamente hacia el sur, he descubierto un antílope con los prismáticos, a unos cien metros de mí.

El hambre me ha poseído. He apoyado una rodilla en el suelo y, en silencio, he dejado la mochila al lado de un tocón que después me resultara fácil encontrar. Me he acercado sigilosamente al antílope, sin apartarme de los árboles para evitar que me viera. Habría sido casi imposible matarlo a cien metros de distancia con el subfusil de nueve milímetros; tenía que acercarme hasta unos veinte metros para estar seguro de acertar. El antílope no me ha visto acercarme. He vuelto a observado con los prismáticos a unos cien metros para estar seguro de que fuese una presa sana. He tratado de verificar que no hubiese sufrido ninguna herida a manos de las criaturas. No he hallado marcas de mordiscos en su cuerpo y se le veía relativamente sano. La firmeza de sus músculos se hacía evidente en sus movimientos. No parecía ni demasiado flaco ni demasiado viejo. No he podido contarle las puntas de las astas porque el follaje me impedía verlas bien. Me he vuelto para asegurarme de que no me acechara ningún no muerto y de que la mochila aún estuviera al lado del viejo tocón. Me había acercado un poco más, hasta unos treinta metros de distancia, cuando el antílope ha levantado las orejas, porque había notado que sucedía algo extraño. Tal vez porque había captado el olor de un humano vivo, o tal vez porque yo no caminaba con tanto sigilo como me había propuesto.

He levantado el arma y he apuntado al antílope. He tanteado el subfusil con el pulgar para estar seguro de que estuviera en disparo simple,



porque no me ha parecido necesario malgastar munición en un único blanco. Había llegado el momento. He sentido que, si no actuaba, el animal se asustaría y huiría.

He disparado dos cartuchos y he herido a la presa en el cuello y la nuca. El animal se ha caído de costado, luego se ha levantado de nuevo y se ha echado a correr. He ido tras sus huellas, mientras maldecía, mitad por lo bajines y mitad en voz alta, por lo estúpido que había sido al dejarme llevar por la codicia y la falta de prudencia. Detesto matar animales, a menos que me resulte totalmente imprescindible para alimentarme, y me encontraba en la situación de que tal vez hubiese herido de muerte a aquella bestia sin motivo alguno, porque existía la posibilidad de que lograra escapar. He seguido la pista de sangre durante un rato que me ha parecido una hora, y en todo momento he tratado de evaluar la distancia que me separaba de la mochila y de la carretera para no perderme.

El rastro de sangre descendía hasta un pequeño valle y desaparecía tras una elevación del terreno. He bajado corriendo y he rodeado dicha elevación, pensando únicamente en los gruñidos de mi estómago, y he emergido de la maleza para encontrarme de cara con una docena de muertos vivientes que devoraban a mi presa. Estaban de rodillas en torno al antílope y arañaban y mordían la piel del animal. Uno de ellos había arrancado la piel en torno al orificio de bala. Al ver que lo devoraban, me han asaltado los remordimientos y la ira. Los ojos de la pobre bestia estaban abiertos, y al mirar por entre los cadáveres que lo rodeaban, he tenido la sensación de que el animal me estaba mirando, y que pensaba: «¿Para esto me has matado?»

Estaba tan sólo a tres metros de las criaturas. Me he decidido a caminar hacia atrás para abandonar el pequeño valle. Una de las criaturas se ha vuelto hacia mí con sangre y carne de antílope resbalándole por su mandíbula putrefacta. Entonces ha tendido los brazos para agarrarme. Ha gemido, y otros dos han levantado los ojos y han hecho lo mismo. Me he echado a correr siguiendo el rastro de sangre en dirección a la mochila. He puesto cada vez mayor distancia entre los muertos que me perseguían y yo. Al correr, he visto un gato doméstico flaco en extremo que saltaba de un árbol cercano al antílope y se marchaba a toda prisa por el campo.

Al ver a esas cosas, me he acordado una vez más de lo cerca que estaba de la muerte. Había llegado a pensar que, después de encontrarme tantas veces con ellas, no me afectaría verlas. Cada una de ellas es un Picasso del terror que me recuerda que seguiré en guerra hasta que todos los muertos vivientes se pudran en el polvo del que todos nosotros venimos.

He corrido sin cesar y sin dejar de mirar atrás cada cinco segundos, y he dicho palabrotas entre dientes sobre lo estúpido que había sido al tratar de dispararle al animal desde tan lejos con el arma que llevaba. En el momento en que ya alcanzaba a ver el tocón donde había dejado la mochila, he oído de nuevo el zumbido. He mirado en todas las direcciones

y me he concentrado para tratar de localizar su origen. El cielo estaba demasiado nublado como para ver nada por encima de las copas de los árboles. En un solemne estado de concentración, he empezado a oír ramitas que se partían en árboles lejanos. Los cazadores de antílopes perseguían a una presa de otro tipo. He agarrado la mochila y he reajustado sus correas. Daba gracias por estar vivo, pero me sentía profundamente culpable por haber sentenciado a otro ser vivo a desaparecer en la panza de esas putas aberraciones. Era como si hubiese marcado un gol en mi propia portería. El antílope había venido a la tierra para que lo devorasen otras criaturas vivas que estuvieran necesitadas de alimento, y no monstruos como éstos.

He cruzado la carretera y he reanudado el camino por el otro lado para evitar a las criaturas. Este lado no quedaba tan cubierto como en el otro, porque venía a ser un campo despejado de varios kilómetros de extensión, en el que se encontraban raquílicas arboledas cada pocos cientos de metros. He decidido que volvería a cruzar la carretera en cuanto tuviese la oportunidad de hacerlo sin peligro.

Durante el resto del día he avanzado lentamente hacia el sur, evitando pensar en la comida que llevaba en la mochila, porque tenía que conservarla. Ha lloviznado durante la mayor parte del día y, en general, ha sido un asco, pero sospecho que en tiempos como éstos un día soleado también sería un asco. En el día de hoy había llegado a oír tres veces el zumbido, en momentos diversos, y he llegado a la conclusión de que me convenía acordarme de las horas del día en las que lo había oído, y de la duración del sonido.

Al mirar el reloj para saber cuánto tiempo de luz solar me quedaba, he empezado a formular mi estrategia para encontrar una zona donde pudiera dormir sin peligro. Hacia las 15.00 he divisado el perfil de una población en la lejanía. He visto la necesidad de buscar carteles en la carretera que me indicasen dónde estaba. He llegado a la conclusión de que, si el cartel indicaba una población superior a los treinta mil habitantes, no trataría de acercarme. Necesitaba comida, un mapa de carreteras y tal vez municiones, pero no al precio de tener que enfrentarme con medio millón de cosas de éstas. Aunque cualquiera de ellos podría acabar conmigo por sí solo, sus mordiscos son, en proporción exponencial, más fáciles de esquivar si se hace frente a una población más pequeña. Aunque esto no sea una ciencia exacta, me siento mejor cuando trazo un plan previamente.

Faltaban un par de horas para que anocheciese. Me estaba poniendo un poco nervioso. No pensaba dormir en el suelo ni en broma. Si antes del crepúsculo no encontraba un sitio para guarecerme, tendría que seguir en pie durante toda la noche y caminar sin detenerme. En un primer momento, después de estrellarnos, había pensado que caminaría tan sólo de noche, pero había cambiado de opinión, porque las gafas de visión nocturna se habían quedado sin pilas, y no me gustaba la idea de dormir durante el día, en las horas en las que esas cosas pueden ver. Sé que no

ven en la oscuridad, porque se hizo evidente la otra noche, cuando bajé del piso superior de la casa de campo. Respondieron al sonido, pero no me vieron.

A medida que pasaba el tiempo, disminuían las posibilidades, y por eso he buscado por la carretera un sitio donde poder colgar el arma automática. No tenía muchas opciones. He encontrado una autocaravana Winnebago, pero la he descartado, porque no podría escapar de ella si la rodeaban. Más adelante he visto un furgón volcado de UPS. También en este caso, he pensado que era demasiado pequeño para servirme, porque lo podrían rodear con facilidad. Lo siguiente que he encontrado ha sido un semicamión grande con un largo remolque para el transporte de pienso.

He sacado los prismáticos y he buscado indicios de muerte por el camión. Las ventanas de la cabina tenían los cristales subidos. El camión era demasiado alto como para que las criaturas se encaramasen al capó, y detrás de los asientos había espacio para dormir. Llevaba la inscripción «Camiones Boaz S. A.» pintada sobre la puerta del conductor. Dos de los neumáticos que quedaban de mi lado se habían deshinchado. Por ello, la cabina había quedado un poco inclinada. Me ha parecido que lo mejor sería no entrar todavía y echar una ojeada a mi alrededor para asegurarme de que no hubiese peligro. He escuchado y observado durante media hora hasta que por fin he dejado la mochila en el suelo y me he acercado a la cabina. En el mismo momento en que he puesto el pie sobre el asfalto, he podido controlar la carretera en ambas direcciones.

Lejos, al norte, había una ambulancia abandonada, y al sur, un cartel de color verde que me ha parecido que debía de indicar los kilómetros hasta la siguiente ciudad. He ido corriendo a subirme al estribo con la intención de entrar en la cabina. La puerta del conductor estaba cerrada, pero la otra no. No había ningún indicio de peligro dentro de la cabina. He saltado al suelo, he corrido hasta el otro lado, y he abierto la puerta. El viejo camión apestaba a envases de comida rápida amontonados bajo el asiento, y el cuadro de instrumentos, deteriorado por el calor del sol, me ha dado a entender que hacía mucho tiempo que nadie entraba allí.

Al trepar a su interior, he echado una ojeada al espacio para dormir que había detrás de los asientos. La cama no estaba hecha, pero me serviría igualmente. Dentro del camión todo parecía normal, aparte de los envases de comida rápida estropeados sobre el cuadro de instrumentos. He bajado del camión, satisfecho de que fuese seguro, y he ido a recuperar la mochila. En el momento de regresar al camión ya estaba demasiado oscuro como para tratar de leer el rótulo que se encontraba más adelante, y por ello he pensado que lo mejor sería que me preparase para pasar la noche. He dejado la mochila sobre el asiento del conductor y he echado las cortinas de la cabina para que no se me pudiera localizar fácilmente. Una vez cerradas las puertas, he mirado por toda la cabina en busca de algo de valor. He encontrado un mechero desechable y una lata de salchichas de Viena, así como una bonita estilográfica y un rotulador. He devorado las salchichas. Inspeccionaré el resto del vehículo mañana por la

mañana, cuando haya salido el sol. Así no gastaré la batería de la linterna. Las puertas están cerradas y sospecho que no se podrán bajar las ventanillas.

## **13 de Octubre**

8:22 h.

Anoche dormí bien, aunque, mientras me dormía, oí algo fuera. Estaba exhausto. Se me ocurrió que lo mejor sería tratar de permanecer inmóvil y en silencio, y entonces caí en un sueño profundo y no he despertado hasta las 6.30. La luz del sol atravesaba las cortinas. Sin apartarlas, me he puesto las botas y me he atado los cordones, y me he echado agua por la cara. He pasado al asiento del conductor y he mirado afuera por entre las cortinas. Me ha parecido ver algo que se movía a lo lejos, en el sur. He agarrado los prismáticos y he tratado de verlo bien. Era un único cadáver que deambulaba en la distancia, entre los coches abandonados. No he visto indicios de ninguna amenaza más inmediata. He abierto sólo un poco las cortinas para que entrara más luz y he empezado un registro exhaustivo de la cabina.

No he encontrado nada en la guantera, salvo una tarjeta de una compañía de seguros que había expirado seis meses antes Y una foto de un hombre con su familia que estaban frente a El Álamo. Me han venido a la cabeza San Antonio y la catástrofe final en El Álamo. Arrojaron una bomba nuclear sobre esa zona y ahora es un desierto poblado por muertos vivientes radiactivos. No regresaría allí ni que me pusieran un millar de cañoneras AC-130 en la cabeza. En el reverso de la foto estaba escrita una fecha de diciembre del año pasado. He contemplado la foto y he sentido el deseo de regresar a esos tiempos. Daría muchas cosas por volver a tener un día de vida normal como los de antes de que todo esto empezara. Detrás de la familia había otras personas que se reían y vivían su vida. No tenían ni idea de lo que le iba a suceder al mundo treinta días después de que el fotógrafo turista abriese el objetivo de la cámara.

## PAQUETE AÉREO

**13 de Octubre**

15:33 h.

Tengo tanta información por escribir y procesar que no sé por dónde empezar. Esta mañana, después de abandonar el camión, me he puesto en camino hacia el sur, y he leído el rótulo que descubrí ayer. No he tenido que acercarme mucho, porque los prismáticos, una vez más, me han permitido ahorrar tiempo y energías. En el rótulo decía: «Marshall, 9,5 km.» No era la primera vez que oía hablar de Marshall, Texas, y he pensado que si había oído hablar de ella, es que era demasiado grande como para ir allí en busca de suministros. Cuando me disponía a emprender mi ruta habitual, paralela a la carretera, he oído una vez más el zumbido. El cielo estaba despejado, por lo que he sacado de inmediato los prismáticos y me he puesto a buscar por las alturas. Nada. He reanudado el camino en dirección sureste, cada vez más lejos de la carretera, a fin de rodear Marshall y no tener que pasar por su centro. Esa maniobra añadiría varios kilómetros a mi viaje. Cuando llevaba aproximadamente una hora de camino, ha empezado el ruido más fuerte que haya oído después de aquella explosión.

He escuchado a lo lejos el inconfundible ruido de los señuelos sonoros. Recuerdo su timbre característico, porque los utilizaron al inicio de la plaga de los muertos vivientes para atraer a las criaturas hacia las cargas nucleares. Me he imaginado en seguida lo peor, y me he preguntado: ¿Estoy a punto de transformarme en una llama en la oscuridad?

Es obvio que no es eso lo que ha sucedido, porque, si no, no lo escribiría ahora. El ruido no era ensordecedor, porque su origen se encontraba demasiado lejos de mí. Parecía que procediera del este, de un punto muy lejano. No era, en absoluto, tan potente como el señuelo que oí cuando arrojaron las bombas nucleares, y por eso pienso que debía de encontrarse mucho más lejos que el primero.

Nervioso y confuso, he seguido caminando en dirección sureste sin aminorar la marcha, hasta que he oído el inconfundible sonido de motores de avión que se aproximaban. Al mirar hacia el este, he visto un avión que

se me acercaba en vuelo muy bajo. He sacado al instante el lanzabengalas, pero antes de que haya podido cargarlo, el avión ha virado hacia arriba y ha desaparecido en las alturas. He estado a punto de llorar, y luego a punto de morir bajo un voluminoso palé que descendía a tierra, al extremo de un gran paracaídas verde. Ha tocado tierra a unos seis metros de mí, y la violencia del impacto ha hecho que me saltasen grumos de tierra y hierba a la cara. El paracaídas ha quedado horizontal y he corrido a sujetado antes de que arrastrase por el suelo lo que fuera la mierda esa. He desenganchado el paracaídas, lo he plegado de cualquier manera y le he puesto una roca grande encima. La carga del palé estaba envuelta en capas muy gruesas de plástico y debía de medir un metro veinte, por un metro veinte, por un metro.

He sacado el cuchillo Randall y he empezado a cortar el envoltorio de plástico. Alguien había escrito «Org. Gub. Equipamiento 2b con rociador de pintura sobre algunas de sus capas». Después de retirarlo en su totalidad, he abierto los mosquetones y he sacado la red que mantenía los objetos en su sitio. He encontrado varias cajas de plástico duro marca Pelican, de tamaños diversos, sobre un palé también de plástico. Encima de las otras había una caja de color amarillo brillante marcada tan sólo con el número 01. He echado una ojeada por todo el perímetro, he agarrado la caja y he abierto sus cierres. Al levantar la tapa, lo primero que he encontrado ha sido un teléfono móvil. He visto en seguida que no era un teléfono normal, aunque tan sólo fuese por la voluminosa antena que llevaba plegada a un lado. La palabra que se leía sobre el teléfono era «Iridio». He sacado el teléfono de su caja y he pulsado el botón del menú. El teléfono se ha activado, me ha indicado que la batería estaba llena y se ha abierto una ventana que decía «Conectando». He dejado el teléfono a un lado y he inspeccionado con más detalle la caja amarilla. En la tapa de la caja había un diagrama en el que se indicaban las rutas orbitales de los satélites de Iridio sobre esta región, fechadas en este mes, estando el 80 por ciento de los satélites fuera de servicio. De acuerdo con el diagrama, tan sólo dispondría de dos horas diarias de cobertura por satélite.

Dicho espacio de tiempo abarcaba de las 12.00 a las 14.00 horas, cada día, con un margen de error de más o menos diecisiete minutos según las condiciones atmosféricas. Un asterisco remitía a una nota que indicaba que su disponibilidad se desplazaría dos minutos y doce segundos a la derecha por año transcurrido, de acuerdo con la configuración actual de los satélites. La gomaespuma en la que había estado alojado el teléfono contenía también un pequeño cargador solar. Cuando me disponía a abrir la caja siguiente para examinar sus contenidos, ha sonado el teléfono...

La estupefacción me ha paralizado durante un par de segundos, hasta que he pulsado el botón verde y he respondido con un «hola», y entonces un pitido de módem se ha transformado en una conexión sólida. He oído una voz lenta y mecánica en el auricular. «Ésta es una grabación de Remoto Seis. Por favor, lea el texto que está a punto de aparecer en la pantalla.»

Obedeciendo las instrucciones, he leído el texto de la pantalla.

Quedan seis minutos de cobertura por satélite. Oficial al mando notificó por radio la desaparición de helicóptero FM del silo de lanzamiento Nada hace doce días. Desde entonces esta estación ha empleado capacidades aún existentes de captación de Imagen desde el délo, y aviones no tripulados Global Hawk y Reaper para localización. Búsqueda abortada hasta que se detectó señal de socorro por radio. La señal siguió en activo durante tiempo suficiente para precisar su posición para cobertura activa por avión no tripulado. Remoto Seis es una \*ininteligible\* Instal \*ininteligible\* misión como centro de mando y punto de control para \*Ininteligible\*...gob \*ininteligible\*. El mantenimiento \*ininteligible\* operaciones aéreas para dicha misión \*ininteligible\* mayor parte de aeronaves atmosféricas.

Gracias a los sesenta \*ininteligible\* satélites de Iridio en órbita \*ininteligible\* recursos y capacidad computacional para mantener las rutas orbitales y los algoritmos de compresión de datos para una cobertura de dos horas diarias.

Quedan tres minutos de cobertura por satélite. Amplia disponibilidad de sistemas de soporte \*ininteligible\* para aviones no tripulados Reaper. con lo que tenemos recursos para cobertura activa desde el aire durante doce horas/día. Los aviones no tripulados de Remoto Seis están equipados con dos bombas de 225 kg guiadas por láser \*ininteligible\* carga diaria, con sensor electro-óptico/infrarrojos completo. En la entrega por C-130 hallara dispositivo de control de bombas guiadas por láser del Reaper. así corno dispositivo de señales de bajo consumo. El equipamiento lleva sus propias instrucciones. Sólo puede designar objetivos \*ininteligible\* durante el periodo de tiempo de operación del Reaper. en ubicación próxima al Reaper. y marcar el objetivo por medio de láser \*ininteligible\* diez segundos. Todo marcaje de menos de diez segundos conllevará no lanzamiento. Instale dispositivo de señales de bajo consumo en el exterior de la ropa para garantizar seguimiento. Los aviones no bajarán de los tres mil metros \*ininteligible\* evitar detección auditiva por muertos vivos.

Queda un minuto de cobertura por satélite.

Utilice el teclado del teléfono para responde a la[s] siguiente[s] pregunta[s]:

¿Oye un tono agudo?

He respondido que sí.

La pantalla del teléfono por satélite se ha quedado en blanco. El señuelo sonoro que se oía en la distancia se ha debilitado hasta volverse a duras penas audible. En ese momento he tenido la impresión de que el señuelo sonoro se oía por todo mi alrededor... pero que apenas era audible.

La pantalla de texto me ha preguntado de nuevo:

¿Oye un sonido agudo de \*estática\*?

Sí.

El sonido ha dejado de oírse, y la pantalla siguiente me ha preguntado:

¿Oye un sonido muy agudo?

He respondido que no.

Por favor, repita el texto.

No.

El siguiente texto ha aparecido de inmediato en la pantalla:

La eliminación por sonido variable del Proyecto Huracán se ha activado en tres dimensiones. Todas las vari \*ininteligible\* infectadas se alejarán del ojo del huracán. Le quedan veint \*ininteligible\* horas de batería de eliminación variable. Degradación de la cobertura por satélite Iridio inminente

Al parecer, el mismo dispositivo que se había utilizado para atraer a los muertos vivientes al holocausto nuclear se estaba empleando para crear una zona segura, por el sencillo procedimiento de hacer que los muertos vivientes la abandonaran. Tenía el nombre, muy apropiado, de Proyecto Huracán, indudablemente por la calma que reina en el ojo del huracán, en comparación con las turbulencias que lo circundan. La voz que había sonado en el teléfono antes de recibir el texto parecía sintética, pero era imposible que la operación entera estuviese automatizada. John debió de informar de la desaparición del helicóptero tan pronto como se dio cuenta de que tardábamos demasiado en regresar.

Hace muchos meses, las radios del Hotel 23 interceptaron retransmisiones de cierta persona que decía ser un congresista del Estado de Luisiana. Aparte de la terrible información que nos dio sobre los efectos



de la radiactividad en los muertos vivientes, dijo disponer de un sistema de comunicación por teletipo de alta frecuencia, con una base gubernamental equipada con prototipos de vehículo aéreo no tripulado y un amplio surtido de explosivos.

Había numerosas cajas dentro del paquete que tenía que contabilizar e inspeccionar antes de que se pusiera el sol.

La primera era pequeña y tenía el símbolo del láser grabado en la tapa. He abierto el cierre y he encontrado en su interior un aparato rectangular de color negro con plataformas de montaje estándar con riel Picatinny en el fondo. Con el aparato venía una hoja de instrucciones impresa en papel plastificado y una caja de baterías de litio CR123. Las instrucciones venían a decir lo mismo que el texto que había aparecido en la pantalla del teléfono. También he encontrado dentro de la caja una pequeña carpeta con documentos, entre los que había un mapa híbrido por satélite de Texas, con extrañas marcas numeradas que indicaban varios lugares. He tardado menos de un segundo en probar la compatibilidad del aparato láser con el MP5, pero no he tenido éxito.

También llevaba una pequeña llave Alien para ajustar el rayo láser, pero las instrucciones decían que el aparato estaba precalibrado para funcionar con precisión a un metro y medio si se montaba sobre el riel T6. Aunque tratara de ajustarlo, tan sólo dispondría de unos cinco segundos para hacerlo antes de que la detonación de una bomba de 225 kilogramos guiada por láser hiciera sus destrozos. También he encontrado sujeto en la tapa un pequeño dispositivo de plástico para la proyección de señales de socorro, junto con las instrucciones para colocármelo. Se parecía mucho al pequeño reflector de señales de avalancha que llevaba en la chaqueta de esquí y que, en caso de accidente, habría ayudado al personal de rescate a encontrarme. Estaba escrito que la batería del dispositivo de señales para el Reaper había de durar seis meses, y que su objetivo era permitir que el Reaper me escoltara, e impidiese mi autodestrucción. No vaya a ser que el láser se dispare accidentalmente hacia mi pie cuando camine a campo través y se le caiga una bomba encima.

En el dorso de las instrucciones había una breve enumeración de capacidades básicas y limitaciones del Reaper. El texto del satélite me había informado de que tendría doce horas diarias de cobertura que coincidirían con las de luz solar. La cobertura no coincidía con la autonomía que se le atribuía al Reaper. Por ello, he pensado que Remoto Seis debe de encontrarse a muchos kilómetros de distancia. De acuerdo con las instrucciones, mi Reaper. tendría que acompañarme desde el cielo hasta las 18.00 horas de esta tarde y nuevamente a las 6.00 horas de la mañana.

En la caja siguiente he encontrado un rifle de asalto M-4 con mira de punto rojo y una luz Surefire LED, así como quinientos cartuchos de munición de calibre.223 y cinco cargadores. Había una montura para el designador láser en el costado del arma opuesto a la luz LED. En la misma

gomaespuma del rifle había una Glock 19 con 250 cartuchos de nueve milímetros y tres cargadores, así como un accesorio ya instalado (silenciador). En la misma caja había dos granadas de fragmentación. Había material suficiente como para que tuviese que plantearme qué me llevaría y qué iba a abandonar.

En la siguiente caja había toda una serie de alimentos deshidratados, envasados al vacío. Había veinte paquetes de comida, cada uno con tres platos de tipos variados. Junto con la comida había una botella de plástico y un centenar de pastillas para purificar el agua.

He dispuesto las nuevas provisiones por el suelo, y, al lado de éstas, las nuevas armas. Faltaban dos cajas. La siguiente que abrí contenía una pequeña botella de líquido para tratamiento de gasolina en la que se leía «experimental», con instrucciones explícitas en la parte de atrás que decían: «Un cuarto de botella por cuarenta litros. Esperar una hora antes de iniciar la combustión interna. Una dosis excesiva podría provocar que el líquido combustible se volviera inestable y peligroso.» La caja también contenía un sifón manual lo suficientemente ligero como para pensar en llevárselo. Los materiales de aquella caja parecían destinados todos ellos a permitirme que encontrara y sacara rendimiento de un medio de transporte alternativo.

La última caja contenía una bolsa de compresión, y, dentro de ésta, un saco de dormir estilo momia, sin marca, con un diseño de camuflaje muy extraño. Era digital, pero sin ángulos rectos. La bolsa era de marca Gore-Tex y llevaba una etiqueta con número NSN en la que se indicaba que el saco de dormir era impermeable y aislaba del frío hasta los 0°C. Tenía cierres a presión en vez de cremallera. Llevaba una pistolera cosida en el exterior, a la altura de la cadera, el mismo lugar donde se lleva normalmente la pistola. El saco de dormir estaba diseñado para despertarse de repente y empezar a luchar.

Tras echar una nueva ojeada a mi alrededor para asegurarme de que no hubiese muertos vivientes, he dejado la mochila y he procedido a sacar todo lo que llevaba dentro y colocarlo en el suelo. Había llegado el momento de jerarquizar el equipamiento, desde los artículos indispensables hasta los que simplemente estaría bien llevar. Cuando el sol desaparecía tras el horizonte, he programado la alarma del reloj para que se activase al cabo de dos horas.

Ya no tenía mucho sentido conservar el MP5, porque podía llevarme el M-4 y la Glock como refuerzo. No puedo abandonar el MP5 hasta que haya probado adecuadamente el M-4, pero tampoco puedo cargar kilómetros y kilómetros con los dos subfusiles mientras camino campo a través, porque transporto mucho equipamiento. Sí me queda espacio para conservar la antigua G-17, pero la opción más lógica es que la pistola que lleve conmigo sea la G-19, porque es más pequeña y tiene visión nocturna y silenciador desmontable. Además, los cargadores de la 17 también pueden ir en la 19. Es una ventaja adicional.

Está claro que me voy a llevar el saco de dormir tipo momia, y que sustituirá a la pesada manta de lana a la que había transformado en poncho: le había abierto un agujero en el centro y me la ponía al estilo Pancho Villa. Quinientos cartuchos de.223 van a pesar mucho. Creo que mañana voy a disparar unos cuantos mientras el procedimiento de eliminación del Proyecto Huracán esté todavía activo. Voy a disparar por la mañana, antes de marcharme, para estar seguro. Me había llevado 210 cartuchos de nueve milímetros del helicóptero. Si los sumamos a los 250 cartuchos del paracaídas, voy a contar con 460 cartuchos de nueve milímetros para las pistolas.

Cuando amanezca, voy a disparar también unos cuantos cartuchos con la 19 para asegurarme de que funcione bien, aunque también me voy a llevar la 17 como refuerzo, porque la relación entre el coste de cargar con ella en la mochila y los beneficios que puede reportarme es positiva. Las granadas también serán de valor, igual que las pastillas para purificar agua y los alimentos secos. Dentro de poco voy a necesitar calcetines nuevos, y utilizaré los antiguos para llevar dentro las granadas, porque así me aseguraré de que la anilla no se salga de sitio por accidente mientras camino hacia el sur.

16:10 h.

Se acerca el crepúsculo

### **Lista de Tareas**

\*= Equipamiento nuevo

### **Armas**

*MP5 9mm (4 carg)*<sup>3</sup>

G-17 (12 carg)

210 cart 9 mm. (combinar con nueva munición)

\* M-4.223 (5 carg) con designador láser, luz LED y mira.

\* 500 cart. de.223

\* G-19 9 mm (460 total)

\* 2 granadas de fragmentación.

### **Equipo de Supervivencia**

---

<sup>3</sup> En el libro original las palabras en cursiva aparecen tachadas. (N del digitalizador)

Mochila

Cuchillo de combate

Gafas de visión nocturna con pilas de recambio

Depósito de agua (3 litros)

Bengalas/Brújula

*Manta verde la lana*<sup>4</sup>

Prismáticos

*Radio PRC-90-2 (Inutil)*<sup>5</sup>

Cerillas resistentes al agua

1 mechero BIC

2 trampas grandes para ratas

3 paquetes de AA (para las gafas e visión nocturna)

1 tubo de antibiótico triple

1 rollo de cinta aislante

Hacha pequeña

\* Teléfono por satélite con cargador de baterías solares

\* Mapa topográfico de Texas

\* 100 pastillas para purificar agua

\* Saco de dormir tipo momia

\* Tratamiento de combustible experimental (botellín)

\* \* ¡Mucha atención a la advertencia sobre el tratamiento!\*\*

\* Sifón de gasolina pequeño

### **Provisiones**

2 raciones de comida preparada

3 latas de chile \*pesadas, comer primero

2 latas de estofado vegetariano \*pesadas, comer primero

3 litros de agua

\* 20 paquetes con tres platos de alimento deshidratado cada uno

He llegado a la conclusión de que será mejor abandonar la radio PRC-90, porque no tengo baterías adecuadas y pesa. La manta de lana y, provisionalmente, el MP5 también están en la lista de cosas que voy a

---

<sup>4</sup> En el libro original las palabras en cursiva aparecen tachadas. (N del digitalizador)

<sup>5</sup> En el libro original las palabras en cursiva aparecen tachadas. (N del digitalizador)

dejar. Mi plan consiste en guardar el arma y su cargador en un lugar seguro y marcarlo en mi nuevo mapa. He vuelto a meter las cosas dentro de la mochila. Lo más pesado de todo es la munición, que por sí sola añade varios kilos a la mochila. Al prescindir del MP5, la manta de lana y la radio se produce un aligeramiento modesto, pero perceptible.

Hay una vivienda no muy lejos de mi posición, y, ahora que tengo la mochila a punto, me acercaré para echarle una ojeada y ver si será habitable para esta próxima noche. Las únicas cosas que voy a abandonar son la manta de lana, la prácticamente inútil radio PRC-90 y la mitad del paracaídas. He cortado una parte de los cordajes y de la tela por si puedo emplearlos para guarecerme. Cada día es más difícil encontrar cordaje de categoría militar.

Mi plan es probar el M-4 y hacer una última ronda con el ya probado, aunque mediocre, MP5 antes de esconderlo y reducirlo a poco más que una críptica marca en un mapa del tesoro.

21:45 h.

El sol estaba a punto de completar su recorrido cuando he cargado con la mochila y me he alejado del palé. Se notaba que la mochila era más pesada, y el subfusil extra que llevaba no hacía otra cosa que acentuar el peso. He caminado en dirección suroeste, hacia la vivienda que había descubierto poco antes con los prismáticos. Era una casa de dos pisos con las ventanas intactas. No estaban cerradas con tablones, pero sí a demasiada distancia del suelo como para que alguien, o alguna cosa, trepara hasta ellas con facilidad. El repecho de las ventanas me quedaba a la altura de la cabeza. Las cortinas estaban abiertas en algunas de las ventanas y echadas en otras. Todo se veía muy típico e inofensivo. He recorrido los 360 grados en torno a la casa, en busca de indicios de lucha o de marcas de sangre que dieran testimonio de un asalto previo de los muertos vivientes.

No había ningún coche en el aparcamiento. La hierba estaba alta, por supuesto, y lo único que parecía haber estorbado su crecimiento eran unos senderitos que parecían obra de conejos. Me he acercado al porche de entrada y he dejado la mochila en el suelo. He apoyado el M-4 contra la pared y me he cerciorado de que el MP5 estuviese cargado antes de tantear la mosquitera de la puerta. Estaba cerrada, y por eso he sacado el cuchillo y he hecho un corte para meter la mano y abrirla desde dentro. En el momento en el que tiraba del pomo, algo se ha movido tras la ventana más cercana a la puerta. He sacado la mano bruscamente, me la he arañado al sacarla, y entonces he corrido fuera del porche, esforzándome por no gritar...

Era tan sólo una cortina que se había agitado con el viento, nada más.

Me he quedado sentado en el porche, concentrado, tratando de escuchar algo que me obligara a pasar la noche sobre el tejado, y no dentro de la casa, donde se estaría más calentito. En el momento de intentarlo por segunda vez, el sol difundía el fulgor anaranjado del inminente crepúsculo. Yo antes no sabía que tendría que sacar coraje de lo más hondo cada vez que hiciera esto, cada vez que necesitara un sitio para dormir, o reorganizarme, o pensar.

Me he acercado a la fina mosquitera y he vuelto a meter la mano por dentro. Había que abrir la primera barrera que me impedía la entrada. He tenido que hacer fuerza. Me ha caído algo de polvo y tierra sobre la cabeza en el momento en el que la mosquitera ha cedido y la puerta principal ha quedado al descubierto. He agarrado el pomo de latón, sintiendo su frío metal en la mano. He dejado la mano allí durante un largo rato mientras me preguntaba hacia dónde tendría que hacerla girar. Un año antes lo habría sabido, por supuesto, pero los gestos sencillos, civilizados y familiares se me vuelven más extraños con el paso del tiempo. Lo he hecho girar lentamente hacia la derecha, y entonces, al darle un empujón con la bota, la puerta se ha abierto. La sala estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. No había ni rastro de que nadie hubiese estado allí desde hacía varios meses. Parecía que las personas que habían vivido en la casa se hubiesen marchado antes de la epidemia/plaga/langosta o como se tenga que llamar.

He hecho una ronda por el piso de abajo y he abierto todas las cortinas que veía, para que no quedara ninguna posibilidad de que una criatura diabólica se escondiese en las sombras. Una vez me he cerciorado de que en el piso de abajo no había ningún peligro, he subido al de arriba, por una escalera que me ha parecido la que más crujía de todo el planeta Tierra. Tenía razón. Una vez he estado arriba, he tenido claro que en la casa no había peligro alguno, porque tampoco se había producido ninguna reacción al ruido que había hecho al subir. No me importaba. Han estado tantas veces a punto de matarme por subestimar las capacidades destructivas de bajo nivel de esas criaturas... Nervioso, he inspeccionado el piso de arriba con la misma meticulosidad y el mismo miedo que hace meses que llevo dentro de mí. Al pasar de habitación en habitación, mi cerebro se hundía en la oscuridad, y en fantasías sobre lo que iba a hacer si esta noche me infecto. Lo primero en que había pensado era suicidarme, y poner fin a todo con una bala en el cerebro. Quizá tendría que dejar un mensaje desolador, pero ingenioso, como el mozo de tienda ese al que maté. Parece que hayan pasado varios años. ¿Cuánto tiempo hace?

He reprimido mis pensamientos morbosos y he pasado de habitación en habitación, examinando los armarios empotrados. He mirado también bajo los lavabos de manos de los cuartos de baño, para estar seguro.

¿Y si uno de ellos se escondía bajo la cama? ¿Y si era un niño pequeño?

Tenía que ponerme freno. ¿Había mirado debajo de todas las camas? Esto es un síndrome obsesivo-compulsivo, ¿verdad que sí? He recorrido de nuevo el piso de arriba y luego, una vez más, el de abajo, antes de meter la mochila adentro y cerrar todas las puertas y ventanas de la casa. He encontrado cuatro velas decorativas, de formas distintas, distribuidas por sitios diversos en la sala de estar y en el comedor. Las he llevado arriba con la mochila y he elegido lo que me ha parecido que era el dormitorio principal como base de operaciones de sueño. No había sábanas sobre la cama, ni niñitos muertos debajo de ella.

He encendido las dos velas decorativas más grandes y las he colocado sobre una cómoda vacía junto a la cabecera de la cama. He dejado la mochila al lado de la ventana por la que tendría que escapar si durante la noche me sucede algo malo. También he cerrado la puerta del dormitorio con pestillo y he apoyado otra cómoda contra ella para ganar tiempo. He inspeccionado la ventana para estar seguro de que se abriría en un momento de necesidad. Había llegado el momento en que estaba lo bastante oscuro como para emplear las gafas de visión nocturna en una rápida observación de 180 grados desde la ventana, en busca de cualquier indicio de la presencia de muertos vivientes. Pero no había ninguno.

Me he quedado inmóvil en la oscuridad, oyendo los crujidos de la casa azotada por el viento nocturno, y he empezado a pensar con mayor detalle en los acontecimientos de hoy, pero tan sólo he logrado que mi confusión fuese aún mayor.

¿Cómo era posible que el avión de carga C-120 no hubiese aterrizado en un aeródromo cercano, o en un descampado, para recogerme?

¿Quiénes son Remoto Seis?

En vez de contar ovejitas, me he puesto a contar preguntas sin respuesta hasta que he caído en un sueño profundo, acompañado únicamente por la luz vacilante de unas velas afortunadas...

Unas velas que, contra todo pronóstico, se empleaban para aquello para lo que habían sido concebidas.

## EL HILO EN LA AGUJA

**14 de Octubre**

8:00h.

Esta pasada noche he dormido muy bien, sin interrupciones. He soñado con los faros sonoros, o tal vez fuese el viento, que se filtraba hasta el extremo de oírlo con el subconsciente. Mientras el sol se elevaba por el este, he tenido mucho tiempo para inspeccionar el resto de los papeles que me mandaron junto con el equipamiento, así como practicar el tiro con el M-4 y la G19. Entre los papeles he encontrado un mapa de operaciones de eliminación por sonido del Proyecto Huracán. Las tres unidades se hallaban en Shreveport (Luisiana), Longview (Texas) y Texarkana (Texas/Arkansas), y a juzgar por el mensaje que me habían transmitido vía teléfono por satélite, iban a actuar en diversas intensidades.

En estos momentos me encuentro a unos pocos kilómetros al norte de Marshall, lo que significa que tendré que ir por un punto medio entre Longview y Shreveport para transitar por el territorio menos peligroso. El modelo de eliminación por sonido que figura en el mapa indica áreas de actuación, con círculos rojos que marcan las zonas objetivo en las que hay peligro. También está marcado en verde un corredor seguro que delimita un área recomendada para viajar hacia el sur por entre las áreas de peligro. Los círculos que indican las zonas donde actúan los dispositivos de eliminación no son redondos del todo, quizá porque el terreno y otros factores limitan la difusión del sonido. Es evidente que este mapa se hizo con ordenador. También son interesantes las áreas marcadas en naranja en torno a Dallas y Nueva Orleans, con el símbolo internacional de la radiactividad. Dichas áreas comprenden un radio considerable en torno a las ciudades y se alargan hacia el este como el rastro de una lágrima. Parece que en naranja se muestran los límites de la precipitación radiactiva con los vientos implicados.

La zona de eliminación por sonido de Texarkana es, como mínimo, un 30 por ciento mayor que las otras dos, por razones que desconozco. El camino de evasión recomendado me llevaría por el sureste de Marshall, atravesaría la Autopista 80 y se prolongaría otros treinta y poco kilómetros



hacia el sur por el sureste. El área más segura marcada en verde termina unos veinticinco kilómetros al este de Carthage. No sé lo que sucederá cuando se agoten las baterías de los emisores de señales sonoras de las tres ciudades. La última vez que se desplegaron esos ingenios, las bombas nucleares los hicieron añicos, y se llevaron consigo a muchos de los vivos junto con los muertos. Lo más probable es que, cuando se les agoten las baterías, los muertos se dispersen de nuevo en busca de comida. Con esta mochila a la espalda voy a recorrer, como mucho, veinticinco kilómetros al día. Las interferencias me han impedido leer en su totalidad el mensaje que me han enviado por el teléfono por satélite, pero entiendo que dentro de unas doce horas me voy a quedar sin cobertura sónica.

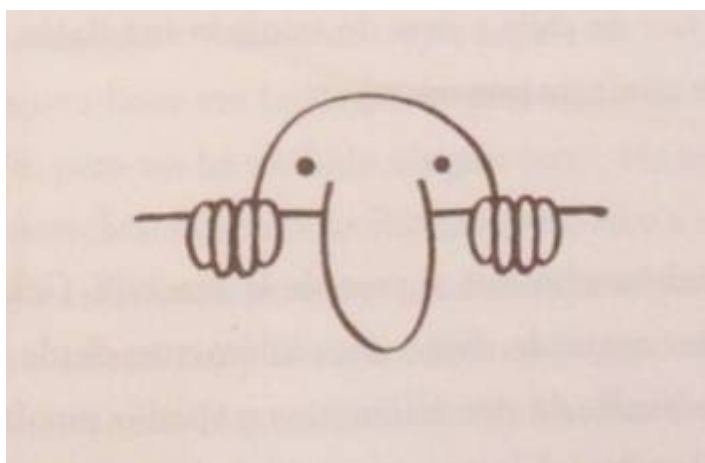
Entre los papeles también he encontrado una estimación de infecciones y defunciones en América del Norte. Se calcula que el índice de infecciones y/o defunciones ha alcanzado, aproximadamente, un 99 por ciento. El último censo que recuerdo contabilizó más de trescientos millones de seres humanos en Estados Unidos. Si recurrimos a las matemáticas más básicas para estimar los efectivos del enemigo, creo que los muertos vivientes me superan en más de doscientos noventa y siete millones. Y no cabe ninguna duda de que ese número crece a diario. Los muertos vivientes pueden permitirse errores, pueden permitirse caer desde un barranco, o que les parta un rayo, o que les disparen al pecho. Los vivos no comparten ese lujo. Cualquier error de los vivos tiene como consecuencia que nos acerquemos al ciento por ciento de infectados. Mis cálculos no tienen en cuenta a los incontables muertos vivientes a los que he exterminado, ni a los millones que se desintegraron al instante bajo las explosiones nucleares de principios de este año.

Un gran mapa topográfico plegado de Texas oriental se encontraba también entre los papeles. Ese mapa está hecho de material impermeable y contiene ilustraciones de plantas comestibles abundantes en la región, así como explicaciones sobre varias técnicas para recoger agua. El GPS ya no funciona. Este mapa, en paralelo con el plano de carreteras que pienso sacar de algún lado, me ayudaría a encontrar el camino hasta el sur, hasta mi hogar.

Después de examinar los papeles una vez más, he salido a inspeccionar el perímetro y a probar mis nuevas armas. No había nadie en el área, así que he abierto el M-4, lo he cargado, y he iniciado una breve y torturada prueba. He empleado la mira y me he dado cuenta en seguida de que permitía apuntar de manera muy intuitiva. Cierto es que no iba a usarla para clavar clavos, pero tendría suficiente precisión para realizar un disparo a la cabeza. He apuntado a piedras del tamaño de una pelota de golf a cuarenta metros de distancia y no he tenido dificultad alguna para reducirlas a polvo. Tras disparar cuarenta cartuchos con esa arma, la he desmontado para examinar sus componentes, luego la he vuelto a montar y he disparado otros 10 cartuchos para cerciorarme de que todo funcionase correctamente. Al terminar, sólo me quedaban 450 cartuchos de .223, con lo que se me había aligerado un poco la mochila.

Antes de examinar el designador láser, me he asegurado de enganchar el dispositivo de señales sobre la hombrera izquierda de la chaqueta. Luego he activado el designador y he pulsado el conmutador por el lado del protector de manos. En el mismo momento de apretarlo, he oído un tono cuya frecuencia se ha incrementado a medida que sostenía el botón. Lo he soltado de pronto después de contar hasta tres. Quería estar seguro de que el aparato funcionara, pero no quería que me lanzaran una bomba cerca de mi posición. Satisfecho con el M-4, he cambiado a la Glock y he disparado treinta cartuchos sin dificultad alguna. He disparado los últimos diez con el silenciador, para juzgar en qué medida afectaba a la precisión del arma. No he visto motivo alguno de preocupación, salvo el tiempo necesario para instalar el silenciador. No veo nada claro que, a estas alturas, esté preparado para instalarlo con rapidez, y voy a tener que practicar. Las estrías son delgadas y hay que colocar bien el silenciador desde el primer momento para que quede bien ajustado.

He encontrado bolsas de plástico de la compra bajo el fregadero de la cocina. Me he despedido del MP5 y lo he envuelto en bolsas de plástico junto con los cargadores vacíos, y le he aplicado una capa de aceite de máquina con el viejo trapo que me llevé. He registrado el frigorífico de la cocina, pero hace ya tiempo que se lo llevaron todo. Ni siquiera olía mal, ni había quedado ningún resto de comida en su interior. He sacado los estantes de la nevera y los he guardado en la alacena. He metido el arma dentro de la nevera, con el cañón hacia arriba, y luego he marcado el sitio en el mapa y he escrito una nota que decía, sin más: «*Kilroy estuvo aquí.*»<sup>6</sup> *Mirad en el frigorífico*».



He dejado la nota sobre la mesa de la cocina, debajo de una vela que había utilizado la noche anterior.

---

<sup>6</sup> Durante la segunda guerra mundial se hizo popular entre los soldados del ejército de los Estados Unidos el grafito «Kilroy was here» («Kilroy estuvo aquí») acompañado por un dibujo como el que se ve en esta página. Hoy en día aún hay personas que lo dibujan en paredes, etc., y suele asociarse, aunque no en exclusiva, al ambiente militar

Al redistribuir el equipamiento que llevaba en la mochila, me he acordado del teléfono por satélite Iridio, y entonces se me ha ocurrido encenderlo y probarlo, aunque sabía que no estaba dentro de las horas en las que había cobertura. He aguardado unos cinco minutos mientras trataba de encontrar una conexión por satélite. No lo he conseguido. He programado el despertador del reloj para que me indicase la hora. Quiero estar seguro de que me acordaré de tener el teléfono a punto, con el cielo despejado, treinta minutos antes de que empiece el período en que es posible la comunicación.

Pienso marcharme dentro de unos minutos y emprender el sendero del huracán entre Longview y Shreveport, pero no antes de vaciar dos latas de comida para que la mochila no me pese tanto. Una lata de chile y otra de estofado me darán energías para la atroz caminata que me espera.

13:00 h.

Tardaré en acostumbrarme al peso de la mochila. Calculo que debo de haber recorrido diez o doce kilómetros desde esta mañana, a una media de dos kilómetros y medio por hora. He consumido la mitad del agua, porque así el peso se me va desplazando de los hombros al estómago. No he visto nada que se moviera desde que me he alejado del lugar donde se posó el paracaídas. Ni siquiera un pájaro. El viento es ligero y variable, y eso tiene como consecuencia que el hecho de no encontrar nada me resulte todavía más turbador. Sé que los emisores de señales sonoras han agotado su energía, o les falta poco para agotarla, y quién sabe qué clase de efectos va a tener eso. De vez en cuando me asusto y levanto el arma contra un blanco fantasma que al final resulta que no es nada. El último nada ha sido una camisa que alguien dejó en el tendedero de un patio trasero abandonado hace tiempo. En ese momento estaba seguro de que era uno de ellos.

Chernobil... recuerdo una explicación interesante que leí antes de todo esto. Recuerdo que leí un artículo sobre Chernobil en el que salía una exploradora que contaba lo tranquilo y terrorífico que le había parecido. Había personas que habían llegado a contratar viajes organizados a la ciudad para verlo con sus propios ojos. Muchos de ellos abandonaron el viaje antes de que terminara porque no soportaban la calma. Ahora la mayor parte del continente está muerto y seguirá así.

¡Los soldados no se licencian en plena guerra!

Hace una hora me he detenido para aguardar los mensajes del Iridio, pero no he recibido ningún texto. He intentado llamar Remoto Seis buscado las llamadas recibidas y utilizando la función de rellamada, pero me ha salido la señal de línea ocupada. Ahora mismo estoy sentado sobre

un antiguo coche blindado, en una cuneta. Hay un cadáver en el asiento del conductor. No queda casi nada, salvo los huesos y un uniforme... debió de matarse en los primeros momentos. Echo una mirada de 360 grados desde aquí, pero no veo nada.

Me encuentro mal por culpa de las dos latas que me he comido esta mañana y querría haber encontrado un lugar seguro para esconderme durante lo que queda de día y la noche entera. Pienso moverme durante otras dos horas antes de buscar un escondrijo. No puede ser que duerma dentro de un vehículo, como el cadáver que está debajo de mí. Las marcas de sangre del vehículo explican lo que le sucedió. Lo más probable es que ese pobre gilipollas se pasara varios días, y tal vez semanas rodeado hasta que se rindió y se suicidó. He doblado el mapa para que quede a la vista la zona donde me encuentro. El mapa no es de impresión reciente, y por ello no ofrece información totalmente fidedigna, pero es mejor que nada.

Nubes de tormenta se asoman por el oeste, y lo más probable es que termine la noche empapado si duermo bajo las estrellas. Me parece que me he resfriado y espero que no sea nada más que eso.

21:34 h.

Alguien me sigue. Esta tarde, después de que abandonase mi área de descanso, ha sonado el teléfono por satélite. Debían de ser las 13.55 horas, y casi pierdo la llamada. Llevaba el teléfono metido en la parte superior de la mochila y la antena se asomaba por el costado derecho. En el momento en que la mochila ha estado en el suelo y he desatado las correas, el teléfono ya había sonado tres veces. He pulsado el botón verde y he escuchado el familiar sonido de secuenciación digital, porque los datos de texto del satélite se transmitían de forma comprimida.

...INFORME DE SITUACIÓN a continuación:

Proyecto Huracán: un éxito. Ruta de evasión aceptablemente segura al suroeste con densidad de muertos vivientes escasa.

Reaper.— permanece en Sistema de Gestión de Vuelo con dos bombas guiadas por láser listas para su utilización.

Peligros: varón armado, no identificado, en camino desde el norte. Treinta muertos vivientes, dos de ellos irradiados, localizados en un radio de dieciséis kilómetros desde la situación actual mediante los sensores del Reaper...

El teléfono ha perdido la sincronización inmediatamente después de esta última palabra, y entonces he sacado en seguida los prismáticos y he iniciado la observación del área que quedaba a mis espaldas, en dirección al norte. No he visto ningún indicio de un hombre no identificado que me siguiera. El teléfono no me ha dejado ninguna posibilidad de hacerles preguntas, ni de enviarles comunicaciones de texto. Hay algo que no funciona en mi relación con la unidad que se halla al otro extremo de la línea de telefónica. Puede ser que la red de satélites tenga algún problema y que por eso tan sólo permita la conexión remota, o algo así. Pero tiene que haber un enlace de transmisión de datos en el Reaper que me sobrevuela y un área de control desde donde lo pilotan y hacen un seguimiento por los monitores. «Treinta muertos vivientes, dos de ellos irradiados.» Eso sólo puede significar una cosa: Dallas, Texas. He visto lo que pueden hacer los muertos vivientes de ese tipo y voy a redoblar esfuerzos para evitar el contacto con esas cosas ahora que sé que en mi zona hay dos criaturas radiactivas.

Ahora mismo llueve y me he refugiado en la cabina de un tractor abandonado en un campo muy extenso, rodeado por una cerca para ganado vacuno ya estropeada. El eje posterior de la bestia se ha enredado con varios metros de alambre de espino, porque pasó por encima de la cerca. Otra reliquia de hace unos meses. De vez en cuando, al bizquear, creo ver algo. Sería suficiente para que me asustara, abandonase de inmediato mi refugio y me adentrara en la noche de Texas.

Mi mente me engaña sin cesar, me hace creer que veo muertos refulgentes e irradiados a lo lejos, y que éstos se mueven con rapidez. Aquí dentro hace frío y he metido las piernas dentro del saco de dormir estilo momia. Parece que me va bien. Este tractor es un John Deere de color verde. Como el color que veo por las gafas electrónicas cada pocos minutos, cuando la paranoia se adueña de mí y tengo que echar un vistazo.

Me pregunto si el hombre que tal vez me siga sentirá el mismo miedo. Mañana reanudaré el camino hacia el sur por el área provisionalmente segura, de regreso a mi hogar.

## **15 de Octubre**

8:00 h.

Me he despertado con el sol que asomaba por el horizonte dándome en la cara, y le he dado vueltas una vez más al mensaje que me transmitieron mediante la llamada telefónica de ayer. Hoy me voy a pasar el día volviendo la vista hacia atrás al tiempo que camino hacia el suroeste, listo para correr si hace falta. Si la situación de la que me ha

informado el teléfono por satélite resultara cierta, podría ser que me enfrentara a dificultades en un futuro cercano. El saco de dormir tipo momia que me lanzaron me servirá para envolver la mochila civil y camuflarme mejor a ojos de cualquier persona que me siga. Ese hombre se desplaza a pie. Lo más práctico para escapar del individuo que me sigue sería encontrar un coche y ponerlo en marcha con el cargador solar, el tratamiento de combustible y el sifón de mano. El único inconveniente es que si quisiera emplear el cargador en una batería de coche, tendría que pasarme un día entero para intentar arrancarlo una vez, por no hablar de que después tendría que arrancar el vehículo con los cables. Tendría que encontrar un coche con las llaves puestas, y entonces, probablemente, el antiguo propietario también estaría dentro.

9:00 h.

He cavado un agujero en una tierra de cultivo que ha quedado cubierta de hierba. He tenido que utilizar el extremo de una de mis voluminosas trampas para ratas. He juntado ramitas y he logrado hacer un fuego semilibre de humo con una técnica que lo dispersa mediante hojas y maleza. Hoy he calentado una lata de chile y he consumido una cuarta parte de mis reservas de agua. Sé muy bien que no me conviene anclar escaso de provisiones, pero cada vez que vuelvo los ojos hacia la mochila siento el deseo de comerme toda la comida enlatada y luego las raciones preparada hasta que tan sólo me queden los alimentos deshidratados. El límite de mi ansia por soltar lastre acaba en las municiones. Voy a conservarlas al máximo, por si tengo que defenderme de los peligros que me rodean, o que voy a encontrarme más adelante. A la luz de los recientes acontecimientos, es probable que no haya sido buena idea encender una hoguera, pero, antes de ponerme en marcha, necesitaba el refuerzo moral de un plato caliente.

**16 de Octubre**

21:43 h.

Esto se llama evasión. Para evitar a los muertos vivos hay que seguir una fórmula preestablecida. No hacerse notar, no hacer ruido y planear con tiempo las próximas acciones. Estas normas no son válidas cuando se huye de un perseguidor humano. Los esfuerzos por no hacerse notar ni hacer ruido le dan tiempo al perseguidor para seguirte la pista, y atraparte, en el caso de que siga unas reglas distintas. Un delicado

equilibrio entre ambas metodologías es lo único que ha impedido que cayera en la línea de visión de mi inmediato perseguidor. Hace más de treinta horas que no recibo llamadas de Remoto Seis. Ahora sé que la mera existencia de la cobertura por satélite no implica que la organización vaya a emplearla. Aunque no vea a mi perseguidor, tengo la sensación de que alguien me observa, y no sé si se debe a la paranoia, o si de verdad noto los ojos de un desconocido que me observa desde lejos. No tengo a nadie con quien turnarme para montar guardia durante las horas de oscuridad. He tratado de permanecer despierto durante la larga noche que he pasado durmiendo en el piso de arriba del granero de una granja, donde había crecido ya la hierba. Cada vez que la madera crujía, o se oía el aleteo de un ave nocturna, me incorporaba, inspeccionando a mi alrededor a través del resplandor verde de las gafas y mirando el punto rojo que refulgía en la mira cuando trataba de encontrar un blanco que no estaba allí. No había conocido el miedo hasta el día de mañana. Lo digo así porque sé que ayer conocí el miedo, pero, cada día que pasa, el miedo cobra un significado nuevo y de mayor peso. En el ejército tenía un amigo que siguió un camino diferente en el servicio. La frase «El único día fácil fue ayer» no era su divisa personal, pero a menudo la repetía, y en los tiempos que corren está más vigente que nunca.

Tengo la espalda magullada y me noto fatigado. Después de la torturada experiencia de la otra noche en el granero, he despertado y he visto a uno de ellos en el campo, con la cara vuelta hacia la ventana del piso de arriba donde me encontraba yo. He sacado los prismáticos y he visto que me miraba y avanzaba espasmódicamente hacia el granero. Esa cosa era una de las criaturas originales. Llevaba mucho tiempo muerta y su esqueleto se dejaba entrever en muchos puntos de su cuerpo.

No he querido que llegara a un sitio donde pudiese hacer ruido y atraer a otros, así que he sacado la pistola y he montado el silenciador para terminar con la criatura en un instante y sin hacer ruido. Me he alegrado al ver que, aparentemente, estaba sola. Tan pronto como me he cerciorado de no haber ajustado mal el silenciador, he cargado la recámara y he empezado a disparar. He necesitado dos disparos para abatir a la criatura. El primer disparo le ha dado en el cuello y el segundo, en el puente de la nariz. La criatura se ha desplomado, y la he observado, lejos de todo peligro, desde la ventana del piso de arriba, para tratar de ver si llevaría algo de valor. No tenía nada, salvo un cinturón de cuero que le sostenía unos pantalones podridos, y me ha parecido que le podía dejar todo lo que llevase en los bolsillos. En el piso de arriba del granero, mientras me comía la última lata de chile, esta vez sin calentar, me he dado cuenta de que me quedaba tan sólo una última lata de comida (estofado). Pienso que podría esperar un par de noches antes de abrirla.

La comida enlatada ya tiene mucho tiempo, y no me gusta fría, pero el comérmela me ha dado una excusa para escuchar todos los sonidos de mis alrededores antes de bajar por la escalera de mano. No quería que pareciese que únicamente lo hacía para conservar la cordura. Me he

sentado y he comido, y aunque fingiera indiferencia, he buscado sonidos que me obligaran a quedarme más tiempo en el piso de arriba del granero.

Me he puesto en marcha esta mañana, a sabiendas de que la protección del Proyecto Huracán se terminaba, porque empezaba a ver criaturas en lugares cercanos. Eso me ha puesto de mal humor, pero he empezado a andar y he obligado a mi mente a entretenerse con el buen recuerdo del chile caliente que había comido hacía poco. Creo que saborear una buena comida es lo único que puedo esperar, y lo único que de verdad me motiva para volver a casa. Recuerdo todas esas veces en las que nos desplegamos en el desierto. Recuerdo la guerra y lo mucho que añoraba mi hogar, y que siempre encontraba algo que me hacía seguir adelante. El recuerdo de salir de acampada con la familia, o de comprarme el rifle nuevo con el dinero libre de impuestos que me habían pagado por la última misión, o con la idea de que algún día iba a tener un fin de semana libre si ponía todo mi empeño en ello y cumplía con mi deber.

Ahora tan sólo puedo pensar en comida caliente. Eso es lo que me motiva en el día de hoy. Mañana quizá será el poder lamentarme de que el helicóptero con el que me estrellé no cumplía los requisitos mínimos de mantenimiento y se lo habían comprado al proveedor que les hacía el precio más ajustado y no había un mecánico titulado con vida en varios cientos, probablemente varios miles de kilómetros a la redonda. La luz de alarma por virutas en el motor. Había tenido que sobrevivir en un territorio casi inhabitable porque una viruta de metal que se había introducido en el motor había provocado un fallo fatal en la capacidad del aparato para mantenerse en el aire. Todo aterrizaje es un buen aterrizaje si sales andando con vida del aparato. El problema es que puedes salir andando sin vida.

Esta noche me he guarecido en una gasolinera abandonada, una de esas tipo oasis que dejaron de funcionar mucho antes de la catástrofe. Ni rastro de vida, pero sí los restos de ratas que se habían acumulado allí a lo largo de los meses, o quizá a lo largo de los años. No habían dejado nada. Parecía que estuviese allí desde hacía varias décadas y, probablemente, había sido un negocio rentable en otros tiempos. Las bombas daban lecturas analógicas y no había cámaras de seguridad en el tejado. Dentro del establecimiento, debajo del viejo mostrador de madera, he encontrado lo que debió de ser un viejo estante para escopetas, de los tiempos en que eso era perfectamente aceptable.

Igual que hoy en día.

He encontrado un viejo juego de cadenas para nieve que me han servido para cerrar todas las posibles entradas. Frenarían a un asaltante humano y detendrían a uno o dos muertos. Me he instalado en una zona desde donde puedo ver bien las dos puertas de acceso. Al otro lado de las pesadas puertas tengo quince metros de visión despejada hasta que empiezan los árboles. Más allá del agrietado asfalto, las hierbas están muy



altas, pero no impiden la visibilidad. El viento aúlla y oigo una antigua pieza de estaño que tintinea en el tope del medidor de gasolina. Cada vez hace más frío, y creo que este invierno va a ser todo un reto, si es que llego con vida.

## **17 de Octubre**

8:00 h.

He dormido mal. Me he despertado varias veces por culpa de unos sueños perturbadores. He soñado cientos de cosas distintas, pero tan sólo recuerdo dos. Parece que las que quería recordar de verdad se me hayan escurrido entre los dedos. Estaba en lo alto de una colina y contemplaba a millones de muertos vivientes. Había varias ametralladoras de veinte milímetros a cargo de lo que parecían militares norteamericanos, con varios tipos distintos de uniformes. Me he visto a mí mismo como si fuera otra persona y me he mirado a los ojos mientras daba la orden de disparar. Los muertos vivientes aún se encontraban a más de un kilómetro de distancia, pero los cañones de veinte milímetros disparaban con tanta rapidez que se ha formado un charco a los pies de los monstruos desintegrados. He visto cañoneras AC-130 que volaban bajo y liquidaban a millares con sus armas. Viejos F-4 y A-4 volaban bajo y arrojaban napalm, con lo que diezmaban al enemigo, pero éste, de todos modos, seguía avanzando. He pasado a otro sueño, esta vez en el Hotel 23, con Tara. Se encontraba en la sala de control ambiental y lloraba al contemplar una caja con mis pertenencias. Mientras las lagrimas le resbalaban por las mejillas, le he oído decir: «¿Dónde está eso?», y entonces he abandonado el subconsciente y he regresado a la realidad de la situación. He hecho todo lo posible por no pensar en ella desde que nos estrellamos. No haría nada más que complicar mi situación.

Al despertar, me he acordado de que tan sólo me quedaba una lata de estofado con verduras, y en cierto sentido está bien que sea así, porque era lo último que me quedaba de provisiones pesadas, aparte de las dos raciones de comida preparada que ya he abierto, de las que he tirado el cartón para que no me pesaran tanto. He vuelto a encender la vela para calentar la lata de estofado. Esta mañana no me sentía bien, y no tenía claro si se debía a haber dormido mal, o al principio de un catarro que hacía que me sintiese débil y que me doliera todo. Me he bebido la mitad de las reservas de agua y he terminado la lata de comida, y luego he preparado de nuevo la mochila para las penas del día de hoy.

12:00 h.

Hoy he aprovechado el tiempo, por mucho que mi cuerpo parezca debilitarse. Ahora mismo estaría encantado de beberme un tercio de litro de zumo de naranja, porque eso siempre me ayudaba en un mundo que aún no estaba tan jodido. Esta mañana, al cabo de dos horas de caminata, he observado un destello de luz a mis espaldas, en la dirección por donde había venido. Tan sólo un reflejo sutil. He mirado con los prismáticos, pero no he visto nada. El viento era cada vez más frío, y a lo lejos, en un radio de unos trescientos metros, no se divisaba indicio alguno de movimiento, salvo el temblor del follaje. Por si hubiese una llamada, he enchufado el teléfono al cargador solar que cuelga de la mochila, al mismo tiempo que camino hacia la parte de abajo del mapa. He aceptado que no van a contactar conmigo a diario.

Durante las últimas dos horas he localizado pequeños grupos dispersos de muertos vivientes y los he observado en los diversos campos y áreas a mi alrededor. No parece que se den cuenta de mi cercanía. Sigo adelante y modifico mi ruta cada vez que es necesario para mantenerme a distancia segura del enemigo. Si me acerco a menos de cien metros advertirán mi presencia, aunque esa distancia puede variar debido al viento y a su nivel de descomposición. Llevo la pistola y el silenciador a punto, sujetos en la mochila, por si tuviera que neutralizar a uno de ellos. Si es verdad que alguien me sigue, o rastrea mis huellas, no puedo permitirme el riesgo de hacer ningún ruido.

16:00 h.

Hoy no han llamado. Presiento que mi paranoia me ha hecho perder el tiempo, porque me vuelvo una y otra vez por si encuentro algún indicio de mi presunto perseguidor. No he visto a nadie. Tengo la sensación de que me vigilan, pero no sabría decir si esa sensación proviene de la advertencia previa, o si de verdad se trata de un sexto sentido. ¡Qué diablos!, podrían ser ambas cosas a la vez. Esta noche me he refugiado en una vieja taberna cercana a la carretera. Me he escondido temprano, porque presiento que este virus que he pillado me va a dejar muy débil. No tengo ganas de comer, pero me obligo a beberme lo que me queda de agua. Oigo truenos en el horizonte y siento en el aire la proximidad de la lluvia. En los estantes hay numerosas botellas de alcohol que nadie robó. He tomado una botella polvorienta de Maker's, la he abierto y me la he bebido a morro. Escocia, pero me ha refrescado la garganta y me ha hecho sentir más calor que el de verdad siento. Me he sentado en uno de los reservados de esta vieja taberna a la antigua que llevó por único nombre «River City — Licores y comidas». Los hay que prefieren

reservados cuando salen a comer. Creo que yo mismo soy un hombre reservado.

Sé que todas estas botellas de alcohol pueden servir desde el punto de vista médico para desinfección y sedación. Ojalá tuviera sitio en la mochila para llevarme más de medio litro de whisky. El viento pega cada vez con más fuerza y la lluvia no se hará esperar una vez haya terminado esta frase.

## **18 de Octubre**

9:00 h.

Anoche, gracias a las fuertes lluvias, llené en tres ocasiones el depósito de agua. He registrado los cajones del despacho de la encargada y he descubierto un botellín de vitaminas prenatales. He leído la etiqueta para estar seguro de que no me harán crecer los pechos, y luego les he quitado el tapón y me he tomado una dosis doble. Estaban a punto de caducar, y, probablemente, eso implicará que su efecto sea débil. En mi situación actual necesito vitamina C. No tengo apetito, pero me obligo a mí mismo a introducir agua en el organismo (unos dos litros y medio desde la noche pasada). Parecía que cada quince minutos tuviera que salir a mear a la puerta de la taberna, siempre con el rifle en una mano y la pistola en el otro. Creo que estará bien que pase otra noche en la taberna de River City para ver si así recupero fuerzas.

15:00 h.

Estaba afuera, fatigado y tembloroso, a la espera de una llamada que no ha llegaba. Estaba con la espalda apoyada en un viejo vehículo abandonado, en la cuneta de la carretera que se aleja de la taberna, cuando he visto a una de esas cosas. Ella también me ha visto a mí y se ha acercado a toda velocidad arrastrando los pies. No he tenido tiempo para sacar la pistola con silenciador. He apuntado a la cosa con el rifle, le he puesto el punto rojo en la frente y he apretado el gatillo. Y ya está. Pero había armado mucho estruendo y puedo dar por seguro que ahora vendrán más. El período de conexión por satélite ha empezado y ha terminado, y he regresado en silencio a la taberna para reflexionar acerca de todo ello. Notaba que me estaba subiendo la fiebre por momentos. Al regresar a la taberna, me he dado cuenta de que en la parte de atrás había un contenedor de propano en forma de gigantesca aspirina. Tal vez en este lugar contara con lo necesario para cocinar y tal. En la mochila

sólo me quedaban los alimentos deshidratados y las raciones listas para comer.

22:00 h.

El sistema de propano de la taberna funciona. He llenado una pequeña sartén con agua de lluvia y he cocinado en ella una parte de los alimentos deshidratados, y luego me he obligado a mí mismo a engullirlos. Sabían bien, aunque el cuerpo me dijese que no tenía hambre. Afuera estaba oscuro, y por ello he pensado que podía practicar con la mira del M-4 y las gafas de visión nocturna. He apuntado a un primer objetivo con el punto rojo y me ha dado la impresión de que también podría hacerlo con las gafas. Estaría bien para un enfrentamiento de poca monta, pero el fogonazo me delataría al primer disparo, tal vez al segundo, según la distancia a la que se hallara el observador. Por lo menos, tendré la posibilidad de emplearlo de noche si es necesario. Mientras empleaba la mira con las gafas de visión nocturna, he visto movimiento desde la ventana. Afuera estaba muy oscuro, por lo que estaba seguro de que las criaturas no podrían verme. He sostenido el arma en ristre, con los ojos en el punto rojo, para estar seguro de neutralizar cualquier amenaza. Entonces los he visto... debían de ser diez, o quince. Caminaban por la carretera, aparentemente sin rumbo. He contenido el aliento y los he observado, y me he dicho a mí mismo por lo menos treinta veces que no era el momento de inspeccionar el mecanismo de acción de mi arma. Si me encontraban allí, tal vez no sobreviviera. El catarro me había debilitado, y serían ellos quienes llevaran ventaja en un enfrentamiento nocturno en un espacio tan pequeño. Demasiadas maneras de morir allí durante la noche. Mejor no hacerse notar ni hacer ruido, y por desgracia, mejor mantenerse despierto.

## **19 de Octubre**

6:45 h.

Esta mañana parece que vayamos a tener un día despejado. Las criaturas se han marchado de esta zona hacia las 2.00 horas. No me he obligado a mí mismo a dormir hasta las 3.00 horas. Ahora me he puesto en marcha después de tres horas de sueño y me siento como si tuviera una resaca. Bebo agua sin cesar, e incluso he encontrado viejos paquetes de café sin abrir. No es lo mejor que puedo tomar en mi estado actual, pero esta mañana voy a necesitar la cafeína. No pienso quedarme aquí

una noche más. Si no me marchó hoy mismo, puede que no llegue a marcharme nunca. No hay dos sin tres, ni quince sin cien. Trataré de recorrer quince kilómetros en un día.

12:00 h.

Descanso sobre la elevación estratégica de una loma. Las rocas me cubren la espalda. He descubierto algo horrible. Un kilómetro más abajo, en el valle, hay un edificio que parece un viejo molino para moler grano. No le habría prestado atención si no fuese por el humo que sale de lo que parece una vivienda cercana al molino. Hay otro edificio que parece un establo, o tal vez un centro de confinamiento. Me había instalado aquí sin otro escondrijo que el saco de dormir. Mis cosas están seguras en la mochila impermeable, escondida bajo unas ramas, y observo el área con mucha atención mientras decido lo que voy a hacer.

Hay varias personas que dan vueltas por ahí, tal vez guardias que hacen la ronda. Voy a tener que observar sus movimientos y tomar nota de las pautas que siguen.

Guardia 1 (hombre con ballesta): Ha abandonado el edificio a intervalos irregulares entre las 10.30 y 11.30 horas.

Guardia 2 (mujer gorda): Ha patrullado por el molino cada quince minutos entre las 10.30 y 11.30 horas.

Guardia 3 (AK-47): Ha estado de guardia a unos cuarenta y cinco metros de los edificios, parece alerta. Está instalado en una caseta de vigilancia.

13:00 h.

Situación: Al observar con detenimiento durante un tiempo, he visto que una partida armada con actitudes hostiles retiene preso, como mínimo, a un civil. Han modificado el molino para emplear energía humana. Tienen criaturas que hacen girar el molino. No estoy seguro de si el molino sirve para moler grano o para extraer agua. Las criaturas están sujetas al molino con arneses. No llevan bridas en la boca, pero sí les han puesto una especie de anteojeras como las de los caballos. La mujer gorda sale cada quince minutos y los estimula para que anden.

13:30 h.

He observado que un camión militar para transpone de tropas, con la plataforma descubierta, se acerca al complejo con tan sólo dos individuos en la parte de atrás y un conductor. Parece que formen parte del personal de este complejo. He visto con los prismáticos que la mujer gorda abría la boca para chillar cuando los hombres han descargado lo que parecía un cadáver (muerto de verdad).

14:00 h.

Está claro que hoy no voy a recorrer los quince kilómetros. Voy a recurrir a las armas de la diplomacia, y más específicamente a una bomba guiada por láser de 225 kilogramos. Se me ha ocurrido al ver que ataban a una persona viva al molino para animar a los muertos vivientes a seguir avanzando. El palo y la zanahoria. Voy a buscar un sitio para pasar la noche oculto, luego observaré su rutina a lo largo de la mañana y, finalmente, emprenderé un ataque preventivo. Parece como si trataran de mantener equilibrado el número de vivos y de muertos en la rueda. Los tienen atados tan cerca de los muertos que me ha parecido ver que uno de los monstruos le tocaba la espalda con sus dedos huesudos a una persona viva que se encontraba delante, mientras ambos giraban en perpetuo círculo.

Una parte de mí querría lanzarles la bomba ahora mismo, pero si no encuentro un sitio para pasar la noche, me voy a poner todavía más enfermo, o también podría sucumbir a un ataque de los muertos vivientes mientras me encuentro en el saco de dormir, en lo alto de esta loma. Voy a empezar por cargarme con el rifle al que se encuentra en la caseta de vigilancia. Por lo que veo, es el único que podría representar algún peligro a esta distancia, y no merecería la pena malgastar esa bomba por una sola persona. En cuanto haya acabado con el guardia, marcaré con el láser la estructura que considero hostil y trataré de no causar daños colaterales en la rueda donde se encuentran los posibles aliados junto con los muertos vivientes. Por ahora sólo es un plan. En algún momento del día he visto un destello en la loma opuesta, pero, aunque he mirado con los prismáticos, no he sido capaz de descubrir nada que se moviera.

Otro aspecto de esta cuestión, macabro, pero que me viene bien, es que voy a probar la eficacia del Reaper que vuela sobre mí con un objetivo que verdaderamente se merece una bomba guiada por láser. Si todo sale bien, me voy a cargar a los malos sin tener que acercarme a menos de cuatrocientos metros del edificio. Ahora llueve y me siento mal, y lleno sin cesar el depósito de agua y me la bebo, hasta el punto de que me vienen arcadas. No me queda otra opción, porque lo más probable es que en un radio de 150 kilómetros no encuentre jeringas esterilizadas ni suero

fisiológico que no estén vigilados por un millar de muertos vivientes. Hoy no he recibido llamada alguna, pero he tratado de cargar el teléfono por satélite con el cargador solar, y en todo momento he vigilado el complejo.

20:00 h.

Tras dejar una parte de mis cosas en el escondrijo cercano al molino, he encontrado un sitio para pasar la noche: un coche abandonado, con la puerta abierta, que quedó sobre una colina. Era un Escarabajo Volkswagen de los ochenta. Lo he elegido porque se encontraba en una carretera secundaria, en lo alto de una colina. Me he metido dentro y he buscado las llaves... no estaban. He soltado el freno de emergencia y se ha movido al instante. Sólo he permitido que recorriera algo más de medio metro antes de volver a echarle el freno. Dentro de este vehículo voy a dormir sin peligro, y si durante la noche me atacaran los muertos vivientes, podría quitarle el freno y rodar colina abajo. Si el coche no fuese un Escarabajo, trataría de hacerle un puente. Está construido en una década en la que era fácil, pero no sé dónde se encuentran sus piezas esenciales, porque tiene motor trasero. La última vez que lo hice fue con un coche de Detroit. Ojalá tuviese ahora aquel Buick Regal. Esta noche voy a dormir con una mano sobre la palanca del freno.

## **20 de Octubre**

8:00 h.

Esta mañana me he levantado temprano para planear el ataque y analizar los papeles del Reaper. He examinado dos veces el dispositivo de señales, y también dos veces el período de cobertura del Reaper. Si la cobertura lo permitiese, habría atacado de noche. He dormido relativamente bien, sin interrupciones inesperadas, aparte de la fauna local. Un viejo búho me ha tenido despierto durante un rato. Qué no daría yo por volar ahora mismo como ese búho viejo y sabio.

Cambio de planes: si le disparo al hombre de la caseta y luego el Reaper no funciona como me habían dicho, soy hombre muerto. Ojalá pudiera recordar el ángulo de tiro de un cartucho de 5.56 a cuatrocientos metros desde un cañón de dieciséis pulgadas instalado en un M-4.

El Reaper ya tendría que estar aquí, o por lo menos falta poco. He probado el láser y he oído los tonos. Las baterías están bien. La mira también funciona bien... la ampliación x1 no me va a servir para nada, así

que tendré que acercarme a unos cuatrocientos metros para incrementar la posibilidad de darle al guardia. Como a esta distancia su AK-47 no será más preciso que mi arma, voy a correr el riesgo. He encontrado un viejo coche familiar Chevrolet (puntos extra por el revestimiento de madera) no muy lejos del Escarabajo. Después de echar una ojeada a mi alrededor, he levantado el capó para ver qué tal estaba la máquina. Tenía algunas grietas, pero en conjunto parecía que pudiese funcionar. Las llaves no estaban puestas, pero con ese coche sí podría hacer un puente. Si empleaba la misma técnica que varios meses antes, no me sería difícil poner en marcha el viejo caballo de batalla y recorrer todo el camino hasta el Mundo de Wally. Me había llevado el teléfono y el cargador, pero había dejado el líquido para tratamiento de combustible en mi área de observación, justo debajo de la loma. Tendría que encontrar cables. He empleado el cuchillo para desconectar la batería, y luego la he sacado del coche y la he llevado a un claro, lejos de todo tráfico pedestre. He desplegado el cargador para que la exposición de sus células a la luz solar fuese la máxima posible. En las instrucciones decían que para cargar el teléfono había que exponer una única célula. Pero ahora se trataba de una batería grande. El cargador de energía solar no tenía marca y eso me ha parecido extraño.

He cubierto la batería con una de las bolsas de plástico que me he llevado del coche familiar para que tan sólo el cargador desplegado quedara expuesto a los elementos, y al cielo matutino parcialmente nublado. Dentro de unos minutos me pondré en marcha para realizar un nuevo reconocimiento, y si es necesario, para reducir el dolor.



## FRANCOTIRADOR

12:00 h.

Las edificaciones enemigas se han venido abajo y el fuego las devora. He llegado a este sitio por la mañana, a las 8.50 horas, y me he preparado para la incursión a menos de quinientos metros del objetivo. Contaban con el mismo personal que ayer. He visto que la mujer gorda le hacía un tajo en la espalda a uno de los esclavos vivientes atados a la rueda, probablemente para estimular a la criatura que iba detrás y hacer que den vueltas más rápido. Había una sola persona viva en la rueda. Parecía un hombre de mediana edad. Tenía rasguños en la espalda. Se los había hecho con las uñas la criatura que iba detrás de él. No he dudado que el hombre estaba a punto de morir por culpa de la infección. He observado detenidamente la rueda para confirmar que era la única criatura viva entre las que caminaban.

A las 9.30 horas aproximadamente he marcado con el láser un punto en tierra entre la rueda y los alojamientos de las personas que mandaban en ese sitio. Al cabo de unos seis segundos, el designador ha empezado a emitir un tono regular. No lo he apartado del objetivo hasta que la bomba guiada por láser ha llegado al suelo...

Me había arrojado de cuerpo a tierra, pero la explosión me ha desgredado igualmente el cabello y me ha tapado los oídos. Los edificios han dejado de existir y la rueda ha saltado por los aires como un frisbee como mínimo treinta metros más allá de donde había estado antes. El hombre infectado ha muerto, por supuesto. La explosión ha derribado la caseta de guardia como si fuera un retrete de los antiguos, y el guardia ha quedado aturdido y confuso. Al fin se ha puesto en pie y se ha echado a correr y a disparar en todas direcciones.

Tras desperdiciar cinco cartuchos, lo he abatido por fin. Ya llevo aquí treinta minutos a la espera de que algo se mueva. Seguramente lo mejor será esperar a que los vivos mueran desangrados. Voy a dar una vuelta por esta zona en busca de supervivientes y me aseguraré de que los muertos se queden muertos. Con ciertas prisas, porque la explosión ha sido muy ruidosa y difícilmente puede pasar inadvertida, independientemente del estatus cardíaco de cada cual.

13:50 h.

Al acercarme al único edificio que no había quedado destruido ni gravemente dañado, he visto cadáveres en llamas que todavía caminaban. He apoyado el M-4 en el hombro y he aguardado a que estuviesen a cuarenta metros de mí antes de abatirlos. En total, he matado a siete. Me he acercado al edificio y he abierto la puerta. La estructura apenas había sufrido daños y se había inclinado ligeramente. Al abrir la puerta, me ha venido a la cara una nube de moscas que en seguida se ha dispersado. El teléfono ha recibido una llamada en el mismo momento en que quince monstruos salían por la puerta. Me he marchado por el mismo camino por el que había venido. Las criaturas me seguían los pasos. He agarrado el M-4 con la mano derecha y el teléfono con la izquierda...

He disparado lo mejor que he podido, en un intento por luchar y, al mismo tiempo, leer la pantalla. Me imagino que esto debe de ser la versión apocalíptica de ir conduciendo lanzado por la autopista con el móvil en la oreja y tomando un café al mismo tiempo que te afeitas.

Todo lo que he llegado a leer ha sido: «INFORME DE SITUACIÓN: Ser humano de sexo masculino, no identificado, se acerca a su posición. Armado. Evaluación efectuada por el Reaper tras el lanzamiento de la bomba guiada por láser: la exploración térmica identifica tan sólo a dos bípedos en la zona. El Proyecto Huracán Ex...»

El resto era ilegible.

Me he pasado un buen rato de baile con los monstruos y he tenido que cambiar el cargador y correr en círculo como un idiota para mantenerlos a una distancia segura. Es entonces cuando ha ocurrido: he puesto el punto rojo sobre la frente de una de esas criaturas y su cabeza ha estallado antes de que apretase el gatillo. A continuación he oído un disparo. He visto que la criatura se caía de bruces sin darme cuenta de la que venía detrás. La tenía casi lo bastante cerca como para que me diese un mordisco en la garganta. He visto por el rabillo del ojo que su cabeza explotaba y varias astillas de hueso podrido me han golpeado en el hombro mientras, una vez mis, el sonido del disparo se oía con retraso. Tan sólo quedaba uno, y por eso he aguardado y me he mantenido a distancia, al tiempo que buscaba un lugar para cubrirme.

Me he escondido detrás de un fardo de heno enmohecido y he visto explotar otra cabeza, y luego otra. El informe me ha llegado menos de un segundo después de que la cabeza sufriera el impacto. No ha quedado totalmente destruida, pero sí ha perdido un buen trozo. He sacado los prismáticos y he explorado toda el área circundante. Nada. Ni rastro del

tirador. Me he arrastrado hasta que no lo he aguantado más, y entonces he echado a correr tan rápido como he podido hasta la mochila que había dejado escondida en la loma.

Con gran sorpresa por mi parte, no me ha pegado ningún tiro en la nuca mientras subía. El olor a humo y a cecina mala flotaba en el aire y me producía aún más náuseas de las que había sentido al estar malo con el catarro. Me he sentado sobre la loma y he observado el valle y las áreas circundantes. Al cabo de unos cuarenta y cinco minutos, he descubierto un destello. A duras penas podía distinguir el perfil de un torso, por lo menos a unos quinientos metros de distancia, al otro extremo del valle. Esa persona sostenía un pequeño espejo, o un cristal de algún tipo. Entonces se ha echado a andar y he visto que llevaba camuflaje auténtico en las piernas y que sostenía la parte de arriba del uniforme con la mano que no empuñaba el rifle. Cada cierto tiempo me hacía una señal, luego enfocaba hacia mí con los prismáticos y hacía una nueva señal para darme a entender que me había visto.

Al cabo de unos pocos minutos de esta guisa, he llegado a la conclusión de que si el hombre hubiese querido matarme lo habría hecho ya. He escondido la mochila y he bajado al valle tan sólo con el M-4 y la pistola. Cuando nos separaban poco menos de doscientos metros, hemos prescindido de los prismáticos y hemos ido a encontrarnos. Ya a distancia de tiro con pistola, nos hemos detenido y nos hemos aprestado por si había que luchar. Él vestía un *ghillie* de arpillera y tenía la piel oscura, y cabello negro y barba. El hombre ha dejado el arma y el espejo de señales en el suelo, a sus pies, y ha retrocedido unos pocos pasos. Yo llevaba la pistola en la parte trasera de los pantalones, y por ello me ha parecido que tampoco correría ningún peligro si dejaba el M-4 en el suelo y retrocedía también.

Me ha gritado con fuerte acento del Próximo Oriente y me ha dicho:

—Me llamo Saien; no quiero hacerte ningún daño. Hace días que te sigo.

Me he fijado en que el arma que llevaba era un rifle de francotirador tipo AR.

Le he preguntado por qué me seguía.

—Trato de llegar a San Antonio y tú vas en la misma dirección.

He informado a Saien de que no pensaba visitar San Antonio, al menos durante unos pocos siglos. Ha fruncido el ceño, pero lo ha entendido, y me ha contestado:

—¿Estás seguro?

Le he dicho que sí lo estaba y que había escapado de esa misma ciudad en enero, antes de que lanzaran la bomba atómica. Entonces, para razonarme su plan, me ha explicado que habla oído que algunas de las ciudades que estaban en la lista no habían sido destruidas. He tenido que decidir con toda franqueza que vi la explosión desde la torre de control del

aeropuerto en el que me había refugiado, a una distancia segura de la ciudad.

—¿Has visto a los especiales? ¿Los que se mueven más rápido?

—He visto a uno, como mínimo. A bordo de una embarcación en el golfo de México. Son mortíferos y es necesario evitarlos.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo mío. Desde mi apartamento, a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de Chicago, les vi hacer cosas que no me habrían parecido posibles. Luego, cuando me marchaba de Chicago por la carretera, les vi abrir coches que no tenían la puerta cerrada, e incluso echarse a correr... aunque no distancias largas, ni durante mucho tiempo. Salieron de Chicago, de eso estoy seguro. Vi la explosión desde mi ventana el pasado enero. Dos semanas más tarde llegaron al sur. Me dejaron como un helado... ¿esa expresión es correcta?

Le respondí con una media sonrisa y le dije que probablemente sí.

—Vi a esas cosas ir de puerta en puerta, o, por lo menos, eso era lo que parecía. Una de ellas llegó a llamar al timbre de la puerta y le dio la vuelta al pomo. Durante los días en los que llegaron fueron cayendo pájaros muertos del cielo. Los muertos eran animales estúpidos, de eso no cabe duda, pero les quedaba cierta memoria. ¿Sabes por qué?

Le respondí con una palabra.

Radiactividad.

—Oí lo mismo en la retransmisión por la frecuencia AM de alguien de Canadá que trabajaba en una torre de repetición. Observé a uno de ellos que se pasó un mes de pie frente a una puerta sin moverse. Estaba allí, de pie, sin moverse apenas, casi como si durmiera... hasta que a un mapache se le ocurrió subirse al porche. La cosa se arrojó sobre el animal y lo devoró, sin dejar nada.

Le he preguntado qué buscaba en San Antonio y me ha respondido que tenía muchos hermanos allí. He visto que echaba la mano para atrás y tocaba una manta que llevaba atada a la espalda. Se ha dado cuenta de que le miraba y ha retirado la mano. En cuanto he clavado los ojos en él, su respuesta ha sido:

—Alá ha abandonado este lugar. Han pasado muchos días desde la caída del hombre, y yo he cuestionado mis propias creencias y Le he perdido. Ya no creo en Él.

Me he llevado la impresión de que Saien era sincero y no quería hacerme ningún daño, por lo menos hoy. Habíamos llegado a otro nivel de surrealismo: hablar con un ser humano que no era yo.

Le he preguntado:

—¿Llevas más equipaje?

—Pues claro que sí. Lo he escondido, igual que tú has escondido el tuyo en la colina de ahí atrás. Mira, te he seguido y te he observado antes de

que encontrases este repugnante lugar... no entiendo cómo lo has hecho para plantar los explosivos en los edificios. No he visto que te acercaras a ellos. ¿Has ido de noche?

—He puesto los explosivos esta mañana a primera hora.

No era del todo mentira. La confianza se tiene que ganar, y no puede darse nunca por supuesta.

Me había llegado a mí el turno de hacer preguntas capciosas, y le he pedido que me dijese dónde había aprendido a reventar cabezas a casi mil metros de distancia.

—En Afganistán.

—Tiene su lógica. ¿Y cómo es que has venido hasta aquí?

—Luché por la libertad, o, por lo menos, eso pensaba. Había venido a Illinois para auxiliar a mis hermanos. Antes de que pudiera hacerla, los muertos iniciaron su danza.

No he querido interrogarlo más, porque habría sido inevitable que habláramos del origen de la explosión, o de cualquier tipo de detalles que afectaran a Remoto Seis.

Le he propuesto que buscáramos entre las ruinas por si encontrábamos algo que nos fuera útil, y ha estado de acuerdo. Hemos ido hasta el edificio donde Saien me había salvado el pellejo de esas criaturas. Muchas de ellas estaban colgadas de ganchos de carne y les faltaba algún miembro. En el centro de la habitación había un recipiente grande para cocinar (como el caldero de una bruja). Aquello era una mierda elevada a la quinta potencia: al parecer, esa gente se comía a los muertos. Las criaturas nos han mirado y les han crujido las mandíbulas. En todo el edificio no he visto nada que pudiéramos aprovechar, y por eso Saien y yo le hemos pegado fuego y nos hemos ido a recoger nuestras cosas.

Le he preguntado si tenía cable eléctrico, porque lo necesitaba para conseguir transporte. Me ha respondido, confuso, que no tenía, pero que estaba seguro de que encontraríamos en los coches abandonados. Tenía razón, pero había algo en la idea de meter la cabeza bajo un capó que me daba un miedo de muerte. Me acordé del monstruo con el hacha que estuvo a punto de partirme por la mitad. Hemos recogido nuestras cosas y hemos ido en busca del cargador solar. Al ir con Saien se había reforzado la necesidad de diligencia. Parecía que se detuviera cada diez pasos, escuchara, y escudriñara en la lejanía con la mira telescópica. Probablemente por eso sigue con vida. Me he fijado en que Saien lleva un M-16 de tamaño extra. Le he preguntado de dónde lo ha sacado. Al mismo tiempo que me lo entregaba para que pudiese examinarlo, me ha dicho que se lo llevó de una torre de vigilancia de la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias que descubrió al sur de Chicago. Al verlo más de cerca, he notado que el rifle tenía un.308 en la recámara y cañón Bull Barrel. Era un SR-25. Llevaba una pequeña mira holográfica incorporada. Me ha dicho que el cristal no le servía de mucho a distancias muy

inferiores a los cien metros. La mira holográfica servía para los enfrentamientos cercanos. El arma era mucho más pesada que mi M-4. La tierra que pisábamos estaba muy lejos de Chicago y soy incapaz de imaginarme cómo puede haber hecho un viaje tan largo. Por lo que a mí respecta, deben de haber estado a punto de matarme en unas diez ocasiones desde que me estrellé con el helicóptero, a tan sólo unos ciento cincuenta kilómetros de aquí.

Hemos caminado con el oído atento, de regreso a la zona donde el Chevrolet se pudría desde hacía varios meses. He disfrutado al caminar a paso ligero sin la mochila, y cuando regresábamos, he sufrido por el peso que llevaba de nuevo a mis espaldas. Saien y yo nos hemos repartido rápidamente las tareas. Ha desconectado la batería mientras yo iba en busca de cables. Ahí ha empezado el problema. No podíamos verter el líquido para el tratamiento de la gasolina sin saber si el depósito estaba lleno. Si no lo estaba, sería un derroche de líquido. Habría que volver a conectarle la batería para que la electricidad llegara al cuadro de instrumentos, y luego mirar los indicadores para ver cuánto combustible había en el depósito a fin de echarle la cantidad adecuada de mezcla. Demasiada matemática elemental.

He abandonado la base de operaciones en el mismo momento en el que Saien arrastraba la batería de nuevo hasta el Chevrolet. Yo llevaba la navaja y la pistola con silenciador. Me he dirigido al Escarabajo para abrirle las entrañas y poder empezar el camino hacia el sur. Las explosiones y los disparos me habían inquietado. Desde enero, no he visto en ningún momento que las criaturas no se vieran atraídas por el sonido. Siempre existía la misma relación entre causa y efecto. Al acercarme al Escarabajo, he visto a uno de ellos en la carretera que miraba en otra dirección, hacia un lugar situado más allá del coche. Era un día nublado y parecía que estuviera a punto de lloviznar. Maldito clima que nos mina la moral.

La criatura estaba allí, en el centro de la carretera, y miraba en dirección contraria. En el momento en que he llegado al Escarabajo, se ha oído un poderoso trueno. La criatura se ha agitado y ha mirado a su alrededor, como si buscase al autor del sonido. Monstruo idiota.

He levantado el capó para buscar los cables del motor. He aprovechado el trueno para disimular mientras cortaba cables suficientes para hacer un puente en el estérter del coche familiar. Creo que cada cinco segundos me volvía para ver si la criatura aún no se había percatado de mi presencia. Me he encaminado a la carretera principal donde se hallaban Saien y el Chevrolet. Tras arrancar un último cable del Escarabajo y guardármelo en el bolsillo, he empuñado la pistola y he ido a paso rápido a interceptar a la criatura. Yo estaba en una carretera lateral que salía de la carretera principal. Entonces he oído que Saien gritaba:

—¡Tienes que darte prisa, amigo mío!

La criatura se ha lanzado al trote en dirección a Saien. He tenido que correr para darle alcance. Se movía más rápido que ningún otro muerto viviente que haya visto. No se podía decir que hiciera un sprint, pero era lo bastante rápido como para dejarme como un helado, como habría dicho Saien. Es entonces cuando he descubierto lo difícil que es correr y apuntar bien con una pistola. La criatura se ha mantenido en una especie deseudocarrera con las piernas rígidas, hasta que le he disparado un cartucho con silenciador que se le ha clavado en el hombro y la ha derribado. Me he aprovechado de la situación y he corrido hasta ella con la intención de dispararle a la cabeza. A pesar del hombro destrozado, la cosa se había puesto en pie cual quarterback caído en el campo de juego. Ha gruñido y ha empezado a correr con las piernas rígidas hacia mí. He apuntado con el arma y he vaciado tres cartuchos en su cabeza antes de que se cayera al suelo, retorciéndose.

He corrido hacia Saien, y en el momento de llegar hasta él había perdido de tal modo el resuello que he empezado a ver lucecitas. Ha señalado a la carretera con el dedo y me ha pasado su rifle. Era muy pesado y me ha inspirado todavía más respeto por la constitución de Saien. Está claro que ese hijo de puta tiene que ser muy duro para cargar con esa cosa a lo largo de 1300 kilómetros. He instalado el hipertrofiado AR de 308 en su bípode sobre el capó del Chevrolet y he observado por la mira hasta un kilómetro y medio más allá. Desde detrás de la retícula he alcanzado a ver batallones de criaturas de ésas que avanzaban hacia nosotros por la carretera. La mira era lo bastante potente como para informarme de que no tardaríamos en tener mucha compañía. Le he preguntado a Saien a qué distancia estarían.

—A unos dos mil metros —me ha respondido. Así, como mucho, dispondríamos de treinta o cuarenta minutos. Saien parecía nervioso, así que no me ha parecido que tuviera ningún sentido decirle que uno de los muertos irradiados había estado a punto de abalanzarse sobre él y pegarle un mordisco en el culo cinco minutos antes. A pesar de todo, sabía que el Reaper que aún volaba por el cielo transportaba una bomba guiada por láser de 225 kilogramos. He pensado que en ese grupo había por lo menos cincuenta criaturas. Le he preguntado a Saien qué opinaba.

Se me ha reído a la cara y me ha dicho:

—No, ésos que ves venir deben de ser como mínimo un centenar de *infieles*...

Mientras yo trabajaba con rapidez, le he explicado a Saien lo que iba haciendo:

—... hay que conectar los cables de ignición al cable de bobina... y el de bobina a...

Saien me ha interrumpido:

—Sí, sí, amigo mío, eso ya lo sé... el extremo positivo al polo positivo de la batería. Tenemos que ir más rápido.

Saien dudaba entre ayudarme con el puente y entretenerse en estimar el número de *infieles* que se nos acercaban.

—Mil ochocientos metros.

—Recibido.

Le he dicho a Saien que fuese corriendo por mi mochila y sacara el líquido para tratamiento de gasolina que estaba en el bolsillo lateral. El cuadro de instrumentos se había encendido y he visto el indicador de combustible. Me he apresurado a apagar los faros y la calefacción para ahorrar electricidad. He sacado el manual de instrucciones y he llegado a la conclusión de que el coche debía de tener treinta litros de gasolina en el depósito. He calculado en el mínimo tiempo posible que el líquido que habría que echar en el depósito sería algo menos que una cuarta parte de la botella. La gasolina llevaba como mínimo nueve meses en el depósito y debía de tener un año. Como no me ha parecido que pudiera estar muy deteriorada, he echado tan sólo una octava parte del líquido de la botella en el depósito. Lo he hecho con suma rapidez y he agitado el vehículo de un lado para otro, a fin de que el líquido se mezclara lo más equitativamente posible con la gasolina.

Mientras yo leía «hay que esperar una hora antes de iniciar la combustión» en la etiqueta de la botella, Saien me ha pegado un grito:

—Mil quinientos metros.

No nos quedaba ni una hora. Saien no me ha respondido cuando le he preguntado cómo pintaba la cosa. Ha negado con la cabeza y no ha despegado el ojo de la mira. Yo los veía ya con el ojo desnudo. Había llovido y ellos seguían pateando escombros en la lejanía. A juzgar por el tiempo que habían tardado las criaturas en recorrer trescientos metros, he calculado que contaríamos con treinta minutos de tiempo útil antes de que la primera oleada nos diese alcance. Me he apresurado a volver a conectar los paneles solares a la batería y los he dispuesto sobre la capota del Chevrolet. Podía ser que treinta minutos no nos valieran para mucho, pero mejor eso que nada.

He encontrado el solenoide del estérter mientras Saien gritaba:

—Mil doscientos metros.

Todo estaba a punto, y todo dependía de que la batería estuviese cargada y el tratamiento de la gasolina funcionara. He recogido frenéticamente mis cosas para estar a punto de huir si el vehículo no arrancaba. Todo estaba en su sitio, salvo los paneles solares de la capota. Si el vehículo no arrancaba, emplearía los minutos que nos quedaban para cargar con la mochila y largarme lo antes posible de esa zona. Saien podría hacer bien poco con su rifle de francotirador. Con un cargador de diecinueve cartuchos y un cañón de veinticuatro pulgadas, el.308 no lograría detener lo que se nos venía encima. No había pieza de artillería inferior a un cañón GAU que pudiera salvarnos.



## Exilio

He empezado a recoger las cosas de Saien para cargarlas en la parte de atrás del vehículo, donde pudiéramos agarrarlas con facilidad, y entonces me ha dicho que le dejara su mochila a los pies y que él mismo se encargaría de ella.

—Mil metros.

Las criaturas no estaban a más de un kilómetro de distancia y caminaban hacia nosotros por la carretera. He sentido una extraña energía en el aire y he creído oírlos aplastar escombros y avanzar como una división de tanquistas vivientes, obsesionados con destruirlo todo. He abierto la mochila, he sacado los prismáticos y me los he colgado al cuello. He limpiado con la camiseta el sudor y la porquería que se habían adherido a sus lentes, y he contemplado la quinta dimensión del infierno a través de ellos.

Las criaturas avanzaban con relativa celeridad y se movían en zigzag por la carretera, como si quisieran recorrerla entera en busca de algo. Está claro que no era ése el motivo, pero, de todos modos, las criaturas se movían con alguna intención. Me he dejado los prismáticos colgados del cuello, he desconectado los paneles solares y he vuelto a conectar el cuadro de instrumentos. Entonces he terminado la conexión entre el estarter y la electricidad, y el coche ha dado un par de sacudidas, pero no ha arrancado.

Tan sólo habían pasado veintipocos minutos desde que le había echado el aditivo. He desconectado la electricidad y he vuelto a conectar los paneles solares para recuperar, por lo menos, una parte de lo que había perdido en el intento de arranque.

—Setecientos cincuenta metros.

Hablaba con voz más fuerte, y se notaba más nervioso que la última vez. He empuñado los prismáticos y he echado otra mirada. Parecía que las criaturas se hallaran en estados diversos de descomposición, pero no tan avanzada como habría sido de esperar. Se veían relativamente recientes, no como algo que llevase nueve o diez meses muerto. Como a eso se sumaba que se movían con mayor rapidez que los muertos vivientes que había encontrado antes, he llegado a la conclusión de que el explorador (por así decirlo) radiactivo que yo había neutralizado antes había sido tan sólo el primero. Un río de mortíferos muertos vivientes venía hacia nosotros.

He examinado y vuelto a examinar el M-4 en tres ocasiones y he probado los bips del dispositivo láser en el momento en el que Saien me gritaba:

—Quinientos metros.

Ya los oía. Sus gemidos lastimeros y sus aberrantes sonidos se oían cada vez con mayor fuerza. No podía dejar de mirarles. He visto por los lentes que examinaban un coche abandonado por si encontraban algo de comida y luego pasaban al siguiente. El coche que se encontraba un

trecho de carretera más allá ha sufrido sacudidas de un extremo a otro cuando el ejército ha pasado de largo tropezando con él. Saien se ha agachado para abrir su mochila y ha empezado a sacar algo que llevaba dentro. No he tenido tiempo para preguntarme qué sería lo que quería hacer, pero sí sabía que Saien no podría contener a los muertos vivientes con su arma.

Entonces ha empezado a disparar.

Le he gritado y le he preguntado qué coño hacía.

—Me cargo a los más rápidos.

Le he dicho que dejase de disparar de una puta vez, ya que no conseguiría más que confirmarles que nos encontrábamos allí. Pienso que era yo quien tenía razón, porque el sonido que nos llegaba a los oídos ha cambiado de tono después de que se hayan acallado los ecos de su último disparo.

—¡Trescientos cincuenta metros!

He sacudido el vehículo varias veces seguidas con el hombro, porque me ha parecido que así el líquido para tratamiento de gasolina actuaría con mayor rapidez en el depósito. Las criaturas estaban lo bastante cerca como para dispararles con el rifle. Me he decidido a recurrir al Reaper. Era nuestra única esperanza de ganar tiempo mientras el líquido de tratamiento hacía su efecto. He empleado los prismáticos para calcular la distancia, y a fin de confrontar mis estimaciones con las de Saien, he enfocado a las criaturas. Al verlas a través del cristal, me he dado cuenta de que la estimación de Saien acerca del número de criaturas que venían hacia nosotros era más ajustada a la realidad que la mía.

He activado el láser... Biip... biip... biip...

... un tono constante. La llovizna y el sudor me resbalaban por la frente y se me metían en el ojo, y me provocaban escozor mientras me esforzaba por apuntar con el láser a cincuenta metros por detrás de la masa frontal de criaturas.

Por un instante, me ha parecido ver el proyectil que descendía siguiendo una trayectoria balística hasta la masa de criaturas. La explosión ha sacudido la tierra a doscientos metros de distancia del coche, y la mayor parte de las criaturas han caído a tierra.

Le he gritado a Saien que se lo explicaría más tarde, y él ha asentido y ha vuelto a agacharse sobre la mochila. No ha dejado de observar por la mira del rifle de francotirador, mientras yo, una vez más, intentaba arrancar el coche. He observado a la multitud y he calculado que por lo menos cincuenta de las criaturas volvían a ponerse en pie y avanzaban una vez más hacia nosotros. He repetido el procedimiento para realizar el puente y lo he revisado todo para asegurarme de que todos los cables y extremos estuvieran conectados.

—¡Ciento cincuenta metros! ¡Rápido!

Saien se había puesto muy nervioso y me ha transmitido su violenta emoción. Las manos me han comenzado a temblar mientras examinaba los cables y conectaba la corriente al cuadro de instrumentos. Saïen ha arrojado su rifle al asiento de atrás, ha metido las manos en la mochila y ha sacado un MP5 con silenciador.

Entonces me ha dicho con su acento del Próximo Oriente:

—¡Arranca el coche, Kilroy!

He conectado la corriente al cuadro de instrumentos y he arrancado de nuevo el coche, empleando probablemente en ello hasta la última pizca de corriente eléctrica que quedaba en la batería. El coche ha pegado una sacudida, dos, y, a la tercera, el motor ha arrancado. El sonido más melodioso que haya oído en mi vida. He pisado hasta el fondo el pedal para poner en marcha el motor, con la idea de que así se aceleraría la carga de la batería. He saltado del coche, he cogido los paneles solares y los he arrojado a los asientos de atrás, encima de las cosas de Saïen.

En cuanto me he acomodado en el asiento del conductor, Saïen ha abierto fuego contra los muertos vivientes que se acercaban. Yo ya tenía la pistola sobre las rodillas con cargadores extra a punto. He puesto la marcha atrás, he empezado a retroceder y le he dicho a Saïen que lo dejara y que entrase dentro del coche.

Ha actuado como si no me oyera, porque disparaba sin cesar contra los muertos vivientes. Liquidaba siempre al más rápido, pero sólo para que otro también rápido ocupara su lugar. Las criaturas estaban ya muy cerca. Nos iban a arrollar en pocos segundos si Saïen no subía al coche. Le he gritado con todas mis fuerzas. Le he amenazado con abandonarle si no dejaba lo que estaba haciendo.

Finalmente ha salido de su ensimismamiento, ha disparado un último cartucho a un muerto viviente de los veloces que se hallaba a menos de quince metros de nuestro coche y ha saltado al automóvil en marcha. He acelerado con los ojos puestos en el retrovisor y he dejado atrás a las criaturas. Casi alelado, le he hecho un comentario a Saïen sobre la velocidad que podían alcanzar esas criaturas.

Me ha respondido con dureza:

— Eso no es rapidez, amigo mío.

No me ha hecho más comentarios, y a decir verdad, yo tampoco quería oírlos.

He girado con el coche, he puesto la marcha adelante y he pisado el pedal hasta el fondo para escapar de la multitud que avanzaba. El sol estaba bajo y teníamos que encontrar un sitio para aparcar el vehículo. Mientras íbamos en el coche, Saïen me ha contado que vio al C-130 arrojar el paracaídas, y que me observó mientras manipulaba el equipamiento y entraba en la casa abandonada donde había reorganizado mis cosas. Llevaba tiempo siguiéndome la pista. Saïen no me ha dicho nada concreto

sobre su supervivencia, y tampoco sobre el tiempo que pasó en Afganistán. El lanzamiento de bombas desde el avión no tripulado Reaper que yo mismo había activado con el láser no ha salido en la conversación, pero parece un hombre lo bastante inteligente como para que no se le escape algo de esa magnitud. He mirado sin cesar los indicadores del motor y el combustible para estar seguro de que este viejo coche aguantará durante su viaje hacia el sur.

Parecía que cada diez o quince kilómetros tuviéramos que detenernos frente a una barricada que bloqueaba la carretera. En algunos casos no nos ha resultado nada difícil rodear los montones de chatarra, mientras que en otros han estado a punto de detener nuestro avance. Habríamos necesitado un camión con montacargas, o con una buena cadena de remolque para sacar los obstáculos de la carretera. La tercera y cuarta barricadas que hemos hallado en nuestra búsqueda de refugio eran claramente deliberadas: una barrera contra salteadores y forajidos que murieron hace tiempo. Los vehículos estaban cubiertos de agujeros de bala de gran calibre, y en el lado de los defensores habían quedado sus esqueletos. Dos rifles AK-47 oxidados se pudrían en el suelo. Teníamos que detener el vehículo de todos modos a fin de estudiar el procedimiento que seguiríamos para rodear la chatarra, por lo que he bajado del coche y he recogido el AK aprovechable (el otro estaba casi destruido). El único daño que había sufrido el arma era un agujero de bala que le había atravesado la madera de la culata, y la herrumbre que había recubierto todos los componentes de metal. Como no lograba abrir el obturador, lo he golpeado contra los restos de uno de los coches. Después de un par de intentos, el obturador se ha abierto y un cartucho ha caído del arma. He ido por los restos de una moto, he destrozado el indicador de aceite que llevaba en un costado del motor y le he dado la vuelta a la máquina para que el aceite se vertiera. He tomado aceite con la palma de la mano y lo he derramado generosamente sobre las juntas del obturador del AK-47.

He sacado el cargador y lo he abierto y cerrado diez veces. He vuelto a colocar el cartucho en el cargador y he guardado el arma en el asiento trasero del coche. El cargador estaba lleno. He sacado el cargador del AK irrecuperable y lo he dejado también en el asiento de atrás. Voy a cargar peso extra, porque ahora ya no tengo que llevarlo a las espaldas. Al cerrar la puerta de atrás, Saïen ha vuelto del montón de chatarra y me ha dicho que podríamos rodearlo sin problemas. Cuando he vuelto a entrar en el vehículo, una parte de mí pensaba que el sol se acercaba al horizonte y que mi Reaper estaba vado y debía regresar a su base. Mientras avanzábamos en línea curva por la carretera, no hemos dejado de esquivar escenarios de últimas batallas. En algunos de los coches se veían los restos de los muertos vivientes que aún se movían dentro de sus ataúdes transparentes, aunque abrasados por el sol y putrefactos.

De camino por el borde de la carretera, hemos llegado a un concesionario de coches nuevos. Los coches aún estaban alineados junto a la carretera. Antes de que el mundo se fuese a la mierda, los

aparcamientos tenían siempre una imagen uniforme, con los vehículos alineados en hileras perfectas. Los aparcamientos transmitían siempre una sensación de orden y limpieza. Ahora volvamos al presente: muchos de los coches tienen los neumáticos deshinchados y las hileras que en otro tiempo estuvieron perfectamente alineadas hacen pensar ahora en una desordenada acumulación de automóviles en un desguace. El granizo y el resto de los elementos se han cobrado su tributo. Faltaba media hora para que oscureciese. Saïen y yo hemos hecho los preparativos para aparcar en la sala donde se exponían los coches a la venta, para dormir con relativa seguridad y, al mismo tiempo, para tener la posibilidad de huir del edificio con pocos riesgos si nos encontrábamos con un enjambre como el de antes en la carretera. Con el hacha y la cinta aislante de Saïen hemos logrado abrir la puerta corredera que llevaba a la sala de exhibición. Hemos montado las rampas e inspeccionado la sala en busca de peligros. Saïen ha empuñado el MP5 que abandoné previamente y hemos ido de habitación en habitación por los despachos de venta. No hemos encontrado ni rastro de una sola persona en todo el concesionario. Hemos bloqueado las puertas traseras con trastos propios de una oficina (cajas viejas repletas de papel y cosas por el estilo) para que nada pudiese entrar mientras dormíamos.

La puerta de atrás tenía una tranca para evitar que entraran indeseables durante la noche. Antes de ponerla en su sitio, he abierto la puerta para ver lo que había detrás de la sala de exhibición. Me he encontrado con el área de mantenimiento, pero, al no contar con la luz del día, no podíamos salir a inspeccionarla. He cerrado la puerta y he colocado la tranca en su sitio. Se habría necesitado un ariete para derribarla. He dado marcha atrás con el coche hasta la sala de exhibición y he cerrado las puertas correderas de cristal. Saïen y yo íbamos a quedar aislados del resto del mundo durante la noche. Antes de retirarnos a dormir, me cercioraré de que el cargador solar esté conectado al teléfono, para anticiparme a la salida del sol y al posible contacto de mañana.

He sacado una de las cuerdas del paracaídas y le he sujetado varios cargadores de M-4 con cinta aislante, para poder llevármelos con facilidad si llega un momento en el que tengo que correr y abrirme paso a tiros. Mañana, Saïen y yo visitaremos el aparcamiento y nos llevaremos las materias primas que necesitamos para poner a punto el coche. He encontrado mapas de carreteras apilados en un rincón. Debían de regalárselos a los compradores de coches nuevos. Son del año pasado, pero algo me dice que no deben de haberse construido muchas carreteras nuevas desde que salieron de imprenta.

En el tiempo libre que he pasado en el concesionario he estudiado varios de los mapas que me lanzaron en paracaídas. Están cubiertos de cuadrícula militar. El mapa se imprimió con un láser y se notaba la presencia de un oscuro lenguaje para máquinas. Había una leyenda en la parte de atrás y le he dado la vuelta una y otra vez. Entonces se me ha activado un mecanismo y se me ha encendido una bombilla en el cerebro.

El área donde me lanzaron los suministros estaba marcada con una S, probablemente de "suministros". La letra S estaba atravesada por una línea diagonal, que probablemente quería decir que el lanzamiento ya había tenido lugar. Había otros puntos en el mapa con una S que parecía seguir una ruta lógica en dirección sur hasta el Hotel 23 (en un área de 32 kilómetros a uno y otro lado de una línea recta). No se había trazado ninguna diagonal sobre éstos, por lo que probablemente indicaban lanzamientos que íbamos a encontrar más adelante. Había áreas marcadas con el símbolo de la radiactividad. Dallas era una de las áreas marcadas, igual que varias otras que se hallaban en nuestro camino, y que probablemente desprendían radiación suficiente para activar los sensores nacionales. En teoría, podía tratarse de cualquier cuerpo grande y denso, como una grúa o un camión de bomberos, que hubiese acumulado radiación suficiente como para conservarla y liberar cantidades residuales. También podía tratarse de un grupo grande de esas cosas, como los que hemos visto hoy, aunque dudo que un mapa relativamente actualizado (en tiempo real) me fuera muy útil para localizar a una masa como ésa.

Preocupaciones varias: cargar el teléfono, volver a hacer el puente en el coche, el aparcamiento, reorganizar el equipaje y entregarle sesenta cartuchos de nueve milímetros a Saïen.

## PRECIO RECOMENDADO POR EL FABRICANTE

**21 de Octubre**

12:00 h

Cuando mis ojos se han acostumbrado a la luz que se reflejaba sobre el polvoriento suelo de la sala de exposición, he visto a Saïen tumbado sobre su mochila con ruedas, rifle en mano, atento a lo que sucedía en torno al concesionario. Habría sido un absurdo tratar de disparar a través del grueso cristal, así que me he imaginado que tan sólo quería asegurarse de que no sucediese nada raro. El hombre seguía vivo, a pesar de haber recorrido cientos de kilómetros por un desierto apocalíptico hasta llegar a donde está hoy. No estoy cualificado para juzgar sus métodos y, aunque lo estuviera, el cansancio me lo impediría.

Me he aclarado la garganta para llamarle la atención. Ha tardado unos segundos, pero entonces ha vuelto la cabeza para hablarme en susurros, y me ha dicho:

—¿Qué quieres, Kilroy?

No tema ganas de explicarle que no me llamo Kilroy, ni tampoco me apetecía impartirle una clase sobre la historia de Estados Unidos y de ese personaje, que le habría aprovechado tanto como una sesión sobre la historia de los mayas.

—Saïen, tenemos que registrar el aparcamiento y conseguir cables para hacerle otro puente al Chevrolet y proseguir con el viaje —le dije.

Saïen me ha mirado como si fuese idiota y me ha contestado:

—¿Por qué no cargamos la batería y tratamos la gasolina de uno de los vehículos nuevos aparcados aquí?

Aunque me ha costado sobreponerme a la vergüenza, he tenido que reconocer que su propuesta tenía mucha más lógica que pasarse un día entero para hacerle el puente a un coche familiar antiguo. Sería mucho más fiable arrancar el vehículo de la manera prescrita, y si era nuevo, reduciríamos el riesgo de una posible avería en tierra de nadie.

A pesar de todo, tendríamos que cargar igualmente la batería del vehículo que nos lleváramos del concesionario. En el aparcamiento había un buen número de vehículos híbridos, pero la mayoría eran pequeños.

—Otra pregunta, Kilroy: ¿Por qué escribes ese libro? ¿Por qué es tan importante como para que metas la nariz entre sus paginas cada vez que nos detenemos? Te vas a morir escribiendo ahí, ¿sabes?

No estaba seguro de cómo responderle. Le he dicho, sin más:

—Esto me ayuda.

Creo que ha entendido lo que quería decir.

Saien y yo hemos analizado el tema de los vehículos y hemos llegado a la conclusión de que un híbrido reduciría a la mitad el consumo de gasolina, pero que, por otra parte, sería preferible un todoterreno con cadena y capacidad de remolque para sortear los coches y obstáculos varios que nos bloquearían el camino hasta que hubiésemos llegado a nuestra meta. Durante la conversación, me he dado cuenta de que lo que me había parecido una manta enrollada y sujeta a la mochila de Saien tenía adornos muy vistosos. Parecía una alfombra oriental. No conocía a Saien, así que mi primera suposición ha sido que era musulmán y que llevaba la estera para rezar. Desde que dejamos de luchar, parece turbado y veo el conflicto en sus ojos.

Le he propuesto que eligiéramos un vehículo para empezar con el proceso de carga y tratamiento del combustible, y se ha mostrado de acuerdo. Hemos decidido que, antes de marcharnos, registraríamos el aparcamiento y el área de mantenimiento del concesionario por si descubríamos alguna amenaza al acecho. Saien ha puesto un cargador nuevo en el MP5, y yo también estaba a punto cuando ha abierto la puerta. Allí no había nada, salvo el apocalíptico silencio que todavía me tortura los nervios. El área posterior del concesionario estaba resguardada por una valla metálica. Saien y yo hemos recorrido el perímetro y no hemos visto nada en el exterior del área de mantenimiento, salvo el cadáver de un perro que no había logrado escapar con vida del área vallada. Por el motivo que sea, me ha causado una pena que hacía mucho tiempo que no sentía. Me he imaginado al pobre animal sediento, incapaz de comer ni de beber, y muriéndose allí, tumbado en el suelo, en absoluto desconsuelo.

Absorto en estos pensamientos, no he visto a la criatura que se acercaba por el otro lado de la valla. El sonido chirriante que ha emitido al vernos me ha hecho regresar a la realidad e, instintivamente, he levantado el arma y le he apuntado a la frente con el punto rojo. Por supuesto que la criatura no ha reaccionado de ningún modo, sino que ha avanzado hasta la valla, la ha golpeado y ha retrocedido. He bajado el arma, la he dejado en bandolera y le he dicho a Saien que liquidase a la criatura con el MP5 para evitar el estruendo del M-4. Pero, acto seguido, le he dicho que no lo hiciese porque yo quería practicar con la Glock. Le he puesto el silenciador y he disparado dos balas al pecho y una a la cabeza



de la criatura, al estilo Mozambique. No tenía ninguna razón especial para emplear los dos primeros cartuchos; simplemente me ha parecido que me convenía practicar. Uno de los cartuchos que he apuntado al pecho de la criatura ha causado daños en la valla, pero, de todos modos, ha tenido fuerza suficiente para hundírsele entre las costillas.

He dejado el rifle en bandolera y he dado una vuelta por el perímetro con la pistola en alto. No había más criaturas en las inmediaciones. He observado el campo circundante al concesionario con los prismáticos. He visto a dos criaturas, pero se alejaban de mi posición. Si estamos atentos a los sonidos, no debería pasarnos nada... a menos que topemos con otra multitud.

La puerta por la que se accedía a la administración del aparcamiento estaba cerrada con llave. Saïen y yo hemos mirado por la ventana y hemos esperado un rato para estar seguros de que no hubiese movimiento en el interior. Me he pasado tanto rato con la cara pegada a la ventana que el cristal se ha empañado, y no ha tenido ya ningún sentido quedarse allí. Si había algo, no se movía, o estaba muerto de verdad. Saïen ha tomado de la mochila un pequeño estuche de cuero, rectangular, con cremallera, y ha sacado de éste una ganzúa y una llave de tensión. Me ha dicho entre dientes —porque sostenía con ellos una ganzúa de otro tipo— que lo cubriese mientras trabajaba. Al cabo de unos segundos ha abierto la puerta y ha vuelto a guardar los instrumentos. Hemos entrado con las armas a punto. He llamado en voz baja para preguntar si había alguien dentro. Sabía muy bien que no íbamos a encontrar a ninguna criatura viva, pero si había en el interior algún muerto capaz de andar, reaccionaría a mi voz, y con ello delataría su propia ubicación.

Lo único que hemos encontrado en la habitación ha sido polvo, moho y un corcho en la pared. En el corcho había notas escritas a mano y mensajes de la primera semana de enero. Una de las notas escritas a mano declaraba «Ha llegado el fin» y otra, «Ha llegado la hora del arrepentimiento». Había páginas de Internet impresas con los titulares de cuando el mundo empezó a desmoronarse. Iban desde: «¿Qué repercusión tendrán los muertos en la economía?» hasta «Si queda alguien, que lo lea.»

Este último artículo procedía de la edición digital del Wall Street Journal. Me ha parecido interesante y lo adjunto aquí:

Si queda alguien, que lo lea

Saludos a todo el mundo. Me llamo... ah, y qué importa cómo me llame... trabajo en el Wall Street Journal. No soy columnista, ni escritor, ni periodista de ningún tipo. Soy el jefe de sistemas del Wall Street Journal. Nuestros generadores funcionan al 37 por ciento de su capacidad y tengo la sensación de que si no publico ahora esta historia, no se va a publicar jamás. En los inicios de la epidemia nos quedamos sin suministro eléctrico en Nueva York.

La red es tan mala que ya era una maravilla que funcionase antes de que sucediera todo esto. Pero ahora quería escribir sobre otra cosa.

¿Cómo es que todavía estoy aquí? Magnífica pregunta. La compañía me ha dicho que, en este edificio, la situación estaba bajo control y que me iban a conceder un ascenso por haber cuidado de los servidores y haberme ocupado de los problemas de red durante la crisis. Se encargarían de mi familia, y la compañía había mandado agentes de seguridad armados a mi casa para socorrerles. En el momento en que me he dado cuenta de que ya no había nadie que tuviera el control de todo esto, era demasiado tarde para marcharse.

No tengo ninguna duda de que mi familia ha muerto, igual que el resto de la ciudad. Estoy a salvo en el cuarto de servidores y puedo deciros, con toda sinceridad, que estoy muy contento de que contáramos con gruesas puertas de acero para proteger los servidores, porque si no fuesen de acero grueso, ya estarían destruidas. Lentamente, me voy volviendo loco por los metódicos (eso sería discutible) e implacables golpes. Ayer se me terminó el agua y he tenido que apagar uno de los servidores refrigerados por agua para beberme la de sus tubos de refrigeración. Contienen exactamente 5,6 litros de H<sub>2</sub>O en circuito cerrado. Tenía mal sabor, pero me ha mantenido con vida. En estos momentos estoy pensando una manera de evaporar mi propia orina con el calefactor a fin de obtener agua potable. Con la ayuda de un teleobjetivo y una cámara digital que conseguí antes de encerrarme en este sitio, escruto por la ventana las calles de "Nueva" Zoo York.

Hace una semana que no veo a una sola criatura viva. Lo último que vi allí abajo fue un agente de policía en plena fuga. Le saqué una foto con la cámara, a modo de recuerdo de la última criatura viva en las calles de Nueva York.

De acuerdo con el cable de noticias intercontinentales que he recibido ahora mismo, la información que llega desde Europa nos da a entender que en ese continente se encuentran todavía peor que en Estados Unidos, si es que eso es posible. Lo mismo sucede con el Reino Unido. Parece que la decisión que tomaron hace varias décadas de desarmar a sus ciudadanos no resultó ser acertada al surgir este problema. Por supuesto que no pretendía escribir un artículo tendencioso, ni adoptar posturas políticas, pero es que ahora mismo me encantaría tener un rifle en las manos. Si algunos de los que me leéis estáis a salvo y tenéis las armas a punto, os envidio. No creo que logre escapar de esta torre de marfil. Tendría que atravesar docenas de pisos para llegar a la calle, y ¿para qué? En cuanto llegase a la calle tendría que echarme a correr, pero ¿hacia adónde?

¿Acaso los gurús informativos del gobierno se han encargado de dar las noticias? Sí, qué diablos, sí lo han hecho. Soy testimonio ocular. En fecha tan temprana como el 3 de enero ya nos habían ordenado que no informáramos de los anómalos sucesos que tenían lugar en otros continentes, ni de la situación en Extremo Oriente. Tuvimos nuestro propio «hombre de negro», que se presentó en el edificio y supervisó todas las noticias que publicábamos con su rotulador negro marcha Sharpie, y que se saltó la Primera Enmienda como si fuese una regla del Scrabble.

De eso ya hace tiempo, y las familias de a pie ya se habían dado cuenta de que se avecinaba un desastre. No es imposible censurar las noticias, pero, en cambio, sí lo es censurar Internet. Las webs de vídeos y las redes sociales andaban llenas de filmaciones realizadas con teléfono móvil y fotos en las que se plasmaba la realidad. He archivado todas las que he podido en el servidor NYT2, que se encuentra fuera de aquí, en nuestro grupo de servidores espejo de Wichita, Kansas. Ese servidor es muy sólido y conservará los datos mucho después de que las luces se apaguen en el Medio Oeste. No he podido olvidar algunas de esas fotos. Recuerdo que en Estados Unidos había quejas por el precio del petróleo antes de que todo esto ocurriera. He visto una foto subida desde un teléfono móvil en la que aparecía un cartel de tres dólares el litro. Una semana después corrían rumores de que estaba a punto de subir hasta los veinticinco dólares el litro. Una mujer que había quedado atrapada en el furgón de una unidad móvil de noticias en Chicago dejó grabados sus últimos días en Internet mediante su teléfono móvil. Estaba rodeada, acorralada, y le habían destrozado una de las ventanas del furgón, y tres de esas cosas estaban al otro lado de la ventana y trataban de entrar. Se estaban comiendo al conductor mientras la reportera lloraba y decía sus últimas palabras, y se disponía a abrir la puerta trasera y a saltar entre la multitud, en un intento por escapar.

Soy el último que queda con vida en esta planta. No puedo bajar a la calle ni escapar. Os deseo buena suerte a todos los que sigáis con vida. Si alguno de vosotros lo lee y se encuentra en la misma zona, por favor, que pase a visitarme y ponga fin a esto.

Aún con vida,

G. R, Administrador de Sistemas

Wall Street Journal-Departamento de Informática

Saien y yo hemos registrado las oficinas del área de mantenimiento hasta el último rincón, y luego hemos pasado a las instalaciones de

mantenimiento propiamente dichas. Después de registrarlas y llevarnos unos pocos artículos ligeros que podríamos emplear más adelante, hemos buscado la caja de llaves del concesionario para arrancar nuestro próximo coche. Tras valorar los pros y los contras de varios vehículos, Saïen y yo nos hemos decidido por una camioneta diésel de cabina extendida. Parecía nueva y tenía pinta de funcionar bien, salvo por el neumático anterior derecho, que estaba algo deshinchado. Era evidente que el compresor del garaje no iba a funcionar sin electricidad, así que tendríamos que encontrar uno de esos compresores ligeros para coches baratos en algún momento de nuestro recorrido, o emplear un gato mecánico y llenar el neumático con un fuelle de bicicleta.

Por sorprendente que parezca, no había ningún cable de arranque en las instalaciones, y aunque lo hubiese habido, arrancar otro coche con cables nos habría resultado demasiado costoso en cuanto a decibelios. Saïen ha montado guardia mientras yo sacaba la batería del Ford y la conectaba a los cargadores. Habría querido aprovechar la gasolina del Chevrolet, pero no nos iba a servir de nada en un motor diésel. Podríamos pasarnos aquí un día entero mientras la batería se carga bajo el sol. He puesto el cargador solar sobre la camioneta y lo he desnivelado con unos calzoncillos sucios para orientarlo hacia el sur. Al cabo de un período de carga sin interrupciones, la batería tendría que funcionar. Ojalá tuviese los medios y la habilidad para instalar alguna mierda delante del parabrisas al estilo Mad Max, porque así Saïen y yo tendríamos un accesorio que nos duraría todo el viaje y desde el que podríamos disparar sin tener que correr riesgos. He analizado todos los elementos del vehículo que me han parecido relevantes. El aceite parecía estar bien, al nivel correcto, y me ha dado la impresión de que la llave que habíamos sacado de la caja arrancarían el automóvil sin problema alguno. La rueda de repuesto que llevábamos en la parte de abajo estaba entera e hinchada. He consultado una y otra vez el reloj. No quería perderme posibles mensajes durante el período de conexión por satélite. Como empleábamos el cargador solar en la batería de la camioneta, he tenido que mantener apagado el móvil hasta que ha empezado el período de conexión.

Hay algo raro en toda esta historia de Remoto Seis. No hay nada que me encaje. El extraño líquido para tratamiento de gasolina, el sistema de señales para el Reaper y ese extraordinario cargador solar que carga las baterías a una velocidad imposible para los paneles solares comerciales que tenía instalados en mi casa.

El precio recomendado por el fabricante para la camioneta era de 44.995 dólares. En la misma etiqueta decía que el consumo en carretera sería de quince litros por cada cien kilómetros. El manual de instrucciones decía que el depósito podía tener capacidad para cien litros diésel. Con mis matemáticas mentales, he calculado que con un depósito sobrepasaríamos los seiscientos kilómetros. El Hotel 23 está a algo más de trescientos kilómetros. Así pues, podría llegar a casa llenando una sola vez el depósito.

Me he estudiado el manual, sobre todo en lo que atañe al cambio de neumáticos. A veces los fabricantes dan instrucciones absurdas para desenganchar el neumático de repuesto y cosas así. Como era de esperar, se requería que el propietario de la camioneta montara una especie de dispositivo para extraer el neumático desde la parte de atrás del vehículo. No me ha parecido que ese método tuviese ninguna utilidad y sabía que podía darnos problemas si nos veíamos en la tesitura de tener que hacer una parada en boxes estilo NASCAR en plena carretera. Por ello, he soltado el neumático de repuesto y lo he metido en la plataforma trasera, porque es muy espaciosa. También me he tomado mi tiempo para inspeccionar los puntos en los que se instalarían los gatos. He encontrado una cadena de remolque en el garaje y también la he cargado en la plataforma, porque nos ayudará a despejar las montañas de coches apilados. También he descubierto una lata de café repleta de bujías viejas y le he pedido a Saïen que extraiga toda la cerámica que pueda de las bujías y que se esfuerce por que las piezas sean lo más grandes posible. Puede que más adelante las piezas de cerámica nos sirvan para forzar alguna puerta.

De repente se me ha encendido una bombilla y he desconectado la batería cargada del Chevrolet y la he llevado hasta la camioneta. Las dos baterías no eran del mismo modelo, pero se me ha ocurrido que de todos modos podríamos intentarlo. Saïen utilizaba unas pinzas de presión para aplastar la cerámica de las viejas bujías mientras yo hacía mi experimento de ciencias. Antes de dedicarme plenamente a mi intento, he dado otra vuelta por el perímetro para asegurarme de que no corriéramos el peligro inmediato de que nos asaltara una horda. De nuevo en la camioneta, he instalado la batería del Chevrolet en lugar de la otra. He conectado los cables de la batería como he podido y me he sentado al volante para ver lo que pasaba. He dado al contacto para que se encendiese el cuadro de instrumentos y pudiera ver cuánto combustible llevábamos. He tenido la grandísima alegría de encontrarme con el depósito casi lleno. El diésel no es tan refinado como la gasolina y por eso tiene un período de vida más largo, y me he decidido a tratar de arrancar la camioneta sin tratar el combustible.

Le he dicho a Saïen lo que pensaba hacer, para que así discutiéramos los pros y los contras de arrancar el vehículo y arriesgamos a llamar la atención. Debían de ser las once cuando hemos cargado la plataforma del vehículo y hemos tratado de arrancar. Hemos pensado que si el ruido no atraía a los muertos vivientes, nos quedaríamos un rato más para asegurarnos de que habíamos empaquetado bien todo lo que llevábamos y que todo lo demás estaba en orden.

He girado la llave en el contacto y el motor ha emitido ruidos durante unos cinco segundos antes de arrancar. Entonces se me ha ocurrido otra solución para la batería. Me he puesto los guantes y he vuelto a conectar la batería recién salida de fábrica a la camioneta mientras el motor de ésta funcionaba con el fin de cargarla con el alternador, y no con los

paneles solares. El alternador del vehículo cargaría la batería muerta mucho antes que la luz solar, por bueno que fuesen los paneles.

Después de volver a colocar en su sitio la batería de la camioneta y bajar silenciosamente el capó, he hecho otra ronda por el perímetro. No he visto actividad por ninguno de los terrenos que circundaban el concesionario. Al consultar los mapas, he hecho una estimación de unos trescientos setenta kilómetros de viaje hasta llegar al H23. Si empleábamos el aparato adecuado, podíamos contactar con ellos antes de llegar. John estaría atento a la frecuencia que se emplea para emitir señales de socorro en aviación, y ése sería el canal por el que podríamos contactar con el H23 lo antes posible. El problema sería encontrar una radio VHF que todavía estuviera en condiciones para la retransmisión. La batería iba a tardar entre treinta y cuarenta y cinco minutos en alcanzar un nivel de carga aceptable, por lo que he pensado que podíamos esperar una hora entera para estar más seguros. He abierto la puerta y he aspirado el olor a coche nuevo, que aún no había desaparecido después de tantos meses de abandono. He encendido la calefacción y he gozado del calor artificial que sentía en la mano. Cuánto tiempo hacía que no sentía nada parecido. Como lo llevábamos todo en la parte de atrás, podríamos dormir dentro de la camioneta, siempre que encontrásemos lugares apropiados para ocultarnos durante la noche. En otra camioneta hemos encontrado una colcha y la hemos trasladado a la nuestra. Hemos pensado que nos iría bien para que el equipaje no se mojara y no se nos colaran polizones no muertos. Lo siguiente ha sido retirar las luces de cola y todos los reflectores de la camioneta. Las únicas luces que me interesaba conservar eran las frontales, por si las necesitaba. Los muertos vivientes no eran el único enemigo. He cubierto con cinta americana todas las áreas expuestas a fin de evitar posibles cortocircuitos. La camioneta no volvería a quedar del todo bien si no se encargaba de repararla un soldador profesional, pero tendría que bastarnos para el viaje. He encendido la radio y he pasado revista a todas las frecuencias AM y FM.

Nada.

Nada que recordara la existencia de lo que en otro tiempo fue un abarrotado canal de información.

Saien y yo hemos consultado los mapas y hemos planeado nuestro próximo trecho en dirección al suroeste. No nos encontramos lejos de Carthage, tal vez a unos veinticinco kilómetros. Creo que será mejor que no nos acerquemos más. Tendríamos que seguir adelante por la Autopista 79 y luego girar hacia el sur para interceptar la 59. En la medida de lo posible viajaremos por carreteras rurales y entraremos en las principales tan sólo cuando sea estrictamente necesario. Los trescientos setenta kilómetros que he estimado antes iban en línea recta. Al examinar la red de carreteras impresa sobre el mapa, me he dado cuenta de que habrá que añadir tiempo y distancia a ese cálculo inicial. También hay que tener en cuenta que no podremos alcanzar las velocidades de hace un año, porque iremos encontrando chatarra y obstáculos de todo tipo. Hará un

par de años, mi primo James se estrelló con la camioneta contra un antílope y el vehículo quedó destrozado. Y eso que el animal no debía de pesar más de setenta kilos. Un choque contra un cadáver de noventa kilos podría ser nuestro fin. Los cadáveres no tratan de apartarse. Son como las polillas que vuelan hacia el señuelo luminoso de un matainsectos eléctrico. No les importa lo que pueda interponerse entre la luz y ellas, simplemente se sienten atraídas.

Entre todos los gráficos que me habían mandado con el paracaídas había una hoja de plástico transparente con dos manchas oblongas de color naranja, una tercera también de color anaranjado y asimétrica, y el símbolo de radiactividad en el extremo inferior derecho. Entonces me he dado cuenta de para qué servía. Lo he colocado sobre el mapa de la región y me ha indicado las áreas radiactivas que circundaban Dallas, San Antonio y Nueva Orleans. En las áreas de Dallas y San Antonio se indicaban daños en abundancia, pero en las de Nueva Orleans había una zona diezmada que cubría el sureste de Luisiana, el sur de Mississippi, una parte del sur de Alabama y la punta de Florida. Cuando llevaba un buen rato boquiabierto, Saien me ha preguntado qué me sucedía. Le he dicho que tenía amigos en todas esas zonas y que me había quedado alelado al tener en mis manos la prueba de que todos ellos debían de haber muerto. Me ha dicho que lo lamentaba, ha quitado el plástico de encima del mapa y me ha exhortado a seguir trazando planes. Yo confiaba en que, si colaborábamos, podíamos llegar en un día a las afueras de Carthage.

Mientras discutíamos el plan, me he dado cuenta de que Saien miraba de soslayo mi rifle. Yo sabía muy bien que Saien quería que le explicase cómo había provocado la explosión del día en que nos conocimos, así como la que se había abatido sobre los muertos vivientes que avanzaban hacia nosotros mientras arrancábamos el Chevrolet. Al final me he rendido y le he explicado una versión censurada de lo que sabía. Le he dicho que el lanzamiento en paracaídas se había hecho por orden del gobierno y que previamente había estado en contacto con lo que quedaba de dicho gobierno. Le he explicado que un avión no tripulado Reaper sobrevolaba nuestra zona, vigilando todos nuestros movimientos, atento a los objetivos que le marcara mediante rayo láser con el aparato que llevaba montado en el rifle. No me ha parecido que tuviese que hablarle del pequeño aparato de señales ni de la seguridad que me proporcionaba.

Le he enseñado el teléfono de Iridio y le he dicho que tan sólo era útil entre las 12.00 y 14.00 horas a causa del deterioro en la órbita del satélite. Me ha preguntado con quién me permitía comunicarme, y le he explicado que no hacía más que recibir mensajes de voz sintética acompañados por un informe de situación en forma de texto, y que aparte de eso sabía lo mismo que él. Le he dicho que me dirigía a un lugar en la vecindad de Nada, Texas, y que si quería ayudarme a llegar hasta allí, su colaboración sería bienvenida. Dado que San Antonio, su destino original, había sido destruido, he interpretado su silencio como que no tenía ningún otro sitio adonde ir. Como estamos a finales de octubre, nos hemos puesto

de acuerdo en encender una hoguera en el patio del área de mantenimiento para calentarnos. El frío de octubre se deja sentir, y la noche pasada había estado muy incómodo mientras trataba de dormir mis pocas horas de sueño.

Antes de que sucediera todo esto solía disfrutar de más ocho horas de descanso por noche. Ahora tengo suerte si logro dormir cinco. Duermo el mínimo indispensable, porque la mera idea de pasarme dormido la poca vida que me queda me hace sentir mal. He encendido el teléfono por satélite y aguardo una llamada.

21:00 h.

A las 13.50 horas ha llegado un mensaje que me mandaba desplazarme hasta el siguiente punto de avituallamiento marcado en el mapa, al suroeste de mi posición actual, y me indicaba que el lanzamiento tendría lugar mañana a las 15.00 horas. En el mensaje no se hablaba de Saïen ni de nada más. He desplegado el mapa y he marcado con un círculo la S que marca el lugar. De acuerdo con el mapa que tenía entre manos, esa zona estaba cerca de un pequeño aeródromo. Se encontraba al este de Carthage, cerca de la Autopista 79. Hemos hecho preparativos para marcharnos a primera hora de la mañana, para tener más posibilidades de encontrar el punto de recogida. No estoy seguro de cómo voy a localizarla, ni de cómo voy a llegar al punto indicado con un mapa que ofrece tan pocos detalles sobre el área/las coordenadas donde va a tener lugar el lanzamiento.

Hace unas pocas horas, Saïen y yo habíamos llegado a la conclusión de que teníamos que encender una fogata para guarecernos del frío de los últimos días de octubre. Al empezar el ocaso, he buscado leña al otro lado de la cerca. Hemos amontonado la leña y Saïen ha arrancado una página de un libro que llevaba en la mochila. Me he fijado en el título: Hitos en el camino. La cubierta era sencilla, y daba la impresión de que no era la primera página que arrancaba del libro para encender una hoguera. Parecía que le faltaran la mitad de las páginas originales. Hemos cocinado buena parte de los alimentos pesados que aún llevábamos y nos hemos llenado el estómago por adelantado para el largo día que nos espera mañana.

—Ya vuelves a escribir en tu libro.

—Por lo menos no le arranco las hojas.

—Buenas noches, Kilroy.

—Igualmente, Saïen... pero mejor que duermas con un ojo abierto, muchacho.



J. L. Bourne

---

Exilio

—Con los dos, amigo mío.

## BUGGY

**22 de Octubre**

9:00 h.

Estamos en la carretera desde las 7.00 horas y esquivamos sin cesar los restos de la tragedia. Hemos tenido que bajar de la camioneta media docena de veces para apartar coches que nos cerraban el paso. En la mitad de esas ocasiones hemos tenido que matar a muertos vivos. Lo que más me ha impactado ha sido un cadáver que todavía estaba amarrado a la camilla en el compartimiento de una ambulancia sin que yo me diera cuenta. Aunque no podía hacernos ningún daño, me ha dado un buen susto cuando he tratado de enganchar la cadena a la parte de atrás de la ambulancia y la maldita cosa ha levantado el torso en plan Drácula y ha tratado de agarrarme con la boca abierta. Yo no tenía ni idea de que estuviese allí dentro. Era horripilante, por supuesto, y tenía todo el cuerpo podrido, y será una entre las cientos de imágenes horribles que se me quedarán grabadas en la mente hasta el día en que me muera.

He empuñado la pistola, le he abierto un agujero en la cabeza y he cerrado las puertas de la ambulancia antes de que su espalda golpeará de nuevo la camilla. Al oír el disparo con silenciador, Saïen ha venido corriendo y me ha preguntado qué había sucedido. Le he dicho que no se preocupara, y que tenía que alegrarse de no haber sido él el encargado de enganchar la cadena en esa montaña de coches.

Hemos hecho una pausa en campo abierto, en lo alto de una colina. Saïen vigilaba mientras yo calculaba dónde nos debíamos de encontrar y la distancia a la que estábamos del aeródromo. La Autopista 79 es la ruta más corta, pero probablemente llegaremos antes por una carretera rural, por el mero volumen de coches que quedaron abandonados en las vías principales. Al mismo tiempo que sintonizaba los diversos canales AM y FM para ver si captábamos algo desde el terreno elevado, he limpiado lo mejor que he podido el AK-47 utilizable. He desmontado el arma y le he quitado la herrumbre con aceite y papel de lija que me había llevado del área de mantenimiento del concesionario. Tengo que decir que a veces parece que sujete alambre de espinos. He sacado el cuchillo y he alisado las astillas que quedaron en el agujero de bala de la culata, y lo he

raspado lo mejor que he podido. Como el agujero estaba en un lugar donde no molestaba mucho y el arma no tema bandolera, he agarrado un tramo de cuerda de paracaídas y he improvisado una, y he atado uno de sus cabos precisamente en el agujero de la culata. El arma estaba lista para entrar en acción, con aproximadamente cuarenta y cinco cartuchos divididos entre dos cargadores. He vuelto a untar con aceite toda su superficie y la he dejado en la parte de atrás de la camioneta, con un cartucho en la recámara y el seguro puesto.

He escrutado el área con los prismáticos y no he descubierto ninguna amenaza inmediata en ninguna dirección. El sol de la mañana brillaba en el cielo, pero no podía con el frío otoñal. Por el motivo que fuese, sentía mucho más frío que en los meses de octubre del pasado. Una vez hayamos recogido el siguiente paquete de suministros al este de Carthage, las áreas con elevada densidad de población que encontraremos después son Nacogdoches, Lufkin y, finalmente, Houston. Aunque viajáramos en el helicóptero, Baham no se atrevía a sobrevolar Houston. Es la ciudad más cercana que no sufrió tratamiento nuclear, y en la que podría haber supervivientes humanos, aparte de posibles millones de muertos vivientes. No cabe ninguna duda que ya estaría muerto, o no muerto, si nos hubiéramos estrellado en la ciudad de Houston.

19:00 h.

Estoy en la azotea del edificio de administración del aeródromo, al lado del extremo sur de la pista de despegue y aterrizaje, con Saien. Mis pensamientos se remontan a cuando estuve con John en la torre, hace ya varios meses, pero en este aeródromo no hay torre. La entrega se ha realizado de acuerdo con el plan, hoy a las 15.00 horas, con una complicación. El avión ha perdido el control y se ha estrellado en el extremo norte de la pista, a aproximadamente un kilómetro de aquí. Después de que la carga saliera por la compuerta, ha dado la impresión de que el avión no lograba estabilizar su centro de gravedad y se ha abalanzado de morro hacia la pista.

He visto que el morro se enderezaba en el último momento, pero ha sido demasiado tarde para salir del atolladero. El avión ha chocado contra el suelo y ha derrapado sobre la pista hasta que una de las alas se ha partido y el combustible ha empezado a derramarse. Entonces se ha bamboleado, la otra ala ha golpeado el hormigón y el aparato ha empezado a girar sobre sí mismo. En el momento en que se ha quedado inmóvil, había perdido las puntas de ambas alas y los dos motores habían salido disparados a unos trescientos metros en dirección hacia nosotros.

Saien y yo hemos ignorado la carga que había tocado tierra cerca de donde estábamos y hemos corrido hacia los restos del avión. Me ha

llamado la atención que el aeroplano no haya quedado envuelto en llamas, y en ese momento he pensado que el piloto debía de ser un cabrón con suerte. Eso es lo que pensaba hasta que me he encontrado enfrente del avión. No tenía ventanas. Parecía un puerco espín, porque estaba erizado de antenas, pero no tenía ninguna ventana. La compuerta por donde había soltado la carga aún estaba abierta. Le he pedido a Saien que me levantara en volandas para poder mirar adentro. Después de meterme en la zona de carga y aventar los humos que se desprendían del combustible (su olor no se marchará de mi ropa hasta que hayan pasado tres días), he tratado de llegar a la cabina del piloto. Por el camino me he dado cuenta de que el baño estándar del C-130 (con cortina) no estaba donde tenía que estar, y eso era otro indicio de lo que sucedía con el avión.

Había llegado al centro del fuselaje. Era difícil caminar por la densa humareda y porque el avión estaba ladeado, y era como moverse por una atracción de feria. No había una puerta que llevara a la cabina, tan sólo una cortina verde oliva. Al apartar la cortina, me he sentido como si estuviese a punto de conocer al Mago de Oz, pero, en realidad, can sólo me he encontrado con lo que había sospechado al contemplar el exterior del avión: no había piloto.

El avión no consumía oxígeno. Era un C-130 modificado para funcionar sin piloto, no muy distinto del Reaper que en ese mismo momento orbitaba sobre mi cabeza. Los mandos aún estaban ahí, pero no tenía asientos, ni ventanas con vistas al exterior. Había un rack de ordenadores con una conexión de fibra óptica que enlazaba con la aviónica. No he encontrado ninguna marca de fábrica en el equipamiento del avión. No había indicador de la presión de cabina entre los instrumentos, ni tampoco he visto tanques auxiliares de oxígeno. Parecía que hubiesen retirado todos los elementos innecesarios para que pudiese operar durante el máximo tiempo posible sin tripulación. Si consideramos que el avión debía de quemar unos mil ochocientos kilogramos por hora a máximo rendimiento, llegamos a la conclusión de que si llevaba el depósito lleno, habría podido venir desde cualquier parte de Estados Unidos. En el exterior no había identificación de unidad ni número de cola tipo BUNO/BORT. Estaba pintado con un diseño de camuflaje urbano de color azul marino y parecía que el mantenimiento fuese bueno.

He vuelto con Saien para que me diese su opinión sobre el aparato y sobre la situación en la que nos encontrábamos. Ambos nos hemos acercado una vez más a inspeccionar la cabina. Saien me ha confirmado que él tampoco había leído nunca nada sobre ordenadores conectados a la aviónica por medio de fibra óptica, ni había oído hablar de ello. La humareda empezaba a afectarme y me hacía olvidar una vez más las causas y los efectos. En el interior del avión estaba muy oscuro, tan sólo había unas luces rojas, que probablemente se empleaban para que el equipo de mantenimiento pudiese entrar a preparar su informe después de cada aterrizaje.

He tomado unas redes que habían quedado en la zona de carga y las he transformado en escalerilla para poder bajar de la compuerta medio cerrada sin torcerme un tobillo ni hacerme ninguna lesión aún peor. Mientras bajaba por la escalerilla, el aire fresco de la tarde me ha soplado de cara y mi cerebro ha empezado a recobrase de los humos del avión.

He contemplado con relativo aturdimiento cómo Saien bajaba también.

Al pensar en el choque, he comprendido que el estrépito había sido notable, así que no cabía ninguna duda de que tendríamos compañía cuando cayera la noche. Nos hemos montado en la camioneta y nos hemos lanzado a 160 por hora por la pista de rodaje, sin encontrar obstáculos en 1200 metros. Mientras regresábamos al lugar donde se había posado el paracaídas, hemos vuelto a hablar del avión no tripulado y de las implicaciones del siniestro. Hemos llegado al sitio donde se había posado la carga y hemos visto en seguida dos palés: uno pequeño y otro grande.

Encima del grande había un vehículo envuelto en plástico. La única marca que se leía en el paquete eran las letras DARPA (siglas inglesas de Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa) grabadas sobre las piezas de metal. Saien y yo hemos sacado las navajas, hemos empezado a cortar el envoltorio de plástico y hemos hecho acopio de cuerdas de paracaídas, redes y otros materiales empleados en el lanzamiento de la carga.

El vehículo era un buggy para circular sobre la arena del desierto, con una pesada jaula antivuelcos y una gruesa pantalla de metal soldada sobre los asientos de pasajero/conductor. Atrás, sobre el motor, había un sitio para viajar de pie, un poste soldado a la jaula, provisto de correas para impedir que el viajero se cayese. También había lo que parecían ser dos soportes de ametralladora. El vehículo podía transportar hasta tres personas, con poco o ningún equipo. Llevaba un depósito tipo «barril de cerveza» sobre el motor y pesadas ruedas de todoterreno. He subido al vehículo y he arrancado sin problema alguno. Luego lo he llevado detrás del edificio de administración del aeródromo, cerca de la escalera de mano por la que subíamos a la azotea, y he regresado para examinar el paquete más pequeño. Cuando he llegado, Saien cortaba ya las envolturas de plástico, casi sin aliento. No me ha parecido que nos quedara mucho tiempo hasta que los muertos vivientes empezasen a llegar. El siniestro había armado un estrépito mucho más fuerte que el disparo de una escopeta, incluso para quien lo oyera a un par de kilómetros de distancia, y los motores que habían saltado lejos del avión todavía crepitaban y crujían a lo lejos.

En el palé más pequeño había dos grandes cajas Pelican negras que tan sólo se podían llevar entre dos hombres, así como otra caja grande y pesada en la que estaba escrito: «Cartuchos Auto G.» Había también una caja más pequeña. En las grandes estaba escrito con estarcido: «Auto Gatling A» y «Auto Gatling B», respectivamente. Hemos cargado las cajas

en la plataforma de la camioneta y luego hemos vuelto a donde estaba el buggy para trazar planes para la noche. Con la ayuda de Saien he subido hasta el techo la caja marcada como «Auto Gatling A», y hemos dejado la B en la parte trasera de la camioneta. En vez de aparcar la camioneta cerca del buggy, la hemos dejado a un centenar de metros detrás del edificio, por si los muertos vivientes asaltaban la zona donde se encontraba la escalera de mano. Así, si teníamos que escapar del techo, podríamos tomar dos direcciones distintas. La caja más pequeña contenía, de acuerdo con las instrucciones que se encontraban dentro, un contador Geiger de largas distancias, que permitía efectuar mediciones desde lejos.

El buggy está aparcado al pie de la escalera de mano, visible desde la carretera, pero la camioneta (donde se encuentra casi todo nuestro equipo) ha quedado más disimulada. Después de subir lo más esencial al techo (comida, agua, recursos para guarecernos, armas), hemos abierto la caja Pelican para ver si merecía la pena cargar con su peso y tomarnos molestias por ella. En su interior hemos encontrado un arma que no había visto en mi vida. Parecía que Remoto Seis estuviese dispuesto a hacer grandes esfuerzos para proporcionarme todo lo que necesitase para seguir con vida. El arma era una ametralladora Gatling en miniatura, con sonido amortiguado, que disparaba ristas de cartuchos de pequeño calibre. Las instrucciones que nos habían enviado con el arma eran parecidas a las del láser del Reaper: explicaban su manejo, pero nada más.

La unidad llevaba un radar de baja probabilidad de interceptación que se complementaba con un sensor de imágenes térmicas que servía para disuadir y detener a los muertos vivientes. Era una máquina pensada para durar mucho tiempo y el diagrama indicaba varias opciones de empleo. Las instrucciones insistían en que la ametralladora no llevaba silenciador, sino tan sólo sonido amortiguado (no sé muy bien cuál es la diferencia).

La primera opción consistía simplemente en abrir la caja y orientarla de la manera indicada por las flechas, y entonces pulsar el interruptor; al estilo de una mina antipersona direccional Claymore. Todo lo que se moviera por debajo de los 32 °C se consideraría hostil y se neutralizaría de inmediato al ritmo de cuatro mil cartuchos por minuto, en ráfagas de cien por milisegundo. El radar del sistema empleaba un transmisor con consumo energético muy bajo (menos de medio vatio) y se consideraba efectivo para localizar a la víctima a una distancia máxima de doscientos metros.

El segundo método de empleo comportaba la instalación del aparato en el buggy. Las instrucciones decían que había que retirar las tuercas y sacar la unidad de la caja (radar, ordenador de dirección de disparo, batería y arma estaban ensamblados a una única barra de acero que se podía montar en el buggy). El tercer modo de empleo implicaba la utilización de las triples monturas de ensamblaje magnético y por ventosa que se encontraban en las cajas. La figura número uno del manual mostraba un esquema de las unidades montadas en tándem en lo alto del remolque de una camioneta, apuntando en direcciones opuestas, y en la

figura número dos aparecían las unidades instaladas enfrente de un edificio, sobre las monturas, que en esta ocasión se empleaban como trípodes.

Las especificaciones indicaban que, después de cada recarga, el arma tenía una hora de capacidad para empleo continuado como arma de tiro, y doce horas en el caso de que tan sólo se emplearan el radar y el escáner térmico. A continuación, el manual enumeraba imprecisas limitaciones del sistema.

Se decía que el sistema tenía dificultades para disparar contra agua en movimiento, ramas de árbol agitadas por el viento y aves en pleno vuelo. Esto último se debía a la incapacidad del sensor térmico para captar las estructuras del calor corporal de las aves, debido a su tamaño y a las limitaciones en el ángulo del radar. Después de ese apartado había una advertencia que desaconsejaba el empleo del sistema con una temperatura ambiente superior a 34 °C. El documento no explicaba el motivo. Como el sol estaba a punto de ponerse, Saïen ha bajado por la escalera de mano (yo le cubría) a buscar municiones para el arma, para que esta misma noche podamos ver qué tal funciona la primera opción. Si este aparato utiliza un radar aparejado con un sensor térmico para localizar a sus blancos, podremos emplearlo perfectamente de noche. Una última y siniestra advertencia destacaba sobre el papel:

¡CUIDADO! El sistema Gatling automatizado es un prototipo y no debe emplearse como primera opción para la defensa personal.

Después de leer el manual y de volverlo a meter dentro de su caja (las instrucciones de carga estaban impresas y adheridas a la tapa), Saïen ha regresado con municiones que había sacado de la caja más grande y hemos cargado el arma. Hemos apuntado en la dirección por donde era más probable que se acercaran los muertos vivientes: la carretera.

He activado el aparato con el interruptor y he escuchado el zumbido con el que el arma calibraba el entorno. El radar de baja probabilidad de interceptación ha emitido un sonido semejante al clic de una cámara, probablemente porque estaba trazando un mapa de distancias y elevaciones en 3D, y entonces el sistema se ha quedado inactivo. El único indicador de actividad era una pálida luz LED de color verde que refulgía en la parte posterior del arma.

El sol se acercaba al horizonte y había llegado la hora de encender un pequeño fuego en una lata de café y calentar agua para los alimentos deshidratados. Saïen ha arrancado otra página de Hitos en el camino y le ha prendido fuego dentro de la lata de café. Me he puesto las gafas de visión nocturna y me he ido al otro extremo del techo para asomarme a la carretera. He visto movimientos en la lejanía. El movimiento se notaba en

los límites del área que mis gafas llegaban a abarcar, pero existía. Los infrarrojos me han revelado también la presencia de un pequeño fuego, probablemente en el mismo sitio adonde había ido a parar uno de los motores del avión después del siniestro. No era visible sin las gafas de visión nocturna y, probablemente, afectaba tan sólo al interior del motor. Le he susurrado a Saien que orientase el arma unos pocos grados hacia la izquierda para cubrir mejor la zona donde me parecía que se encontraban las amenazas. El radar se ha recalibrado inmediatamente después de que Saien dejara de mover el sistema y ha verificado los giroscopios. He vuelto a mirar en la dirección en la que me había parecido vislumbrar la amenaza, pero no he visto nada.

Saien me ha servido agua en la caza de la cantimplora y me he preparado la cena, sentado a la manera india, con las gafas de visión nocturna levantadas hasta la frente.

Saien me ha preguntado de nuevo:

—¿De qué te sirve ir escribiendo? ¿En qué te ayuda? Disculpa que vuelva a preguntártelo.

—No importa, Saien. No me molesta que me lo preguntes. Es mucho mejor que hablar solo.

En realidad, no sabía qué decirle, ni cómo responderle a su pregunta, así que he empezado por el principio y le he contado todo acerca de mi situación ventajosa y de cómo empezó todo. Le he dicho que me decidí a llevar un registro de lo que ocurría en mi vida porque tenía la sensación de que pasaba muy rápido, aunque todavía fuese relativamente joven en cuanto a edad. La última vez que hablé con mi abuela fue durante las vacaciones del año pasado. Era ya muy vieja y me encantaba hablar con ella y escuchar sus historias. Me dijo que cuanto más mayor se hace uno, más rápido pasa el tiempo, así que hay que hacer todo lo posible para que vaya más lento.

—El tiempo que pasamos aquí es finito, muchacho —me dijo.

Se hacía mayor y yo, para mis adentros, pensaba que tal vez fuese la última vez que la veía. Terminamos la conversación con los recuerdos que yo tenía de mi bisabuela, su madre. Le dije a la abuela que recordaba que la bisabuela aún estaba muy lúcida pasados los ochenta años, y me contaba que había atravesado las montañas entre Fort Smith y Fayetteville en un carromato, y que recordaba los tiempos en que los hombres entraban en las ciudades a caballo y llevaban la pistola al cinto. Murió el verano después de contarme cómo había sido Arkansas en los viejos tiempos de la frontera.

Me ha parecido que Saien lo entendía ya mejor. Ha comprendido que mi abuela quería que me tomase la vida con más calma, para que fuera consciente de la propia vida y del vivir. Creo que ponerlo por escrito es el único vínculo que aún conservo con lo que fui y con lo que ella fue Saien me ha contado que echaba de menos sobre todo a su hermana. La última



vez que se había comunicado con ella fue por correo electrónico, antes de que sucediera todo esto. Vivía en Pakistán con su marido y estaba embarazada. Saien iba a ser tío. Me ha sonreído al decirlo, y yo me he guardado mis pensamientos macabros y derrotistas, porque quiero que Saien conserve un recuerdo cálido de su familia. Después de la cena, Saien se ha quedado dormido, y espero que esté con sus seres queridos en sueños.

## APAGAMOS LAS LUCES

**23 de Octubre**

5:00 h.

El techo está cubierto de casquillos de bala. Anoche estaba tan exhausto que pensé que el sonido de las ráfagas era un sueño. Saïen me ha quitado de la cabeza las gafas de visión nocturna y entonces me he despertado con el sonido de las ametralladoras mini-Gatling que disparaban sin cesar y con los casquillos calientes que me daban en la cara y en el cuello. Saïen se ha puesto las gafas y se ha quedado ahí, escrutando la penumbra. Debían de ser las tres de la mañana. Al cabo de unos cinco minutos de ráfagas a intervalos irregulares, el radar ha recalibrado los giroscopios del arma y el sistema ha quedado de nuevo en silencio. Le he pedido a Saïen que me pasara las gafas para poder ver a las víctimas del combate. En primer lugar he echado una ojeada por el techo y he visto centenares de casquillos (una minucia entre todos nuestros suministros) esparcidos por el suelo. Al acercarme al borde, he visto a docenas de criaturas en tierra. Una de ellas aún se retorció, pero parecía que se moviera sin propósito ni lógica alguna. Aparentemente, la ametralladora B se ha agitado en respuesta al movimiento irregular que detectaba en el suelo, así que he sacado la pistola y he tratado de pegarle un tiro a la criatura con el silenciador, para ahorrarles esfuerzos inútiles a los giroscopios del arma. He tenido que dispararle tres veces para neutralizarla del todo. El grupo de muertos vivientes era pequeño, pero nuestros centinelas habían acabado muy rápido con ellos.

Parece que sí que vale la pena cargar con estos aparatos. Saïen y yo hemos intentado dormirnos de nuevo durante las últimas horas de la madrugada, y luego hemos pensado que nos convendría discutir la logística de nuestro nuevo equipamiento. Le he dicho que a mí me parecía más inteligente que el buggy fuese en cabeza, seguido por la camioneta. Los dos hemos opinado que sería buena idea instalar una de las Gatling automatizadas sobre el buggy, hasta que he pensado en las limitaciones operativas del arma. ¿Y si resulta que hago girar el arma y ésta detecta la camioneta de Saïen? Como la camioneta se mueve, el radar y los sensores térmicos la identificarían como posible blanco. Por otra parte, si nos desplazamos en convoy, tampoco podríamos desplegar las Gatling sin

detener los vehículos. No podemos arriesgarnos a que nos pillen en ese momento. También tendremos que cargarles las baterías con unos cables de arranque conectados al alternador de la camioneta, o bien con los paneles solares. Después de hablarlo, hemos acordado que yo conduciría el buggy e iría unos cuatrocientos metros más adelante que Saïen para descubrir potenciales cuellos de botella en la carretera. Saïen llevaría el MP5 y el AK cargados y a punto por si yo me veía acorralado o sufría una avería. Estos días hace mucho frío por la mañana, así que no me quedaba otro remedio que taparme bien si quería circular por la carretera en un vehículo que fundamentalmente consistía en una jaula de acero con cuatro ruedas. Esperaremos a que salga el sol para recoger el equipo, porque así veremos si a estas armas se les ha escapado alguna presa, antes de que puedan levantarse y devolvernos el favor.

## **27 de Octubre**

6:30 h.

Llevamos ya varios días en la carretera desde que nos hicimos con el buggy y las armas automatizadas. No he recibido más mensajes por teléfono vía satélite. Hemos avanzado con mucha lentitud a causa de los escombros y del típico barullo de cadáveres no muertos que merodean por la carretera. Cada vez que uno de nosotros dos se dedica a apartar chatarra, el otro tiene que poner toda su atención en cubrir la zona. Durante estos últimos días nos hemos salvado con frecuencia el uno al otro de sus ataques. Hace unos días (¿o fue ayer?) encontramos un gigantesco camión con semirremolque que se había quedado trabado en la carretera. El remolque estaba cubierto de agujeros de bala de gran calibre y marcas de metralla. Me picó la curiosidad. Tras establecer un perímetro móvil en círculo en torno al camión, nos acercamos a éste. Lo examinamos desde todos los ángulos posibles y, al verlo de cerca, nos dimos cuenta de que era un camión de pienso. El pienso que llevaba dentro se había estropeado hacía tiempo por la filtración de agua de lluvia y el calor. Saïen me cubrió mientras me encaramaba en el escribo y miraba dentro de la cabina. Estaba abandonada. No vimos nada que pudiese parecernos peligroso, ni había un área para dormir que pudiera esconder sorpresas. El camión estaba pensado para el transporte a distancias cortas. El propietario debía de haber vivido a unos pocos cientos de kilómetros del sitio donde lo había abandonado. Podía ser que aquel jornalero que había contribuido al dinosaurio que era la economía estadounidense aún resistiera en algún lugar, con la espalda pegada a una puerta atrancada.

Dentro encontré una emisora de radio. Lo que me llamó la atención fue que parecía una instalación improvisada, con los cables colgando debajo

del cuadro de instrumentos y en torno a la palanca de cambios. Seguí el cable de la antena hasta el exterior de la cabina y me di cuenta de que la antena tampoco estaba instalada de manera muy sólida. Regresé a la plataforma de la camioneta para buscar la lata donde guardábamos los trozos de cerámica de las bujías, para ver si podía entrar en la cabina y llevarme la radio.

Cuando me acercaba al camión, Saien me silbó y señaló a mis espaldas. Una de las criaturas se me acercaba metódicamente, con los ojos puestos en nosotros como los de un león que acecha a su presa. Tenía las manos ligeramente dobladas y caminaba medio agazapado, avanzando con precaución. Saqué la pistola y la criatura pasó a la ofensiva, avanzando con mayor rapidez. Apreté lentamente el gatillo y me cargué su mejilla derecha. No dejó de acercarse, y tuve que retroceder hasta que topé con un minifurgón. Seguí disparándole cartuchos hasta que la criatura se desplomó a pocos centímetros de mis botas. Todavía se retorció durante unos segundos y lo último que quedaba de su maldad se escurrió de su miserable cuerpo.

No me preocupé más por lo ocurrido y me acerqué al camión. Agarré un puñado de cerámica de bujías y lo lancé lentamente contra la ventana del conductor, que se rompió sin hacer apenas ruido. Casi todo el ruido que se oyó fue el tintineo de cristales sobre el estribo y el depósito. El interior del camión olía a viejo. Dentro de la cabina se arremolinaban en el aire moho y partículas de tejido descolorido por el sol, que debían de llevar meses así. Recogí todos los trozos de cerámica que pude encontrar y me puse a trabajar en la emisora de radio con la navaja multiusos. Me aseguré de que Saien me protegiese mientras trabajaba, porque si no dejaba la puerta abierta, no me quedaba espacio para meterme bajo el cuadro de instrumentos y quitar los cables. Tardé unos quince minutos, porque quería evitar todo daño en la radio o en los propios cables. Al sacar la radio, me di cuenta de que había otra debajo del asiento, con los cables originales enrollados alrededor. Lo más probable es que la emisora de radio original del camión se averiara y que el conductor tuviese que comprar otra y la instalase durante una parada en la carretera.

Saqué la radio del camión y la coloqué en el asiento trasero de nuestra camioneta junto con su antena. Entonces agarré los prismáticos, regresé al camión y me encaramé a lo alto del remolque. Miré en todas las direcciones y me dio la impresión de que había más muertos vivientes que en los días anteriores. Puse a Saien al corriente de la situación a gritos e intercambiamos posiciones. Saien estuvo de acuerdo en que parecía que hubiese más muertos vivientes en la zona. Me cubrió mientras trataba de instalar la emisora de radio en nuestra camioneta. Recopilando piezas de los vehículos colindantes, logré instalar la radio mejor de lo que había estado en el camión. Para terminar, examiné el depósito y vi que contenía una cantidad de combustible suficiente como para llenar el nuestro hasta el tope. Saien y yo nos pusimos a trabajar en ello mientras vigilábamos los alrededores por si se acercaba algún peligro. Después de extraer el diesel,

probamos la radio. El receptor funcionaba, pero nos quedamos sin saber si nuestra transmisión era eficaz, porque enviamos nuestro mensaje a ciegas y no recibimos ninguna respuesta.

Puse la radio en el canal 18, para que Saien pudiera oír todas las transmisiones que encontráramos mientras viajábamos en convoy. Ese mismo día llegamos a una pequeña población, una de esas que aparecen en las pinturas de Norman Rockwell. Aunque no encontramos ningún homenaje vivo a la cultura americana mientras avanzábamos por la calle Mayor, sí se sentía la tensión en el aire, y noté que algo nos observaba desde las ventanas. Algo que era maligno. Seguí adelante sin dejar de mirar a las ventanas de los primeros pisos. Como la epidemia había empezado en invierno, las ventanas estaban cerradas. Todas menos una, la de un primer piso sobre una floristería. Detuve el buggy, salté al suelo y le indiqué por gestos a Saien que me cubriese mientras yo controlaba el área inmediata. Una brisa ligera apartó la fina cortina de la ventana abierta. Al contemplar con más atención el entorno, me di cuenta de que los coches tenían aspecto de haber soportado una furiosa tormenta de granizo. Las superficies horizontales estaban cubiertas de gruesas muescas y las ventanas habían quedado todas agrietadas como por golpes muy fuertes. Al procesar el dato, no me pareció lógico, así que seguí mirando y noté que las fachadas de los edificios estaban todas dañadas, como si alguien hubiera arrastrado una gruesa cadena de ancla contra sus costados.

La localidad había sido invadida. Parecía que la gran masa que había tomado las calles de la pequeña población se había marchado hada tiempo y se habían llevado consigo a los morbosos lugareños en medio del barullo y la confusión. Calculé que habían pasado por allí a millares. Habían sido tantos que, de hecho, habían tenido que subirse por los coches y pasar rozando las fachadas de las casas para abrirse paso.

Como tenía en el pensamiento a los muertos vivientes irradiados, me he mantenido a distancia de todo tipo de objetos metálicos de cierta densidad a fin de evitar exposiciones innecesarias. Parecía que al otro extremo de la calle principal hubiese una improvisada montaña de coches de tamaño medio apilados. Lo sorprendente era que los coches se habían empujado de tal modo que apuntaban hacia fuera, en dirección contraria adonde me encontraba yo. Con independencia de lo numerosa que fuera la masa, había avanzado en la misma dirección en la que íbamos Saien y yo. Mi única esperanza era que aquello hubiera sucedido hacía meses. Saien y yo estuvimos de acuerdo en que no tenía ningún sentido entrar en la habitación del primer piso que se encontraba sobre la floristería muerta. Nos pusimos en marcha hacia la antigua montaña de coches y vimos restos de cadáveres con la mitad del torso metida en los desagües de la vía pública, y la mitad fuera... a la espera de que su cuerpo se pudriera lo suficiente para meterse entero en el desagüe y desaparecer para siempre.

## **28 de Octubre**

21:00 h.

Hemos podido guarecernos en una vieja central eléctrica al oeste de Nacogdoches, Texas. Mis mapas indican que Nacogdoches había sido una zona modestamente poblada. La central estaba rodeada totalmente por una cerca metálica, salvo por las puertas delantera y trasera. En dichos lugares había puertas correderas que habían impedido la entrada a los vehículos sin autorización. Se veían más nuevas que el resto de la estructura y probablemente eran fruto de las medidas de seguridad que se aplicaron después del 11 de septiembre. Saïen y yo no nos habíamos encontrado en la necesidad de desplegar las ametralladoras Gatling automatizadas desde la noche que pasamos en el tejado del aeródromo. Desde entonces, habíamos dormido durante la mayor parte de las noches sobre vagones de tren, siempre con un vehículo aparcado cerca de nuestra posición y el otro unos cientos de metros más allá, por la misma ruta, para que nos sirviese como refuerzo si había que huir. Es así como hemos encontrado la central eléctrica. Había empezado a llover en el momento en que se ha disparado la alarma de mi reloj, que me avisaba de que faltaban dos horas para el crepúsculo. Cuando ya desesperábamos de encontrar un tren que nos protegiese durante la noche, hemos descubierto a Anaconda. Saïen y yo nos hemos mantenido cuerdos a fuerza de idear juegos estúpidos como ponerles nombre de serpiente a los trenes, según el color y el número de vagones. Las últimas noches les había tocado el turno a la víbora ratonera y a la culebra. También competíamos por encontrar un mayor número de nombres de estados en las matrículas de los vehículos abandonados. Al acercarnos a Anaconda, hemos visto que era un tren muy largo. La mayoría de los vagones tolva de color verde estaban repletos de montones de carbón en una hilera que parecía prolongarse varios kilómetros.

Hemos conducido en paralelo a las vías, contando los vagones. La tierra que se hallaba bajo los vagones se había quedado negra por los meses de lluvias que se habían filtrado por el carbón y habían llegado al suelo. Hacia el final de la hilera, hemos visto la gigantesca montaña de carbón y las carcasas oxidadas de las excavadoras que se habían empleado para transportar el negro mineral. Una de las excavadoras estaba volcada, y el resto, aparcadas en hilera. Hemos contado 115 vagones, más la locomotora. Cuando nos hemos acercado a la puerta frontal, bajaba niebla. He entrado con el buggy y Saïen me ha seguido con la camioneta. He bajado a tierra y he cerrado la puerta a nuestras espaldas, y le he echado el gancho para que no se pudiera abrir. Saïen se había puesto a

hacer lo que ya me imaginaba. Ha bajado la Gatling, y la hemos instalado en el punto de entrada. Hemos tardado tres minutos en instalarla. Hemos aparcado el buggy en un sitio desde donde habría sido fácil escapar, y entonces Saïen y yo hemos ido con la camioneta hasta la parte trasera de la central para plantar la segunda Gatling. Llovía y hacía un día de perros, así que yo me alegraba de que los prototipos localicen a sus blancos con radares y sensores térmicos, porque en realidad el mal tiempo no me permitía ver hasta muy lejos.

Mientras el sol descendía tras las nubes negras, he pensado lo mismo que suelo pensar desde hace un buen número de noches. El Reaper que nos sobrevolaba regresaría en seguida a su base junto con mis dos bombas de 225 kilos guiadas por láser. No hemos tardado mucho en encontrar una habitación segura con dos salidas. No tendríamos tiempo de marcharnos antes de que cayera la noche, así que teníamos que sacar el máximo provecho de aquel sitio. Las Gatling no habían piado y ya me estaba bien así.

## **29 de Octubre**

12:00 h.

Saïen me ha despertado esta mañana sin un buen motivo. Tan sólo para ir a mear. Aunque me haya molestado eso, lo cierto es que hemos acordado que ninguno de los dos vaya a ningún sitio que quede fuera del alcance visual del otro. Le he acompañado de mala gana hasta fuera en la fría mañana de octubre. El sol había salido y me he dado cuenta de que a mí también me correspondía seguir la llamada de la naturaleza. Saïen lo ha hecho en dirección a la puerta frontal, y yo en dirección contraria, con lo que he ayudado a acabar de llenar un charco de las últimas lluvias. Al mirar a lo lejos, hacia el cañón, me he dado cuenta de que se había vuelto hacia la izquierda. Cuando lo dejé ayer por la noche, estaba calibrado, y apuntaba en línea recta hacia el camino de acceso. He dejado la pistola y he tomado el rifle, y he caminado hacia la puerta. Tras caminar tan sólo unos segundos, he oído los pasos de Saïen a mis espaldas. Cuando me he acercado lo suficiente, me he fijado en que el viento arrastraba casquillos en torno a la base del arma. Tan sólo unos pocos. Al mirar a la carretera, he visto dos aves muertas. He corrido hacia ellas y he visto que eran patos. Ha sido entonces cuando me he dado cuenta de que me había metido en el área de tiro de la Gatling y le he gritado a Saïen que la apagara. He agarrado a los dos patos por el cuello y los hemos cocinado en seguida. No íbamos a desperdiciar esa magnífica oportunidad de comer carne fresca.

Los he decapitado con el cuchillo mientras Saïen iba a sacar carbón de la gigantesca montaña negra. Al cabo de cuarenta y cinco minutos de

preparación, o algo así, estaban listos para ser cocinados. Hemos encendido una hoguera con carbón y leña, y hemos preparado un almuerzo de carne de pato. Después de comernos los animales casi enteros, hemos efectuado un reconocimiento de la planta eléctrica, en busca de cualquier cosa que pudiéramos aprovechar. El estómago lleno me daba sueño, pero no me quedaba ninguna otra opción. No quería que la carne se echara a perder. Al tratar de efectuar de manera más metódica el reconocimiento de la zona, hemos encontrado las escaleras que llevaban hasta la sala de control principal del primer piso. En lo alto de las escaleras había un cadáver. Llevaba tanto tiempo muerto que parecía una talega de marinero repleta de huesos. Estaba oscuro y me he visto obligado a encender la luz de mi arma y a emplear el morro para apartar los restos del cuerpo. A duras penas he logrado ver las letras bordadas sobre el mono de trabajo, pero el hombre se llamaba Bill y había sido encargado de calderas. Al subir por las escaleras, cubierto por Saien, he visto marcas de sangre sobre la pesada puerta de acero. La puerta estaba cerrada. Saien me ha pedido que le cubriese mientras sacaba el juego de ganzúas. Se ha quejado entre dientes de que la ganzúa de rastrillado no le serviría en un cerrojo como aquél. Tendría que abrirlo perno por perno. Al cabo de diez minutos ha tenido la puerta abierta y ha plantado el pie frente a ella por si dentro había algo que quisiera salir. He golpeado la puerta y luego me he asomado con el rifle. No se ha producido ninguna reacción. Saien ha abierto la puerta y el fulgor de nuestras luces se ha abierto un camino entre el polvo suspendido en el aire y ha penetrado en las tinieblas de la sala de control en desuso. Había una pared con ventanas que ofrecían una visión de conjunto del área del piso de abajo donde se hallaban los generadores. Estaba tan oscuro que sólo he visto las cubiertas redondeadas de los propios generadores. Parecían grandes balas metálicas de heno alineadas en un campo. En cuanto he enfocado mi luz hacia el abismo, he detectado movimiento. Había criaturas en el área de generadores. Número desconocido. Todos los que he observado vestían monos de trabajo.

Al encontrarnos en un piso superior, estábamos relativamente a salvo. Una gruesa capa de polvo cubría los ordenadores e interruptores, y los diversos mecanismos de la sala. Un cuaderno de registro grande, de cubiertas verdes, se encontraba sobre el escritorio principal en el centro de la sala, junto con un cenicero, una lámpara de mesa y un bolígrafo. He abierto el cuaderno. Empezaba con la fecha de enero de 1985. Al cabo de unas pocas semanas, la última entrada de 1985 decía: «Abandonamos cuaderno de registro debido a la instalación de nuevo sistema de registro informático. Firmado: Terry Owens, director de la central eléctrica.»

Habían dejado de utilizar el cuaderno de registro en 1985 después de haber empleado un par de docenas de páginas. La entrada siguiente decía:



Cuaderno de registro de nuevo en activo, a petición de Bill. Fin del mundo. Sistemas informáticos no fiables. Bill.

15 de enero: Nos queda carbón para sesenta días y un tren que viene hacia la fábrica.

16 de enero: El tren para transporte de carbón ha llegado. El encargado no estaba a bordo. Freno echado.

17 de enero: Hemos perdido al cincuenta por ciento del personal. El Ministerio de Energía ha autorizado el cierre de instalaciones infestadas. Pronto recibiremos la lista.

18 de enero: Lista de desactivaciones recibida.

20 de enero: Nos hemos quedado al 50% del consumo previo.

21 de enero: Nos queda una sola conductora de excavadoras. Sin ella no podríamos cargar los cámaras de combustión ni generar electricidad. Hemos contratado a un escolta que sale con ella y dispara contra los criaturas que tratan de trepar a la excavadora.

31 de enero: El gobierno ha anunciado un plan de destrucción de ciudades, los ciudades coinciden con la lista del 18 de enero remitida por el Ministerio de Energía.

1 de febrero: Seguimos aquí.

5 de febrero: Tenemos mucho carbón, pero apenas podemos emplearlo en nada.

5 de febrero: Nos queda una sola cámara de combustión y generamos energía tan sólo para estas instalaciones.

20 de febrero: Están en la puerta. Entran por el conducto de ventilación que está debajo del panel de control. Vamos a cerrar la fábrica. Sólo queda uno.

Apagamos los luces

Bill

## **30 de Octubre**

7:00 h.

Las armas automatizadas no han dejado de funcionar en toda la noche. Hemos oído ruidos extraños en la oscuridad y sólo pueden significar que los muertos vivientes rondan por aquí cerca, enfrente de la fábrica. Ahora

que ha salido el sol hemos tomado todo lo necesario y salimos a explorar el área.

9:00 h.

Las armas automatizadas se han visto desbordadas. Por la mira de Saien hemos visto que se les ha agotado la munición y que docenas de cuerpos yacen en torno a ellas. Algunas de las criaturas todavía se debaten. La Gatling ha dañado sus cerebros lo suficiente como para dejarlos inútiles, pero no totalmente neutralizados. Hemos decidido esconder la tecnología para que no nos la roben saqueadores con malas intenciones. Nos marcharemos pronto de esta central.

## EL PUENTE SIN RETORNO

**9 de Noviembre**

10:43 h.

Al cabo de las incontables horas e incontables tribulaciones que sufrimos después de salir de la central térmica, Saien y yo tuvimos que enfrentarnos a un último gran obstáculo en el último trecho que recorrimos hasta llegar al Hotel 23. Después de examinar meticulosamente los mapas, nos dimos cuenta de que tan sólo teníamos dos opciones:

- 1.— Podíamos ir hacia el norte y tal vez encontrar un punto por el que nos fuese posible atravesar el río que se interponía en nuestro camino.
- 2.— Podíamos cruzar por el puente de Livingstone.

Lo más probable era que el puente que aparecía en los mapas tuviera dos carriles, igual que la carretera de la que formaba parte.

Si íbamos al norte y tratábamos de rodear el lago, podía ser que acabáramos cerca de una ciudad más grande. El único inconveniente de la segunda opción era que no teníamos ni idea del estado en el que se encontraría el puente. Tras discutir los pros y los contras, llegamos a la conclusión de que ir por el puente sería lo más razonable. Ayer por la mañana nos pusimos en camino en dirección suroeste con la intención de llegar al puente. Yo iba en cabeza con el buggy y Saien me seguía de cerca con la camioneta. El paisaje era tan monótono que no merece ni descripción... la chatarra de los coches abandonados, todoterrenos amontonados, ocasionales vehículos de los servicios de emergencia y, por supuesto, los muertos. En muchas ocasiones me he sorprendido a mí mismo ignorándolos, como si llevara unos de esos caros auriculares que te aíslan del sonido. Un hábito peligroso.

Cuando el sol llegaba a su cenit, he hecho señas desde el buggy para indicarle a Saien que era el momento de detenernos. He elegido un sitio

junto a un tren. Hasta el momento, ese sistema de protección no nos había fallado, y por ello Saien y yo lo empleábamos siempre que nos era posible. Para entrar en calor, nos acomodamos al sol sobre un vagón de carga en el que se leía: «Ferrocarriles del Norte.» Estaba decorado por fuera con un buen número de graffiti anteriores a la catástrofe. En su mayoría se trataba de símbolos de bandas y de crípticas pintadas de vagabundos. Había terminado de inspeccionar uno de los costados del vagón e iba a empezar con el otro cuando Saien me pegó un grito para que subiese. Al trepar por la escalerilla que conducía al techo, me encontré a Saien tendido en el suelo, con el cuerpo apoyado sobre su mochila de ruedas, mirando hacia el este. Me acerqué a él y le pregunté qué sucedía.

Saien desplegó el bípode, apoyó la culata del rifle en la chaqueta y me dijo:

—Mira.

Arrimé el ojo al potente cristal amplificador japonés y descubrí el motivo de la preocupación de Saien. Divisé una gran nube de polvo en el horizonte. Si no hubiese empleado la mira del rifle de Saien, habría cabido la posibilidad de confundir la nube de polvo con un nubarrón de tormenta lejano. Al parecer, asistíamos en primera línea al avance de un enjambre de muertos vivientes. No teníamos por qué vernos en la misma situación que el día en que conocí a Saien. La mera presencia de aquella masa a unos quince kilómetros de distancia no significaba que vinieran directamente hacia nuestra posición. Una hipótesis prudente podía ser que marchaban hacia el suroeste en la misma dirección genérica que nosotros y que, cuando llegasen al río, se marcharían por la orilla en uno u otro sentido. Podía ser que el río los canalizara hacia el camino que queríamos seguir nosotros, pero también que se marchasen todos ellos río arriba. Nos pasamos el resto de nuestro abreviado ágape en intentos de determinar en qué dirección y a qué velocidad se desplazaba la masa, pero no lo conseguimos.

iiDespués!!

Nos dimos prisa por llegar lo antes posible al puente. Nos detuvimos poco antes en un otero y reconocimos el terreno. Un tanque Abrams herrumbroso estaba cruzado en la carretera justo enfrente del puente. Aún no se le había caído la pintura, pero las marcas de óxido cubrían las gruesas piezas de acero blindado. El contador Geiger nos reveló que el tanque emitía dosis moderadas de radiación. Aunque no mataba al instante, tampoco me apetecería pasar varias noches dentro. Había marcas de sangre por toda su superficie y los vehículos civiles que se hallaban en sus alrededores habían sufrido graves daños, muy parecidos a

lo que habíamos visto en la vieja calle Mayor de la localidad por donde habíamos pasado pocos días antes.

Antes de bajar de la colina al puente, observamos con atención la nube de polvo. La nube crecía visiblemente y el viento nos traía sonidos muy leves que me turbaron hasta el punto de que tuve que hacer un esfuerzo consciente por mantener el control sobre mí mismo. Bajé por la colina y me quedé desmoralizado por el tamaño del puente. Era tan largo que los vehículos que se hallaban al otro extremo parecían simples manchitas.

Al acercarnos a la carcasa oxidada del Abrams, me di cuenta de que había un resquicio abierto en la compuerta. Me encaramé a lo alto del tanque y abrí la compuerta de una patada. Las lecturas Geiger eran constantes. Al alumbrar el interior, provoqué que un pájaro saliese volando, y me dio un susto de muerte. Dentro del tanque no había nadie.

Nuestros vehículos no podrían pasar al otro lado del tanque si no lo movíamos. No tenía sentido tratar de remolcarlo. Pesaba varias veces más que la camioneta. Encontramos manuales de instrucciones en un pequeño armario de suministros cercano a los controles. Seguí las instrucciones y, al cabo de tres intentos, logré activar la turbina. El tanque aún funcionaba, pero el combustible debía de estar contaminado, porque no logré que la turbina alcanzase la temperatura óptima de funcionamiento indicada en el manual. En consecuencia, todos los movimientos del vehículo eran lentos y torpes. Los controles del tanque eran como unos manillares de bicicleta con indicador luminoso de puerta abierta, alarma general, atenuación de panel, reinicialización e indicador luminoso de advertencia general. Justo debajo del manillar había una palanquita con las posiciones R, N, el y L.

Después de un breve calentamiento, puse la palanca en el y apreté el acelerador, con lo que el tanque avanzó entre sacudidas. El olor a combustión impregnó el interior del tanque y todo lo que había en él. Al fin, lo detuve y salí corriendo para ayudar a Saïen a conducir los vehículos hasta el puente.

Una vez que el buggy y la camioneta ya estuvieron a salvo en el puente, regresé al tanque para dejarlo en el mismo sitio que antes. Al acercarme, me di cuenta de que la palabra troll estaba pintada con spray en un costado de la torreta. Volví a meterme dentro y traté de devolverlo a su posición original. Después de destrozar las barandas del puente y estar a punto de caerme al agua, me rendí, y me resigné a que no quedara perfecto. A un lado del tanque había quedado un espacio abierto lo suficientemente ancho como para que pudiera pasar una motocicleta. Antes de abandonar el tanque, encendí la radio y me puse los auriculares. Todas las frecuencias que sintonicé con la radio militar recibían estática, como si se tratase de una interferencia deliberada. Oía la energía de la radiofrecuencia, pero nadie transmitía nada. Envié un mensaje de socorro en 282.8 MHz y 243.0 MHz al Hotel 23, en el que les informaba de mi situación y posición. Aunque alguien retransmitiese interferencias en esa zona, éstas no tenían que afectar por fuerza al H23. Para que las

interferencias sean efectivas, tienen que emitirse directamente al interferido, y eso significaba que nuestras retransmisiones sí podían llegar hasta otro receptor.

Repetí la transmisión tres veces antes de cerrar la turbina de combustible y regresar a los vehículos. La nube de polvo aún flotaba en el horizonte. Pensé en el tanque y en lo inútil que sería, porque el consumo desmesurado de combustible, unido a su peso aplastante, serían un incordio. Dudé que el puente pudiera resistir su peso. Estábamos a medio camino del puente cuando tuvimos el primer contacto visual con el enjambre. El sonido resonaba como grandes tubas que reverberaran en mi pecho.

Por un golpe de suerte que tuvimos, quedaron a la vista cuando aún se encontraban a mis de tres kilómetros río arriba. En la isla de Matagorda, en el tiempo que pasé en los muelles, observé que las criaturas se detenían frente al agua y dudaban en entrar. Sé que cuando lleguen a la orilla, la seguirán hasta que encuentren un punto por donde cruzar. Saïen y yo nos dedicamos a apartar los bloqueos del puente y colocamos la chatarra donde pudimos, a la derecha o a la izquierda. Era como uno de esos rompecabezas antiguos en el que tratabas de poner quince piezas deslizantes en orden cronológico con un solo espacio vado para reordenar los números.

Cuando habíamos recorrido tres cuartas partes del puente, las criaturas llegaron a la orilla. Los gemidos y lamentos fueron como una puñalada en el cerebro y estuvieron a punto de hacerme caer al suelo. Los había a millares. Luego descubrí, por medio de un mensaje de texto que me llegó al teléfono por satélite, que había más de quinientos mil muertos vivientes y que formaban parte del Enjambre T-5.1, de acuerdo con la terminología empleada en un críptico mensaje de Remoto Seis.

En el mismo momento en que la cabeza de la larga y terrible víbora llegó a la orilla, vi una estela de aguas blancas, y los gemidos de frustración y odio primario se intensificaron. Saïen y yo seguimos trabajando, con cuidado de no hacer mucho ruido. Averíé la bocina de la camioneta con la navaja multiusos, para asegurarme de no activarla por accidente durante nuestra operación de limpieza, como había sucedido en alguna otra ocasión.

Un coche blindado, con los cuatro neumáticos deshinchados y muy deteriorados, nos dio muchos problemas a causa de su peso. Nos ocupamos de ese problema durante casi treinta minutos, mientras la legión de los muertos vivientes se iba congregando en la orilla. Se estaban acercando tanto que empezábamos a distinguir individuos concretos desde nuestra posición. Mientras enganchábamos una cadena de remolque al viejo Ford que estaba al lado del coche blindado, oí un sonido estridente que ya me resultaba familiar, e instintivamente empuñé el M-4 que me colgaba sobre el pecho. Eché una ojeada a la ventana de plástico

transparente del cargador de polímero y así me cercioré de que todo estuviera a punto.

Observé el área que circundaba los vehículos y oí los gemidos fuertes y superpuestos de los muertos vivientes. Algunos de ellos sonaban a gorgoteo. Me subí a la baranda del puente y miré al otro lado. Vi a docenas de criaturas que se debatían y gimoteaban en las aguas gélidas y profundas. El agua había entrado en abundancia en sus pulmones muertos y hacía que los sonidos fueran todavía más espantosos. Al mirar río arriba, vi las aguas abarrotadas de criaturas que se habían separado de la horda y flotaban río abajo, pasando por debajo del puente donde me encontraba.

Un puñado de las criaturas que iban a la deriva, a la merced de la corriente del río, me vieron en lo alto. Al pasar por debajo del puente, levantaban al cielo sus manos garrudas. A pesar de todos nuestros esfuerzos, no logramos desalojar el Ford, porque el coche blindado le cerraba el paso en el otro carril. Al haber desplazado los coches a nuestras espaldas, teníamos un camino abierto para volver atrás, pero los muertos vivientes eran demasiados como para considerar semejante opción. La superioridad numérica y las dimensiones del enjambre, a poco más de tres kilómetros río arriba, crecían en dirección hacia nosotros, y no cabía ninguna duda de que no tardarían en detectarnos si no nos aprestábamos. Yo tomé una decisión y le ordené a Saien que alineara nuestros vehículos frente a los coches que habíamos desplazado a un lado, para que quedara abierta una ruta de colisión contra el coche blindado. Si no lográbamos pasar nuestros vehículos al otro lado del puente, los muertos vivientes nos perseguirían sin fatigarse y acabarían por darnos alcance.

Armado tan sólo con el M-4 y con cargadores extra, corrí hasta el otro extremo del puente. Entré en el tanque de un salto, sin molestarme en cerrar la compuerta, y puse a funcionar la gigantesca turbina. Todas las señales de advertencia se encendieron como un árbol de navidad: «Turbina a baja temperatura. Compuerta abierta.» Apreté el acelerador y giré los mandos para salir del puente, y choqué contra la valla metálica. El chirrido del metal fue ensordecedor, incluso más que la algarabía de los muertos vivientes.

El ruido provocó una respuesta audible por parte de las criaturas que estaban abajo y tuve que forzarme a mí mismo a no perder un tiempo valioso contemplando la reacción física de la horda. Di la suerte por echada y avancé con el tanque por el puente, apretando repetidamente los aceleradores para ganar impulso. El vehículo alcanzó los cincuenta kilómetros por hora y entonces el puente retembló bajo los neumáticos. Golpeé uno de los coches cuando pasaba a toda velocidad por el lado de Saien y seguí adelante en ruta de colisión contra el automóvil blindado.

Desaceleré hasta los dieciséis kilómetros por hora para evitar daños excesivos. Pensé en las leyes de la física y en la masa diferencial entre el pequeño pisapapeles que era el coche blindado y el gigantesco tanque.

Cual dos hermanos de picnic al borde de la piscina, la máquina bélica no tuvo problemas para empujar el coche sobre la baranda y arrojarlo al río.

Hice todo lo posible por perder velocidad, pero las turbinas necesitaban un tiempo para ponerse en reposo y no eran tan manejables como las de un coche o un camión. Lo que yo tomé por frenos no hicieron otra cosa que empeorar el problema, porque desviaron el tanque en un ángulo que no me interesaba.

El tanque se precipitó también al vacío.

El tiempo se ralentizó hasta avanzar a paso de caracol cuando el ladrillo de acero en el que me encontraba aplastó la baranda y se meció como un balancín. Cuando se precipitó en caída libre a la superficie de las aguas, que se hallaban tres metros más abajo, traté de saltar por la compuerta. Estaba a medio salir cuando el agua fría entró en el tanque y me retuvo allí, me arrastrándome al lóbrego abismo verde del río.

Cuando se hubo llenado por completo y se me pasó el impacto inmediato del agua fría, nadé hasta la superficie, guiándome por las burbujas. Podía distinguir los cuerpos en el agua, con sus piernas moviéndose como si trataran de caminar mientras flotaban río abajo. El rifle me golpeó la espalda y la cabeza mientras daba brazadas hasta la superficie. Al sacar la cabeza al aire libre, me enjuagué el agua de los ojos, sostuve el rifle por encima de la superficie y disparé a los muertos vivientes que me rodeaban. Después de matar a tres, me di cuenta de que el río me arrastraba hacia debajo del puente. Le grité a Saïen que sacara los vehículos del puente mientras yo nadaba hasta la orilla, dando patadas y rozándome con los cadáveres a los que acababa de disparar.

Al llegar a la orilla, vi que la horda se acercaba al puente. Estaba claro que el estrépito del tanque, los disparos y el ruido de la camioneta habían contribuido a enloquecerlos. Saïen había aparcado la camioneta y fue a por el buggy para llevarlo también hasta la otra orilla. No quedaba tiempo. Le llamé con un fuerte silbido, y entonces le indiqué que lo dejara correr y que me cubriese a mí. La pérdida del buggy en el campo de batalla podía considerarse aceptable.

Me oculté en la orilla, tras un árbol caído, y desde allí contemplé el puente. Seleccioné con gran cuidado un punto entre las columnas de apoyo sobre las que se hallaban los muertos vivientes y las marqué con el láser. Obligué a mi propio cuerpo a dejar de temblar por el agua fría y sostuve el punto entre los pilares del puente mientras la frecuencia sonora se incrementaba hasta volverse estable. Cuatro segundos más tarde, una bomba de 225 kilogramos sacudió el puente y hundió para siempre uno de sus trechos. Estaba absorto en la contemplación del siniestro cuando me sorprendió un cadáver que golpeaba las rocas, tres metros por detrás de mí, medio segundo antes de oír el disparo de Saïen. Saïen me hizo señas con la mano y me indicó que me reuniera con él en la orilla.

Subí a paso ligero por la orilla en dirección a la camioneta. El río parecía estar repleto de cadáveres. Vi por los prismáticos a numerosos corredores



de fondo que se habían quedado en la otra orilla, muchos de ellos con graves quemaduras en el cuerpo debidas a la radiactividad, verificadas con el contador Geiger.

## EL ENCUENTRO

### 15 de Noviembre

7:30 h.

Hoy he contactado por primera vez con el Hotel 23 desde hace cuarenta y cinco días. Ha pasado una semana desde que dejamos atrás el puente y ahora mismo nos encontramos al noroeste de Houston, Texas. Anoche nos dimos cuenta de que la estática ya no era tan fuerte y empezamos a estar atentos a la emisora de radio. La noche pasada, Saïen y yo encontramos el edificio de una compañía telefónica rodeado por una valla metálica de gran altura. Tras abrir el candado (con una barra para desmontar neumáticos), hemos pasado la noche en el área vallada y dormido dentro de la camioneta, atentos a la estática, cada vez más débil. Hacia la 1.00 de la madrugada hemos oído la señal de contacto, pero ninguna voz. Hemos respondido al instante con una señal de socorro. Durante una hora entera, no hemos recibido ninguna señal inteligible, pero hemos retransmitido sin cesar.

A las 2.15 horas, la señal ha sido reemplazada por: «... al habla Gator Dos en misión de búsqueda y rescate en Sunny Side, Texas, cambio"...».

Le he respondido con el código Libélula y me ha saludado el cabo Ramírez, del Cuerpo de Marines de Estados Unidos.

—Cuánto me alegro de oír su voz, señor. Captamos su señal pidiendo socorro el día 9 y partimos al día siguiente en dirección a las coordenadas que usted nos transmitió. Hemos avanzado con lentitud, porque nos hemos encontrado con grupos muy grandes de las cosas esas y había chatarra por toda la carretera. ¿En qué posición se encuentra?

Después de darle mi posición a Ramírez, me ha comunicado instrucciones de no moverme mientras él planeaba una ruta para venir en mi busca con un convoy de dos vehículos. Le he pedido que me informase por radio sobre la situación en el Hotel 23. El cabo me ha respondido que no sería muy buena idea informarme por radio y que habían sucedido cosas que prefería contarme en persona.

Después de un rato en el que la radio ha estado en silencio, el cabo Ramírez ha vuelto a hablarnos por la emisora:

—Es hora de que salde mi deuda para con usted, señor. Ahora tengo que sacar de apuros a un oficial, igual que hacía antes de que el mundo se fuera a la mierda. El punto de encuentro que le recomiendo es San Felipe, que no está muy lejos de su posición. Le propongo que nos encontremos en el extremo norte de la ciudad, a la entrada del puente 1458. Allí hay un campo a trescientos metros al sureste del puente. La población es pequeña y la presencia de posibles enemigos debería de ser mínima.

He consultado los mapas y he comunicado por radio, sin bromear, que estaba de acuerdo en que ése fuera nuestro punto de encuentro.

12:00 h.

Nos hemos encontrado con el cabo Ramírez a las 10.00 horas. Después de un breve tiroteo con lo que debía de ser una docena de esas cosas, hemos establecido un perímetro de seguridad de reducidas dimensiones y hemos reportado brevemente en un espacio seguro garantizado por el LAV. Mientras la ametralladora quedaba al cuidado del artillero, Ramírez me ha hablado de las cosas raras que ocurren en casa. Ha sacado del vehículo blindado un pequeño clasificador con informes por escrito y unas pocas fotografías. He reconocido la letra de John. Ramírez me ha explicado que hace unas pocas semanas un avión empezó a sobrevolar de manera habitual el Hotel 23. Lo he identificado en seguida como un avión no tripulado Global Hawk. En la foto se leía que la habían tomado con una cámara digital portátil provista de una lente de 180-200 milímetros, y he distinguido a duras penas que el aparato llevaba un objeto montado bajo el fuselaje. La imagen no era lo bastante nítida como para identificar en qué consistía la carga, y no recuerdo que el Global Hawk lleve armas de serie.

Hemos proseguido con la información general y he presentado a Saien a los marines, y les he contado que me había salvado la vida en más de una ocasión desde que nos conocimos. Los marines han tenido una actitud muy amistosa con Saien, pero a él se le veía nervioso, por motivos que ahora no tengo tiempo para investigar. También he advertido a los marines de que circulaba una masa de muertos vivientes como ninguno de ellos había visto jamás, a unos ciento treinta kilómetros al noreste de donde nos encontrábamos. Habíamos destruido una sección del puente y, siempre que nos había sido posible, habíamos montado barricadas de vehículos en las carreteras por donde pasábamos. Estas medidas los retrasarían, pero no los detendrían. Les he hablado del C-130 que nos arrojaba paquetes, y del inusual equipamiento que me había proporcionado una organización que tan sólo conocía por el críptico nombre de Remoto Seis.

Al saberlo, todo el mundo se ha puesto en marcha, y hemos decidido que, antes que nada, bloquearíamos el puente 1458 con coches abandonados. Hemos remolcado cuatro coches con el LAV y los hemos aplastado entre sí. La barrera resultante frenaría a cualquier masa de muertos vivientes que se acercara y pondría mayor distancia entre ellos y nosotros. Ese puente estaba demasiado cerca del Hotel 23 como para destruirlo, porque en el futuro podría tener valor logístico. He visto una valla publicitaria a unos pocos cientos de metros de nosotros, le he pasado los prismáticos a Saïen y le he pedido que se encaramara a la valla y observase el área. Uno de los marines ha ido con él para cubrirle.

He pedido a todo el mundo que se alejara del puente unos pocos cientos de metros hacia el sur. Después de volver, Saïen me ha dicho que había divisado una nube de polvo en el horizonte septentrional. Hemos llegado a la conclusión de que tanto podía tratarse de la masa de muertos vivientes como de un fenómeno atmosférico. De acuerdo con el mapa del LAV, nos hallábamos a unos quince kilómetros del aeródromo del lago Eagle. Casualmente, también estábamos cerca de la Interestatal 10. Antes del crepúsculo, trataremos de cruzar la I-10 y nos desplazaremos unos pocos kilómetros más hacia el sur, para tener una zona de seguridad que nos separe de la Interestatal.

21:00 h.

Han pasado siete meses desde la última vez que anduve a pie por esta zona del lago Eagle. No ha cambiado mucho. La luna iluminaba la carretera, y los coches abandonados, y la torre del aeropuerto, y también cosas más temibles que moraban en la oscuridad. Hoy mismo, cuando hemos visto a lo lejos el paso a desnivel de la I-10, hemos acelerado, siempre en zigzag para esquivar los restos de coches. El LAV iba más adelante, a 95 por hora, y hemos logrado no quedarnos atrás. Al pasar a toda marcha bajo el paso a desnivel, he oído que algo chocaba contra la camioneta y me he vuelto para mirar. Una de esas criaturas se había caído del paso elevado, se había estrellado contra la cola de la camioneta y había rodado hasta la cuneta. No me he detenido, y otras criaturas han caído también del paso a desnivel. Algunos se han puesto en pie, y otros no.

En cuanto hemos dejado atrás la I-10, todo se ha vuelto un poco más fácil. Hemos circulado por la provincial 3013 hasta los alrededores del lago Eagle, muy cerca del aeródromo. Tras consultar las notas que tenía sobre esa zona, nos hemos decidido a entrar en convoy en el aeródromo, establecer un perímetro de seguridad para un par de horas y planear el resto del breve viaje de regreso a casa. Al llegar al aeródromo, hemos hecho un reconocimiento en el hangar y he visto los manchones negros a

que habían quedado reducidos los restos de las criaturas a las que maté hace varios meses. Todavía estaban en el rincón bajo la lona azul. El calor veraniego había maltratado de verdad a los cadáveres. A la luz de la linterna he visto las balas revestidas de cobre que yo mismo disparé, sobre el mazacote putrefacto en el que se habían convertido.

Mi propio diario me ha recordado que tengo que estar atento a los enemigos humanos que puedan encontrarse por esta zona. Recuerdo las grandes cruces que descubrí hace meses, en el curso de mi último viaje a esta zona, con criaturas crucificadas. Iluminados por la luz filtrada en rojo del M-4, planeamos la vuelta a casa.

## EN CASA

### **16 de Noviembre**

4:30 h.

Hemos viajado hasta el Hotel 23 desde el lago Eagle, ocultándonos en la oscuridad. Ahora que la barrera de hormigón que cierra el perímetro está terminada, este lugar tiene un aspecto totalmente distinto. Los civiles y militares han sabido trabajar juntos y se han llevado barreras de hormigón de la carretera en cantidad suficiente para erigir una formidable muralla. Creo que ni siquiera el tanque que mandé al fondo del río podría derribar este muro sin quedar trabado. Proseguiré con mi historia en cuanto haya hablado con John, y sobre todo con Tara.

### **17 de Noviembre**

5:00 h

Mis pautas de sueño se han alterado por culpa de las transformaciones en mi entorno. Tara duerme a mi lado. Me avergüenzo de haberla expulsado de mis pensamientos durante todo este largo período que ha durado este exilio provocado por un fallo mecánico. Hay veces en que, al empezar una misión, y mientras ésta no llega a su término, sentimos la necesidad de desvincularnos de nuestros seres queridos, para no sentir tanto dolor.

Con las anotaciones de mi diario en la mano, he pasado el día entero descansando, prehidratándome e informando a John, a los marines, a Tara y a todo el que quisiera oírme. Saïen escuchaba en silencio, y me atrevería a decir que su propósito era absorber la información que yo les daba. John no había estado ocioso en mi ausencia y había entrado en diversas redes de la estructura militar. También me ha confirmado lo que los marines me insinuaron cuando nos encontramos en el punto de reunión. Aunque Ramírez me lo hubiese contado en versión resumida, me ha quedado muy claro que alguien interfería en mi receptor. John me ha dicho que sí recibía

mis transmisiones, y que de hecho recibí con mucha nitidez mi señal de socorro del 11 de octubre, así como la del 9 de noviembre.

Aún estoy con el síndrome de fatiga de combate y no tengo palabras para expresar cuánto me he alegrado de verlos a todos ellos. Laura me ha preguntado qué tal me han ido las vacaciones, y yo le he dicho que muy bien y le he dado las gracias por su interés. Me ha preguntado si le traía algún recuerdo y le he respondido que no habían sido vacaciones por ocio, sino un viaje de trabajo. Laura entiende lo que me ocurrió... lo he visto en sus ojos. Sus padres hicieron una buena obra al ocultarle la verdad, pero no les funcionó. Danny se ha presentado, me ha dado con el puño en el brazo y me ha dicho: «¡Me alegro de verte!» Y entonces me ha abrazado. Incluso la pequeña Annabelle me ha ladrado y se ha lamido el morro para darme a entender que me había echado de menos, o por lo menos que se había percatado de mi regreso. Dean ha tratado de hacerme comer desde el primer momento en el que me ha visto y me ha dicho que había perdido unos cuantos kilos. Supongo que tiene razón. El hombre que he visto en el espejo recordaba a uno esos tíos que salían en los reality shows de televisión después de un par de semanas de supervivencia en territorio deshabitado. Multiplicadlo por diez y os imaginaréis la pinta que tenía... con ojos de loco y cubierto de pelo hirsuto.

11:00 h.

Después de ducharme y afeitarme (la primera vez que me lavo de verdad en más de un mes), me he sentido mucho mejor. Tenía un horrible sarpullido en la cintura y las piernas por todas las veces que he dormido sin quitarme la ropa. Creo que la última vez que la lavé fue en ese velero, hace varios milenios. Tara me ha dicho que tenía que hablar conmigo hoy mismo, cuando hubiéramos terminado el intercambio de información con John. Algo iba mal. Algo que no había notado hasta esta mañana. Dean me ha visitado hacia las 6.30 horas y me ha obligado a dejarme cortar el cabello. Cuando ha terminado, me he visto bastante presentable. La única prueba evidente de mis tribulaciones eran los cortes menores, cicatrices, moretones, pérdida de peso y una leve cojera, consecuencia de un severo dolor en las espinillas que me ha quedado tras el viaje.

Esta mañana he estado con John, Saïen y los marines de más alto rango. He pasado una y otra vez las páginas del diario y he repasado incidentes clave que me acontecieron durante mi ausencia. Con el grado de exactitud que me ha sido posible, les he explicado dónde se había estrellado el helicóptero, así como la ruta que Saïen y yo habíamos seguido hasta el Hotel 23.

Entonces nos hemos puesto a discutir la cuestión de Remoto Seis. Les he enseñado todo el material que había obtenido desde que contacté con

dicha organización, así como toda la documentación que lo acompañaba y que había conservado. Los materiales que les he enseñado han sido: los mapas del este de Texas donde figuraban las ubicaciones de las entregas de equipamiento y otra simbología, el M-4 con sus complementos, los manuales de las Gatling automatizadas, el teléfono por satélite de Iridio, el líquido experimental para tratamiento de combustible y otras cosas varias. Hemos pasado la mañana entera en deliberaciones acerca de esos materiales, los documentos y las notas que tomé de todas mis comunicaciones con Remoto Seis vía teléfono por satélite.

Una de las ideas que se nos han ocurrido es que Remoto Seis podría ser una especie de gobierno secundario, establecido previamente por si el gobierno principal dejaba de funcionar. También salió en la conversación el término «Quinta Columna», porque a la vista de los datos podía ser pertinente. John ha abierto el ordenador en una de las pantallas planas del Centro de Información Confidencial Compartimentada en el que nos encontrábamos. Ha abierto un sistema de archivos en red en el que había logrado colarse poco antes, el cual daba referencias de un gran número de instalaciones gubernamentales en un mapa que indicaba «estatus VERDE». Entre las muchas instalaciones activas a las que hacía referencia, la única ubicación que he reconocido ha sido un vibrante punto verde cercano a Las Vegas, Nevada.

Al cabo de una hora de reunión, cuando estaba concentrado en la conversación, he notado una mano que me tocaba el hombro por detrás. Me he levantado de un salto y me he golpeado el pecho en un intento por desenfundar la pistola. Pero en ese momento no llevaba el chaleco con la funda.

Era Tara. Mi mano abierta temblaba sin control y no he encontrado la manera de explicar lo que experimentaba. Mi mente aún estaba ahí fuera, en el vacío. Perdida. No habría podido sostener una pistola con la mano, aunque hubiese querido. Tara ha traído café para el grupo entero. Me he disculpado y le he explicado que aún estoy muy tenso por todo el tiempo que he pasado en terreno abierto. Ha asentido, por supuesto, y me ha dicho que lo comprendía, me ha dado un beso en la mejilla y se ha marchado.

He resumido brevemente los principales puntos de la reunión y he ido tras ella. Le he dado alcance en el pasillo y entonces, al instante, me ha abrazado.

—Pensaba de verdad que no ibas a volver jamás.

—Yo también lo creía. Hubo momentos en los que...

—No me hables de eso. Disfrutemos del tiempo que tenemos ahora. Del tiempo que nos ha sido concedido.

—Creo que tienes razón. Intentémoslo.

En ese momento, John ha doblado la esquina con un comentario del tipo «todavía queda un asunto por hablar», y Tara se ha reído y le ha dicho a



John que podía tomarme prestado, pero que tenía que devolverme de una sola pieza.

John se ha reído también y le ha contestado que haría lo posible.

John ha descubierto un programa en red, alojado en el sistema de imágenes que había descubierto previamente. Aunque muchos de los satélites artificiales ya no funcionen y probablemente hayan reentrado en la atmósfera, una parte de los satélites multifunción todavía están en activo. Al parecer, los sensores de radiación todavía se pueden emplear, y la retransmisión por satélite indicaba las zonas irradiadas en el mapa de Estados Unidos. Ese sistema nos revelaría por fin la localización de la mayoría, si no de todas las áreas radiactivas, así como indicios intermitentes de la localización de enjambres de muertos vivientes en el caso de que estuvieran irradiados, o de que procediesen de áreas irradiadas.

Durante las últimas semanas, John había trabajado en la catalogación de áreas y en el seguimiento de los desplazamientos de toda área radiactiva que pareciese móvil. Imprimía todos los datos sobre papel por si se daba el caso de que fallara el sistema, igual que tantos otros habían fallado. El sistema se llama «Desierto». Probablemente se lo puso un cínico programador del Comando Estratégico de Estados Unidos, del Comando Norte o del Departamento de Seguridad Interior antes de que sucediera todo esto. Debió de diseñarlo como sistema para la valoración de catástrofes. John ha hecho notar que el sistema no había funcionado durante un par de días.

Todos nosotros estábamos preocupados por el Reaper que probablemente estaba en órbita sobre el complejo. He explicado que no podíamos hacer nada al respecto mientras no tuviéramos capacidad ofensiva contra objetivos voladores, y que el Reaper no había actuado nunca contra Saien ni contra mí. A mí me quedaban pocas dudas de que el aparato tenía un sistema de transmisión de datos conectado con un centro de mando y que este último recibía vídeos del Hotel 23 en tiempo real. John ha comentado que el portaaviones había sufrido un accidente que había tenido como resultado la pérdida de radiocomunicación por satélite, y que era por eso por lo que perdimos todo contacto con ellos hace un par de meses durante un breve período de tiempo. El informe de situación se envió por medio de una red segura mediante la red de área amplia que ya enlazaba previamente nuestras dos unidades a través la red de satélites Inmarsat. Habíamos adquirido unos pocos teléfonos de ese tipo hace mucho tiempo, en una misión de búsqueda de materiales, y creamos una red de comunicaciones con el portaaviones por si el sistema principal nos fallaba.

El informe de situación indicaba que el motivo para la pérdida de contacto era: «Sistema de comunicaciones por satélite dañado a consecuencia del fracaso de las medidas de contención de muertos

vivientes irradiados.» He soltado una palabrota tan fuerte que todo el mundo ha pegado un salto.

He hecho una pregunta retórica al grupo entero:

—¿No les habíamos advertido ya a esos idiotas que no lo hicieran?

Le he preguntado a John cuándo se había recibido el último informe de situación del portaaviones. Me ha respondido que había sido incapaz de lograr una buena conexión por Inmarsat desde mi regreso. Cuando lo ha dicho, ha sido como si todos nosotros hubiéramos tenido la misma idea y se nos hubiera encendido una misma lucecita en el cerebro.

Las interferencias me seguían, y me habían seguido desde que Remoto Seis me localizó. El complejo entero parecía haberse desconectado del mundo exterior y carecía tanto de sistemas de aviso temprano como de acceso a redes.

## **18 de Noviembre**

5:00 h.

Ayer recibimos una transmisión mediante el teléfono por satélite. Desde que llegué, he tenido un guardia apostado en el exterior con el teléfono desde las 12.00 hasta las 14.00 horas, por si se producía un intento de contactar. Era la misma voz mecánica que ordenaba al receptor que mirase la pantalla de texto. El texto daba instrucciones para conectarse a la red mediante mi tarjeta de acceso común e iniciar un lanzamiento de acuerdo con la Directriz Ejecutiva 51, una directriz secreta que establecía los procedimientos a seguir para el mantenimiento de una estructura gubernamental en caso de catástrofe. Se proveían coordenadas para el lanzamiento, así como la ubicación física del control auxiliar del Hotel 23. John y yo lo hablamos después de que se perdiera la conexión telefónica y dedicamos el resto del día a investigar y analizar la información.

Hacia las 19.00 horas realizamos un asombroso descubrimiento. Originalmente, John, Will y yo habíamos pensado que el Hotel 23 contenía un único misil balístico intercontinental nuclear. Tras seguir las instrucciones e iniciar las subrutinas, descubrimos que había otros dos misiles nucleares en condiciones, alojados en unos silos situados a novecientos metros al oeste del complejo, a la espera de que se iniciara el proceso de lanzamiento. Al parecer, la única manera de lanzar las cabezas nucleares consistía en introducir el código adecuado mientras mi tarjeta de acceso común se hallaba en la ranura del lector. La tarjeta lleva un pequeño chip incorporado con un código encriptado que actúa como llave del sistema. Recuerdo que recodificaron mi tarjeta hace varios meses, durante uno de los envíos de material procedentes del portaaviones. Se

nos habían dado los códigos de lanzamiento y las coordenadas vía Iridio, así que, en teoría, era posible lanzar las cabezas nucleares.

Al instante, John situó las coordenadas sobre un mapa. Indicaban un lugar que se encontraba a seis kilómetros de la posición hacia donde, de acuerdo con el último informe, se dirigía el portaaviones insignia. Operaban en una zona del golfo de México, al oeste de Florida, y llevaban a cabo operaciones de abastecimiento. Por razones que desconocíamos, Remoto Seis parecía querer destruir la unidad de combate del portaaviones. Durante la sesión de transmisión de texto, no manifesté mi negativa a cumplir la orden, y la pantalla me siguió dando instrucciones, hasta que por fin apareció la siguiente pregunta:

—¿Han iniciado el lanzamiento?

El texto apareció cuatro veces hasta que finalmente corté la comunicación. Entonces fuimos en busca del control auxiliar. Los marines se nos adelantaron al encontrar la puerta del segundo centro de control.

Parecía la entrada de un viejo sótano. El denso follaje y unas redes de camuflaje la ocultaban. La puerta era de acero y se necesitaría un soplete para abrirla. No vi ninguna necesidad de quedarme allí mientras los marines lo ocupaban, y les confié la tarea de comprobar que ninguno de los antiguos residentes del Hotel 23 se hallara dentro.

## **18 de Noviembre**

19:00

El texto se repitió ayer, y se ha repetido hoy, ordenando que iniciemos la secuencia de lanzamiento. La única diferencia consistía en que las coordenadas se habían modificado por un par de docenas de kilómetros. Seguían los movimientos de la flota del portaaviones. Le he pedido al oficial de comunicaciones que envíe un mensaje a ciegas al portaaviones por si así logramos advertirles. Repetirá el mensaje una vez por hora hasta nueva orden.

La unidad que habíamos enviado al control auxiliar ha logrado abrir la puerta y ha descubierto que tan sólo se trataba de una copia exacta del centro de control principal del Hotel 23, con zonas de alojamiento y todo. El único problema es que no hay ningún túnel subterráneo que comunique los dos centros de control. Sí que se nos ha informado de que en el control auxiliar existe un pasadizo de salida semejante al del control principal. Aún no se sabe dónde emerge el pasadizo del control auxiliar, ni en qué posición se encuentra respecto al del control principal. Se me ha informado de la existencia de unos pocos elementos de interés en el

control auxiliar que me convendría ver, y también de que no albergaba ningún peligro para posibles visitantes.

Jan me ha encontrado en el pasillo y me ha preguntado cómo me iba. Le he dicho que me encontraba bien y que tenía que hablarle sobre la situación de los cuidados médicos en el Hotel 23. Nos hemos sentado un rato y hemos hablado del personal militar nuevo (para mí) en el Hotel 23 con el que ella trabajaba, y he descubierto que estaban muy bien entrenados y habían participado en un montón de combates durante los últimos meses. Los médicos del ejército le habían enseñado algunas cosas y ella, a su vez, les había enseñado otras.

Habían llevado a cabo con éxito algunas expediciones a hospitales aislados de la zona (tanto médicos como veterinarios) en busca de suministros. Me ha explicado una expedición en concreto que los llevó a un hospital para animales domésticos que se encuentra a pocos kilómetros de aquí. Como era la médico residente, se había presentado voluntaria para participar en las expediciones médicas del convoy, para ayudar a identificar el material aprovechable. Jan y Will entraron en la clínica Garras Alegres pocos minutos después de que los marines la despejaran. Will había insistido en ir con ella, como habría hecho cualquier marido. Encontraron hedor de carne podrida, que había puesto en máxima alerta a los miembros de la expedición. Habían entrado con los fusiles ametralladores con silenciador pegados al hombro, con las linternas a cien lúmenes. Uno de los miembros de la expedición iba delante de Jan y de Will, y otro detrás, en formación de pinza. Así es como se hace. Entraron en las perreras y, con gran horror, encontraron jaulas llenas de perros que llevaban mucho tiempo muertos.

A algunas personas les sienta muy mal cuando encuentran indicios de que un animal ha sufrido. A mí me pasa lo mismo. Al oír su historia, se me han retorcido las entrañas, igual que a ella se le han retorcido las suyas mientras me la contaba. Sus ojos se han tensado como para mirar a espacios infinitos mientras me hablaba de las jaulas con cadáveres de perro putrefactos, y los dientes rotos, y las zarpas ensangrentadas, porque los perros habían empleado sus últimas fuerzas en un vano intento de escapar a mordiscos y arañazos de las jaulas de metal. La perrera no estaba llena, tan sólo al 40 por ciento. Las fichas que se encontraban en los costados de las cajas, y caídas en el suelo, contaban todas la misma historia. El dueño estaba de vacaciones y regresaría el día tal. Todas las fechas eran de enero. A medida que ella me los describía, creía ver a los animales muertos en sus jaulas entre eternos gimoteos de dolor que traspasaban las puertas de reja metálica.

## HURACÁN

Nos atacaron.

Afuera está muy oscuro. Enviamos a ciegas un mensaje por radio al grupo de combate para advertirles de las instrucciones que nos había dado el teléfono por satélite. No teníamos manera de saber si el portaaviones lo habría recibido. Las interferencias prosiguieron durante toda la mañana. El Hotel 23 había padecido interferencias desde mi regreso, e incluso antes.

La mañana que nos arrojaron el artefacto, perdimos a docenas de personas. ¿La venganza por no haber efectuado el lanzamiento? Lo más probable es que nos hubiesen atacado igualmente aunque lo hubiéramos efectuado. ¿De qué les habría servido mantenernos con vida? Aquí no hay nada que tenga sentido.

Los observadores que estaban en el exterior, y que se quedaron sordos, escribieron sobre una pizarra blanca lo que habían visto. Un sonido sibilante, cada vez más agudo, fue lo último que oyeron hasta que el emisor de señales de Huracán, como una jabalina, se estrelló contra el suelo y abrió en canal a uno de los civiles desde el hombro hasta la cadera.

El dispositivo empezó de inmediato a emitir su mortífera señal, un sonido de intensidad tan inimaginable que causó sordera inmediata a todos los que estaban en la superficie en el momento en el que se estrelló.

La máquina recordaba en algo a un gigantesco aguijón de abeja. Como una imagen ampliada de un aguijón que inyecta veneno en el brazo, en la tierra. El dispositivo se había clavado muy hondo en el suelo, ligeramente inclinado hacia un lado, y su sonido era demasiado potente como para describirlo con palabras.

Oíamos claramente el estruendo y sentimos las vibraciones a través de las gruesas planchas de acero y hormigón, desde las entrañas del Hotel 23. John hizo que las cámaras de vigilancia disponibles girasen hacia el dispositivo, mientras que el resto de las que se hallaban en el perímetro seguían oteando el horizonte visible. Era tan sólo una cuestión de segundos, tal vez de minutos, que el sonido alcanzara los pelillos que se habían endurecido en el oído interno de los muertos vivientes que se

hallaban a cientos de kilómetros, y que la atención de todos ellos se volviera hacia nosotros.

Ellos localizarían el complejo, cual flota de furgones de la Comisión Federal de Comunicaciones encargada de la persecución de las emisoras de radio piratas. John retransmitió a ciegas un mensaje de emergencia en el que solicitaba auxilio e informaba brevemente de lo ocurrido.

Todos los hombres y mujeres que ocupaban posiciones de liderazgo se reunieron y discutieron alternativas. No se permitió a nadie que saliera a la superficie sin un buen motivo y protección doble en los oídos. Aun con la protección, aquel sonido era peor que ponerse al lado de los bafles durante un concierto de rock. Al ver los vídeos de vigilancia, me di cuenta de que el sonido removía la tierra y abría surcos en ella. La intensa energía sónica desplazaba los vehículos civiles más ligeros aparcados en su cercanía, de una manera parecida a como un teléfono móvil se desplaza al vibrar sobre una mesa. El dispositivo debía de haberse hincado como mínimo a seis metros de profundidad al caer a tierra.

Todos los intentos de destruir el mecanismo de emisión de sonido concluyeron en fracaso. Parecía construido con gruesas placas de acero cementado, u otra aleación. Los dispositivos internos que se hallaban al extremo de la jabalina estaban sellados. Un marine que ya estaba sordo se presentó voluntario para tratar de destruirlo: treparía hasta la parte de arriba con una mochila de herramientas y una granada. Cuando intentó trepar por el aparato, no lo consiguió. El artefacto vibraba con tal resonancia que toda piel descubierta que lo tocara caía a tiras al instante. Malgastamos disparos automáticos en un intento por perforar su parte de arriba. Lo golpeamos de manera sistemática con los LAV.

No hubo nada que funcionara.

Yo estaba en uno de los LAV. La señal sonora a duras penas quedaba amortiguada por su grueso blindaje. El sonido era tan intenso que parecía que te dejara sin aliento. Establecimos un perímetro con las espaldas vueltas hacia la maquina, porque estábamos a la espera de que los muertos vivientes apareciesen en el horizonte. Al principio no se vio ningún indicio de ello. Vi por el grueso cristal del vehículo blindado que otro objeto se clavaba en el suelo unos ciento ochenta metros más allá. Faltó poco para que cayera sobre uno de los otros LAV. Poco después del impacto, oí en lo alto el inconfundible sonido de vehículos supersónicos y entreví el destello de las alas de un F/A-18 Super Hornet. Después de la explosión, cuando empezaron a apagarse los fuegos, reconocí los restos del aparato: era un avión no tripulado Reaper, probablemente el mismo que me había acompañado durante tanto tiempo después del accidente, y que me había seguido cuando regresaba al Hotel 23.

La luz de la radio se encendió de inmediato dentro del vehículo. Indicaba la recepción de una señal válida. Me puse los auriculares y oí una voz que me hablaba con claridad y concisión, y que me advertía repetidamente de que varios aviones de combate A-10 Thunderbolt

volaban hacia nuestra posición desde el aeropuerto Scholes International de Galveston. Los llamados «Hawg» apuntaban al emisor de señales sonoras con cañones de treinta milímetros y pedían a todos los aliados que se pusieran al este del objetivo para evitar en la medida de lo posible el fratricidio.

Tiempo que pasé arriba: veintiún minutos.

En cuanto el controlador de los Hawg finalizó la transmisión, oí una débil señal y una voz que se identificaba a sí misma como el jefe de operaciones aéreas del portaaviones. Ordenaba que una división de F-18 arrojara bombas de hierro negro sobre nuestra posición para complementar los ataques mucho más precisos del cañón Warthog de treinta milímetros. Como, al parecer, las interferencias habían cesado tras la destrucción del Reaper, sintonicé un canal de radio discreto y les expliqué a John y a los demás lo que había oído, y les dije que íbamos a marcharnos todos unos pocos centenares de metros más al este. El centro de mando sintonizó con la radio mientras nosotros arrancábamos los vehículos y nos marchábamos hacia el este. Nos quedamos en un cerro desde el que se veía todo el complejo. Había docenas de muertos vivientes atraídos ya por la señal sonora. Venían por la parte frontal del complejo y se congregaban en torno a las grandes puertas de acero.

Vimos desde nuestra atalaya cómo un pandemónium de hierro llovía sobre la totalidad del complejo, porque una división de F-18 arrojaba bombas de hierro sobre los grupos de muertos vivientes. Uno de los F-18 empleó su propia estructura como arma de ataque, porque hizo un vuelo rasante a velocidad supersónica cerca de los terrenos donde había muertos vivientes para cortarlos por la mitad o incapacitarlos con el impacto. Las explosiones sacudieron con violencia nuestros vehículos, y John nos dijo por radio que la iluminación del subsuelo empezaba a destellar. Al cabo de diez minutos de bombardeo, oí la palabra en clave winchester por la radio, que quería decir que los aviones de combate se habían quedado sin suministros y regresaban a su origen. El emisor de señales sonoras había sobrevivido al bombardeo sin sufrir ningún daño. El maldito artefacto seguía indicando nuestra posición para que todos los muertos vivientes que se hallaban a muchos kilómetros a la redonda se enteraran. Por supuesto que el vuelo supersónico de los aviones de combate tampoco nos había ayudado mucho.

Los LAV permanecieron en formación al este del artefacto, hasta que apareció el primero de los Hawg, que hizo una primera pasada antes de atacar al dispositivo con cartuchos de mezcla de tungsteno y uranio endurecido de treinta milímetros. Me quedé boquiabierto con los A-10. Me maravillaba de que pudiesen volar a velocidad tan lenta.

Los cañones Vulcan empezaron a gruñir con fuerza y tuvieron un efecto que yo no había esperado...

Los Hawg cortaron la jabalina emisora de señales sónicas como si fuera de papel. Se hizo añicos al instante, salvo por unos decímetros de aleación

de metal que aún sobresalían de la tierra. El súbito silencio le chocó a mi sistema todavía más que los ataques aéreos. Abrí la compuerta, me saqué los auriculares y contemplé el resto del ataque desde lo alto del LAV. Vi que Saïen hacía lo mismo a unas pocas docenas de metros a mi derecha. Tenía el rifle apoyado en la torreta y vi que escrutaba la lejanía en dirección hacia lo que se estaba transformando en una gran nube de polvo en el horizonte.

Volví a meterme en el LAV, me ajusté el sistema óptico del vehículo sobre el rostro y observé el horizonte. Los cúmulos de polvo parecían idénticos a la nube que había rodeado a la horda con la que Saïen y yo nos habíamos encontrado antes. No habría manera de detenerlos. Ni siquiera con un millar de A-10 cargados hasta los topes. Me comuniqué inmediatamente por radio con John y con los demás para preparar de inmediato la evacuación de las instalaciones.

Habría que evacuar a centenares de personas. El portaaviones se dirigía a toda prisa hacia la costa para no tener que derrochar combustible de helicóptero. Tan sólo las mujeres, los niños y los heridos serían evacuados por medio de varios helicópteros desde el complejo hasta la nave. Se ordenó a los Hawg que interceptaran a la horda de muertos vivientes a pocos kilómetros de distancia y volaran sobre ellos para intentar frenarlos, o encaminarlos en otra dirección. No sabemos si esta táctica funcionará, porque tan sólo contamos con tres aviones con combustible suficiente para intentar la maniobra de distracción. He oído por la radio que uno de los pilotos de los A-10 decía que había tenido que pasar a control de vuelo manual y que sus sistemas hidráulicos habían sufrido un fallo catastrófico. Se ha declarado en emergencia y pocos segundos más tarde le he visto pasar por encima de nuestras cabezas, en un intento por llegar a la base. Espero que lo consiga.

Estoy sentado en la parte de atrás de una camioneta de dos toneladas y media, a la espera de que lleguen los demás helicópteros del portaaviones para llevarse el material valioso que aún tenemos aquí, antes de que nos pongamos en marcha por tierra. El plan actual consiste en ir en convoy en dirección sureste hasta el golfo de México y luego tomar una pequeña embarcación y salir al encuentro del George Washington. Transportamos varios maletines repletos de información que se analizará a bordo del portaaviones. John ha sacado copias de todo lo que había en la computadora central del H23 antes de que soldáramos las puertas, apagáramos las luces y nos largáramos. La información estaba marcada para su estudio inmediato y la hemos enviado con el primer helicóptero disponible.



## EL PORTAAVIONES

### **23 de Noviembre**

8:00 h. Portaviones George Washington

El portaaviones no se halla en buen estado. Se aprecia por todas partes el color rojo de la herrumbre, mucho más que el gris oscuro de una nave de guerra bien conservada. No es posible llevar a cabo las tareas de mantenimiento sin riesgos, porque todos los puertos deben de estar invadidos por las criaturas. El desplazamiento en convoy hasta el portaaviones se ha cobrado su precio. Hemos perdido a docenas de hombres buenos. Nos han atacado por todas partes mientras despejábamos los inacabables bloqueos en las carreteras que se erigieron hace tiempo y los montones de chatarra. La mayoría de las bajas tuvieron lugar mientras esperábamos a la embarcación ligera que había de llevarnos hasta el portaaviones. El George Washington es muy grande y no podía acercarse demasiado a la orilla. Tuvo que echar el ancla a cierta distancia y mandar embarcaciones ligeras a recogernos, a razón de dos embarcaciones por viaje.

La operación se demoró una hora por culpa de la mar agitada. Tuvimos que defendernos de centenares de muertos vivientes de espaldas al Golfo. Fueron muchos los supervivientes que se arrojaron al agua, porque prefirieron el agua helada antes que morir devorados. Formamos islas de LAV unidos por cadenas dentro del agua. Desde la seguridad de su posición, ayudaban con las ametralladoras. Hicimos cuanto pudimos hasta que llegaron las embarcaciones. Lo más probable es que los muertos con los que luchamos fueran una avanzadilla del Enjambre T-5.1. La información que previamente nos transmitió Remoto Seis hace pensar que han etiquetado de acuerdo con algún método a los enjambres que rondan por Estados Unidos, y parece que quieren darles nombre y seguirlos desde una cierta distancia. Los Hawg se turnaron en sus salidas para, en la medida de lo posible, frenar el avance de la horda, por el procedimiento de matar a un 0,001 por ciento de ellos en cada ataque. Tal vez nos salvaran la vida, porque nos dieron esos preciosos segundos extra que necesitábamos para subir a las embarcaciones. Los pilotos informaron de que la columna de muertos vivientes se alarga kilómetros y kilómetros.

Luchamos incesantemente, hasta agotar la munición tanto de las armas pequeñas como de las ametralladoras. Oímos el potente sonido de los motores diésel de las embarcaciones en el mismo momento en que los muertos vivientes sobrepasaban la barrera invisible que habíamos puesto a unos treinta y cinco metros de distancia (en cuanto la traspasaban, los matábamos). En el mismo momento en que ellos estaban a punto de invadir nuestra posición e iban a chocar con nuestra primera línea de defensa, llegaron los pequeños navíos. Embarcamos al instante. Algunos, mientras los abordaban, tuvieron que pelear cuerpo a cuerpo con los muertos vivientes, con bayonetas y armas de fuego descargadas. Le arrojé mi cuchillo Randall a uno de los marines justo a tiempo para que lo desenvainara y decapitase brutalmente a dos criaturas desnudas y casi esqueléticas que trataban de arrancarle las carnes. Me gritó las gracias de todo corazón, se limpió el cuchillo con los pantalones y me lo devolvió al tiempo que embarcaba.

Navegamos a salvo hasta el portaaviones. Tan sólo nos deteníamos brevemente cada pocos cientos de metros para sacar del agua a hombres que aún estaban vivos, pero en estado de shock. Algunos se habían transformado ya, y trataban de capturar a nuestro personal de rescate, mientras éste intentaba salvar a los que aún podía.

El mismo día en el que llegamos, un equipo médico en el que se mezclaban cirujanos militares y médicos voluntarios de AmeriCorps nos examinó de inmediato. Aunque no fuesen militares, estaban muy contentos de encontrarse allí, y no en tierra firme. Mientras nos remendaban, nos dijeron que en algunas zonas del continente la esperanza de vida venía a ser, como mucho, de una hora. Otro marinero del portaaviones me dijo que, de vez en cuando, tenían que efectuar peligrosas incursiones a cientos de kilómetros en el interior, hasta lugares como los arsenales de Redstone y Pine Bluff, para proveerse de municiones y piezas de repuesto de las que no podían prescindir.

A Tara y a mí nos pusieron en un mismo camarote en el nivel 03. Estuve más que contento de verla y me enteré de que había llegado al portaaviones sin problemas. Me dio los números de camarote, así como de cubierta y cuaderna de todos los antiguos huéspedes del Hotel 23, y me hice el propósito de visitar a todo el mundo en cuanto tuviese tiempo. Todo el tiempo que no he pasado escribiendo informes sobre los sucesos de este último año lo he pasado con ella. Últimamente está mucho más emotiva. Es de lo más normal, dada la tensión que todos nosotros hemos tenido que soportar.

La añoré de veras durante mi ausencia, y por fin llegó el momento en el que ambos nos sentimos lo suficientemente seguros como para bajar las barreras mentales y tener conversaciones de verdad sobre lo que me ocurrió cuando estaba ahí fuera.

No voy a olvidar jamás sus palabras:

—No puedo creerme que estés aquí... conmigo. Te he echado tanto de menos... Tú me has devuelto lo que ellos me quitaron.

Cuando la conversación se volvía más profunda, un mensajero llamó a la puerta y me pidió que le siguiera.

Mis sesiones con el Centro de Inteligencia del Portaaviones me llevaron un día y medio. Estaba revisando documentos con John y Saien cuando compareció el oficial al mando de Inteligencia. Se presentó como Joe, de la CIA. Llevaba uno de esos chalecos de fotógrafo color verde oliva que parece que estén pidiendo un disparo, una camiseta gris y pantalones de trabajo con botas para combate en el desierto. A partir de lo que llevaba anotado en el diario, le expliqué todos los detalles que me parecían significativos. Me dijo que el jefe de Operaciones Navales iba a convocarme muy pronto en su despacho, porque quería conocerme y obtener información de primera mano sobre la situación en el continente, así como hablarme de una próxima misión en la que podría colaborar como asesor.

Joe sacó de inmediato a colación todo lo que tuviera que ver con Remoto Seis. Le habló de la tecnología que había visto... todo, desde el designador láser que aún conservaba, hasta el emisor de señales que había llevado en la ropa, e incluso el C-130 no tripulado. Al hablarle de las cajas conectadas por fibra óptica a la aviónica del C-130, tuve que decirle que mi impresión era que aquella inusual tecnología iba varios años por delante de los productos que eran habituales en el mercado en el momento en que los muertos empezaron a resucitar, Joe tomó notas detalladas y me hizo preguntas muy precisas acerca de la tecnología. Parecía mucho más interesado en las comunicaciones y en la tecnología empleadas por Remoto Seis que en la situación creada por los muertos vivientes en tierra firme.

Otro tema de interés fue el estado en el que habíamos dejado el Hotel 23. Le expliqué que nos habíamos llevado toda la información disponible y que habíamos soldado las puertas de acceso para que nadie ni nada pudiese entrar. Volvió la cabeza y ordenó a un miembro del Centro de Inteligencia del Portaaviones que «tuviera un ojo puesto» en el Hotel 23, por si alguien trataba de acceder a sus sistemas. Me dijo que, al menos por un tiempo, no estaría mal que alguien se dedicase a ello.

Le hablé de una lista de complejos a la que John había tenido acceso mediante los sistemas informáticos del Hotel 23. Le dije que la base de datos constaba de, por lo menos, doce ubicaciones, y que la única que había reconocido era la del lago Groom, en Nevada. Le pregunté a Joe si esa ubicación tenía alguna importancia, y cuál era el motivo de que aún estuviera en funcionamiento y apareciera en color verde. Me dijo que no lo sabía, pero me quedé con la impresión de que me engañaba. Una llamada telefónica le interrumpió mientras le hablaba de la tecnología del Proyecto Huracán.

Después de asentir varias veces y decir «Sí, señor», cortó la llamada y dijo, simplemente:

—Acompáñeme.

Dejé el informe en cuya redacción había empleado los dos últimos días y seguí a Joe hasta el despacho del almirante. Después de golpearme los dedos de los pies con tres lindares y estar a punto de golpearme la cabeza con un tubo de calefacción a baja presión que rezumaba líquido, llegamos a nuestro destino. Dos marines montaban guardia frente a la puerta del camarote y se apartaron a lado y lado en cuanto vieron a Joe. Llamamos una sola vez a la puerta y una voz áspera nos respondió con un mero «Pasen». Al entrar en la cabina, vi al almirante sentado en su escritorio de caoba. Encima de éste había una botella de Chivas con tres vasos. Me cuadré a medio metro del escritorio. No reconocí al almirante. Me presenté y declaré que me presentaba a reportar tal como se me había ordenado.

Se echó a reír y me dijo:

—Siéntese, hombre. Hace tan sólo un año yo no era más que capitán de rango superior. Digamos que me he ganado las estrellas... cómo podría decirlo... en el campo de batalla.

Me senté y el almirante llenó los tres vasos, y nos sirvió dos de ellos a Joe y a mí. Se presentó como almirante Goettelman.

Entonces nos contó lo que había hecho durante el último año. Nos habló de su flotilla y de la guerra que había tenido lugar en el litoral durante las primeras semanas en las que se levantaron los muertos. Después de que las armas nucleares tácticas destruyesen varias ciudades, se ordenó a sus barcos que realizaran operaciones de limpieza. Tenían que atraer a los muertos hacia la costa, en las inmediaciones de centros de población importantes, y acribillarlos durante horas y horas para tratar de reducir su número. En ocasiones, sus destructores y cruceros se pasaban varios días inmóviles y las sirenas bramaban de manera intermitente para atraer a los muertos, a fin de lograr el efecto deseado. Había visto con sus propios ojos a artilleros a cargo de ametralladoras de .50 que arrojaban por la borda los cañones al rojo vivo de sus armas para reemplazarlos de inmediato por piezas de recambio con protección Cosmoline que se habían ido llevando de diversos arsenales militares dispersos por Estados Unidos. Entonces sus ojos miraron solemnemente a la lejanía... no a mí, sino a través de mí.

—El servicio de Inteligencia estima que mi grupo ha tenido una eficacia de menos del uno por ciento. Debimos de cargarnos por lo menos a medio millón. Lo sé muy bien, porque gastamos más de un millón de cartuchos. Pero al final se vio que la guerra del litoral no había sido más útil que la campaña nuclear.

A continuación me preguntó por mi historia.

Tras mi explicación formal de las experiencias que había vivido a lo largo del último año, hizo una larga pausa, se tomó un largo trago de whisky y volvió a llenarse el vaso hasta tres dedos. Entonces me subió el

ego, al decirme que muy pocos hombres habrían sido capaces de salvar a tantas personas y sobrevivir durante tanto tiempo en el continente. Se puso en pie, abrió el mueble bar y lo separó de la pared. Detrás del mueble bar había un escondrijo con una caja fuerte. Hizo girar varias veces la rueda de la caja fuerte en ambas direcciones y a continuación sacó una gruesa carpeta y la dejó sobre la mesa. Mientras la abría, me informó de que había reunido un equipo especial para una operación muy importante, sancionada a nivel nacional.

—El Virginia, un submarino nuclear de ataque rápido, navega actualmente desde las aguas de la Baja California en dirección a la desembocadura del canal del Panamá en el Pacífico. Por supuesto que el canal está abandonado y no se puede transitar con normalidad, pero, de todas maneras, será el paso más fácil entre esta embarcación y el Virginia que se encuentra al otro lado. Lo diré en pocas palabras: vamos a mandar un equipo de incursión a China. Informes dignos de toda confianza nos indican que el origen de la anomalía se encuentra en un laboratorio de investigación militar en las afueras de Beijing. Nuestros científicos piensan que tal vez sea posible hallar un remedio para esa enfermedad, o, por lo menos, una vacuna, en el caso de que podamos localizar y secuestrar al paciente original, o hallemos información detallada sobre la correspondiente investigación.

»Usted y los civiles a su cargo sobrevivieron durante casi un año en tierra firme. Los muchachos del DEVGRU, como sabrá la organización antiterrorista de la Armada, y la fuerza de operaciones especiales Delta Forcé que irán en este equipo que estoy formando no tendrán una experiencia comparable a la suya, y lo más probable es que tampoco quieran tenerla. Por desgracia, la densidad de población de muertos vivientes de China es varias veces superior a la estadounidense, y más de dos tercios de esa población merodea por la costa oriental. Tengo que decir que en China no emplearon ingenios nucleares en la misma medida para neutralizar a los muertos. Por fortuna, Beijing no fue destruida. Taiwan no tuvo tanta suerte. Los comunistas la borraron del mapa y será inhabitable durante mucho tiempo.

»El plan consiste en que el portaaviones se desplace hasta el canal del Panamá por la costa del Atlántico, hasta el punto donde el istmo es más estrecho, y que la unidad expedicionaria vuele desde allí hasta el Virginia, que la esperaría con las escotillas abiertas. Ese submarino es relativamente nuevo y está en condiciones mucho mejores que este barco. Le quedan como mínimo quince años hasta que haya que recargar reactores y, por el momento, transporta comida suficiente para seis meses.

Entonces empecé a comprender a dónde quería llegar el almirante.

—Queremos que el Virginia llegue al Bohai en tres semanas. Hemos localizado pistas de aterrizaje, donde probablemente se hallarán helicópteros militares chinos todavía utilizables, en tres aeródromos

distintos cerca de Beijing. Como el Virginia no está sujeto al requerimiento táctico de navegar por debajo de la profundidad de periscopio, mantendremos contacto incesante mientras viaja desde los Estados Unidos continentales hasta Pearl Harbor, Hawaii y, finalmente, el Bohai. Tras llegar al Bohai, el Virginia navegará río arriba hasta Beijing, hasta los aeródromos que hemos identificado. Una vez se encuentre cerca de los aeródromos, la tripulación del Virginia lanzará aviones no tripulados Sean Eagle para efectuar un vuelo de reconocimiento sobre ellos e identificará el mejor lugar para la reparación y despliegue de helicópteros.

»Querría que viajase usted a China en el Virginia como asesor técnico del equipo expedicionario.

Guardé silencio después de que el almirante me hubiese formulado su petición (esto es: orden) y luego le recordé el hecho evidente de que no tengo formación en la realización de operaciones especiales. Soy oficial de la Armada, no un pateapuertas, ni un comando. No tengo experiencia en ese tipo de operaciones.

Me respondió severamente. No me dijo nada más que:

—Me han informado acerca de su experiencia y capacidades, y he decidido que viaje usted a China con el Virginia y colabore en esta operación. Sé lo que hizo en Texas. Llevamos un seguimiento de todas las comunicaciones militares durante el proceso que culminó en esta situación anómala. Su nombre aparecía en ellos. Decían que había usted... ¿desaparecido?

Una arruga de seriedad apareció en la frente del almirante, y entonces me dijo:

—No le haré ningún reproche por ello. En ese momento no teníamos ninguna esperanza de triunfar, pero ahora quizá sí. Habrá espacio para una segunda persona tanto en el helicóptero como en el submarino, por si quisiera usted hacerse acompañar por alguien en quien confíe. Lo dejo en sus manos. Partirá dentro de tres días. Eso es todo, comandante.

Tan sólo conseguí musitar:

—Sí... sí, almirante.

Y continuación me despedí y me marché.

Al salir del camarote aturdido y confuso, no me di cuenta de que Joe me felicitaba por mi promoción: me había saltado dos rangos para ascender a comandante. También me entregó las correspondientes insignias y me deseó que tuviera más suerte que el hombre que había llevado las hojas de roble antes que yo. Me las metí en el bolsillo, sin ninguna intención de ponérmelas jamás, y me marché a mi camarote.

INICIO TEXTO

T5//5I/75AP HORIZON INICIO TEXTO

SEGUIMIENTO CRÍTICO/1+274/

IT

Hay que tener en cuenta que esto no es un Informe de inteligencia completo. Numerosas Interceptaciones en las comunicaciones procedentes de la República Popular de China [RPC] han revelado el probable origen de la anomalía.

IT

Hace un año. VORTEX recibió comunicaciones que revelaban que la RPC había hecho un descubrimiento de gran interés tecnológico en los antiguos hielos del glaciar de MIngyong en la provincia de Yunnan. Un objeto de forma ovoide [ver anexo 01: imágenes captadas desde lo alto de AURORA) del tamaño de un autobús de pasajeros grande fue descubierto por la población local y ésta informó a las autoridades locales. Lenguaje predictivo de toma de conciencia precognitiva presente en la web china parece confirmar dicha Interceptación.

IT

En un primer momento, los chinos, por procedimientos radiométricos, atribuyeron a la aleación del objeto una datación superior a los seis mil millones de años [imposible por razones geológicas]. A continuación calibraron sus instrumentos para analizar el verdadero ritmo de descomposición de la aleación. Después de calibrar los instrumentos, descubrieron que el objeto llevaba aproximadamente veinte mil años en el hielo.

IT

El vehículo [porque eso resultó ser] había sufrido daños en su superficie exterior. El análisis de imágenes reveló un agujero de dos metros en su parte superior, el cual había permitido la penetración de los elementos durante el período que pasó sumergido en el glaciar. La inmensa presión del hielo del glaciar, al contraerse y expandirse de manera repetida, y el largo período de tiempo que había transcurrido desde que se estrelló hasta que lo recuperaran, fue un factor directo que probablemente deformó la superficie exterior a lo largo de los siglos. Al cabo de

unas semanas de cuidadosa excavación, los chinos llegaron a la cabina del vehículo [ver anexo 02—. fotografía realizada por espías en la superficie]. Esta agencia no conoce los motivos por los que los chinos excavaran en dirección a la cabina y no en dirección a los probables sistemas de propulsión avanzada del vehículo. En la cabina, los excavadores descubrieran algo que en las transcripciones aparece tan sólo como una criatura a la que los chinos asignaron el nombre en código CHANG.

IT

Cuando lo descubrieron. CHANG estaba sujeto en la cabina por un delgado exoesqueleto de tecnología desconocida, que, de acuerdo con los investigadores chinos, podría tener fundones análogas a una escafandra de astronauta convencional [REF 243B2]. CHANG aún se movía, y pareció reaccionar a la presencia de los excavadores moviendo la cabeza de un lado a otro dentro del casco del exoesqueleto. CHANG estaba hundido en hielo hasta el pecho. En un primer momento, los científicos y el personal de seguridad sintieron una gran turbación ante el movimiento de la criatura, y se les dio órdenes de mantenerla sujeta por todos los medios necesarios. También les dieron instrucciones para que no retiraran el casco que cubría el cráneo de CHANG.

IT

ANOTACIÓN TÁCTICA: Algunos de los investigadores fueron ejecutados cuando los agentes de ciberdefensa de la Comisión Militar Central descubrieron que habían instalado claves de encriptación PGP en sus ordenadores personales y que se comunicaban con personas desconocidas [para la RPC] fuera de la RPC [se explica en la correspondencia de la agenda implicada].

IT

De acuerdo con las resonancias magnéticas iniciales a las que hemos tenido acceso, la criatura es bípeda y su masa y apariencia recuerdan a grandes rasgos a las de un adolescente humano.

IT

Tras sujetar a CHAN6 y sacarlo del vehículo [que en esos momentos aún estaba atrapado en el hielo). Los chinos iniciaron la extracción de lo que quedaba del vehículo. Descubrieron numerosos artefactos, algunos de ellos destruidos por el paso del tiempo y la inmensa presión del glaciar, y otras relativamente bien conservados. Lo más notable de todo fueran los sistemas de propulsión avanzados que recuperaron los chinos y que llevaran a las mismas instalaciones de investigación en las que estudiaban a CHANG (probablemente en Beijing]. En un primer



momento. los chinos tuvieron un gran interés en reproducir los sistemas de levitación magnética avanzada, propulsión y amortiguación inercial, así como el exótico generador de energía del vehículo. El vehículo parecía poseer lo que los investigadores de la RPC interpretaron como un módulo de contracción espacial que, en apariencia, le permitía al vehículo distorsionar o contraer el espacio que tenía enfrente hasta un área de 20 metros [informe de un único espía]. También recuperaron numerosas armas energéticas manuales. Por medio de un microscopio electrónico de transmisión, con capacidad de resolución de medio ángstrom, los chinos examinaron también el interior de los artefactos. Buena parte del funcionamiento interno de los artefactos más pequeños parecía indicar la presencia de circuitos de tecnología avanzada de orden subnanoatómico. Pero, al fracasar en los intentos de reproducir la tecnología, la RPC decidió concentrar todas sus investigaciones en CHAN6.

IT

Tenían encerrado a CHANG en una zona de aislamiento de peligros biológicos [probablemente en Beijing]. La criatura [sexo desconocido] se hallaba bajo vigilancia y observación constantes, pero parecía demostrar poca inteligencia y no realizó ningún intento de comunicarse con los científicos y oficiales del ejército que se encargaban de interrogarle y estudiarle. Al cabo de varias deliberaciones, la autoridad presidencial china decidió que se extrajese a CHANG del hielo y se le observara.

IT

Las últimas comunicaciones interceptadas contenían una llamada de socorro desde las instalaciones donde tenían preso a CHANG [en el momento de mandar este informe se ha confirmado que se halla en Beijing. RPC]. Hemos perdido contacto con todos los espías que teníamos en dichas instalaciones.

IT

Datos de visión remota disponibles mediante canales de información compartimentados.

IT

Hipótesis: Esta agencia aventura que CHANG se infectó con la enfermedad de Mingyong durante el recorrido entre su sistema estelar y la Tierra. A juzgar por las fotos que se tomaran en el glaciar y que hemos podido adquirir, parece que el vehículo se encontraba bajo el hielo en un ángulo anormal, lo que hace pensar que se estrelló al aterrizar en posición invertida. Las marcas del impacto en la superficie contienen bordes fundidos y

deformes, lo que podría indicar una explosión de gran potencia, tal vez por un arma energética.

IT

Información también valiosa: Se estima que, debido al desarrollo cronológico de la anomalía y a la extrema complejidad de los circuitos subnanoatómicos, los chinos no fueron capaces de reproducir los sistemas de propulsión, ni de desarrollar siquiera una teoría acerca de su funcionamiento. Beijing fue la primera ciudad invadida por las criaturas, con lo que se detuvieron la Investigación y el desarrollo de sistemas avanzados. Base Principal y Utah B4-026 coinciden con dicha valoración.

IT

EQUIPO EXPEDICIONARIO «RELOJ DE ARENA» a la espera de proporcionar información operativa para la incursión en Beijing.

IT

T5//5I//5AP HORIZON

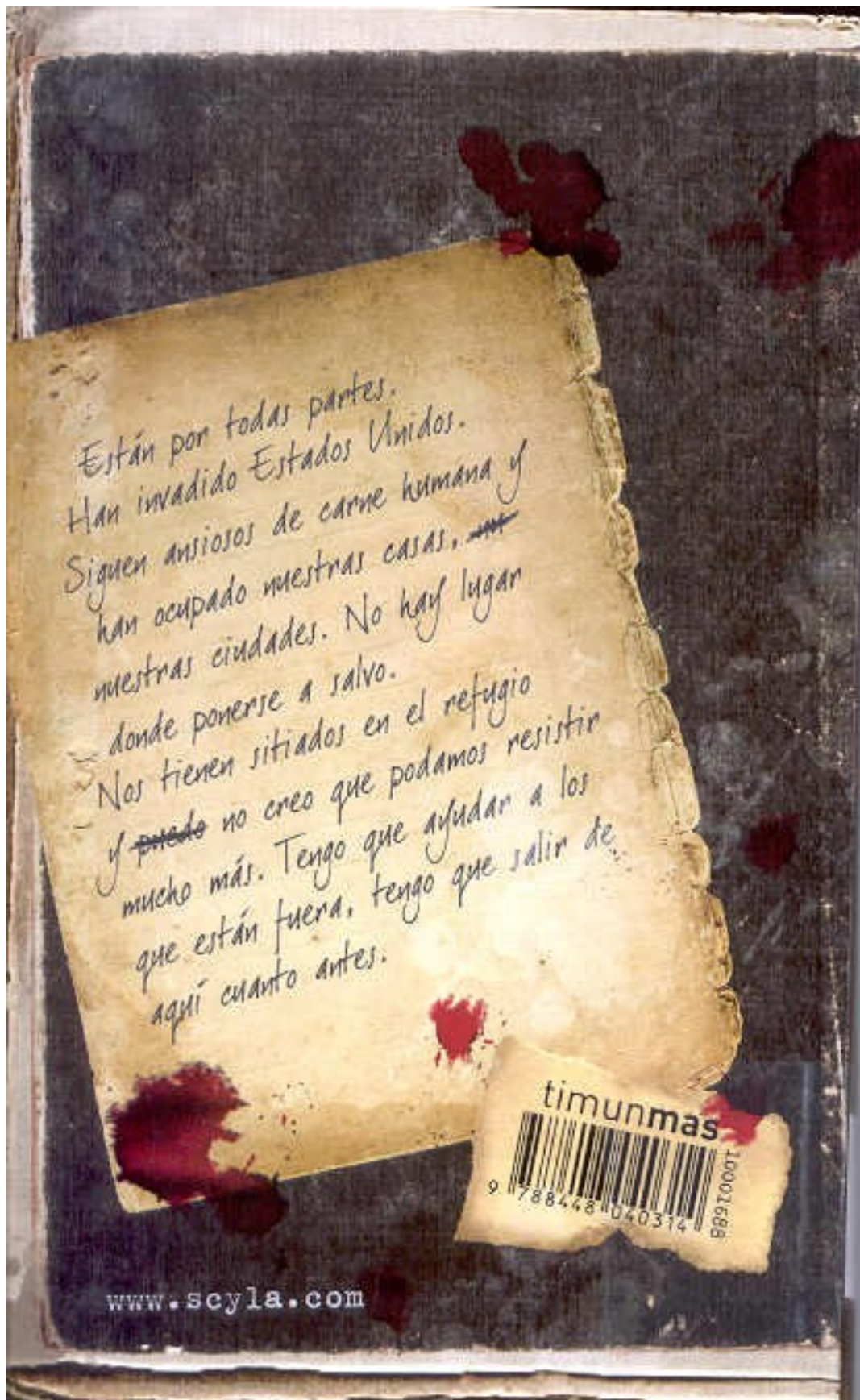
IT

DESCLASIFICAR EN: INSPECCIÓN MANUAL

IT

FIN TEXTO





\* \* \*

*Título original: Day by Day Armageddon: Beyond Exile*

*Primera edición: mayo de 2011*

*© J. L. Boume, 2010*

*© por la traducción, Joan Josep Mussarra, 2011*

*Fotografías de cubierta: ©Shutterstock*

*Diseño de cubierta: Aurora Gómez.*

*Departamento de Diseño, División Editorial del Grupo Planeta*

*Publicado mediante acuerdo con Gallery Books,*

*una división de Simón & Schuster, Inc.*

*© Scyla Editores, S. A., 2011*

*ISBN: 978-84-480-4031-4*

*Depósito legal: B. 13.994-2011*

